

La
BIBLIA
Popular

Esdras

Nehemías

Ester

Job

Salmos

Proverbios

Eclesiastés

Cantares

Isaías

40-66

Jeremías

Lamentaciones

Ezequiel

John A. Braun

La Biblia Popular

Isaías 40-66

John A. Braun

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Librería del Congreso Tarjeta 2003109879
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284
©2003 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2003
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1589-7

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción a Isaías 40–66	1
I. Ayes y juicios (1:1–39:8)*	
II. Alivio y consuelo (40:1–66:24).....	9
A. El Dios soberano rescatará a su pueblo de Babilonia (40:1–48:21)	12
B. El Señor le presenta al mundo su Gran Siervo (49:1–57:21)	160
C. El Señor le promete la gloria eterna a su nueva Sión (Jerusalén) (58:1–66:24).....	269

*La primera parte se trata en *Isaías 1-39*.

En la página 6 comienza un bosquejo más detallado.

ILUSTRACIONES

El profeta Isaías	viii
Jesús es ungido con el Espíritu Santo en su bautismo.....	51
Jesús carga su cruz hacia el Calvario	214
Los reyes magos adoran al niño Jesús.....	302

MAPA

El Oriente Medio en tiempos de Isaías.....	393
--	-----

Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.

Isaías 43:25

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras que se encuentran en la versión Reina Valera 1995. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: aplicaciones personales, antecedentes históricos y explicaciones del texto.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos con buen discernimiento intelectual y que saben aplicarlo, por sus años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Han tratado de evitar el lenguaje técnico que caracteriza a muchas series de comentarios y que dificulta su lectura para todos aquellos que no sean eruditos en el estudio de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia, él es nuestro único Salvador.

Los comentarios vienen acompañados de: mapas, ilustraciones e información arqueológica, cuando se considera conveniente. En la parte superior de cada página aparece un encabezamiento que remite al lector al pasaje específico que desee encontrar.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Oramos para que esta labor pueda continuar como empezó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, Revisión 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen prefiere quedar en el anonimato. La revisión de este libro fue hecha por la Sra. Cristina Zimdars, de Claremont, California; su esposo, el pastor Ernest Zimdars, realizó la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Octavo domingo después de Pentecostés de 2003
Paul Hartman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EEUU

DONATIVO ESPECIAL

La comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y Thrivent Financial for Lutherans contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.



El profeta Isaías

Introducción a Isaías 40–66

Siglos antes de Isaías, Dios se apareció a Moisés, otro líder del pueblo de Dios. Mientras Moisés hablaba con el Señor en la cima de la montaña, Dios le dio a conocer su nombre con estas palabras: “¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-8). Siglos después de Isaías, el apóstol Juan escribió sencillamente: “Dios es amor” (1 Juan 4:8). En otra epístola (Apocalipsis), este mismo apóstol escribió acerca del juicio de Dios sobre los incrédulos. Desde Moisés, el escritor del primer libro bíblico, hasta Juan, el autor del último libro en la Biblia, el mensaje de Dios permanece invariable. Dios ama al mundo, pero también amenaza con el castigo a todo aquel que lo rechaza.

Isaías proclamó ese mismo mensaje: el juicio sobre los incrédulos, pero sobre todo, el anuncio del consuelo que Dios les da a los fieles. Como Moisés y como Juan, el profeta Isaías anunció la ley y el evangelio. La segunda parte de su profecía comienza con este mandato: “¡Consolad, consolad a mi pueblo!” (40:1) y concluye con una mirada hacia quienes se rebelaron contra el Señor: “Su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará. Y serán abominables para todo ser humano” (66:24).

Isaías está situado entre Moisés y Juan. En la cadena de montañas que atesoramos como la palabra de Dios, la profecía de Isaías se destaca cual cumbre imponente, y la segunda parte de ella contiene algunos de los tesoros más bellos que Dios le dio a su pueblo; allí encontramos más de una grandiosa cima, pero

ninguna se eleva tanto o es más majestuosa que el capítulo 53. Tan claramente vio este vocero de Dios la crucifixión de Jesús en su profecía, que es como si hubiera estado ante la cruz misma junto a Juan y a María.

Otras solemnes verdades se suscitan al leer las palabras del gran profeta de Dios. Durante siglos, los creyentes: han mirado hacia las cúspides de sus profecías, han alabado al Señor y han hallado consuelo y fortaleza en ellas. Quiera el Señor que al leerlas, cada uno de nosotros pueda ser contado como uno más de la infinidad de fieles que han encontrado en sus riquezas una gran satisfacción para sus fatigados corazones.

¿Quién es Isaías, y por qué escribió?

En la introducción al primer volumen de este comentario hemos incluido toda la información que tenemos acerca del profeta Isaías. En vez de repetir esa información, el autor refiere al lector de esta sección al primer volumen; pero haríamos bien en preguntarnos de dónde adquirió Isaías las ideas que escribió.

Isaías no desarrolló estas ideas por él mismo, él fue profeta de Dios y recibió de ese mismo Dios su mensaje. Creemos que Dios el Espíritu Santo inspiró a Isaías, que le dio no sólo los conceptos y las ideas que debía escribir, sino también cada una de las palabras que escribió. Dios empleó: todas las experiencias, el talento y el vocabulario de este siervo suyo para que su profecía llevara el sello exclusivo de Isaías. Al mismo tiempo, estas son palabras que provienen del Altísimo e inspiradas por él.

Creemos en la religión revelada, la religión que viene del Dios Santo a nosotros. No conjeturamos que Isaías desarrolló su mensaje a través de un largo y demorado período de: meditación, investigación y experimentación. Isaías no inventó a Dios, ni diseñó sus ideas acerca de él haciendo uso de su propia: imaginación, inteligencia o experiencia. El Todopoderoso le dio el mensaje de la misma manera como se lo dio a todos los escritores de la Biblia. Como los de Isaías, los mensajes de los

otros escritores de la Palabra llevan el sello del estilo del autor humano, pero todos ellos provienen de Dios, que se reveló a la humanidad por medio de palabras. El mensaje de Isaías es, de la misma manera que el resto de la Biblia, Dios mismo dándose a conocer; ningún ser humano puede saber nada de Dios a menos que él mismo se lo revele.

No tenemos ninguna duda de que Isaías pudo escribir sobre el futuro, porque creemos que Dios se manifestó a Isaías. El Señor les puede revelar el porvenir a los humanos, que sólo tienen un limitado conocimiento, incluso acerca de lo que el siguiente día traerá. En esta segunda parte de la profecía de Isaías, el profeta de Dios vio la cautividad en Babilonia y la liberación de un remanente del exilio. Isaías identificó a Ciro, el rey que iba a llevar a cabo la liberación de la cautividad. Estos sucesos ocurrieron exactamente como Isaías los describió, pero más de un siglo después de su muerte. También vio el profeta al Salvador crucificado: “¡Pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios!” (53:4). La crucifixión tuvo lugar setecientos años después de Isaías; el profeta sabía que Dios le reveló ambos sucesos por inspiración y que no pudo haberlos conocido por él mismo. Una y otra vez destaca su mensaje con la frase: “Así dice Jehová”, o con una variante de la misma. Nosotros nos acercamos a las palabras de Isaías desde la perspectiva de que Dios le reveló estas cosas a su profeta.

¿En qué difiere la segunda parte de Isaías?

Isaías vincula la primera parte de su profecía (capítulos 1–39) a la historia de su época. El rey Acáz y el rey Ezequías juegan importantes papeles en ella. El primero de estos reyes estableció una alianza con los asirios, pero en la época de Ezequías éstos se volvieron contra Judá, asolaron la campiña y le pusieron sitio a Jerusalén. La primera parte termina cuando Dios rescató a Jerusalén y destruyó a las fuerzas asirias a las puertas mismas de la ciudad.

Magistralmente, Isaías construyó un puente hacia la segunda porción de su profecía al introducir en el capítulo 39 a los babilonios, cuyos emisarios, comenta el profeta, fueron agasajados por el rey Ezequías y les dejó ver todos sus tesoros. Una vez que los embajadores se marcharon, Isaías le hizo a Ezequías el anuncio de que un día en el futuro Babilonia iba a venir y se iba a llevar al pueblo a la cautividad.

La segunda parte del libro de Isaías, capítulos 40–66, se ocupa del futuro, después de que los babilonios ya han llegado al poder. Aunque el capítulo 40 comienza con la liberación del pueblo de Dios de la cautividad en Babilonia, el Señor extiende la visión del profeta hacia un porvenir aún más distante. Ciro derrotó a Babilonia en el año 538 a.C., y dictó un decreto que les permitía a los judíos regresar a Jerusalén y reconstruir el Templo y la ciudad, pero después del capítulo 48 desaparece el nombre de Babilonia; y en los capítulos restantes, Isaías concentró su atención en otra liberación mucho más importante al predecir que iba a venir un Libertador mayor, que iba a sufrir y a morir por los pecados del pueblo para librarlo de la servidumbre del pecado y de la muerte. La obra del gran Siervo de Dios constituye un aspecto significativo de la segunda parte de Isaías.

En la segunda parte de su profecía, (capítulos 40–66), Isaías reveló el advenimiento de este gran Siervo de Dios. A cuatro secciones especiales, se les ha dado el nombre de *Capítulos del Siervo*, y son: 42:1-7; 49:1-7; 50:4-11 y 52:13–53:12. Dos capítulos adicionales, 61:1-3 y 63:1-6, nos ayudan a comprender su obra, a la vez que nos dan un maravilloso anticipo del ministerio de Jesús. Es interesante que el cuarto de los capítulos que hablan del Siervo de Dios, 52:13–53:12, ocupa el centro de la profecía, y es de muchas maneras la cúspide hacia donde se dirigen los primeros capítulos, y desde donde podemos ver la majestuosa grandeza de los capítulos restantes.

Muchos eruditos bíblicos dudan de que haya sido un mismo profeta el que escribió la profecía en su totalidad. Algunos sugieren

que un profeta redactó los primeros 39 capítulos y que alguien más se encargó de los últimos 27. Varios de ellos insinúan que los escritores de los 27 capítulos restantes fueron dos: uno de ellos escribió los capítulos 40 a 55 y el otro los capítulos 56 a 66. Los argumentos que esos estudiosos presentan en defensa de sus posiciones no son convincentes. Nosotros creemos que un solo escritor compuso toda la profecía. El gran rollo de Isaías que se descubrió entre los manuscritos del mar Muerto no lo divide como si hubiera sido escrito por dos autores; el capítulo 39 termina una línea antes del final de una columna, y el 40 comienza en la última línea de esa columna sin ninguna indicación de interrupción. Resulta claro que la comunidad religiosa que copió el manuscrito de Isaías no lo consideró como si fuera la obra de dos personas, sino de un solo escritor. Esto no es más que un argumento a favor de la unidad de Isaías y de que su autor es un solo escritor. Otros argumentos a favor de un autor único aparecen incluidos en el texto de este segundo volumen y en la introducción del primero.

Bosquejo

Isaías redactó cuidadosamente la segunda parte de su profecía, creando tres partes casi iguales que pueden ser divididas en nueve capítulos. Esa división parece haber estado también en la mente de Isaías. Dos de esas tres partes concluyen con el mismo pensamiento: “¡No hay paz para los malos!”, ha dicho Jehová” (48:22) y “¡No hay paz para los impíos!”, ha dicho mi Dios” (57:21). Isaías culmina su profecía con una variante de esta idea: el Señor dice: “ Saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará. Y serán abominables para todo ser humano” (66:24). De manera que los malvados nunca tendrán paz. El bosquejo que sigue refleja esa organización.

Tema: Esto es lo que dice el Señor

I. Ayes y juicios (1:1–39:8)*

II. Alivio y consuelo (40:1–66:24)

A. El Dios soberano rescatará a su pueblo de Babilonia
(40:1–48:22)

1. El incomparable Dios Santo viene (40:1-31)
2. El Santo de Israel ayudará a su pueblo (41:1-29)
3. Dios enviará a su Siervo (42:1-25)
4. El Redentor, el Santo de Israel, libraré a su pueblo por amor de sí mismo (43:1-28)
5. No hay dios aparte del Rey y Redentor de Israel (44:1-23)
6. Dios levantará a Ciro para liberar a los exiliados (44:24–45:25)
7. Dios hará todo lo que desee (46:1-13)
8. Dios Todopoderoso destruirá incluso a Babilonia (47:1-15)
9. Dios purificará a su pueblo por amor de sí mismo (48:1-22)

B. El Señor le presenta al mundo su Gran Siervo (49:1–57:21)

1. El Señor se acordará de su pueblo y enviará a su Siervo para salvarlo (49:1-26)
2. El Siervo de Dios redimirá a su pueblo desobediente (50:1-11)
3. La liberación del Señor se acerca (51:1-16)
4. El Señor llama a su pueblo a que despierte porque él reina (51:17–52:12)
5. El Siervo del Señor sufrirá por el pueblo de Dios (52:13–53:12)
6. El Señor siente profunda compasión por su pueblo

(54:1-17)

7. Venid, el Señor llama (55:1-13)
8. Dios libra también a los extranjeros (56:1-8)
9. Nada puede salvar al malvado (56:9–57:21)

C. El Señor le promete la gloria eterna a su nueva Sión (Jerusalén) (58:1–66:24)

1. Regocijaos en la adoración sincera del Señor (58:1-14)
2. El Redentor viene a Sión pese a sus iniquidades (59:1-21)
3. La gloria de Dios se alza sobre su pueblo (60:1-22)
4. El Siervo de Dios proclama las buenas nuevas y hace que la justicia brote ante todas las naciones (61:1-11)
5. El Señor jura bendecir a los redimidos (62:1-12)
6. El Señor también trae el juicio sobre los malvados (63:1-6)
7. El pueblo de Dios ruega por la salvación del Señor (63:7–64:12)
8. Dios creará una nueva Jerusalén para su pueblo pero castigará a quienes le abandonen (65:1-25)
9. El Señor castiga a sus enemigos pero trae eterna paz y consuelo a los fieles (66:1-24)

SEGUNDA PARTE
Alivio y Consuelo
(40:1–66:24)

Isaías 39:5–8–repasso

Judá será llevada a Babilonia

⁵ Entonces dijo Isaías a Ezequías:

—Oye palabra de Jehová de los ejércitos: ⁶“He aquí vienen días en que será llevado a Babilonia todo lo que hay en tu casa, lo que tus padres han atesorado hasta hoy; ninguna cosa quedará, dice Jehová. ⁷De tus hijos que saldrán de ti y que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia.”

⁸ Y dijo Ezequías a Isaías:

—La palabra de Jehová que has hablado es buena.

Y añadió:

—A lo menos, haya paz y seguridad en mis días.

Al comenzar el estudio de la segunda parte de la profecía de Isaías, no debemos olvidar el final de la parte anterior. Nuestro estudio comienza aquí por dos razones: la primera, que la profecía de Isaías es un todo unido. Aunque hacemos una división entre los primeros 39 capítulos y los últimos 27, la toda profecía constituye una unidad. El primer volumen de esta serie señaló algunas de las conexiones entre las dos partes principales de la profecía de Isaías. Cuando se catalogaron los hallazgos de los manuscritos del mar Muerto, se encontró una copia completa del libro de Isaías; ese gran rollo de Isaías no hace distinción entre la primera y la segunda parte de la profecía, como si la primera parte fuera un libro y la segunda parte fuera otro; las dos partes conforman una unidad; ambas secciones van juntas (ver la introducción en la página 5) y si bien es cierto que las dos partes son disímiles, sus discrepancias

no se deben a que las hubieran escrito dos autores distintos, podemos encontrar otras causas que explican las disimilitudes.

La segunda razón consiste en que el anuncio que hizo Isaías de la cautividad en Babilonia vincula los primeros 39 capítulos de la profecía con los restantes. Al final de la primera parte, vemos que Dios libró a su pueblo del ejército asirio que estaba acampado a las puertas mismas de Jerusalén (capítulos 36, 37). Por la intervención divina, Asiria dejó de ser una amenaza para Judá, pero Ezequías cometió la necedad de agasajar a los emisarios que le envió Babilonia mostrándoles todas las cosas que había en su palacio y, desafortunadamente, siglo y medio después, Babilonia iba a asolar a Judá. Dios sabía eso y se lo reveló a Isaías, quien a la vez se lo comunicó a Ezequías poco después de que los emisarios habían partido de regreso a Babilonia. En los capítulos 38 y 39, Isaías desvía la atención de sus lectores de Asiria y la dirige hacia Babilonia, que era la siguiente amenaza.

La profecía de Isaías puso la aciaga nube de la cautividad en Babilonia en un distante horizonte. Esa nube, que se iba a hacer más oscura y poderosa en el curso del siguiente siglo, iba a estallar finalmente contra los judíos, 120 años después de que los enviados de Babilonia salieron del palacio de Ezequías. ¿Quién podía ver esa tormenta en el distante futuro? Mediante el poder de Dios, Isaías la vio. Mucho antes de que ocurrieran los sucesos, él predijo el surgimiento de Babilonia. Recordemos que Isaías era profeta de Jehová de los ejércitos, del Santo de Israel. Para Dios no fue nada difícil revelarles estos acontecimientos futuros a su profeta; y aunque muchos eruditos dudan de que Isaías pudiese predecir lo que habría de suceder, los cristianos que creen en la Biblia aceptan la idea del Dios que puede hacer eso y más.

El ascenso de Babilonia auguraba grandes dificultades para el propio pueblo de Isaías. Como la gran superpotencia que iba a ser en el antiguo Oriente Medio, Babilonia iba a llegar finalmente para llevarse todo lo que hubiese en Judá. Como Isaías lo predijo, no iba a tener piedad ni siquiera de los descendientes de Ezequías, pues algunos de ellos iban a ser llevados para servir en el palacio

del rey de Babilonia. En los días de Isaías la amenaza del cautiverio tenía un sentido real y concreto; y aunque los asirios no pudieron destruir a Jerusalén, por la milagrosa intervención de Dios, sí lograron su propósito contra Samaria. En el año 721 a.C., después de un sitio de 36 meses, los asirios habían conquistado la capital de Israel, el reino del Norte del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. La población había sido deportada y esclavizada. En el momento en que Isaías le hablaba a Ezequías, Israel estaba mayormente despoblada y despojada de todo lo de valor, es por eso que todo estaba aún fresco en la mente del rey y en la de sus súbditos. Isaías advirtió que en el futuro Judá también iba a ser llevada al cautiverio.

Las noticias eran alarmantes; no se trataba de una vaga sentencia general que iba a venir, sino que era la severa amenaza de la ley de Dios, cierta y sombría. El Señor la pronunció e Isaías la acuñó con el sello de autenticidad: "...dice Jehová". Ezequías lo comprendió y reconoció que era "la palabra de Jehová". Sin embargo Dios les dio otro mensaje, un mensaje de consuelo para su pueblo mientras esperaba la cautividad. Por lo general el exilio marca el fin de una nación, pero no iba a suceder así con Judá. Ellos van a regresar. Las palabras que inician el siguiente capítulo proclaman las dulces buenas nuevas del evangelio en el contexto del severo juicio de la ley.

Estas profecías se aplican claramente a las circunstancias históricas de Judá, pero Isaías vio mucho más allá del comienzo y el fin de la sujeción a Babilonia; Dios le otorgó una visión del advenimiento de su gran Siervo, que le pondrá fin a la esclavitud del pecado y de la muerte para toda la humanidad y le traerá gozo y gloria eterna a todo su pueblo. Así como Jesús describió la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo en una sola imagen (Mateo 24), la visión profética de Isaías mira dos acontecimientos ampliamente separados en el tiempo y sin embargo los agrupa en un cuadro único. Con esto en mente, no sólo vemos a Babilonia y el regreso de los cautivos, sino que vemos más, es decir, a Cristo y su obra. Miramos más allá del retorno de los cautivos judíos a

Jerusalén; vemos la liberación de todo el pueblo de Dios de su servidumbre espiritual y los vemos entrar en la nueva Ciudad Santa.

El Dios soberano rescatará a su pueblo de Babilonia

Introducción

40 «¡Consolad, consolad a mi pueblo!»,
dice vuestro Dios.

² Hablad al corazón de Jerusalén;

decidle a voces

que su tiempo es ya cumplido,

que su pecado está perdonado,

que doble ha recibido de la mano de Jehová

por todos sus pecados.

No lo dice una sola vez, lo dice dos veces: “¡Consolad, consolad!”. De esta manera el Señor comienza con un solo y enfático mandato que fluye de su mente y que él mismo les dio a sus mensajeros, que anunciarán las buenas nuevas de su amor. Dios les dirigió ese consuelo a quienes llama “mi pueblo”. Pese a: toda la infidelidad, la rebelión y el pecado, ellos seguían siendo suyos. Como les había prometido, él seguía siendo su Dios fiel y misericordioso: “¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6-7).

La prosa del capítulo precedente desaparece, y comienza de nuevo la poesía. Sin ningún comentario introductorio, nos hallamos en medio del pensamiento de Dios: “¡Consolad, consolad a mi pueblo!”. ¿Quién debía hacerlo? ¿Isaías? Por supuesto, pero no solamente él; el mandato abarca a más que a una sola persona. En el Antiguo Testamento, el mensaje del consuelo de Dios vino mediante los profetas; y en el Nuevo Testamento mediante los

apóstoles. Todos los que comparten el evangelio llevan también el mandato que Dios les da de consolar a su pueblo. Ese mandato se aplica a todos los que comparten la importante tarea de llevar el alivio divino a quienes lo necesitan.

El segundo versículo nos presenta el método con el que se debería consolar: “Hablad”. Por medio del lenguaje humano, Dios les comunica a otros su consuelo. El proceso es sencillo: el consuelo proviene de Dios, quien lo revela por medio del lenguaje humano para que alcance a otros. El evangelio viene en palabras; las palabras son la forma por la cual Dios extiende su gracia y misericordia. “Hablad al corazón”, ordena Dios, y proclamad o llamad en alta voz. En otras palabras, usen su voz.

¿Cuál es el mensaje? Dios nos dice cuál es exactamente el contenido de las palabras que quiere que se digan; y tres cláusulas identifican el contenido del mensaje. La primera, que su tiempo es ya cumplido [La NVI dice que el duro servicio del pueblo de Dios había terminado]. La segunda, que su pecado está perdonado. Y la tercera, que el pueblo de Dios había recibido abundantes bendiciones de él. Cada una de esas cláusulas comienza con un “*que*”. Todas anuncian una acción que ya se ha cumplido; y es así, incluso cuando todas estas cosas están en el futuro. Babilonia no se había convertido aún en una nación poderosa ni Judá había sido llevada al cautiverio; Ciro ni siquiera había nacido, y mucho menos había dictado un decreto que le permitiera a los judíos el regreso a Jerusalén; y ciertamente Jesús no había venido todavía a este mundo. Los sucesos anunciados por Dios eran tan ciertos que él hablaba como si ya se hubiesen cumplido. No hay duda acerca del futuro que ha sido anunciado por el Señor.

El “que doble ha recibido” de la primera cláusula significa obligaciones militares y quizá también dificultades y pruebas. Por una parte, la promesa denota que la sujeción a Babilonia ha llegado a su fin y que eso le dio consuelo al pueblo de Dios; por otra parte, el pecado y la muerte forjan cadenas de servidumbre para cada pecador, y cada pecador anhela oír que está libre de esas cadenas. Dejamos de ser esclavos del pecado y la muerte porque Jesús ha

venido. Ya no estamos encerrados en la prisión por la ira de Dios, ni estamos esperando una eternidad de castigo en el infierno. Nuestro insufrible servicio ha concluido, no porque hayamos alcanzado la libertad mediante nuestro propio esfuerzo ni porque hayamos cumplido nuestra condena y satisfecho la ley. Nuestro cautiverio ha terminado porque Dios ha obtenido nuestra liberación por medio de su Hijo, el Mesías.

La segunda cláusula anuncia el perdón de los pecados. La deuda ocasionada por cada hecho torcido y vil que haya sido cometido por el pueblo de Dios y por toda la humanidad ha sido pagada. Eso no significa que los 70 años de la cautividad de Judá hayan sido suficientes para pagar la deuda que sus pecados crearon. Judá no podía expiar su propia culpa ni la de ninguna otra nación o pueblo; pero sus pecados habían sido pagados. Si Judá no pudo pagar su deuda por sí misma, ¿cómo fueron pagados sus pecados? La respuesta nos da la razón por la que la profecía de Isaías sigue siendo tan importante: alguien vendrá a pagar por sus pecados. En el capítulo 53, el profeta describe claramente cómo va a ocurrir eso. Las depravaciones de esa ciudad y las de todo el mundo serán pagadas por los sufrimientos y la muerte vicaria del Siervo del Señor. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (53:6).

La tercera cláusula es dos veces tan extensa como las otras dos y subraya la gracia de Dios. Isaías nos dice que el pueblo de Dios recibió una doble porción de la mano del Señor Jehová, el Dios del pacto, el Dios Salvador. Esas bendiciones se originan en su corazón; a él le pertenecen, y él las dispensa a su pueblo que las recibe sólo de su mano. El pueblo no las merece y tampoco las pueden ganar por medio de sacrificios o de sufrimientos. En vez de eso, Dios las reparte gratuitamente por su sola gracia.

Jehová el Señor ofrece una doble porción. No se trata de una cantidad medida en dos partes; la palabra *doble* simplemente significa que sus bendiciones sobreabundan y van mucho más allá de lo que se espera. Los pecados del pueblo de Dios han merecido el castigo, pero en su lugar el Señor le ha ofrecido perdón y vida

eterna. El apóstol Pablo captó el significado de esta cláusula cuando escribió: “Pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20).

Estas tres estipulaciones no sólo identifican el contenido del mensaje de los heraldos de Dios, sino que también nos dan el mapa del camino que se va a seguir a través de los restantes capítulos de la profecía de este gran profeta. Los 27 capítulos de su última parte se pueden dividir en tres secciones de nueve capítulos cada una. La primera sección (capítulos 40–48) se centra en la emancipación del pueblo de Dios de su cautiverio en Babilonia y desarrolla la idea de que el “servicio duro es ya cumplido”. La segunda sección (capítulos 49–57) anuncia el advenimiento del gran Siervo del Señor, quien será herido y molido por la impiedad de sus escogidos. Es muy apropiado que el capítulo 53 sea el centro de esta sección y a su vez el centro de toda la última parte de la profecía. El delito de sus hijos “es perdonado” por completo por el Redentor. Finalmente, la última parte (capítulos 58–66) nos lleva a los grandiosos resultados de la formidable obra del Mesías. La nación escogida recibe las magníficas bendiciones, una doble porción de parte de Dios, en virtud del sufrimiento y la muerte del Salvador.

Estos dos primeros versículos son un apropiado comienzo para el estudio de los restantes capítulos de Isaías.

¡Aquí está tu Dios!

³ **Voz que clama en el desierto:**
«¡Preparad un camino a Jehová;
nivelad una calzada
en la estepa a nuestro Dios!
⁴ **¡Todo valle sea alzado**
y bájese todo monte y collado!
¡Que lo torcido se enderece
y lo áspero se allane!

**⁵ Entonces se manifestará la gloria de Jehová
y toda carne juntamente la verá,
porque la boca de Jehová ha hablado.»**

Isaías continúa de una manera tan dramática como lo hizo en el primer versículo: “Voz que clama”. Una voz humana había respondido al mandato que hizo Dios de que se le hablaran palabras de consuelo a su pueblo, Jerusalén. El término voz aparece tres veces en los siguientes nueve versículos, que se pueden dividir a partir de esta palabra. Dios comunicó su mensaje a través del lenguaje humano, que es el medio que el Padre usa para obrar en los corazones de sus hijos. Él no actúa mediante la telepatía ni por medio de la iluminación interior, sino que le comunica sus pensamientos al hombre a través de las palabras expresadas por una voz humana. Ninguna persona conoce el evangelio de Dios mediante intuición o meditación, sólo se aprende del amor de Dios cuando los mensajeros predicán el evangelio. Dios no ha prometido que va a obrar de alguna otra forma.

Setecientos años después de que Isaías escribiese estas palabras, apareció Juan el Bautista. Mateo, Marcos y Lucas nos dicen que vino predicando, y los tres citan este pasaje que lo identifican como la voz del que clama, pero no fue únicamente la voz de Juan el Bautista la que cumplió esta profecía; todos los llamados a predicar anuncian las buenas nuevas del amor de Dios para todo el mundo. Por último, no sólo ellos sino todos los creyentes responden a la comisión del Señor cuando les proclaman el evangelio a otros.

El mensaje de Juan el Bautista, y el de cada mensajero de Dios, sigue siendo el mensaje de arrepentimiento. Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. La profecía presenta al Señor que viene a su pueblo; en la inminencia de su venida, su pueblo debe preparar el camino, quitando de antemano todos los obstáculos de su camino. Las montañas, el suelo áspero y los lugares abruptos representan el estado natural de los corazones de

los hombres que de por sí son más duros que el pedernal. El evangelio prepara el terreno pedregoso, o sea el corazón, para que el hombre pueda creer. El arrepentimiento consiste en apartarse del pecado y confiar en el perdón que Dios ofrece. Ése fue el mensaje que Juan proclamó en el desierto, y es el mensaje de cada creyente que da voces de esperanza desde su interior. A través de las palabras del evangelio el Señor toca a las puertas del corazón impenitente e incrédulo, y hace desaparecer todos los obstáculos cuando el Espíritu Santo crea la fe.

Esta imagen nos recuerda la llegada de Dios para librar a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Dios llamó a Moisés desde la zarza ardiente en el desierto y estuvo con él cuando apareció ante el faraón. El Señor acompañó a Moisés, y sacó a su pueblo de Egipto para llevarlo al monte Sinaí. Las referencias al desierto que hace aquí Isaías le recuerdan al pueblo de Dios que él vendrá otra vez como hizo la primera vez. El profeta añadió otra idea; así como la gloria de Dios se apareció a los del pueblo del éxodo para guiarlos y asegurarles que estaba con ellos, también “se manifestará [una vez más] la gloria de Jehová”. Este mismo Dios los libraré. Hay que tener presente que este es un cuadro poético y profético, no es un cuadro literal. No buscamos el regreso de Dios en algún desierto remoto pero ciertamente lo esperamos, y por la fe hemos preparado nuestro corazón para su venida. Esta imagen proviene de una antigua costumbre de los reyes que solían enviar mensajeros antes de su llegada, de manera que el camino fuese nivelado y emparejado para el viaje real.

⁶ Voz que decía: «¡Da voces!»

Y yo respondí: «¿Qué tengo que decir a voces?»

«Que toda carne es hierba

y toda su gloria como la flor del campo.

**⁷ La hierba se seca y la flor se marchita,
porque el viento de Jehová sopla en ella.
¡Ciertamente como hierba es el pueblo!**

**8 La hierba se seca y se marchita la flor,
mas la palabra del Dios nuestro permanece para
siempre.»**

Aquí se escucha de nuevo la voz que sobresale con tremendo poder al comienzo del versículo con el mandato: “¡Da voces!”, y esta vez Dios le da la orden a un mensajero único, quizás a Isaías como representante de todos ellos. Pero quién sea precisamente el que debe dar voces es algo vago e indefinido. Una vez más parece que el Señor abarca en estos versículos a todos sus mensajeros; cada uno de los mensajeros de Dios debe ser como Isaías. La identidad del mensajero desaparece tras las noticias, que son más importantes que quien las anuncia; incluso la personalidad de Isaías se desvaneció tras el glorioso mensaje que proclamó. Sabemos muy poco acerca de este profeta, pero mucho acerca de su mensaje.

La reaparición de la voz nos recuerda que el mensaje les llega a los humanos mediante la voz que lo proclama. Nadie llega a ser creyente sin el evangelio. Dios el Espíritu Santo obra mediante él, ya sea que se proclame o se lea. Sin la Palabra no hay fe; ni los pecadores conocen de la gracia de Dios. Ninguna mente humana podría imaginar lo que Dios ha hecho movido por el inmerecido amor que tiene por los pecadores; ningún humano podría llegar a la fe en el Dios de amor sin el evangelio, las palabras que comunican su amor. De la misma manera, el intelecto humano tampoco podría conocer el pecado si no fuera a través de lo que está escrito en la ley de Dios (Romanos 7:7). Dios ha dispuesto que entra en el corazón de los humanos por el sencillo medio de las palabras. Él ordena a cada uno de sus hijos: ¡Da voces!, predica, testifica, comunica, proclama; y promete que obrará por medio de las palabras de sus testigos.

El mensajero plantea una importante pregunta: ¿Qué tengo que decir a voces? Lo que prosigue define un mensaje específico de ley y evangelio. La ley llega primero, y lo que hace es acabar con todo el orgullo humano. A Walt Whitman, el poeta de Leaves

of Grass, le pudo haber agradado la idea de que todos los hombres son hierba, pero esas palabras están lejos de su creencia respecto de la igualdad democrática. El mensaje del profeta no deja ninguna gloria humana en pie ante la majestad y el poder del Señor. Dos veces vemos la palabra “toda”. Todos los humanos con sus logros están incluidos. Ese mensaje aniquila la mente humana y su orgullo. Todos queremos considerar que somos importantes y deseamos hacer algo igualmente importante. Nuestros libros de historia registran los eventos de los éxitos humanos; los monumentos antiguos dan testimonio de pasadas y grandiosas culturas, de la misma manera que las artes perpetúan el ingenio y las vidas de personas significativas. Pero todos los hombres son como hierba, y cada uno de sus éxitos, toda su gloria, no es más que una flor que florece bellamente pero que rápidamente pierde su lozanía y muere.

El profeta repite ese concepto en estos versículos de manera que no haya error acerca del mensaje de Dios. Frente al viento de Jehová tanto las personas, es decir, la hierba, como sus logros, que son sus flores, se marchitan y caen. No importa lo que el hombre pueda llegar a alcanzar, la muerte nos acecha a todos y vendrá y nos devorará un día. No debemos depositar nuestros sueños y nuestras esperanzas en nada que sea humano, no importa lo glorioso que parezca. La frase “el viento de Jehová” quizás se refiera a los vientos ardientes y secos del desierto que soplan con frecuencia sobre Palestina. En un corto tiempo, esas calientes corrientes de aire lo secan todo y hacen muy difícil la vida en Jerusalén.

El pasaje pone de un lado todo el pensamiento y el esfuerzo humano y del otro la palabra de Dios. No nos podemos abstraer de la idea que estos versículos nos comunican; lo que permanece es la *palabra* de Dios. En esta sección, la *Palabra* encaja perfectamente bien con el término *voz*; la palabra de Dios comunica la ira divina contra el pecado y su infinito amor por todos los hombres, eso es ley y evangelio. El mensaje es la Palabra de *nuestro* Dios. Los creyentes reconocen su propio pecado y la

gracia de Dios; confiesan que el Señor los ha rescatado de la esclavitud del pecado y de la muerte. Todo lo que es divino y le pertenece a Dios supera a todo lo que es humano; todo lo humano se desvanece y desaparece, en tanto que lo que procede de Dios en su Palabra perdura por la eternidad. Por último, cuando Jehová nuestro Dios regrese, la tierra y todo lo que ella contiene serán destruidos (2 Pedro 3:10). La Palabra sobrevivirá incluso a esa catástrofe por los siglos de los siglos.

**⁹ Súbete sobre un monte alto,
anunciadora de Sión;
levanta con fuerza tu voz,
anunciadora de Jerusalén.**

¡Levántala sin temor!

Di a las ciudades de Judá:

«¡Ved aquí al Dios vuestro!»

**¹⁰ He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder,
y su brazo dominará;**

**he aquí que su recompensa viene con él
y su paga delante de su rostro.**

¹¹ Como pastor apacentará su rebaño.

**En su brazo llevará los corderos,
junto a su pecho los llevará;**

y pastoreará con ternura a las recién paridas.

Por tercera vez aparece la palabra *voz* aunque en esta ocasión no es la primera del versículo. Antes de que leamos la palabra *voz*, hay dos ideas que reciben el énfasis. La primera consiste en que la palabra de Dios excede en gran manera cualquier cosa humana y merece ser proclamada desde la montaña más elevada. Dios les ordena a los emisarios que poseen la “palabra del Dios nuestro” (versículo 8) que suban a un monte alto desde donde el mensaje pueda ser transmitido y escuchado hasta por las audiencias más apartadas. La segunda idea es que el mensaje que deberían proclamar son las “buenas nuevas” [NVI]. Este es el evangelio,

las consoladoras noticias del tierno amor de Dios por su pueblo. En los versículos siguientes aprenderemos más acerca de las buenas nuevas.

Dios le anuncia las “buenas noticias”: a su pueblo, a Sión y a Jerusalén; los enviados de Dios han de usar su voz para proclamarle el evangelio a ese pueblo. Se les da ánimo a los mensajeros para que no tengan temor; las noticias que traen son demasiado maravillosas e importantes. No son para que las susurren sino para las proclamen a gran voz desde los montes más altos. El pueblo las debe oír ya que por ellas Dios obra en los corazones humanos.

Si el viento de Jehová hizo que la hierba y las flores de la humanidad se marchitaran, ¿por qué podría querer una persona escuchar que el Señor viene? El mensaje es claro: “¡Ved aquí al Dios vuestro!” Pero si viene con fiereza, con duro juicio, los humanos sólo desearán esconderse de él, desearán que los montes los cubran antes que enfrentarse con el Señor. ¿Por qué podría desear alguien regocijarse y gozarse en su llegada? La respuesta la encontramos en la ley y en el evangelio. Los que rechazan a Dios temerán su llegada, pero los que creen la esperarán y se prepararán para ella; de hecho, la anhelarán con alborozo y gran expectativa. Las buenas nuevas del Señor obran ese cambio porque ellas no revelan la ira divina contra el pecado y contra el pecador, que es el mensaje de la ley, sino su compasivo y misericordioso corazón. La ley y el evangelio muestran al mismo Dios; en la ley él se da a conocer como el Dios temible, y en el evangelio se revela como el Dios de amor y misericordia.

Nuestros ojos deben mirar a Jehová el Señor y ver su venida. ¿Qué vemos? Al Rey Dios, es decir, el Dios del pacto: poderoso, misericordioso y fiel, que controla todo con su poder, guiando en procesión triunfante a los exiliados, ahora libres del cautiverio. Consigo trae un premio, que se describe más adelante como una “recompensa”. Las dos palabras indican algo que se ha ganado por la ejecución de una obra. Ese premio no es lo que los hombres han guardado en la mente de Dios o en su corazón por sus muchas y

loables obras. Lutero sugiere: “Aunque en toda nuestra vida andemos procurando complacer a Dios, no seríamos nada sino gusanos ante la vista de su majestad” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works, American Edition*, volumen 17, p. 18). Toda la Escritura proclama que las obras humanas no ganan la recompensa de Dios. La sección anterior, que dice que la gloria humana es nada más que una efímera flor, no nos permitirá decir que el omnipotente Dios viene con las recompensas que fueron ganadas por algunos seres humanos. No, él viene con grandes bendiciones que les dará a los de su pueblo por su sola gracia. Ellos dejarán de tener: el infortunio, la desolación, la vergüenza, las penas y las lágrimas, que merecen por sus rebeliones y pecados.

Dios trae consigo el premio, como resultado de la obra que él mismo realizó. Él lo ha obtenido mediante: el sufrimiento, la muerte y la resurrección de su propio Hijo. Por medio de la redención, el Altísimo ha obtenido: el perdón de los pecados, la vida eterna y la liberación de todas las cosas que pudieran separarlo de su pueblo. La sangre de Cristo ganó esa recompensa por los propios esfuerzos divinos. Sólo él puede lograr y otorgar esas bendiciones; en esta representación, el Señor aparece listo para dispensarlas a sus hijos escogidos.

Por la obra que ha hecho, Dios nos ha reclamado como suyos. Por la gracia y el poder del Espíritu Santo estamos alrededor de este glorioso y poderoso Dios como las ovejas rodean a su pastor. Como pueblo suyo, nos es familiar la imagen del pastor que cuida tiernamente de su rebaño. Jesús la empleó (Juan 10), y la emplearon también David (Salmo 23) y Ezequiel (Ezequiel 34). El poderoso Señor cuida a su pueblo; pone a los corderos, a los débiles y a los recién nacidos entre los pliegues de sus vestiduras, cerca de su corazón. Las ovejas que tienen crías recién nacidas tienen necesidad de su especial y tierno cuidado para guiarlas. No es de asombrar que ese mensaje, esas buenas nuevas, se deban proclamar desde las cumbres más altas para que todos las oigan.

¿Con quién compararemos a Dios?

**12 ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano
y los cielos con su palmo,
con tres dedos juntó el polvo de la tierra,
y pesó los montes con balanza
y con pesas los collados?**

**13 ¿Quién examinó al espíritu de Jehová
o le aconsejó y enseñó?**

**14 ¿A quién pidió consejo para poder discernir?
¿Quién le enseñó el camino del juicio
o le dio conocimiento
o le mostró la senda de la prudencia?**

**15 He aquí que las naciones son para él
como la gota de agua que cae del cubo,
y como polvo menudo en las balanzas
le son estimadas.**

**He aquí que las islas le son como polvo
que se desvanece.**

**16 Ni el Líbano bastará para el fuego,
ni todos sus animales para el sacrificio.**

**17 Como nada son todas las naciones delante de él;
para él cuentan menos que nada,
menos que lo que no es.**

Los que les lleven las buenas nuevas a Sión deberán decir: “¡Ved aquí al Dios vuestro!” (versículo 9). La visión del Señor que contemplamos en los versículos anteriores fue: poderosa, tierna y misericordiosa; las secciones restantes del capítulo siguen clarificando la visión del Señor. Isaías comienza con una serie de preguntas retóricas que tienen el propósito de demostrar la grandeza del todopoderoso Creador del universo. Su poder sobrepasa todo cuanto el ser humano pudiera concebir. ¿Quién puede siquiera medir las aguas de los mares o la inmensidad del espacio? Las técnicas de medición contemporáneas son más

sofisticadas que las de los tiempos de Isaías, pero ni siquiera los años luz pueden medir los cielos, y sólo podemos estimar de manera aproximada el volumen de los océanos. El cálculo del peso de la tierra o de sus colinas y montañas es un ejercicio matemático que arroja sólo un dato estimativo, la mejor inferencia de la ciencia, pero sólo Dios lo sabe con certeza. Él reina todopoderoso y nosotros ni siquiera podemos medir con exactitud lo que su poder ha creado.

Dios lo sabe todo e Isaías pregunta quién lo aconsejó. La respuesta es obvia: nadie tenía más sabiduría que Jehová. El más inteligente de los seres humanos, ya sea hombre o mujer, puede ser aclamado por la sociedad que reconoce las grandes contribuciones que haya hecho en algún terreno de la razón natural, pero esa es una grandeza que medimos sólo comparándola con otros seres humanos, no cotejándola con la omnisciencia de Dios. Ved aquí a vuestro Dios, el todopoderoso y omnisciente Creador. Esas simples preguntas nos presentan una profunda verdad de manera dramática; las respuestas son una lección ineludible de humildad.

A continuación Isaías hace una comparación. Nosotros medimos las naciones y los pueblos de modo diferente a como Dios los hace. Para él, todas las naciones son “como la gota de agua que cae del cubo”, lo que no quiere decir que su Creador piense que los pueblos carecen de importancia o de valor. Su amor por el mundo lo motivó a enviar a su Hijo para que todo aquel que en él cree no se pierda sino que tenga vida eterna (Juan 3:16). La comparación que Isaías presenta aquí tiene el propósito de acabar con el orgullo y la arrogancia de los hombres. Todas las naciones juntas no llegarían a pesar más que el polvo de la balanza. Las regiones costeras del Mediterráneo, las islas, todas juntas no equivalen a más que una pizca de polvo.

¿Qué le podrían ofrecer las naciones a Dios que pudiera influenciarlo? ¿Qué sacrificio podría hacer algún ser humano que hiciese sonreír al Señor? ¿Qué necesita el Creador de algún ser humano o de todos ellos juntos? En el Antiguo Testamento, el

Líbano era conocido por su madera; Salomón importó sus cedros para el Templo y para otros proyectos de construcción. Si todos los bosques del país pudieran ser quemados para el fuego del altar, no serían suficientes para Dios. Y si todos los animales del Líbano pudieran ser ofrecidos como sacrificio, tampoco eso equivaldría a nada. La conclusión es clara, e Isaías hizo énfasis en la verdad empleando tres términos. Ante el Dios todopoderoso y omnisciente, las naciones son “como nada”, “menos que nada” y “menos que lo que no es”.

**18 ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios
o qué imagen le compondréis?**

**19 El artífice prepara la imagen de talla,
el platero le extiende el oro
y le funde cadenas de plata.**

**20 El pobre escoge,
para ofrecerle,
madera que no se apolille;
se busca un maestro sabio,
que le haga una imagen de talla que no se mueva.**

Dios se revela a él mismo en este capítulo como un gran conquistador que ha derrotado a sus enemigos y viene a su pueblo con las bendiciones que él ha ganado. Además se revela como un tierno pastor que cuida de su rebaño. Con las preguntas de la sección anterior, Dios establece que él es todopoderoso y omnisciente. Esas importantes verdades respecto de Dios provienen de él mismo. Y como el Señor es mucho más grande que: la imaginación, la especulación o el pensamiento de los humanos, toda la información acerca de él debe venir de Dios mismo. En este capítulo, él se describe como alguien que está dispuesto a hablarles a sus criaturas acerca de él mismo. Él dio a conocer el contenido de las palabras de consuelo que ordenó predicar en el versículo inicial. Sus mensajeros tenían voz para hablar las buenas nuevas.

Sin la ayuda de la revelación divina, que es su Palabra, la mente humana sólo puede captar algunas de las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina (Romanos 1:20). Esas son cosas que los hombres pueden percibir mirando la magnificencia del mundo creado. Pero la mente humana natural es siempre limitada y también está pervertida por el pecado. Dejada a sí misma y sin la Palabra, la humanidad ha concebido al Señor en la forma de ídolos. En el primer mandamiento, Dios le prohibió expresamente a su pueblo el uso de imágenes talladas, pero eso no les impidió que se hicieran un becerro de oro en el desierto, como tampoco en nuestros días nada impide hacer falsos dioses. La perversidad de la mente humana, por causa del pecado, aparta la adoración a Dios de su Palabra revelada y la arrastra a la imaginación del corazón y la mente de los hombres.

Veamos lo que ha sucedido. Isaías nos lleva a hacer un recorrido para que conozcamos cómo se hacen los ídolos. Los artesanos moldean imágenes, las recubren con oro, las adornan con cadenas de plata y las aseguran a una base, de manera que sus creaciones no se tambaleen. Los metales preciosos y el trabajo cuidadoso al hacer el ídolo revelan profunda devoción. Los que adoran a los ídolos les ofrecen sacrificios a sus dioses. Isaías nos pide que prestemos atención al hombre de pocos recursos, aunque éste no puede crear un dios tan exquisito como el que está hecho de oro y plata, invertirá el tiempo en seleccionar los mejores materiales que pueda y le pagará un hábil artesano para que le haga uno. Para esa persona, su religión requiere sacrificio y devoción.

A través de los siglos, los seres humanos en su limitada imaginación le han dado forma a Dios. En nuestro propio mundo no creamos efigies como las que Isaías describe en estos versículos; sin embargo, cada vez que las personas imaginan a Dios aparte de su revelación, crean un dios falso, un ídolo. Nosotros lo moldeamos cuando enseñamos nuestras propias opiniones, creando así nuestros propios ídolos. Los dioses de nuestro mundo contemporáneo no difieren en lo esencial de los

del mundo antiguo, sino solamente en sus formas externas. La mente humana quiere crear una divinidad que recompense: las manifestaciones de cariño, las palabras amables y los pensamientos nobles. El dios que tantos se hacen hoy día aparece como un abuelo tolerante en los cielos, sonriendo bonachonamente cuando hacemos el bien y que no sólo olvida, sino excusa nuestros lapsus morales, que acepta a cualquiera y abraza a todo el mundo. Esa deidad no amenaza con el castigo a nadie, excepto al más salvaje de los criminales. Demasiada gente concluye que Dios no va a castigar a tantos culpables del mismo pecado o de pecados similares. Ese es un ídolo tan ciertamente como lo son las imágenes de Baal o de Dagón. Siempre que nos hagamos una deidad que pueda ser aplacada por la conducta humana, hemos creado un dios diferente al que Isaías y los otros escritores de las Escrituras nos describen. Hemos hecho un dios a nuestra propia imagen y lo hemos moldeado a la manera en que nos satisface.

21 ¿No sabéis? ¿No habéis oído?

¿No os lo han dicho desde el principio?

¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó?

22 Él está sentado sobre el círculo de la tierra,

cuyos moradores son como langostas;

él extiende los cielos como una cortina,

los despliega como una tienda para morar.

23 Él convierte en nada a los poderosos,

y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana.

24 Como si nunca hubieran sido plantados,

como si nunca hubieran sido sembrados,

como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra;

tan pronto como sopla en ellos, se secan,

y el torbellino los lleva como hojarasca.

Las cuatro preguntas del versículo 21 son retos categóricos a todos los que inventan a Dios a su propia imagen y hacen ídolos. Dios no se ha ocultado, él se ha revelado desde el principio cuando

hablaba con Adán y Eva en el jardín, e incluso después de que pecaron continuó haciéndolo al darles la promesa del Salvador venidero. Le habló a Noé antes y después de la destrucción del mundo por el diluvio que envió por causa del pecado. Moisés trajo la revelación de Dios desde la montaña y escribió los cinco primeros libros de la Biblia; cerciorándose el Señor de que éste y los escritores posteriores escribieran *su* palabra y no especulaciones personales. Él los inspiró y les dio las palabras exactas que debían escribir. Pablo, el apóstol, subraya este punto: “Hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2:13).

La verdad siempre ha estado al alcance de todos, pero la mente humana ha estado tan entenebrecida por el pecado que no puede imaginar a Dios como es. Isaías lo describe como el Creador y Soberano del mundo, sentado en las alturas sobre el mundo que él hizo; él extendió los cielos tan fácilmente como se levanta una tienda. Dios no fue creado sino es eterno, sin principio ni fin; separado y distinto del mundo que él formó. Dios es: santo, infinito, perfecto e inmutable. Los humanos son como muchas langostas; por causa del pecado, en nada se parecen a Dios. Son: temporales, imperfectos, sujetos a cambios de todo tipo y además mortales. ¡Qué arrogancia de su parte querer moldear a su Creador! Si queremos conocerlo, debemos escuchar humildemente lo que él nos dice.

Dios lleva a su profeta y nos lleva a nosotros un paso más allá. Incluso los grandes líderes del mundo son nada comparados con el Altísimo. Los príncipes y los gobernantes de este planeta están bajo su gobierno. Él controla su historia y está muy por encima del mundo que creó; él rige el universo como el monarca omnipotente que es sobre toda la creación. En el mejor de los casos, los hombres son un enjambre de langostas. Sus líderes, sus príncipes y sus gobernantes son pequeños e insignificantes comparados a Dios. Este Dios es muy diferente de un anciano abuelo en el cielo. Cuando los hombres procuran penetrar la

realidad espiritual sin la revelación divina, están sentenciados a crear dioses a su propia imagen.

**25 ¿A qué, pues, me haréis semejante
o me compararéis? dice el Santo.**

**26 Levantad en alto vuestros ojos
y mirad quién creó estas cosas;
él saca y cuenta su ejército;
a todas llama por sus nombres
y ninguna faltará.**

¡Tal es la grandeza de su fuerza y el poder de su dominio!

Isaías regresa a la pregunta que había planteado primeramente en el versículo 18; pero ahora es una pregunta que el mismo Señor plantea. Dios, el Santo, que está en lo alto y separado, ha querido siempre que sus criaturas conozcan quién es él y qué ha hecho, y ahora instruye a hombres y mujeres en los misterios de su amor para con el mundo y sus habitantes. A los mensajeros les alentó a decir: “¡Ved aquí al Dios vuestro!” (Versículo 9). A continuación sigue una maravillosa revelación del Señor del cielo.

Primero se nos pide que miremos a los cielos y a las estrellas. Sabemos cuál es la respuesta a la pregunta: “¿quién las creó?” Por supuesto que fue Dios, pero él no simplemente creó el mundo y luego lo dejó seguir por sí mismo; no, él sigue cuidando de su creación. Dios regula el movimiento de las estrellas del firmamento y aunque la astronomía estudia sus movimientos en la vasta expansión del universo, Dios es quien los determina. Hablamos de galaxias y planetas, Dios las domina todas. Como un general dirige su ejército, así Dios dicta el movimiento de los astros; y lo hace porque conoce cada cuerpo celeste por nombre y no puede ser indiferente a su creación. ¡Qué contraste para aquellos que piensan que las estrellas controlan su destino y que consultan el horóscopo para descubrir lo que la vida les tiene

deparado! Dios gobierna tanto a los astros del cielo como a nosotros; las órbitas interplanetarias y los cuerpos celestes no son los que nos rigen a nosotros.

Mire el cielo en una noche clara; la vista del cielo estrellado nos produce humildad. Luego recordemos que las estrellas del firmamento tienen la atención personal de Dios y que ninguna falta sin su conocimiento. Él las llama a todas por nombre, como un padre llama a sus hijos. Así de: poderoso, inconmensurable y amoroso es nuestro Dios.

**27 ¿Por qué dices, Jacob,
y hablas tú, Israel:
«Mi camino está escondido de Jehová,
y de mi Dios pasó mi juicio»?**
**28 ¿No has sabido, no has oído
que el Dios eterno es Jehová,
el cual creó los confines de la tierra?
No desfallece ni se fatiga con cansancio,
y su entendimiento no hay quien lo alcance.**
**29 Él da esfuerzo al cansado
y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.**
**30 Los muchachos se fatigan y se cansan,
los jóvenes flaquean y caen;
31 mas los que esperan en Jehová
tendrán nuevas fuerzas,
levantarán alas como las águilas,
correrán y no se cansarán,
caminarán y no se fatigarán.**

Con demasiada frecuencia nos olvidamos de depender del poder de Dios y de su compasivo interés en los asuntos del mundo que él ha creado. Los cristianos no están exentos de quejarse de que su Dios infinito y todopoderoso los ha olvidado. Jacob e Israel son nombres que se le dan al pueblo de Dios; Dios: cuidó de Jacob, lo bendijo y lo protegió, luchó con él y le cambió el nombre a

Israel. Después, Dios le reiteró la promesa de que el Salvador iba a venir por medio de sus descendientes. Dios hizo todo esto movido por su gracia y su misericordia; Jacob no merecía nada. Cuando los sucesores de Jacob se convirtieron en la nación de Israel y salieron de Egipto, Dios continuó cuidándolos y marcando cada etapa de su historia con su misericordioso cuidado.

En vista de la manera como Dios cuida de las estrellas del cielo, y del amor que él demostró en el pasado por su pueblo, las quejas del pueblo eran infundadas. Si Dios puede llamar a los astros por sus nombres, ciertamente podía cuidar de su pueblo; si había demostrado tan grande amor por los antepasados de su pueblo, podía continuar cuidándolos. Él se había comprometido con su pueblo, estaba unido a ellos por medio de la promesa. Sin importar las dificultades que enfrentaran, él tenía el poder suficiente para cuidarlos, y los amaba demasiado para abandonarlos.

Este mensaje fue importante para los judíos que iban a ser llevados a la cautividad por los babilonios. En medio de las lágrimas y del dolor de sus corazones, Dios quería que no olvidaran que él estaba al frente y que los seguía amando; prueba de ello eran las estrellas, así como su propia historia como nación. La lección también es importante para nosotros, por eso no la debemos olvidar; somos su pueblo por la fe en Jesucristo pero igualmente somos dados a quejarnos cuando las cosas van mal. Dios nos ama, no sólo cuando todo va bien sino siempre. Él tiene sus propias razones para permitir que en nuestra vida existan: los problemas, el dolor y las lágrimas. Recordemos que él es todopoderoso y omnisciente; nosotros no lo somos. Confiamos que él obra para nuestro bien y que nos ama tanto que no puede hacer menos que eso.

Una vez más aparecen dos preguntas: “¿No has sabido, no has oído que...?” Las preguntas nos vuelven a lo que Dios nos revela de él mismo en la Biblia, que es el lugar donde podemos descubrir quién es Dios. En la Biblia Dios se revela como “el Señor”, Jehová, el Dios de la gracia fiel y gratuita. Ese nombre

reaparece en estos versículos después de una corta ausencia (este nombre especial de Dios fue usado por última vez en el versículo 14). El Dios del pacto se revela a él mismo como el único y verdadero: “El Dios eterno es Jehová”.

El Señor revela cuatro importantes verdades acerca de él mismo: primero, él es el Creador; él tiene un poder sin límites y lo usa para el beneficio de sus criaturas a quienes no sólo les dio la vida sino también un hermoso mundo donde vivir. Segundo, él no se cansa ni se fatiga; su poder no se agotó por la creación, ni se cansa por el continuo cuidado del mundo que él llamó a la existencia. Tercero, él está más allá de la capacidad humana para asimilar y comprender. Él es santo. Los humanos saben que hay un Dios; el salmista dice: “Dice el necio en su corazón: ‘No hay Dios’” (Salmo 53:1). Pero la verdad plena acerca del Señor yace más allá de nuestra investigación empírica. Dios se revela a él mismo para que lo podamos conocer más allá del hecho de que existe y de que es un gran Dios. Cuarto, también fortalece al débil y al agobiado; él se vuelve hacia sus criaturas y las bendice por el amor que les tiene.

Los humanos son muy diferentes. Somos criaturas, no somos el Creador; con el paso de los años nos fatigamos y nos debilitamos fácilmente. Podemos entender algunas cosas, pero a menudo somos ignorantes o nos confundimos. Mientras nosotros tenemos que aprender, Dios lo sabe todo. Sin él, los mejores de entre los seres humanos errarán y se extinguirán. Los jóvenes parecen rebozar energía y ser incansables, y sin embargo, ellos también se agotarán y caerán. A tan limitadas criaturas les promete Dios que les dará fuerzas.

¿Cómo podemos recibir ese don? “Los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas”. La fe en él concede este poder. Cuando confiamos en la fuerza humana, caemos; cuando confiamos en el Señor para seguir adelante, él nos oye. No sólo recibirán aliento los creyentes sino que serán renovados. Se levantarán de las cenizas del duelo y del sufrimiento para correr y caminar de nuevo. Los hijos de Dios son descritos como águilas que vuelan en el cielo

azul. Las águilas se remontan en las corrientes de aire extendiendo las alas; Dios promete que será el viento bajo las alas de su pueblo. ¡Qué maravilloso consuelo para todos “los que esperan en Jehová”! Toda la vida del pueblo de Dios: su caminar, su correr y su volar está llena de su infinito e inagotable poder. Incluso en la muerte, montan sobre alas de águila y vuelan al cielo a Dios, donde él les da el gozo eterno.

El Señor demuestra que él es superior a los ídolos de las naciones

41 Escuchadme, costas,
y esfuércense los pueblos;
acérquense, y entonces hablen;
vengamos juntos a juicio.
² ¿Quién despertó del oriente al justo,
lo llamó para que lo siguiera,
entregó delante de él naciones
y le hizo enseñorearse de reyes?
¿Quién los volvió con su espada como polvo,
como paja arrebatada por su arco?
³ Los siguió, pasó en paz
por camino por donde sus pies nunca habían entrado.
⁴ ¿Quién hizo y realizó esto?
¿Quién llama las generaciones desde el principio?
Yo Jehová, soy el primero,
y yo mismo seré con los últimos.

Los versículos iniciales de este capítulo desplazan nuestra atención de “los que esperan en Jehová” (40:31) a las naciones y a las costas idólatras. El Señor se dirige a ellas sugiriéndoles que hagan acopio de todo su poder y se presenten ante él, porque tiene un importante asunto que discutir con todos los que adoran ídolos. Dios ha comisionado a Isaías para que sirva como secretario de todo el procedimiento. Los lectores de los escritos de Isaías deben:

escuchar, aprender y encontrar consuelo. Parece que la escena corresponde a una especie de tribunal en el que se discuten diferencias entre partes. Las primeras palabras del Señor son como las de un juez que preside llamando al orden en la sala de la corte. “Escuchadme”, dice, e invita a las naciones para que presenten sus argumentos. La evidencia hablará por sí misma; Dios establecerá su caso y presentará claramente su litigio. Aunque invita a las naciones a que presenten sus pruebas, ellas nunca exponen una razón, sólo hablan entre ellas. La verdad de Dios jamás es puesta en duda; ningún argumento humano es lo suficientemente fuerte como para poder resistir la verdad absoluta de Dios.

Ha sucedido algo que exige: discusión, debate y un análisis de fondo. Ha surgido alguien en el oriente que parece ser un conquistador que somete a los reyes y convierte las espadas y los arcos de sus enemigos en polvo y paja. Él triunfa y obtiene la victoria cuando hace campañas contra sus enemigos. ¿Quién es este conquistador? Al principio, la respuesta parece envuelta en el misterio, primero hay que contestar una pregunta más importante.

Antes de darnos a conocer la identidad de ese conquistador Dios pregunta: “¿Quién despertó del oriente al justo?” En otras palabras: ¿quién es el responsable? El Señor responde enfáticamente: “Yo Jehová, soy el primero...” Él es “Jehová”: el Dios del pacto, el de la gracia gratuita y fiel, que se reveló a Moisés como “YO SOY” (Éxodo 3:14), el ser absoluto y eterno. En ningún momento podemos decir que Dios fue, es decir, que su tiempo ha pasado; él existió en el pasado sin dejar de ser quien es. Tampoco podemos decir que Dios no es todavía lo que será, ya que en el futuro será el mismo que es hoy y como fue en tiempos de Isaías. Él es eterno y no puede estar sujeto al ciclo del tiempo que él mismo ha creado. Él es el primero, el que creó al primer hombre; él es el último, el que seguirá siendo cuando los últimos humanos dejen de existir. Al igual que Isaías, el apóstol Juan le sirvió como secretario recopilador a este mismo Dios, de quien oyó decir: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apocalipsis 22:13). Este Dios es libre de

hacer lo que desee; él es: el YO SOY, el Señor de toda la historia, el alfa y la omega. No es sólo libre de hacer lo que quiera, sino que siempre es el mismo, constante y seguro en medio de la incertidumbre.

Jehová Dios dice que él fue quien convocó al vencedor “del oriente”. ¿A quién se refiere? Algunos sugieren que es Cristo, otros piensan que es Abraham; pero la respuesta más clara aparece más adelante en Isaías. En este capítulo, el conquistador es identificado sólo por la descripción que se da de él en los versículos iniciales, pero después Dios lo dará a conocer claramente como Ciro (44:28; 45:1). El rey Ciro, conocido como el Grande, fundó el imperio Persa del que se hizo gobernante alrededor del año 559 a.C. Ciro conquistó rápidamente a las naciones vecinas y a Babilonia en el año 539 a. C.

El debate que Isaías registra aquí parece haber tenido lugar cuando ya Ciro había logrado varias conquistas, quizás sobre Media (549 a.C.) y Lidia (546 a.C.). Todos esos sucesos ocurrieron unos 150 años después del tiempo en que vivió y escribió Isaías. Cuando el profeta escribió (alrededor del año 700 a.C.), Babilonia no se había convertido todavía en una superpotencia del Oriente Medio. ¿Cómo pudo el profeta saber que Ciro iba a derrotar a los babilonios? Dado que muchos eruditos bíblicos consideran que era imposible que Isaías supiera de él, sugieren entonces que una persona diferente escribió el resto de la última parte de la profecía, alguien que vivió mucho tiempo después y que por tanto conoció al conquistador. Pero nosotros no podemos rebajar a Dios a nuestro nivel con la ilusión de que él pueda ser únicamente lo que nosotros pensamos. Como el Señor es el eterno YO SOY, el tiempo no significa para él lo que representa para sus criaturas. Jehová transportó a Isaías a algún lejano punto del tiempo futuro y le reveló estos sucesos. Si creemos que el Espíritu Santo le dio al apóstol Juan su visión del porvenir, no es difícil creer que ese mismo Espíritu de Dios le dio a Isaías una oportunidad similar.

Dios tenía una razón muy importante para darle a conocer a Isaías y al pueblo de su época la llegada de Ciro. Él le había dicho

claramente al rey Ezequías que los babilonios iban a venir a destruir a Jerusalén y a llevar a Judá al cautiverio. Pero ahí no terminaba la historia, Judá no iba a desaparecer entre la amalgama de pueblos semíticos y en el caos de la conquista y la derrota; un resto iba a regresar del cautiverio para reconstruir a Jerusalén y a Judá. El anuncio de la aparición de Ciro tenía el propósito de consolar al descorazonado pueblo de Dios antes y durante el cautiverio en Babilonia. Esas promesas se convirtieron en un rayo de esperanza durante sus tristes días de esclavitud. Dios les mostró lo que iba a hacer para el beneficio de ellos, sus hijos.

Los libros de historia están llenos de relatos de las grandes contribuciones de un sinnúmero de hombres y mujeres. ¿Por qué merece Ciro que se le incluya en la palabra de Dios? ¿Por qué no están incluidos también: Julio César, el almirante Nelson, George Washington, Mao Tse-tung, o los miles de otros que se han destacado en los anales de la historia humana? Dios pregunta: “¿Quién despertó del oriente al justo?” Dios también da la razón por la cual llamó a este hombre, al que “para justicia convocó ante sus pies” (Versión Reina Valera Actualizada).

La fidelidad de Dios se caracteriza por la justicia que le mostró a su pueblo cuando los liberó y destruyó a sus enemigos. Ciro tuvo un papel especial en el cumplimiento de los planes que Dios tenía para la nación israelita; aunque Dios había prometido que el Mesías iba a venir, no había aparecido todavía en la época de Isaías, ni lo haría en los días del yugo babilónico. El justo plan de Dios significaba la salvación para todo el mundo y requería de un campeón o conquistador. Incluso en el caso de que Ciro no lo hubiera comprendido plenamente, Dios lo escogió para que desempeñara un papel en la venida del Salvador al mundo. Judá fue dejada en libertad, y un remanente de ella regresó a Palestina cuando Ciro emitió el edicto de la terminación de su servidumbre. Siglos más tarde, el Mesías nació de la casa de David en Belén, la ciudad real de David. Otros líderes mundiales pueden ser importantes, pero ninguno de ellos tuvo el mismo impacto en la historia del plan de salvación de Dios para el mundo de pecadores.

**⁵ Las costas vieron y tuvieron temor;
los confines de la tierra se espantaron;
se congregaron y vinieron.**

**⁶ Cada cual ayuda a su vecino
y dice a su hermano: «¡Esfuézate!»**

**⁷ El carpintero anima al platero
y el que alisa con martillo al que bate en el yunque,
diciéndole: «¡Bien está la soldadura!»**

**Y luego lo afirman con clavos
para que no se mueva.**

De acuerdo con la visión que Dios le dio a Isaías, el conquistador ha comenzado su campaña y ya ha derrotado a reyes y naciones. ¿Cuál es la reacción ante esos acontecimientos? El profeta nos dice que las naciones tiemblan ante la proximidad del invasor y que se preparan para resistir, adoptando para ello tres estrategias: primero, se unen para brindarse ayuda mutua; segundo, se alientan unas a otras para fortalecerse; tercero, se hacen ídolos.

Los enemigos de Dios que van en contra de sus propósitos hablan en estos versículos pero no se dirigen al Señor en su tribunal. En lugar de eso, se animan unos a otros diciendo: “¡Esfuézate !” Esa palabra es sólo un deseo, un pensamiento humano, que carece de base y fuerza porque viene de hombres débiles y temerosos que se enfrentan juntos a circunstancias difíciles. Un hombre le habla a su compañero para confortarlo y nada más; lo que dice carece de valor. Guardemos en mente estas palabras cuando leamos sobre el consuelo que Dios le da a su pueblo. La diferencia es importante.

Encontramos otro interesante contraste en las otras expresiones que emplean las naciones incrédulas; alientan a sus artesanos para que se hagan ídolos más grandes y mejores que, según creen, les ayudarán a resistir la llegada del invasor; Jehová les parecía poca cosa e ineficaz. Por supuesto, los dioses tenían que ser clavados, asegurándolos a una base para que no se cayeran. Cuando los artesanos terminaban su obra, declaraban que los

dioses fundición que habían creado eran “buenos”, como dice otra versión. Si recordamos los primeros capítulos de Génesis, vemos que Dios declaró que lo que él había creado era “bueno”. Resulta irónico que las criaturas humanas que Dios hizo, evalúen a sus dioses falsos de la misma manera. Con esas palabras rechazan a su Creador, que es el primero y el último, y cometen el error de no buscarlo cuando enfrentan dificultades. No se vuelven a su Creador sino que permanecen ciegos en su incredulidad.

**⁸ Pero tú, Israel, siervo mío eres;
tú, Jacob, a quien yo escogí,
descendencia de Abraham, mi amigo.
⁹ Porque te tomé de los confines de la tierra,
de tierras lejanas te llamé
y te dije: «Mi siervo eres tú;
te escogí y no te deseché.
¹⁰ No temas, porque yo estoy contigo;
no desmayes, porque yo soy tu Dios
que te esfuerzo;
siempre te ayudaré,
siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.**

Isaías desplaza nuestra atención del mundo incrédulo hacia el pueblo de Dios: “Pero tú...” Los israelitas también vieron lo mismo que los demás pueblos, se percataron de las victorias del conquistador y sin duda sintieron gran temor. Pero Jehová Dios deseó consolarlos y se dirigió a ellos con gran ternura, cuando le dijo a su pueblo: “Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham, mi amigo.”

Cada uno de estos términos resulta importante. Cuando Dios llama a su pueblo “Israel” y “Jacob” lo lleva a sus orígenes. Su pueblo llegó a ser conocido como Israel, nombre que el Señor le dio a Jacob cuando le reiteró sus promesas en el Jaboc (Génesis 32:22-30). Esta nación en particular se había convertido en el siervo personal de Dios porque había sido elegida por él. Desde

un principio Dios tuvo planes extraordinarios para ella pues el Mesías iba a venir al mundo a través de sus descendientes. Dios dice que es la “descendencia de Abraham mi amigo”. Esta denominación llevaba a este pueblo incluso más atrás, hasta: el progenitor mismo de la nación, al padre de los creyentes, un amigo especial e íntimo de Dios. Escogido por él, también le hizo muchas y extraordinarias promesas. El profundo amor que el Señor tuvo por el patriarca se extendía a todos sus descendientes.

De manera que, sin importar lo que vieses en el mundo, siempre deberían recordar la gracia de Dios para con ellos. Y eso era amor. Personalmente, Abraham no era mejor que cualquier otro varón de la antigüedad; él fue grande porque Dios lo escogió y lo hizo padre de los creyentes. Estos versículos indican muy claramente que Dios actuó decididamente para hacer suyo a este pueblo. “Te tomé...te llamé, y te dije:...‘te escogí y no te deseché’”. Todo esto destaca la gracia inmerecida y gratuita de Dios hacia los humanos pecadores y temerosos.

El versículo 10 reboza consuelo al comenzar con estas palabras tan repetidas en las Escrituras: “No temas”. Mientras los del pueblo de Dios soportaban el cautiverio, con facilidad podrían caer en la desesperanza; podrían mirar a su alrededor con miedo, preguntándose ¿qué peligro o qué amenaza les sobrevendría? Dios disipa sus temores con la promesa de que él está con ellos y de que es su Dios; es decir, promete que va a permanecer con ellos como una poderosa fuente de ayuda. ¡Cuán diferentes son estas palabras de aquellas que, para alentarse mutuamente, hablaban las naciones entre ellas en el versículo 6! En ellas, un ser humano alentaba a otro a que fuese fuerte ante la adversidad; pero estas palabras son dichas por Dios, el único que puede realmente hacer algo por los hombres y quien promete que los va a: fortalecer, ayudar y sostener. Notemos que los reconforta una y otra vez con sus promesas.

Las palabras finales enfatizan y subrayan el amor de Dios, que hará todo esto “con la diestra de mi justicia”. La diestra representa el poder y la fuerza; la todopoderosa mano de Dios es

una mano de *justicia*, la palabra justicia significa lo que es: “recto, correcto, derecho, apropiado y adecuado”. En su justicia, Dios había determinado liberar a toda la humanidad: del pecado, de la muerte y del infierno; él había prometido que lo iba a hacer y permanecerá fiel a todas sus promesas. Dios seguirá siendo: justo, recto, fiel y verdadero para llevar a cabo todos los detalles de la salvación prometida. Su pueblo podía depender de su justicia para hacer lo que era necesario para cumplir todas sus promesas. Por otra parte, quienes no conocen al Señor pueden esperar algo muy distinto de su diestra de justicia; para ellos la justicia de Dios traerá sólo juicio y castigo.

A medida que se iban desarrollando los acontecimientos en los tristes días de la cautividad, las generaciones que vinieron después de Isaías podían leer estas palabras y encontraban en ellas consuelo. Dios no los había abandonado, ellos iban a volver de la cautividad y el Señor iba a cumplir cada una de las promesas que le hizo a su amado amigo Abraham. No tenían que temer ni estar ansiosos por nada.

Los términos de estos versículos ciertamente se aplicaban al pueblo de Dios del Antiguo Testamento, pero también se aplican al pueblo de Dios de todos los tiempos; todos los creyentes son descendientes de Abraham por virtud de su fe en el Dios de Abraham. Cuando Jehová le dijo a Abraham que mirara a las estrellas y contara el gran número de su descendencia, tenía en mente más que a la pequeña nación de Israel; él pensaba en todos los creyentes. Como dice el apóstol Pablo: “Sabed por tanto, que los que tienen fe, éstos son hijos de Abraham” (Gálatas 3:7).

Teniendo esto presente, cualquier cristiano puede leer estas palabras y encontrar en ellas abundante consuelo. Los creyentes se pueden volver a su Dios buscando consuelo, sabiendo que él cumple lo que promete. Sus palabras no son como las que un ser humano le dice a otro ante el peligro o la dificultad, son las palabras del todopoderoso Señor Jehová, el primero y el último, que quiere confortar a su pueblo en todos sus tropiezos.

**¹¹ He aquí que todos los que se enojan contra ti
serán avergonzados y confundidos;
serán como nada y perecerán
los que contienden contigo.**

**¹² Buscarás a los que tienen contienda contigo
y no los hallarás;
serán como nada, como cosa que no existe,
aquellos que te hacen la guerra.**

**¹³ Porque yo Jehová soy tu Dios,
quien te sostiene de tu mano derecha
y te dice: “No temas, yo te ayudo.”**

Cuando el pueblo de Dios se preocupa por causa de sus enemigos, Dios les promete que todos los enemigos van a desaparecer. La misma justicia que ha salvado a los fieles de Dios destruirá a los infieles quienes “serán como nada y perecerán”. Incluso si el pueblo escogido mira con temor que aparezca el próximo enemigo, ninguno se divisa en el horizonte puesto que ellos serán menos que nada, ceros a la izquierda; simplemente no existen.

¿En qué se basa este descanso consolador? En el apoyo seguro del propio Jehová Dios, a quien hemos visto descrito en el capítulo anterior con estas palabras: “Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar” (40:22). El amor por sus hijos llena el corazón de este omnipotente Dios que los ha tomado de la mano y ha prometido ayudarles. Este es el fundamento de todo el descanso que él proclama en su Palabra. Cuando les ordena a sus profetas que consuelen a su pueblo (40:1), no emite palabras huecas; él tiene el poder para hacerlo y para cumplir lo que dice con: poder, justicia y amor fiel. Todas estas cosas y más están ligadas a su nombre: Jehová el Señor, el Dios de la gracia fiel y gratuita cuyo consuelo no es simple palabrería.

**14 » ¡No temas, gusanito de Jacob;
vosotros, los poquitos de Israel!
Yo soy tu socorro,
dice Jehová;
el Santo de Israel es tu Redentor.**

Este versículo es parte de una sección mayor, pero hay tres razones por las que merece un comentario especial. La primera es que dice que el pueblo de Dios es *gusanito* y *poquitos*. Comparados con los sucesos y las personalidades de la historia mundial, los del pueblo de Dios era poquitos; comparados con Ciro y con el gran imperio Persa, eran insignificantes. Era una pequeña nación que fácilmente podía ser absorbida por los pueblos que la rodeaban, como hacen los petirrojos cuando recogen gusanos del suelo. Dios dijo que su pueblo era “Israel” y “Jacob”, y lo identificó como su siervo, que le sirve mediante la gracia, porque él lo ha escogido y lo usa para sus propósitos divinos. Cuando dice aquí que son “gusanito” y “poquitos”, les está dando una lección de humildad. Sin Dios, Israel era débil y desvalido. El llamado a no temer no se basaba en quién era ese pueblo, sino exclusivamente en quién era y es Dios.

Eso nos lleva a la segunda razón para considerar en particular este versículo: dice que Dios es el “Redentor” de Israel. Usamos tanto este término que en ocasiones no comprendemos su profundo significado. En el antiguo Israel, un redentor era el que se hacía responsable de ayudar a un familiar que estaba en problemas. Por ejemplo, si alguien vendía una parte de su tierra porque se había empobrecido, su familiar más cercano podía redimir, es decir, volver a comprar el terreno. Si alguien se empobrecía hasta el punto de tener que venderse a sí mismo como esclavo, podía ser redimido o comprado de su esclavitud (ver Levítico 25). La palabra *Redentor* se refiere a Dios, a Jehová el Señor, como el pariente, el jefe de la familia encargado de rescatar a su amado pueblo, los descendientes de su amigo Abraham, de su desvalida situación. Dios había redimido a su pueblo de la esclavitud en

Egipto, de la cual no podían haber escapado por ellos mismos. Él los iba a librar de la cautividad en Babilonia y los iba a regresar a la tierra que les pertenecía. Ahora Dios les promete que los va a redimir de la mayor de las esclavitudes, la esclavitud de sus almas al pecado.

La tercera razón por la que este versículo reclama especial atención es que en él aparece la expresión “el Santo de Israel”. Este nombre de Dios es el favorito de Isaías, lo usa muchas veces a lo largo de su profecía. Este nombre nos vuelve a la visión del Señor que se presenta en el capítulo 6 de Isaías, en la cual los serafines se dicen unos a otros: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!” (versículo 3). El empleo de este nombre especial para Dios a través de toda la visión indica que uno solo es el autor de las dos secciones principales, los capítulos 1 a 39 y los capítulos 40 a 66.

**¹⁵ He aquí que yo te he puesto por trillo,
por trillo nuevo, lleno de dientes;
trillarás montes y los molerás,
y collados reducirás a tamo.**

**¹⁶ Los aventarás y se los llevará el viento;
los esparcirá el torbellino;
pero tú te regocijarás en Jehová,
te gloriarás en el Santo de Israel.**

El Santo de Israel le da consuelo a su pueblo de todas las épocas. Él es santo: separado, perfecto y diferente de todo lo humano. Él es lo opuesto de todo lo pecaminoso, y él destruye todo lo que es pecaminoso, tan ciertamente como un antibiótico aniquila los gérmenes. Dios ha escogido a su pueblo y lo ha santificado; nos ha lavado por la sangre del Cordero que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). Ese lavamiento es para todos, pero sólo los creyentes reciben su misericordiosa bendición, mientras que los impíos empedernidos retienen la condena y Dios los devasta, tan ciertamente como los antibióticos atacan la infección.

Un antibiótico que no erradique las bacterias deja de serlo. El Dios santo que no destruya el pecado deja de ser Dios. De la misma forma que el antibiótico tiene como propósito la salud del cuerpo, el Dios santo tiene como solo propósito la salud y el bienestar espiritual de su pueblo.

Jehová hará que los creyentes sean el instrumento de su juicio, ellos vendrán a ser como un trillo con agudos dientes metálicos; vencerán toda oposición, porque ser enemigos de su pueblo es oponerse al mismo Dios. Ni siquiera las montañas ni las colinas serán una dificultad. Todos los adversarios: de Dios, de su verdad y de sus hijos serán como la paja que se lleva el viento; vendrán a ser nada. Es verdad que a veces parece que ocurre lo contrario, los cristianos son: amenazados, ridiculizados y perseguidos, y parecen pequeños gusanos destinados a ser presa de incrédulos poderosos; pero no es así, sólo parece que fuera así, la realidad es diferente. Regocijémonos en el Señor, en el Santo de Israel, que hará que todo enemigo suyo y de su pueblo sea como el tamo que se lleva el viento.

**17 »Los afligidos y necesitados buscan las aguas,
pero no las encuentran;
seca está de sed su lengua.**

**Yo, Jehová, los oiré;
yo, el Dios de Israel, no los desampararé.**

**18 En las alturas abriré ríos
y fuentes en medio de los valles;
abriré en el desierto estanques de aguas
y manantiales de aguas en la tierra seca.**

**19 Haré crecer en la estepa cedros,
acacias, arrayanes y olivos;
pondré en la tierra árida cipreses,
olmos y bojes juntamente,**

**20 para que vean y conozcan,
y adviertan y entiendan todos**

**que la mano de Jehová hace esto,
que el Santo de Israel lo ha creado.»**

Cuando el pueblo de Dios se alegra, no significa que nunca van a pasar por dificultades. Estos versículos presentan al pueblo de Dios, sufriendo el dolor de su cautiverio, una visión que nos transporta 150 años hacia el futuro. La Jerusalén del tiempo de Isaías había escapado del asedio del ejército asirio cuando Dios los destruyó mientras rodeaba la Ciudad Santa; en una noche, el ángel del Señor aniquiló 185,000 soldados enemigos (Isaías 37:36-37). En cambio la esclavitud en Babilonia iba a venir unos 120 años más tarde. En esos días, los israelitas enfrentarán una situación desesperada: de pobreza, de penurias, de sed y soledad, y no encontrarán ayuda.

Pero el socorro viene de Dios. Como siglos antes él había librado a su pueblo de la esclavitud en Egipto, también iba a oír sus oraciones y los iba a liberar de Babilonia. Los va a enviar al cautiverio para entrenarlos y purificarlos. En todo tiempo Dios les envía pruebas a sus hijos para enseñarles a confiar plenamente en él. Nunca los abandona, y en estas palabras les promete lo mismo. A su debido tiempo, el Señor le dará alivio a su pueblo.

El Dios de Israel describe el consuelo que le envía a su pueblo comparándolo con un maravilloso oasis en el desierto; por causa de su pueblo él convierte el desierto en estanques de agua y planta árboles maravillosos. Para poner de relieve la riqueza de su ayuda, Dios menciona aquí siete árboles diferentes. Para el pueblo que habitaba la antigua Palestina, este cuadro resultaba especialmente reconfortante; para quien vive en un clima árido, la promesa de agua y árboles encuentra oídos bien dispuestos.

La sección concluye con la declaración de la razón que asistió a Dios no sólo para enviar la dificultad, sino para proveer la liberación. Él obra de manera que otros puedan: ver, saber y comprender que él tiene el control: “que la mano de Jehová hace esto”. Fijémonos en cómo nuevamente aparece “el Santo de Israel”, el nombre especial que Isaías usa para Dios.

**²¹ «Alegad por vuestra causa», dice Jehová;
«presentad vuestras pruebas», dice el Rey de Jacob.**

²² Que se acerquen y nos anuncien

lo que ha de venir:

que nos digan lo que ha pasado

desde el principio

y pondremos nuestro corazón en ello;

y sepamos también su final.

¡Hacednos entender lo que ha de venir!

²³ Dadnos noticias de lo que ha de ser después,

para que sepamos que vosotros sois dioses.

A lo menos haced algo, sea bueno o malo,

para que tengamos algo que contar

y, al propio tiempo, nos maravillemos.

²⁴ He aquí que vosotros sois nada,

y vuestras obras, vanidad;

abominación es el que os escoge.

Dios ha empleado los versículos de la parte intermedia de este capítulo para consolar a su pueblo en las dificultades, no ha olvidado a los demás pueblos ni a sus dioses y nos vuelve al debate con que se inició el capítulo. Allí les pidió a las naciones que presentaran sus opiniones sobre quién llamó al conquistador al escenario histórico; pero nadie supo qué contestar. En lugar de dirigirse al Todopoderoso, se habían animado vanamente entre ellos y habían hecho dioses aún más grandes, los cubrieron con oro y los sujetaron firmemente en un sitio para que no cayeran. Dios les renueva la invitación a las naciones para que vengan a presentar sus causas delante de él. Esta vez añade: “Vengan ídolos a presentar su defensa” (versión Dios Habla Hoy). Los pueblos se habían apartado de él para hacerse estatuas (versículos 5-7). Ahora el Señor sugiere que las traigan ante él para ver si les sirven de algo.

Dios desafía a los falsos dioses a que hablen. Primero, les pide que digan lo que ha pasado desde el principio y lo que ha de

venir. Quizás la expresión “*lo que ha de venir*” signifique que los ídolos deben decir qué es lo que ha de ocurrir en el futuro inmediato, por ejemplo, la próxima semana o el próximo mes. Por otra parte, quizás quiera decir que los dioses debieran hacer algún análisis de lo que ha ocurrido. De esa forma, alguien podría comprender la repercusión de los sucesos pasados sobre el futuro, es decir, cómo el pasado influye en el futuro. En ambos casos, los ídolos siguen mudos. Pero Dios no ha terminado. Si las estatuas no pueden aportar el análisis de los acontecimientos y de su impacto en el futuro, o si no pueden predecir los sucesos del mañana, quizás puedan ver los del futuro más distante. Dios invita a los dioses a que lo hagan ahora, pero siguen sin decir palabra. Los reta una vez más; si no pueden atisbar en el futuro entonces les urge a hacer algo, cualquier cosa, ya sea buena o mala. Sin embargo, sucede lo mismo: callan. Es como si un niño hubiese alineado sus muñecos o sus ositos de peluche en espera de que hablen. Por ellos mismos, permanecerían callados, sin que importe lo vívida que sea la imaginación del niño. Esos ídolos son tan mudos como un juguete infantil.

¿A qué otra conclusión se puede llegar sino a la que Dios mismo proclama? Vosotros sois menos que nada; los ídolos no existen, no tienen ningún valor. Un niño puede obtener cierto placer en jugar con un juguete silencioso, pero todos los que confían en ídolos son detestables. Los que prefieren confiar en dioses fabricados por la imaginación de la mente humana serán condenados, porque se oponen a la misericordiosa invitación que les hace Dios de venir y aprender de él la verdad. En lugar de ello, esperan en lo que no es y nunca puede ser Dios.

Recuerden que crean un ídolo todos los que moldean al Señor para ajustarlo: a las expectativas, a las inclinaciones y a los deseos humanos; incluso si no existe una imagen de metal o de madera. En cuanto el hombre abandona la verdad revelada por Dios y sugiere que él hace algo diferente de lo que dice la Biblia, ya ha inventado un dios falso. La Palabra es la única fuente confiable de información acerca de quién es Dios y lo que él desea que creamos.

Todo lo demás es “nada”, “sin ningún valor” y es “abominación”.

**25 Del norte levanté a uno, y vendrá;
de donde nace el sol invocará mi nombre,
y pisoteará príncipes como a lodo,
como pisa el barro el alfarero.**

**26 ¿Quién lo anunció desde el principio,
para que lo sepamos;
o de tiempo atrás, para que digamos: «Es justo»?
Cierto, no hay quien lo anuncie;
sí, no hay quien lo enseñe.**

Ciertamente, no hay quien oiga vuestras palabras.

**27 Yo soy el primero que he enseñado estas cosas a Sión,
y a Jerusalén daré un mensajero//de alegres noticias.**

Mientras los ídolos de las naciones han permanecido mudos, Dios cita sus obras al traer al escenario a un conquistador, de quien dice: “invocará mi nombre”. En virtud de su edicto, Ciro dio a conocer el nombre del Señor a todo el mundo (ver el edicto tal como se registra en Esdras capítulo 1 y *Esdras, Nehemías, Ester* en la serie La Biblia Popular, páginas 10-12). Sin que pueda importar lo que Ciro pensara del Señor, Dios lo había llamado. El Señor usa el ejemplo de este hombre para probar su superioridad sobre todos los ídolos. En el segundo versículo, este vencedor viene “del norte” y “de donde nace el sol”. Según la brújula, Persia estaba al oriente de Palestina, pero todos los ejércitos invasores entraban por el norte. Estas dos direcciones no le deben plantear serias dificultades al lector.

En este debate con las naciones y los ídolos, Isaías le sirve a Dios como notario. A fin de registrar los hechos futuros para consolar a su pueblo, Dios había abierto los ojos de su profeta para que viera muy adelante en el porvenir. Ahora pregunta si alguien más, aparte de él, ha predicho estos sucesos. Sólo hay una respuesta: “No hay quien lo anuncie”. Sólo el Omnisciente puede predecir el futuro con absoluta confiabilidad y controlar el presente

y también el mañana. Él es el Señor de la historia y domina todos los acontecimientos para beneficio de su pueblo.

No sólo predijo Dios lo que iba hacer, sino que también lo dejó escrito por amor a su pueblo. Él sostiene que su voz, es decir, la voz de sus mensajeros que anuncian las buenas nuevas, fue la primera en proclamarlas a Sión. Jehová Dios no obra en la oscuridad ni en secreto; su palabra anuncia: sus planes, sus obras y sus pensamientos. Algunas de las palabras que Dios revela pueden parecer a veces difíciles. Pedro dijo que algunas de las palabras de Pablo eran difíciles de entender (2 Pedro 3:15-16), pero el mensaje central de toda la revelación de Dios es siempre claro y tan sencillo como: “ De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda , sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Dios no ha ocultado su mensaje; éste es un libro abierto.

**28 Miré, pero no había ninguno;
les pregunté por estas cosas,
pero ningún consejero hubo;
les pregunté, pero no respondieron palabra.**

**29 He aquí, todos son vanidad
y sus obras no son nada.
¡Viento y vanidad son sus imágenes fundidas!**

Aquí Dios ofrece un resumen completo del debate. Nadie vino a aconsejarlo. Nadie respondió a su reto. Los ídolos permanecieron mudos ante él. ¿A qué otra conclusión se pudiera llegar sino a la que Dios llegó? Todos los ídolos son sólo viento y confusión, tan distintos de la verdad como es distinta el agua del fuego.

El silencio de los ídolos nos trae a la memoria otro desafío que les hizo Elías, un profeta de Dios, a los falsos dioses del pueblo de Israel. El profeta Elías retó a 450 profetas de Baal, y a 400 profetas de Asera, para que acudieran al monte Carmelo en donde organizó una competencia. Los sacerdotes paganos deberían

llamar a sus dioses para que vinieran y quemaran la ofrenda preparada para ellos; pero pese: a todos sus gritos, a la sangre que derramaban y a la frenética actividad de los falsos profetas, sus ídolos no respondieron. Leemos: “Pero no se escuchó ninguna voz, ni hubo quien respondiera ni escuchara” (1 Reyes 18:29). Después de que Elías empapó con agua su ofrenda tres veces, oró al Señor Jehová quien envió desde el cielo un fuego que consumió: la ofrenda, el altar, el suelo, e incluso el agua que estaba en la zanja que había alrededor del altar. En el monte Carmelo no quedó ninguna duda de quién era el verdadero Dios. En este caso que menciona Isaías, tampoco quedó duda.

El Señor presenta a su Siervo

42 «Éste es mi siervo, yo lo sostendré;
mi escogido, en quien mi alma tiene
contentamiento.

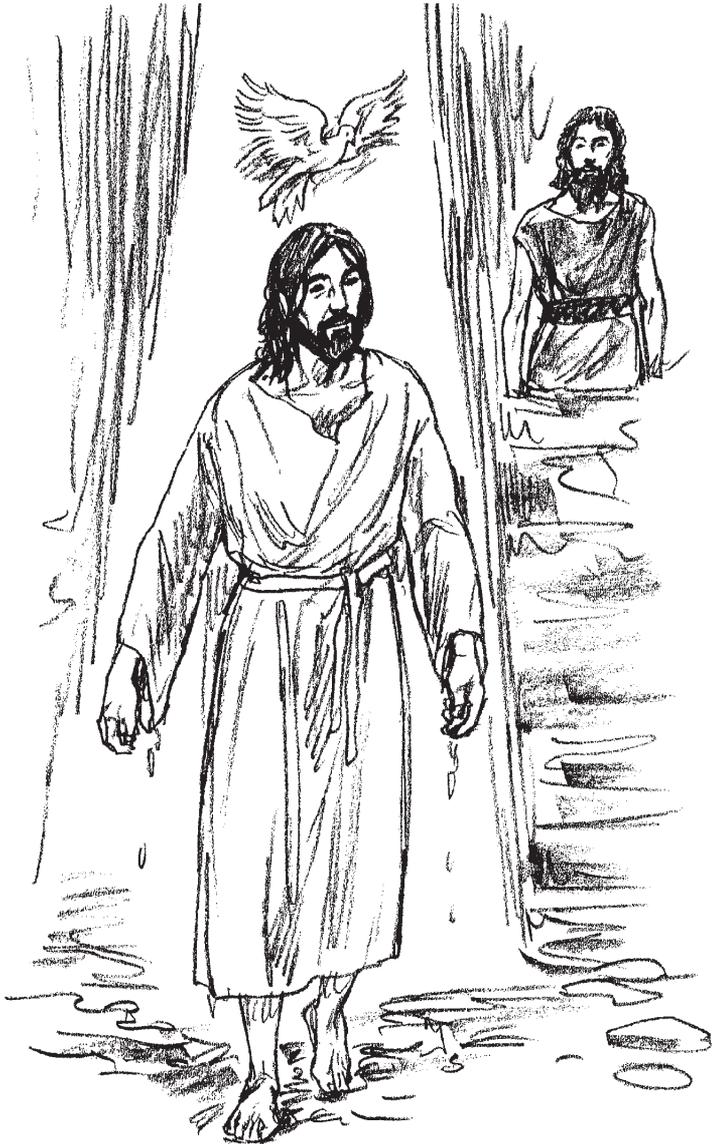
**He puesto sobre él mi espíritu;
él traerá justicia a las naciones.**

**² No gritará, no alzaré su voz
ni la hará oír en las calles.**

**³ No quebrará la caña cascada
ni apagará el pábilo que se extingue:
por medio de la verdad traerá la justicia.**

**⁴ No se cansará ni desmayará,
hasta que establezca en la tierra la justicia.
Las costas esperarán su ley.»**

“Este es mi siervo.” Con estas palabras, el Señor les presenta a los lectores de Isaías a alguien especial e importante. Por supuesto que Jehová tenía muchos siervos, entre ellos: Abraham (Génesis 26:24), Moisés (Números 12:7), David (2 Samuel 3:18), y otros como: Caleb (Números 14:24), Job (Job 1:8), Nabucodonosor (Jeremías 27:6), y Zorobabel (Hageo 2:23). En el Antiguo Testamento, es a David a quien más frecuentemente se le



Jesús es ungido con el Espíritu Santo en su bautismo

designa como el siervo del Señor y en segundo lugar a Moisés. Dios también incluyó a Isaías en la lista de sus siervos (Isaías 20:3). Dios también llamó a la antigua nación de Israel “siervo mío” (41:8), aunque más tarde Isaías les recordó a los del pueblo de Dios que, como siervos del Señor, eran ciegos y sordos (42:18-19). Todos esos siervos tenían un propósito especial en el plan de salvación de Dios, él escogió a cada uno de ellos para una tarea específica. Aunque Job y Caleb no habían tenido papeles importantes, Dios los designó como siervos suyos por ser ejemplos para su pueblo. Aunque era babilonio, Dios dijo que Nabucodonosor era su siervo porque ese rey iba a llevar a cabo el juicio sobre su pueblo infiel.

Al comienzo de este capítulo, cuando Dios dice: “Este es mi siervo”, hace un anuncio de especial importancia. Dios lo presenta de manera contundente y dramática como si hubiese extendido su mano para señalarlo específicamente diciendo: “¡Aquí está!” Ningún otro siervo del Señor tuvo una presentación semejante, y la declaración divina señala algo bastante diferente e importante acerca de este Escogido, en comparación con todos los demás. Si fuésemos a poner juntos a todos esos siervos y a mirarlos, Dios dirigiría nuestra atención a este Siervo. Por ejemplo, si todos los siervos de Dios fuesen puestos en una mesa y expuestos como monedas raras, él señalaría a uno de ellos y diría: “Este es mi siervo. Él es el siervo especial”. En los versículos que siguen a su anuncio, Dios explica por qué este hombre es tan valioso e importante.

Esta es la razón por la que Dios hace un contraste para revelar la importancia de este Siervo: la impresión de esta página en la que están escritas estas palabras depende del contraste, podemos leer las palabras porque las letras negras se destacan contra el papel blanco. El Antiguo Testamento muchas veces hace contrastes con el fin de destacar un punto. En este caso, mientras estudiamos estos versículos, salen a relucir varios contrastes. En el capítulo anterior Dios señaló a los falsos dioses diciendo: “He aquí, todos son vanidad y sus obras no son nada. ¡Viento y vanidad son sus

imágenes fundidas!” (versículo 29). ¡Qué diferencia con el Siervo a quien Dios señala en el primer versículo de este capítulo! Las obras de los falsos dioses, al igual que ellos, nada son. No así su Amado, que llevará a cabo la obra de Jehová el Señor.

Ahora que Dios ha logrado nuestra atención, nos dice por qué este Siervo es especialmente importante. Es verdad que el Dios Santo lo escogió, de modo muy similar a como había escogido a otros, incluyendo a Abraham y a la nación de Israel. Cada uno de los profetas había sido también separado para un papel específico, y David fue seleccionado de entre los hijos de Isaí para ser rey. En cierto sentido, se podría decir que Dios levantó a todos sus siervos y se deleitó en ellos y en la obra que les dio para hacer. Por ejemplo, David fue un hombre “conforme a su corazón [de Dios]” (1 Samuel 13:14).

Pero este Escogido es diferente, Dios lo dotó de importancia y dones especiales. La última parte del primer versículo le confiere una tarea que ningún otro había recibido: “Él traerá justicia a las naciones”, las cuales son su principal objetivo. Él no iba a servir únicamente a la nación de Israel, sino que su obra también se extenderá y beneficiará a los gentiles. En este versículo, *justicia* significa el juicio basado en una decisión legal. Este es un término que define al evangelio, que es el anuncio legal y jurídico mediante el cual Dios ha declarado al mundo: justo, santo e inocente. Estas son las buenas nuevas. Todas las naciones comparecen ante el tribunal de Dios convictas de pecado, pero por la obra de Jesús y por amor a él, son declaradas libres y justas. Este juicio o “justicia”, como lo traduce nuestra versión bíblica, existe por la obra del Siervo de Dios. Esa tarea sería imposible para cualquier hombre sin el poder del Señor. Por eso dijo Dios que iba a poner sobre él su Espíritu, a fin de que pudiera llevar a cabo su misión.

¿Cómo cumplirá este Siervo su obra? No lo hará ni como Nabucodonosor ni como David. Ambos, hombres poderosos, lograron grandes proezas por la fuerza. Sin embargo, notamos aquí otro contraste: Dios anunció en el capítulo anterior que él estaba levantando un libertador del norte, ese fue Ciro el Grande, que

“pisoteará a príncipes como a lodo, como pisa el barro el alfarero” (41:25). Pero el Siervo señalado por Dios en estos versículos será manso y humilde. “No gritará, no alzará su voz ni la hará oír en las calles.” ¿Quién era este hombre? Incluso Abraham rescató a Lot mediante la fuerza (Génesis 14), y Moisés envió a los levitas con espadas desenvainadas para restaurar el orden (Éxodo 32:25-29). A estas alturas, está claro que Dios está hablando del prometido Mesías. Zacarías dijo que era el rey que iba a venir a Jerusalén “justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno” (Zacarías 9:9). Lo conocemos como Jesucristo, y las demás descripciones no dejan duda alguna sobre su identidad. Si tenemos alguna pregunta, recordemos que Mateo citó este pasaje para identificar a Jesús como el Amado de Dios y el Mesías (Mateo 12:15-21).

Por la fuerza Ciro se abrió camino a la victoria; su llegada llenó de temor a las costas (es decir, el área del Mediterráneo), tal como lo narró Isaías en el capítulo anterior (41:5). En cambio, el Siervo descrito por Isaías, será apacible; las costas pondrán sus esperanzas en sus palabras. No pisoteará a los débiles ni aniquilará al que se atravesase en su camino. Dios dice: “No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que se extingue”. ¿Triunfará el Amado de Dios en el mundo: de poder, de riqueza y egocentrismo? Recordemos que el Padre puso su Espíritu sobre este su Hijo. Mucho tiempo antes, Isaías había profetizado que el Escogido iba a ser una “vara” del tronco de Isaí y que “reposará sobre él el Espíritu de Jehová” (11:1,2). El Espíritu Santo le dará el poder para cumplir su tarea y triunfará. Dios dice: “No se cansará ni desmayará”, logrará la tarea de establecer *justicia* sobre la tierra. Esta palabra nos vuelve al primer versículo donde se nos dijo que él “traerá justicia a las naciones”. La declaración de inocencia, dictada por Dios, será establecida por su Amado, haciendo énfasis nuevamente en que ella es válida para toda la tierra, no solamente para Israel y Judá.

Las noticias de este Salvador serán de interés universal: las costas y las distantes tierras costeras del mundo Mediterráneo

confiarán en ellas. Cuando Dios dice que las costas se interesarán en las enseñanzas de su Escogido, les recuerda a los lectores la profecía que habla de su Siervo que establecerá un nuevo principio y lo proclamará para que otros lo puedan creer y esperar en él. Sus *enseñanzas* quieren decir mucho más que las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento e incluso los Diez Mandamientos; ellas indican la completa revelación acerca de este Siervo, o sea, la Palabra entera que incluye el evangelio.

El pueblo de Dios anhelaba la aparición de este Siervo. Cuando él vino, el Padre quitó toda duda acerca de su identidad; al salir de las aguas del río Jordán ocurrieron dos cosas importantes: primero, el Espíritu de Dios descendió sobre Jesús como paloma; y segundo, una voz dijo: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Este incidente es tan similar al del primer versículo de este capítulo que no lo podemos ignorar. En la transfiguración, Dios volvió a hablar: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5); Dios anunció por medio de Isaías: “He aquí mi siervo”, y “he puesto sobre él mi Espíritu”. En efecto, Dios dijo: “Este es él”. Una breve revisión del ministerio del Salvador nos mostrará cuán perfectamente encaja Jesús en la descripción. Su mansedumbre y fidelidad son evidentes en cada página del Nuevo Testamento. No vaciló ni siquiera en ser crucificado, sino que cumplió la obra que su Padre le había encomendado. No es de asombrar que las costas, la gente de todo el mundo, confíen en sus palabras de gracia y misericordia.

Como bien se podría suponer, no todos piensan que este pasaje se refiera a Jesús. El antiguo Targum judío sugiere que este pasaje se refiere al Mesías, pero algunos no ven en esta descripción ninguna referencia a Jesús. Hay personas que identifican a Ciro como el siervo, mientras que otros piensan que el siervo es la nación de Israel. Sin embargo, recordemos que Dios describe a uno que hace lo que ningún otro ha hecho o podría hacer. Cuando estudiamos todas las posibilidades y las examinamos, sólo un hombre se ajusta a esta descripción, Jesucristo. Al analizar cada

posibilidad, nuestro examen indicará a quién señala Dios aquí. Jesús es mucho más valioso e importante que todos los escogidos por Dios para ser sus siervos. Ningún otro se le compara.

Esta es la primera de cuatro secciones del libro de Isaías que se ocupan del “siervo”. Las otras son: 49:1-7; 50:4-11, y 52:13–53:12, esas secciones constituyen el tema central para el profeta y merecen nuestra especial atención. En estas descripciones, Dios revela más detalles acerca del gran Siervo y de su obra. Pero todavía no hemos terminado con lo que el Padre nos dice con respecto a él en este pasaje.

**⁵ Así dice Jehová, Dios,
Creador de los cielos y el que los despliega;
el que extiende la tierra y sus productos;
el que da aliento al pueblo que mora en ella
y espíritu a los que por ella caminan:
⁶ «Yo, Jehová, te he llamado en justicia
y te sostendré por la mano;
te guardaré y te pondré por pacto al pueblo,
por luz de las naciones,
⁷ para que abras los ojos de los ciegos,
para que saques de la cárcel a los presos
y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.**

Mientras todos los demás dioses no hacen nada y son nada, el Dios de las Escrituras obra y es poderoso. Él ha hablado del Siervo que ha escogido, y ahora lo hace nuevamente con una solemne introducción. Isaías lo identifica como “Jehová, Dios”. El Dios verdadero se revela a él mismo como el Dios del pacto y de la gracia gratuita y fiel a quien Isaías no sólo llama “Jehová”, sino también el Creador y defensor de la tierra. A menudo Dios demanda el derecho de hablar porque él ha creado el mundo y todo lo que hay en él; además, garantiza una predicción, precisamente porque es el Creador y protector. Así ocurre aquí, si alguien tenía duda de si Dios podía hacer lo que promete en estos versículos,

debe recordar que él hizo al mundo; su poder para crear al mundo de la nada, como se narra en Génesis, perdura como garantía de las promesas de esta sección. No es sólo la obra creadora de Dios la que respalda su promesa, sino también su obra de preservación. Dios le ha dado a cada uno sobre la tierra vida y aliento; toda la creación continúa porque el poder de Dios la sustenta.

¿A quién se dirige Dios en estos versículos? Está claro que al Siervo, a quien ha identificado en el primero de ellos. ¿Qué dice Dios? Él Señor explica con más detalle qué quiso decir con sostener y llamar a su Siervo. Una vez más explica la gran tarea que le ha encomendado. La sección comienza con un enfático “Así dice Jehová, Dios”. Estos pensamientos fluyen directamente de Dios; no son invención de ninguna mente humana.

El Señor dice que su Siervo fue “llamado en justicia”. Esta es la razón especial para haber escogido a su Siervo y el principio básico por medio del cual Dios obra. Él exige que toda la raza humana sea justa, pero a cada paso, incluso su pueblo escogido, Israel, ha demostrado ser lo contrario. Ni siquiera la obediencia a todas las ceremonias de la ley del Antiguo Testamento produjo un pueblo santo. Dios diseñó un plan para justificar a toda la humanidad; según sus amorosos propósitos y el plan para rescatar a su pueblo Israel y a todo el mundo, llamó a su Siervo. El apóstol Pablo escribió: “La justicia de Dios [viene] por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Romanos 3:22). Así que Dios envió a su Cristo con el propósito de llevar a cabo su justa voluntad para salvar a la humanidad caída.

La tarea iba a ser difícil, como lo dicen claramente los próximos versículos, pero el Señor prometió que iba a dar el apoyo y las bendiciones necesarias. Él tomó a su Siervo por la mano para sostenerlo y fortalecerlo; lo cuidó y lo defendió en su obra, y además le prometió: “Te guardaré”.

Las frases siguientes son útiles para comprender con absoluta claridad que este Siervo tiene que ser Jesús. Dios hará que Cristo sea “por pacto al pueblo, por luz de las naciones”. Él nos dice que el antiguo convenio será sustituido por uno nuevo, siendo su

Siervo el pacto mismo. El escritor de la Epístola a los Hebreos habla del nuevo pacto de Cristo:

Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

Por eso es mediador de un nuevo pacto, para que, interviniendo muerte para la remisión de los pecados cometidos bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. (9:13-15)

Lo que Jesús hizo por los judíos, el pueblo de Dios, lo hizo también por los gentiles. Los israelitas comprendieron que Dios había hecho un contrato solemne con ellos; en su historia están registrados el pacto que hizo con Abraham y el pacto del monte Sinaí. Para los judíos, el Siervo no sólo sería el grandioso pacto entre ellos y Dios sino que su sangre lo iba a sellar. Pero los gentiles, aunque no tenían el trasfondo conceptual del pacto de los judíos, entendieron la diferencia entre la luz y las tinieblas. Para ellos, la obra del Siervo iba a ser una luz; la obra de su Siervo será en beneficio de judíos y de gentiles, para todas las personas. ¿Quién más puede ser sino Jesús?

El uso que hace Isaías aquí de la palabra *pueblo* se refiere al pueblo judío. Cuando la emplea con su contraparte *gentiles*, Dios nos dice que el Siervo beneficiará a judíos y gentiles. Aquí se debe añadir una nota: algunos consideran que el Siervo es la nación de Israel, pero el Siervo que Dios presenta aquí no puede ser el pueblo judío; si aceptáramos la opinión de que el Siervo se debe identificar como la nación judía en este versículo, entonces esa

nación sería un pacto para ella misma; así el versículo no tendría sentido.

Hay algo más que Dios quiere que aprendamos acerca de su Siervo, que nos hace ver la obra del Siervo desde otra perspectiva. Su obra: abrirá los ojos de los ciegos, librára de la cárcel a los presos y librára de casas de prisión a los que moran en tinieblas. Esas frases no se refieren a la esclavitud o la ceguera físicas, sino a realidades espirituales. Es cierto que mientras Jesús estuvo en la tierra abrió los ojos de los ciegos, pero no quitó la ceguera de la experiencia humana. Dios habla de una clase diferente de ceguera; por causa del pecado, toda la humanidad está ciega a las verdades de Dios. Su Amado aportará el discernimiento necesario para ver la gracia y la misericordia de su Padre. Así como la ceguera es espiritual, la esclavitud también lo es. Todos los humanos están subyugados por la culpa y condenados al castigo eterno. El Siervo de Dios traerá liberación: de la esclavitud del pecado y de la prisión del juicio. Con anterioridad Isaías había escrito esto sobre el advenimiento del gran Siervo de Dios: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos ” (9:2). El gran tema de Isaías y de toda la Escritura, es el plan de salvación de Dios.

No hay duda de que estos versículos describen a Jesucristo; al mirar todas las descripciones que se han registrado aquí para nosotros, concluimos que solamente Jesús es el cumplimiento de la profecía. Durante siglos, los creyentes han confesado esta verdad; en nuestra propia época, muchos no sólo quieren eliminar al Salvador de las profecías de Isaías sino de todo el Antiguo Testamento. Al leer esta sección sin el prejuicio de la duda y la sospecha de la incredulidad, se puede llegar a una sola conclusión: este Siervo es Jesús. La descripción descarta a todos los demás, y tanto su obra salvadora como el testimonio de Dios el Padre celestial, lo confirman. “He aquí mi siervo”, el aprobado por Jehová Dios. Bien hacemos en concentrar en él nuestra atención y en atender a cada palabra que sale de su boca.

⁸ ¡Yo, Jehová, éste es mi nombre!

**A ningún otro daré mi gloria,
ni a los ídolos mi alabanza.**

**⁹ He aquí, ya se cumplieron las cosas primeras
y yo anuncio cosas nuevas;
antes que salgan a luz,
yo os las haré saber.»**

Ninguno de los dioses de la humanidad se puede comparar con el Señor. Ningún dios de ninguna cultura de ningún lugar sobre la faz de la tierra puede igualar lo que el Señor ha prometido y han llevado a cabo. Sin embargo, hay muchas y diferentes opiniones sobre él. La teología contemporánea no se hace nuevas imágenes que representen divinidades como hicieron las antiguas teologías, pero sigue amoldando a Dios a sus propias ideas. Sin las Escrituras, la teología moderna y todas las subsecuentes erigen un dios diferente del Señor. Pero no hay otro Dios ni otra liberación; fuera de Jesucristo todo es tinieblas.

El Señor establece su supremacía. Une su gloria al plan de redención, a la obra de Cristo, salvar: del pecado, de la muerte y del infierno a la humanidad. Únicamente él merece el crédito por tan gloriosa liberación. Ningún otro dios, ya sea representado en una escultura antigua o explicado en un libro de teología, debe recibir el honor y la alabanza por proveer tan grandiosas bendiciones. Dios no es uno entre muchos dioses, una experiencia religiosa no es tan buena como otra. El Señor no ofrece un camino alternativo para ir al cielo en tanto que Alá o Buda ofrecen otros medios asimismo confiables. ¡No! Únicamente *un* Dios provee *el* medio para ir a él. Jesús es el único camino al cielo y Dios es celoso de su gloria y alabanza; él no admitirá ningún rival porque simplemente no existe un rival.

El Señor concluye su proclamación con una prueba final de su capacidad para hacer lo que en estos versículos ha prometido, al dirigir nuestra atención a la frase: “He aquí, ya se cumplieron

las cosas primeras”. ¿Cuáles eran esas cosas? Las primeras cosas eran todo lo que Dios hizo en el pasado; entre ellas deberían estar la liberación de su pueblo de Egipto. Él predijo que iban a salir de Egipto, y como él prometió así ocurrió. Lo mismo sucedió con otros acontecimientos. El Señor dijo que los descendientes de Abraham se convertirían en una gran nación y así fue. Le aseguró al rey Acáz que la alianza contra él y contra Judá iba a fracasar y así fue. Prometió liberar a Jerusalén de los asirios y lo hizo. Todas las primeras promesas y predicciones les daban a los creyentes la seguridad que Dios verdaderamente cumple todas las cosas que nos ha revelado. Él proclama su poder para anunciar nuevos sucesos antes de que ocurran, con la misma confiabilidad con que ha hecho que se lleven a cabo las promesas que hizo en la antigüedad.

**¹⁰ Cantad a Jehová un nuevo cántico,
su alabanza desde el extremo de la tierra;
los que descendéis al mar y cuanto hay en él,
las costas y sus moradores.**

**¹¹ Alcen la voz el desierto y sus ciudades,
las aldeas donde habita Cedar;
canten los moradores de Sela;
desde la cumbre de los montes
den voces de júbilo.**

**¹² Den gloria a Jehová
y anuncien sus loores en las costas.**

**¹³ Jehová saldrá como un gigante
y como el de un guerrero despertará su celo;
gritará, dará su grito de guerra,
prevalecerá sobre sus enemigos.**

Isaías había escuchado las maravillosas promesas del Señor y las había escrito; en estos versículos el profeta exhorta a todos los creyentes para que le canten a Jehová en respuesta a esas promesas. El profeta los exhorta diciendo: “Cantad a Jehová un

nuevo cántico”. El canto es nuevo porque su contenido es nuevo; es un canto que reboza de gozo por la redención que Dios prometió y que se cumplirá. No se trata de un viejo canto para celebrar las pasadas victorias del Señor a favor de su pueblo, como es el Cántico de Moisés (Éxodo 15); este canto proclama una nueva y maravillosa alabanza a Jehová el Señor por lo que su Siervo escogido va a realizar.

El profeta de Dios invita a toda la tierra a cantar: a los navegantes, a los habitantes de las costas, a los de las ciudades y a la gente del desierto alrededor de Judá. La alabanza llena el aire con sus prometedoras y melodiosas palabras, al punto de dejarse oír hasta los confines más lejanos de la tierra que la mente humana pueda concebir. Isaías menciona en estos dos capítulos a los países que bordean el Mediterráneo Oriental. En un principio, los que vivían en las costas se sintieron aterrorizados ante el avance de Ciro, pero después fueron incluidos como beneficiarios de la gloriosa obra del Siervo, y ahora se regocijan por ella. Dios siempre quiso que el mundo entero estuviera incluido en su redención. El Señor Jesús murió por toda la humanidad y para que ésta pudiera escuchar su evangelio y regocijarse en sus bendiciones.

En el versículo 13, el cuadro cambia y la alabanza fluye de la boca de gente agradecida porque Dios marchará como un guerrero. En su santidad, Dios llamó a su Siervo y trajo el perdón y la liberación; su plan significa que derrotará a Satanás, su archienemigo, y a sus aliados, la muerte y el infierno. La redención será el gran trofeo de su victoria. De acuerdo con la primera promesa de su venida (Génesis 3:15), el Siervo aplastará la cabeza de la serpiente y restaurará: la paz, la justicia y el gozo. La descripción del Señor como un poderoso héroe es otra forma de mirar su obra de rescate de los pecadores y un motivo más para alabarlo.

**¹⁴ Desde el siglo he callado,
he guardado silencio, me he contenido;**

**pero ahora daré voces como la que está de parto,
y a la vez asolaré y devoraré.**

**¹⁵ Convertiré en soledad montes y collados,
haré secar toda su hierba;
los ríos tornaré en islas
y secaré los estanques.**

**¹⁶ Guiaré a los ciegos por un camino que no conocían;
los haré andar por sendas que no habían conocido.
Delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz
y lo escabroso en llanura.**

**Estas cosas les haré
y no los desampararé.**

**¹⁷ Serán vueltos atrás y en extremo confundidos
los que confían en ídolos
y dicen a las imágenes de fundición:
«Vosotros sois nuestros dioses.»**

El plan de Dios exigió una extensa preparación. Cuando Isaías escribió estas palabras, ya se había escrito una larga historia. Dios: había creado al mundo, había llamado a Abraham, había liberado a su pueblo de Egipto, había escogido a David como rey, y más recientemente, había destruido al ejército asirio que tenía sitiada la ciudad de Jerusalén. Con infinita paciencia, Dios había soportado con paciencia los pecados de su propio pueblo y había refrenado el justo castigo sobre las naciones idólatras del mundo. El plan divino era darles a todos los hombres una oportunidad para que le buscasen; ese fue el tiempo de gracia para ellos. El apóstol Pablo se dirigió a los griegos que estaban reunidos en el Areópago de Atenas con palabras similares:

De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan

hallarlo, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, nos movemos y somos...

Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó. (Hechos 17:26-31)

El Señor se compara con una mujer embarazada que está a punto de dar a luz. Desde el comienzo Dios planeó traer al Salvador al mundo y descargar su juicio sobre todos los que rechacen su plan. Él se encontraba como una embarazada que está a punto de dar a luz al hijo que crió durante nueve meses. “Cuando vino el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4), Dios envió a su Hijo unigénito al mundo. Sin el beneficio de un orden cronológico, Isaías vio al mismo tiempo la llegada del Salvador y el juicio del mundo. Al profeta se le muestran juntos el nacimiento de Jesús y el juicio del último día. Nosotros sabemos que el Mesías ya vino y sólo esperamos su regreso. Dios ha establecido un día para el castigo venidero y nosotros solamente lo esperamos como una madre embarazada espera la llegada de su hijo. La idea de una madre que espera a un bebé cabe en ambas partes del plan de Dios. Los comentarios de Pedro resultan útiles:

Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.

Pero, amados, no ignoréis que, para con el Señor, un

día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (2 Pedro 3:7-9)

Cuando Dios describió estos sucesos para Isaías y para sus lectores, relató los dos advenimientos del Siervo como uno solo. El Señor dice que cuando él venga, traerá destrucción a la tierra; los montes y collados serán assolados, pero ocurrirá algo más: los ciegos encontrarán sendas por donde andar. Estos son los ciegos espirituales que no pueden encontrar el camino por ellos mismos; Dios hallará un camino para llevarlos sin peligro a él; él los guiará y volverá las tinieblas en luz. Dios hace todo esto. En una sola visión Dios le mostró a su profeta: el primer advenimiento de su Siervo, la congregación de los creyentes, y la segunda venida del Redentor en el día del juicio final. Por una parte, Dios traerá juicio a la tierra; por otra, dirigirá y guiará a los suyos porque ha prometido: “No los abandonaré”.

Para los antiguos lectores de la profecía de Isaías, Dios incluyó otro suceso más en esta visión: el regreso del pueblo de Dios del cautiverio en Babilonia. El lenguaje de esta sección nos recuerda el éxodo del pueblo de Dios de Egipto cuando el Señor secó el mar Rojo para que su pueblo pudiera salir de Egipto. El regreso de Babilonia será una liberación similar. Las dos liberaciones de la esclavitud son imágenes del Antiguo Testamento que señalan la mayor liberación divina por la cual Dios nos libraré del pecado y del infierno. Él había rescatado a su pueblo de Egipto, lo iba a librar de Babilonia y, mediante la venida de su Siervo Jesucristo, lo salvará de la servidumbre del pecado. Dios no abandona a su pueblo.

En esas promesas han encontrado gran consuelo los creyentes. Dios ha sembrado la fe en quienes estábamos espiritualmente muertos y ciegos por naturaleza. Él: nos ha llamado, nos ha reunido y nos ha iluminado con el poder de su

evangelio. Con todo lo reconfortantes que son estos pensamientos para los creyentes, sabemos que hay dos facetas en la verdad de Dios: “El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Dios le hizo la misma advertencia al pueblo de los tiempos de Isaías. Pero “serán vueltos atrás y en extremo confundidos los que confían en ídolos”. En la profecía de Isaías, vemos repetidamente el desatino de la obsesión del hombre por crearse un dios que piense y actúe como él. Las deidades y las teologías ideadas por la mente humana son y serán absolutamente inútiles, y en el día del juicio lo veremos. Isaías escribió con anterioridad: “Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorara ” (2:20).

¹⁸ **«Sordos, oíd,**

y vosotros, ciegos, mirad para ver.

¹⁹ **¿Quién es ciego, sino mi siervo?**

¿Quién es tan sordo como mi mensajero que envié?

¿Quién es tan ciego como mi escogido,

tan ciego como el siervo de Jehová,

²⁰ **que ve muchas cosas y no advierte,**

que abre los oídos y no oye?

²¹ **Jehová se complació por amor de su justicia**

en magnificar la Ley y engrandecerla.

²² **Mas éste es un pueblo saqueado y pisoteado,**

todos ellos atrapados en cavernas

y escondidos en cárceles.

Son puestos para despojo, y no hay quien los libre;

son despojados, y no hay quien diga: “¡Restituid!”»

²³ **¿Quién de vosotros oirá esto?**

¿Quién atenderá y escuchará respecto al porvenir?

²⁴ **¿Quién dio a Jacob en botín**

y entregó a Israel a saqueadores?

¿No fue Jehová, contra quien pecamos?

**No quisieron andar en sus caminos
ni escucharon su Ley.**

**²⁵ Por tanto, derramó sobre él el ardor de su ira
y la violencia de la guerra;
le prendió fuego por todas partes,
pero no entendió;
lo incendió, mas no hizo caso.**

El Señor continúa hablando, y ahora pregunta: “¿Quién es ciego, sino mi siervo?” Quizá aquí nos sorprenda la aparición de la palabra *siervo*. ¿Se trata del mismo Siervo de quien leímos con anterioridad? Sin embargo, si atendemos a lo que Dios dice acerca del personaje que se describe en los versículos recién leídos, descubriremos que este siervo es muy diferente del que se describe en la primera parte del capítulo. Estos versículos definen a este personaje como sordo y ciego. No obstante, es también mensajero de Dios y es “el siervo de Jehová”.

Aquí encontramos una clave para la identidad de este siervo. Resulta que él mismo ha visto y oído muchas cosas sin que realmente le haya prestado atención a ninguna de ellas. Isaías escribió que el Señor había engrandecido y magnificado la ley, cosa que hizo por amor de su justicia. En otras palabras, su santa voluntad de salvar al mundo lo motivó a proclamar en palabras la verdad, “la ley”. De modo que Dios le había dado a este enviado palabras para oír y obras para ver. ¿Quién sabía: de la creación, de la elección de Abraham, de la liberación del pueblo de Dios de Egipto? ¿Quién fue testigo de las maravillosas obras que hizo Dios por amor de su pueblo? ¿Quién podría haber visto y oído todas las promesas que hizo Dios para traer la redención y la salvación al mundo mediante los descendientes de Abraham? ¿Quién escuchó las promesas de los profetas de Dios? ¿Quién podía conocer todo esto y continuar siendo sordo y ciego? ¿Hay alguno que hubiera escuchado y visto esas maravillas? Parece que se trata de una personalidad colectiva. Isaías identifica al siervo en el versículo

22: “Mas éste es un pueblo saqueado y pisoteado”. ¿Quién más podía ser este siervo sino el mismo Israel, el pueblo de Dios del Antiguo Testamento? Ciertamente Dios consideró a los de su pueblo del Antiguo Testamento como sus siervos; sus escogidos para cumplir sus designios. Ciertamente ellos fueron sus mensajeros porque poseían su verdad. Hoy seguimos leyendo y estudiando el mensaje que él les encomendó.

¡Qué contraste con el Siervo que se describe en los primeros versículos! El pueblo de Judá había visto y oído mucho, pero nada penetró en sus corazones. A lo largo de toda la primera parte de su profecía, Isaías los amenazó con el juicio de Dios. Cuando el Señor Jehová llamó a Isaías, le dijo que su tarea era endurecer al pueblo de Judá en su incredulidad, y lo instruyó para que les dijera: “Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis. Embota el corazón de este pueblo” (6:9-10), y exactamente así había ocurrido. Sin embargo, mediante el ministerio de Isaías, Dios le hacía una súplica a su pueblo. Esta acusación era también un fuerte e insistente llamado al arrepentimiento. El propio Isaías se incluyó en la nación pecadora: “¿No fue Jehová, contra quien *pecamos*?” El pecado contamina a todo el pueblo incluyendo a los creyentes; e Isaías, al igual que otros, reconoció su falta y se arrepintió. Sin embargo, la mayoría no lo hizo. Sin preocuparse por las advertencias del profeta, siguieron su camino en obstinada ignorancia del juicio divino. El Señor continuó llamándolos a través de su profeta pero ellos siguieron sordos y ciegos.

¿Qué debe hacer Dios con todo aquel: que se niega a escuchar a sus profetas, que no sigue sus caminos ni obedece su ley? El último versículo de este capítulo da una clara e inconfundible respuesta: “Por tanto, derramó sobre él el ardor de su ira”. La violencia de la guerra fue una de las formas en que Dios derramó su juicio. El ciego y sordo pueblo escogido de Dios iba a sentir la furia de los conquistadores babilonios. Su ciudad iba a ser arrasada por el fuego porque ellos no se habían vuelto a Jehová su Dios ni se habían arrepentido de sus pecados. Tristemente, en medio de ese gran juicio, ellos todavía seguían sin entender que sus

problemas provenían de Dios como resultado de sus pecados.

La incredulidad siempre termina así. Los líderes judíos que rechazaron al Salvador, y todos los que estuvieron de acuerdo con ellos, no comprendieron las maravillosas verdades y bendiciones que vieron con sus propios ojos; los milagros y los sermones de Jesús no hicieron mella en ellos. Permanecieron ciegos y sordos; incluso después de la resurrección de Lázaro (Juan 11), los líderes judíos no creyeron y procuraron matar a Jesús y al mismo Lázaro. Así como sus antecesores habían sido ciegos y sordos, también ellos; y también, lo mismo que sus antepasados, ellos iban a sentir la ira de los conquistadores. Los romanos destruyeron Jerusalén tan ciertamente como los babilonios lo hicieron seiscientos años antes.

Éstas son las “cosas primeras” (versículo 9) que debemos notar. Dios ha traído su juicio sobre todos los que han rechazado su misericordiosa invitación. Mediante la lectura de su palabra, él nos extiende una invitación a todos. La Biblia sigue siendo el libro más vendido en el mundo y aun así hay muchos que no siguen los caminos de Dios ni creen en su Palabra. Comerán, beberán y se alegrarán hasta que venga su propio juicio. Como todos los incrédulos que les precedieron, están ciegos a las verdades de Dios y no oyen el llamado que les hace al arrepentimiento. Por otra parte, los creyentes son como Isaías, y por la gracia inmerecida de Dios, estamos entre ellos. Sabemos que hemos pecado y que como cualquier otro transgresor merecemos el juicio. Sin embargo, el Señor ha abierto nuestros oídos para escuchar su evangelio y ha aclarado nuestra visión para que podamos ver a Jesús, al Siervo, que nos ha liberado: del pecado, de la muerte y del infierno.

Sólo el Señor, el Redentor, redime a su pueblo por gracia

43 Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, Jacob,
y Formador tuyo, Israel:
«No temas, porque yo te redimí;
te puse nombre, mío eres tú.

**² Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo;
y si por los ríos, no te anegarán.**

**Cuando pases por el fuego, no te quemarás
ni la llama arderá en ti.**

**³ Porque yo, Jehová, Dios tuyo,
el Santo de Israel, soy tu Salvador;
a Egipto he dado por tu rescate,
a Etiopía y a Seba a cambio de ti.**

**⁴ Porque a mis ojos eres de gran estima,
eres honorable y yo te he amado;
daré, pues, hombres a cambio de ti
y naciones a cambio de tu vida.**

**⁵ No temas, porque yo estoy contigo;
del oriente traeré tu descendencia
y del occidente te recogeré.**

**⁶ Diré al norte: “¡Da acá!”,
y al sur: “¡No los retengas;
trae de lejos a mis hijos,
y a mis hijas de los confines de la tierra,**

**⁷ a todos los llamados de mi nombre,
que para gloria mía los he creado,
los formé y los hice!”»**

Este capítulo comienza con un pensamiento inesperado. El último versículo del capítulo anterior anunciaba la ardiente ira de Dios sobre su pueblo, porque desobedecía su ley y despreciaba todo lo que él había hecho por ellos. Por causa de sus rebeliones Dios les había enviado “la violencia de la guerra”, pero aun así siguieron ciegos y sordos. Esperaríamos que Isaías continuase anunciándoles vehementemente el castigo tan merecido. Pese a todo lo que Dios había hecho por su pueblo, ellos merecían el juicio del Señor; y hubiera sido completamente justificado que Dios abandonara a tan empeinado e ingrato pueblo en sus faltas. La expresión “ahora” o “pero ahora”, como traduce la NVI, introduce

algo inesperado: las tiernas palabras de amor del Señor de la gracia fiel y gratuita.

Isaías presenta estas insospechadas palabras de ternura y gracia diciéndoles a sus lectores que este mensaje procede de Jehová; no expresa el simple anhelo del profeta. Recordemos que él mismo se había incluido entre el obcecado e indiferente pueblo de Dios cuando escribió: “¿No fue Jehová, contra quien pecamos?” (42:24). Por naturaleza, Isaías y el resto de los hombres de todas las épocas están: espiritualmente ciegos, muertos y enemistados con Dios. Todos merecen el terrible juicio de Dios, porque todos han pecado; todos esperamos el anuncio del juicio divino por el pecado; y, como Isaías, todos esperamos escapar del juicio, aunque por mucho que lo deseemos no podamos hacerlo. Pero Jehová, el Dios del amor fiel y gratuito, anuncia lo improvisto; proclama la autoridad para un anuncio tan misericordioso porque él ha creado y formado a su pueblo.

Dios dice: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú.” El inesperado anuncio de poner a un lado el miedo se produce por tres razones; las tres tienen como fuente de consuelo a Dios. El Señor dice primero: “Yo te redimí”. Mientras el pueblo de Dios estaba ciego y sordo, esclavizado por su propia e impía naturaleza, caminando hacia un juicio seguro, el Señor lo había sacado de su condenación; lo había redimido. Así sucedió cuando Israel estuvo en Egipto y volverá a suceder cuando sean tomados como prisioneros de guerra y llevados cautivos a Babilonia. La misma realidad existe para cada transgresor. Los creyentes son alentados a desechar sus temores porque Dios los ha rescatado de ellos mismos y de las consecuencias de sus culpas y fracasos. El verbo *rescatar* implica que el hijo de Dios está atrapado y es incapaz de obtener su propia libertad; pero Dios dice: “No temas, porque yo te redimí.” Qué inesperadas y consoladoras palabras de gracia. Segundo, Dios llamó a su pueblo por nombre, lo escogió de entre todas las naciones de la tierra; y tercero, los llamó para que fuesen su pueblo, los reclamó como suyos cuando dijo: “Mío eres tú”.

Estas dulces palabras de consuelo se le aplican primero al pueblo fiel de Dios de los días de Isaías. Siglos antes del profeta, Jehová los había redimido de la esclavitud en Egipto y los había declarado hijos suyos. Pero ellos habían ignorado el amor que les había demostrado y no habían escuchado su tierno llamado. Isaías había anunciado que por eso Jehová iba a enviar a los babilonios para que destruyeran Jerusalén y lo llevaran cautivos a ese país. Ese suceso iba a ocurrir más de un siglo después. De esa servidumbre también les redimirá Dios. Él los comprará de Babilonia como un redentor negocia la esclavitud de su pariente israelita. (Levítico 25:47-49). En medio de los miles de judíos que habían abandonado al Señor, aún quedaban creyentes fieles que atesoraban estas palabras de consuelo, que los iban a sostener en los difíciles días por venir. Dios mismo dijo: “No temas, porque yo te redimí”; pero los creyentes también retuvieron estas palabras como la promesa de un rescate más profundo y significativo; miraban hacia la salvación espiritual muy superior a la liberación de la cautividad en Babilonia.

Cuando leemos estas palabras miles de años después, también nosotros encontramos consuelo en ellas. También nosotros hemos sido redimidos por el Salvador de una esclavitud mucho peor. Por causa de nuestros pecados, éramos: esclavos del pecado y cautivos de la muerte y del castigo. El Señor: nos rescató de ellos y del infierno, nos compró con el precio de la sangre de Cristo en el Calvario y nos llamó por nombre cuando nos lavó en el bautismo. Todos los creyentes son posesión de Jehová el Señor. Tan categóricamente como lo dijo a los fieles de los tiempos de Isaías, Dios les dice a sus hijos de hoy: “No temas”. Y como ellos, nosotros vivimos en medio de una generación que ha abandonado a su Creador; pero Jesús nos ha redimido y nos ha reclamado como suyos. “No temas”.

El pueblo de Dios de la antigüedad se enfrentó los problemas de la vida armado con estas promesas. Dios no promete que sus fieles van a escapar de toda dificultad y que caminarán sin problemas por la vida, sino que también pasarán “por las aguas”,

y “por el fuego”. Cuando los israelitas salieron de Egipto, pasaron realmente por las aguas. Por el poder de Dios, Moisés les abrió camino a través del mar Rojo. Esa liberación respaldó las promesas que ahora les hacía. Así como el Señor los liberó en el pasado, les iba a dar una liberación aún mayor en el futuro. Dios cita dos peligros, agua y fuego, símbolos de todas las amenazas que su pueblo podría experimentar (ver Salmo 66:12). A medida que sus hijos sufran peligros, según sus propias palabras Dios les sigue prometiendo protección. Ya destacamos la liberación que les fue dada en el mar Rojo; después de que los babilonios habían tomado cautiva a Judá, Nabucodonosor lanzó a un horno ardiente a tres hombres que permanecieron fieles a su Dios (Daniel 3); esos jóvenes no fueron consumidos por el fuego porque Dios los protegió. Daniel confió en la protección divina cuando fue arrojado al foso de los leones (Daniel 6). Dios le asegura a su pueblo que incluso las pruebas más grandes obrarán de algún modo para su bien (Romanos 8:28). La razón está clara: Él los ha redimido y le pertenecen.

Dios revela: el pasado, el futuro para Judá y el futuro para todos los creyentes en una sola imagen compuesta que abarca desde la creación hasta la liberación final en el último día; en el tiempo que hay entre la creación y el último día, Dios les asegura los suyos de su misericordiosa protección. Fijémonos en cuantas veces aparece el pronombre *Yo* en este capítulo que recoge las palabras de Dios y la afirmación que hace de que él es el único responsable de la protección y la liberación que los suyos han recibido y recibirán en el futuro. “Yo, Jehová, Dios tuyo”, dice; y de él dependen todas las cosas. Cuando hayamos concluido este capítulo, no debemos dudar de la fuente de todas las promesas.

El final del versículo 3 nos lleva a un suceso histórico específico, la liberación de Judá de la esclavitud en Babilonia. Ciro de Persia conquistó Babilonia y estableció un nuevo imperio; este personaje promulgó el decreto que liberó a los judíos y les permitió regresar a Palestina. Dios predijo esos sucesos en días de Isaías, antes de que Babilonia se convirtiera en una potencia en la región

y de que Persia la derrotara. Como rescate por la liberación de Judá, Dios le prometió a Ciro que le daría Egipto y Seba. En otras palabras, Dios reestructuró el mundo antiguo por amor a su antiguo pueblo y por su plan de salvación. Es como si Jehová hubiera compensado así a los persas por la liberación de Israel. Ciro murió antes de que Persia conquistara a estas naciones, pero aun así, el rey persa planeó la campaña y su hijo Cambises la llevó a cabo.

Esta profecía era específica, y también hacía énfasis en el principio de la redención. La segunda parte de la profecía de Isaías emplea con frecuencia la palabra *rescatar*, y la obra de redención recibe la prioridad. De acuerdo con la ley de Moisés (Levítico 25,27), se debía pagar un precio para recobrar algo o a alguien. En este caso, Dios pagó un precio por salvar a su pueblo del cautiverio en Babilonia. Aunque Ciro nunca entendió el principio involucrado, Dios le dio a Egipto a cambio de la liberación de su pueblo. Egipto, Etiopía y Seba fueron el precio del rescate.

El principio del *rescate* ha sido aplicado más allá de la simple liberación de Judá. Este término ha llegado a ser familiar para todos los cristianos que con regularidad confesamos que Dios nos ha comprado. Él pagó el costo necesario para lograr la libertad de nuestra esclavitud personal: del pecado, de la muerte y del juicio. Esta redención no fue obtenida a bajo precio, Dios nos compró con lo más preciado que tenía, ofreció a su Hijo Jesucristo a cambio de la humanidad pecadora. El apóstol Pedro escribió: “Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18,19). Lutero parafraseó a Pedro en su explicación del Segundo Artículo del Catecismo Menor: “Jesucristo...me ha redimido a mí, criatura perdida y condenada, me ha rescatado y librado de todos los pecados, de la muerte y del poder del diablo; no con oro ni plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte,” Isaías citará con frecuencia la idea de la redención en esta segunda parte de su profecía. Por ahora hace

otra pregunta: ¿por qué Dios libra a su pueblo? Y es Dios mismo quien da la respuesta: “Porque a mis ojos eres de gran estima, eres honorable y yo te he amado”. El amor inmerecido de Dios por los pecadores continúa siendo la única razón por la cual él hace todo por el ser humano. “De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16).

Ese misericordioso amor también impulsa a Dios a repetir la consolación a su pueblo: “No temas, porque yo estoy contigo”. La redención que describe se extiende mucho más allá de la de Babilonia, lo que es evidente cuando Dios dice que nos recogerá desde los cuatro puntos cardinales. El pueblo escogido vendrá no solamente de Babilonia sino de donde haya sido dispersado a través del mundo. El día de Pentecostés pudimos apreciar esa reunión cuando judíos del mundo mediterráneo llegaron a Jerusalén para adorar (Hechos 2). Ese día escucharon el evangelio y Dios los reunió en su iglesia del Nuevo Testamento. Pero una reunión mayor está por suceder; esa reunión ocurrirá cuando, en el último día, Dios lleve a todo su pueblo al cielo que ha preparado para ellos, sin que importe dónde hubieran estado dispersos. En este pasaje Dios habla de “mis hijos, y mis hijas” para indicar que *todos* serán reunidos. Posteriormente Dios identifica a lo que serán congregados: “todos los llamados de mi nombre” es decir, todos los creyentes. El apóstol Juan vio esa gran multitud reunida delante del trono del Cordero: “la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas” (Apocalipsis 7:9).

**⁸ Sacad al pueblo ciego que tiene ojos
y a los sordos que tienen oídos.**

**⁹ Congréguese a una todas las naciones
y júntense todos los pueblos.**

**¿Quién de ellos hay que nos dé noticias de esto
y que nos haga oír las cosas primeras?**

**Presenten sus testigos y justifiquense;
oigan y digan: «Verdad es.»**

**¹⁰ «Vosotros sois mis testigos,
dice Jehová,
y mi siervo que yo escogí,
para que me conozcáis y creáis
y entendáis que yo mismo soy;
antes de mí no fue formado dios
ni lo será después de mí.**

**¹¹ Yo, yo soy Jehová,
y fuera de mí no hay quien salve.**

**¹² Yo anuncié y salvé, hice oír
y no hubo entre vosotros dios ajeno.
Vosotros, pues, sois mis testigos,
dice Jehová,
que yo soy Dios.**

**¹³ Aun antes que hubiera día, yo era,
y no hay quien de mis manos libre.
Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?»**

El Señor había prometido rescatar a su pueblo del cautiverio en Babilonia dando a: Egipto, Etiopía y Seba como precio por el rescate de los suyos. Eso era señal de una redención más distante, el día cuando Dios reunirá a todo su pueblo, a sus hijos e hijas “desde los confines de la tierra”. Isaías escribió estas palabras alrededor del año 700 a.C. Ciro firmó el decreto que les daba libertad del cautiverio a los judíos y les permitía regresar a Judea, en el año 538 a.C., aproximadamente 160 años después del ministerio de Isaías.

Algunos eruditos tienen problemas con estas cifras; se asombran de que Isaías pudiese predecir el futuro con tal precisión y con tanta anticipación. Uno de los análisis concluye que alguien más cercano al surgimiento de Ciro escribió estos versículos. En otras palabras, alegan que Isaías no escribió estos versículos ni ninguno de los de la segunda parte de la profecía. Pero esa aseveración convierte al escritor de esta segunda parte en un timador. Consideremos el versículo 9: “¿Quién de ellos hay que

nos dé noticias de esto y que nos haga oír las cosas primeras?” El escritor de esta parte de Isaías presentó a Dios como el predictor del futuro, demostrando la superioridad de Dios precisamente por su capacidad para predecir los sucesos *antes* de que ocurran. El escritor declara que estas palabras fueron escritas *antes* de que los sucesos tuviesen lugar. Si este escritor no escribió esas palabras sino hasta *después* de que Ciro apareció, y después de que los judíos volvieron a Jerusalén, entonces lo dicho representa un gran engaño y una revisión de la historia. Ese autor o esos editores posteriores le habrían añadido estas palabras a un escrito de Isaías más antiguo. ¿A qué otra conclusión puede uno llegar sino a la de que alguien: intencionalmente, quizás incluso con la mejor de las intenciones, o involuntariamente, engañó al lector? Tal vez alguien pueda minimizar la acusación y sugerir que la inserción de esas palabras en el escrito de Isaías después del regreso a Judea representa una interpretación de la historia, una forma de pensar con el deseo, pero el profeta no presenta su caso de esa forma.

¿Por qué debemos tropezar aquí o en otros lugares donde el profeta de Dios les habla con tanta claridad a sus lectores acerca de los sucesos venideros? ¿Cuál es el problema cuando Isaías dice: “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (7:14)? Por qué nos debemos sorprender cuando anuncia el advenimiento del Mesías con estas palabras: “Saldrá una vara del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces” (11:1). Nos aferramos a las palabras de este escritor que nos confirman la ayuda y la protección de Dios: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (43:1). ¿Qué hace a las predicciones de Isaías menos que el resto de la palabra de Dios? De hecho, el profeta sugiere una pregunta interesante: “Si Dios no puede predecir el futuro, ¿qué hace que nuestra teología difiera de: la islámica, la budista o la mormona?” Por supuesto que algunos sugerirán que no hay diferencias porque todas las religiones se proponen penetrar el misterio de la verdad teológica de la existencia de un ser supremo. Por lo tanto, arguyen que una opinión del ser supremo es tan buena como cualquiera otra; sólo

es una cuestión de perspectiva. Es así como las naciones todavía fabrican dioses como hicieron los antiguos, aunque no hagan ídolos de oro o plata.

Cuando leemos el libro de Isaías, hallamos consuelo en las palabras que provienen del Dios que desea decirnos lo que tiene en su mente y en su corazón y que le fue revelado al escritor mediante la inspiración divina. Los creyentes toman las palabras del profeta al pie de la letra ya que provienen del Dios que controla la historia y que desea no sólo redimir a su pueblo sino consolarlo con el conocimiento de cómo los redimió y de lo que les tiene reservado en el futuro. Leemos este libro mirando hacia adelante, al momento cuando Dios llevará con él a todos los creyentes; ese es el futuro que predijo Isaías. El Todopoderoso borró todas nuestras transgresiones, otra promesa suya dada a conocer mediante su profeta. No tropezamos ante esas maravillosas promesas que son parte de la revelación que Dios nos ha dado a sus hijos e hijas, a quienes nos llama por nombre (43:7). No es demasiado creer que Dios le reveló a su pueblo del Antiguo Testamento acerca de Ciro y del advenimiento del Mesías antes de que ambos aparecieran. Estas profecías no son las palabras de un vidente especulando acerca de la teología y de historia mundial, son las palabras de Dios que fueron transmitidas mediante un instrumento humano, su profeta. Esto lo creemos por el poder del Santo Espíritu de Dios.

Dios retó a su pueblo y a todas las naciones para que trataran de probar que él no podía predecir el futuro. En el capítulo 41 ya había emitido el mismo reto: “‘Alegad por vuestra causa’, dice Jehová...¡Hacednos entender lo que ha de venir” (versículos 21, 22). En estos versículos, Jehová el Señor llama a dos grupos para que presenten sus alegatos como si estuviesen ante un tribunal. De un lado están las naciones, del otro su pueblo Israel. Aquéllas no pueden decir más de lo que dijeron en el capítulo 41. No tienen testigos para probar su causa. Nadie puede venir de entre ellas a apoyar la pretensión de que otro dios predijo sucesos antes de que ocurriesen.

Jehová dice que los del pueblo son sus testigos, pero son testigos que tienen ojos pero son ciegos, que tienen oídos pero son sordos. En el capítulo anterior los llamó siervo ciego y sordo (42:18,19). Tenían ojos pero no vieron; ni comprendieron lo que vieron. Cuando Jesús concluía de contar sus parábolas, decía a menudo: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 13:9). Quienes lo rechazaban oían el mensaje pero se negaban a permitir que penetrara en su mente. Aquí sucedió lo mismo; el pueblo fue testigo de la gran liberación que fue hecha por la mano de Dios, pero fueron ciegos a lo que eso significaba. No creyeron.

El pueblo de Dios del Antiguo Testamento había sido testigo de la liberación de Egipto, un evento que forjó de muchas y profundas maneras el Antiguo Testamento de Dios. En la época misma de Isaías, cuando Judá se vio amenazada por la alianza entre Israel y Aram (capítulo 7), Dios les prometió por medio de Isaías que los iba a librar, y los libró. Mucho después, cuando los asirios le pusieron sitio a Jerusalén, sus habitantes vieron 185,000 soldados enemigos yacer muertos ante la puerta de la gran ciudad. Isaías había predicho la salvación de Jerusalén antes que ocurriese (capítulo 37). Aunque muchos de ellos siguieron adorando ídolos y fueron por lo tanto ciegos y sordos para con el Señor, vieron esos acontecimientos. Podían ser testigos de Dios en un tribunal, aunque estaban espiritualmente ciegos y sordos; todavía tenían oídos y ojos. Un testigo testifica solamente sobre lo que ha visto y oído.

Así como los sucesos que relata un testigo apoyan la conclusión del abogado acusador o del defensor, de igual modo los eventos relatados por los testigos de Dios sostienen su conclusión. Él concluye: “Yo, yo soy Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié y salvé, hice oír y no hubo entre vosotros *dios* ajeno.” Ni siquiera la incredulidad de los testigos ciegos y sordos de Dios podía alterar esta conclusión. Los hechos hablaban por ellos mismos, y el pueblo de Dios no tenía otra opción que la de decir la verdad de lo que había visto y oído.

El Señor no concluye con jactancia confiada ni con una afirmación optimista; lo que dice se mantiene en pie, basado en la evidencia de todo lo que hizo en el pasado por su pueblo. “Yo, yo soy Jehová.” Los musulmanes hacen una afirmación similar: “No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta”, pero aquí, el Dios del profeta Isaías se sitúa a él mismo contra Alá y contra todo otro dios: “Fuera de mí no hay quien salve”. La palabra *salvador* significa: “uno que: libera, auxilia, ayuda, o rescata”; Dios libra y rescata. Redimió a su pueblo de Egipto y lo liberará de Babilonia. Él prometió salvar al mundo entero de la servidumbre del pecado y la muerte. El Señor, es decir, Jehová, el Dios que les hizo las promesas a: Abraham, Isaac y Jacob, consolida su superioridad sobre todos los demás conceptos de dios e ideas teológicas. Ningún otro puede salvar. Ni tampoco otro recobró al pueblo del Antiguo Testamento de: los egipcios, los asirios o los babilonios. Sólo él puede vencer: el pecado, la muerte y el infierno. Toda especulación teológica que se aparte de él, como se revela en las Escrituras, ni salva ni ayuda. Solamente Jehová, el Dios de la gracia fiel y gratuita, redime.

Toda información acerca del Señor y su actividad en la historia humana proviene de él mismo. Él dice: “Yo anuncié hice oír”. A menos que él explique sus obras, éstas serían un misterio. Sin la ayuda divina, la mente humana no puede penetrar la verdad de Dios (1 Corintios 2:6-16). Él reveló su plan antes de que el evento ocurriera y luego lo llevó a cabo; una vez hecho esto, lo proclamó. Ésa fue la inmutable norma de Dios durante la larga historia de Israel y Judá. Isaías sirvió como profeta para revelar la gran salvación que iba a venir. En el capítulo 43, Isaías habla de dos grandes liberaciones: una de Babilonia por medio de Ciro, y otra liberación espiritual y mucho mayor del pecado y la muerte mediante el Siervo del Señor, el Mesías. A su debido tiempo Dios hizo que ambos rescates acontecieran. Dios salvó. Escritores subsecuentes proclamaron su obra; Nehemías y Esdras, entre otros, proclamaron la primera liberación. Mateo, Marcos, Lucas y Juan, entre otros, proclamaron la segunda. ¿Hay algún dios como el

Señor? La sección concluye así: “Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?”

- ¹⁴ Así dice Jehová,
Redentor vuestro, el Santo de Israel:
«Por vosotros envié a Babilonia
e hice descender como fugitivos a todos ellos,
aun a los caldeos en las naves de que se gloriaban.**
- ¹⁵ Yo, Jehová, Santo vuestro,
Creador de Israel, vuestro Rey.**
- ¹⁶ Así dice Jehová,
el que abre camino en el mar
y senda en las aguas impetuosas;
¹⁷ el que saca carro y caballo,
ejército y fuerza;
caen juntamente para no levantarse;
se extinguen, como pábilo son apagados.**
- ¹⁸ No os acordéis de las cosas pasadas
ni traigáis a la memoria las cosas antiguas.**
- ¹⁹ He aquí que yo hago cosa nueva;
pronto saldrá a luz, ¿no la conoceréis?
Otra vez abriré camino en el desierto
y ríos en la tierra estéril.**
- ²⁰ Las fieras del campo me honrarán,
los chacales y los pollos del avestruz;
porque daré aguas en el desierto,
ríos en la tierra estéril,
para que beba mi pueblo, mi escogido.**
- ²¹ Este pueblo he creado para mí;
mis alabanzas publicaré.**

Dios ha presentado su argumento. Él es el único salvador de su pueblo. Como Redentor tiene aún cosas por decir y dirige a su pueblo a mirar hacia el futuro. Él promete que los liberará algún día de Babilonia, una ciudad: rica, poderosa y ostentosa. Sus

mercaderes comerciaban a escala mundial, trayendo sus bienes en barcos por el río Éufrates; Herodoto, historiador de la antigüedad, describió esos navíos mercantes. El comercio era próspero y bullicioso en la antigua ciudad, pero todo iba a llegar a su fin cuando el Señor la derribara.

Debemos tener en cuenta que Dios hará eso “por vosotros”, por amor a sus hijos. Él procura hacer todo para el beneficio de su pueblo. Dado que sólo él es: el Redentor, el Creador, el Rey, el Santo de Israel, sus promesas se harán realidad. Dios menciona aquí sus nombres como un monumento a su grandeza. Sólo él obra y nadie más. Todo fluye de él. Empezamos a ver que emerge una definición de la gracia. Dios actúa a favor de su pueblo. En los versículos que restan vamos a descubrir más acerca de la gracia y de la redención que Dios nos da.

El Señor va a quebrantar el poder de los babilonios y va a hacer de los que una vez fueron poderosos, unos gentiles fugitivos. Sus barcos, que una vez transportaron preciosas mercancías, algún día transportarán como una carga más a los que una vez fueron sus poderosos dueños. Dios enviará las fuerzas necesarias para que así ocurra. No solamente derrumbará el poder de estos enemigos de su pueblo, sino que también lo liberará del cautiverio y su nación escogida encontrará un camino a través del desierto por el cual volverá a Jerusalén.

Este patrón de salvación es igual al que Dios le dio a Israel cuando estaba bajo el liderazgo de Moisés. En ese entonces, como lo recuerda el versículo 16, Dios abrió “camino en el mar” y destruyó allí al ejército de faraón cuyos soldados “se extinguen, como pábilo son apagados”. Esa liberación de la opresión en Egipto era motivo de celebración durante la Pascua y un asombroso milagro que merecía ser recordado anualmente.

Sin embargo, Dios sugiere que el pueblo debía olvidar ese gran suceso. Eso no quería decir que tuviesen que olvidar todo acerca de la salida de Egipto; sino que simplemente no debían hacer hincapié en ella. Dios tenía reservada para sus elegidos del

Antiguo Testamento una liberación nueva y mejor. Él dice: “He aquí que yo hago cosa nueva”; y al describirsela, podría haberles recordado la travesía a través del desierto bajo el liderazgo de Moisés. Allí Dios los alimentó y les dio agua, a veces milagrosamente. Aquí se mencionan las mismas cosas.

¿En qué sentido es nueva y distinta esta libertad que Dios les promete, con respecto al éxodo y el recorrido hacia la tierra prometida? La redención de la cautividad en Babilonia adquiere mayor importancia porque es un elemento clave en el plan salvador de Dios. Más que el éxodo de Egipto, la salida de Babilonia prepara el camino para el cumplimiento de todas las promesas de Dios sobre la salvación espiritual. Dejando atrás la nación que los subyugó, el pueblo regresó a Palestina para reconstruir el Templo y para establecerse una vez más en los poblados del país. Repoblaron Galilea, habitaron Belén y Capernaúm, e hicieron de nuevo de Jerusalén el centro de la adoración. Un gran Redentor vendrá de Belén, comenzará su obra en Galilea, y entrará a Jerusalén cabalgando sobre un pollino. El pueblo ocupó la tierra hasta la llegada de Jesús. Una liberación preparó el terreno para otra aún mayor; así que no es de asombrar que olvidaran la liberación del yugo egipcio. Todo era parte del plan de Dios para su pueblo.

En virtud de ese milagro, el pueblo debería proclamar su alabanza a Dios. Él los había creado con el propósito de que lo honraran. Él consolará a su pueblo y ellos lo glorificarán. Muchos siglos después, hemos sido liberados: del pecado, de la muerte y del castigo divino, para que proclamemos el poder de Dios. Pedro escribió: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Pablo nos recuerda: “Hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31). Al igual que los creyentes del Antiguo Testamento, los del Nuevo Testamento tienen como único y final propósito loar a Dios.

**22 »Y no me invocaste a mí, Jacob,
sino que de mí te cansaste, Israel.**

**23 No me trajiste los animales de tus holocaustos
ni me honraste con tus sacrificios;
no te hice servir con ofrenda
ni te hice fatigar con incienso.**

**24 No compraste para mí caña aromática
por dinero ni me saciaste con la grasa de tus sacrificios,
sino que pusiste sobre mí la carga de tus pecados,
me fatigaste con tus maldades.**

¿Por qué nos da Dios tan maravillosa liberación? Lo hizo por pura gracia. Aquí él explica con cuidado qué es la misericordia, y sus palabras merecen nuestra atención. Su amor no depende del esfuerzo humano. Dios le recuerda a su pueblo que ellos no lo llamaron, fue él quien los llamó; es por su obra que son su pueblo. Fue él quien escogió a Abram antes de que éste fuera circuncidado y le cambiara el nombre a Abraham, además de que le prometiera que iba a bendecir a toda la tierra por medio de él.

Mientras los israelitas estuvieron cautivos en Egipto, se convirtieron en una nación pero no le ofrecieron sacrificios a Dios. Sólo después de que Jehová Dios envió a Moisés ellos ofrecieron corderos en sacrificio y pusieron la sangre de éstos en los umbrales de sus puertas. Dios los libró voluntariamente, sin pedirles sacrificios. El complicado sistema: de ofrendas quemadas, de ofrendas de granos e incienso fue instituido después del éxodo de Egipto. Este pueblo rebelde no se había ganado la libertad por haber cumplido con sus estatutos. Dios no estableció una religión que recompensara a la gente por su comportamiento. Pese al fracaso de su pueblo en la observación de sus leyes, Dios les ofreció liberarlos una y otra vez gratuitamente. Los mandamientos de Dios no funcionan como una compuerta que regule sus bendiciones o que la gente pueda abrir si

hace lo que el Señor ha ordenado. Las leyes de Dios sirvieron como un espejo para mostrarle al pueblo sus pecados y como guía para que conocieran lo que a él le complacía. Los sacrificios y la adoración no podían ganar las bendiciones de Dios; todas las leyes ceremoniales fueron para el pueblo sólo una guía para que la fe de ellos se pudiera mostrar mediante acciones.

Dios no instituyó los sacrificios ni dispuso las prácticas de la adoración de su pueblo para hacer de ellos sus esclavos. Las leyes no fueron hechas para que la gente pudiera trabajar arduamente a fin de ganarse la buena voluntad del Creador. Las bendiciones fueron dadas gratuitamente y las leyes fueron dictadas para que las personas pudieran expresar su gozo y aprecio por la gracia de Dios. Pero los pecados de la nación hicieron que Dios se esforzara en favor de ella. La traducción que hace la Reina Valera, Revisión de 1995: “pusiste sobre mí la carga de tus pecados”, traduce adecuadamente el sentido del original al expresar la idea de que Dios se convirtió en siervo de su pueblo pecaminoso y rebelde.

¿Cómo fue puesto Dios a servir por causa de los pecados del pueblo? Para comenzar consideremos el plan que el Señor llevó a cabo para redimir a Israel y a Judá y también a todo el mundo. Meditemos en cómo el Dios supremo se convirtió en humano naciendo en Belén como un humilde descendiente de David. Reflexionemos en el sudor de Jesús en el huerto de Getsemaní y el trabajo de cargar la cruz a lo largo de las calles de Jerusalén. Los pecados del mundo fueron una pesada carga para Dios. Dios tuvo que rescatar a la humanidad del pecado y de la muerte, porque nadie más podía hacerlo. Ningún dios ofreció el perdón por gracia excepto el Señor. Ninguna teología, excepto la teología de la cruz, ofrece el perdón.

**²⁵»Yo, yo soy quien borro tus rebeliones
por amor de mí mismo,
y no me acordaré de tus pecados.**

Dios es el único que borra las transgresiones y los pecados de su pueblo; nadie más puede quitar una sola mancha. Ninguna oración, ningún sacrificio ni acto de devoción religiosa puede anular la iniquidad ni comprar lo que Dios ofrece gratuitamente por amor de sí mismo. ¿Qué pudo haber motivado al Señor del universo a borrar y olvidar el pecado? Nada que pudiera haber en ningún ser humano; sólo su gracia. Este versículo proclama esa verdad. Las palabras “por amor de mí mismo” son las notas del cántico que proclama la misericordia de Dios. Los pecados son quitados porque él dispuso perdonarlos, ningún pecado es perdonado porque el pecador haga algo como una penitencia para quitar su pecado. Los pecados no son perdonados por una serie de buenas obras; ni siquiera toda una vida de esfuerzo tenaz y de maravillosas intenciones puede inducir a Dios a pasar por alto el pecado. Él sencillamente perdona porque ama; y borra espontáneamente los pecados gratuitamente, por gracia; él no espera a que el hombre sea primero bueno para recompensarlo después con el perdón. Dios perdona *por amor de sí mismo*.

²⁶ Hazme recordar, entremos juntos a juicio.

¡Habla tú para justificarte!

²⁷ Tu primer padre pecó

y tus enseñadores se rebelaron contra mí.

²⁸ Por tanto, yo profané a los príncipes del santuario,

entregué a maldición a Jacob

y por ultraje a Israel.

Quizás algunos pudieran pensar que Dios quitó los pecados de su pueblo porque algún día en el futuro ellos iban a ser sus siervos. ¿Podría alguien ser perdonado por su virtuosa vida en el futuro? Esa idea hace que el perdón de Dios dependa de los futuros actos o pensamientos, de modo que el pecador aún podría ganar el perdón. El esfuerzo humano es el *resultado* de la gracia y la gracia no es *consecuencia* del esfuerzo del hombre. Dios citó el ejemplo del primer padre de su pueblo; unos piensan que

este es Adán, otros que es Abraham, pero la mayoría considera que se trata de Israel o Jacob. Este último es el que mejor se ajusta al concepto de padre, debido a que el pueblo a menudo es llamado por su nombre en esta sección (40:27; 41:8; 42:24; 43:1,15,22).

Consideremos a Jacob: que engañó a su padre para obtener la primogenitura, que huyó atemorizado de su airado hermano, que robó de su tío Labán lo que había ganado mientras estaba con él, y que prefirió a José por sobre todos sus hijos. Jacob no siempre fue un modelo de virtud ni de fe. Si Dios le hubiera dado lo que se merecía, Jacob hubiera sido desechado con los demás pecadores del mundo. Sin embargo, Dios lo escogió por gracia. Cuando tiempo después los israelitas salieron de Egipto y anduvieron por el desierto, no permanecieron fieles a su Dios. Al pie del monte Sinaí, se hicieron un becerro de oro. Los que fueron llamados a servir a Dios se rebelaron muchas veces contra él, y el pecado hizo de Judá e Israel un caso sin esperanza que merecía el juicio. De ninguna manera merecía el perdón de Dios porque hubieran sido fieles o porque fueran a ser fieles en el futuro; su historia demuestra precisamente lo opuesto. Una y otra vez incurrieron en la ira divina y se las arreglaron para encontrar la manera de acarrear el castigo.

Por causa de sus repetidos pecados y rebeliones, Dios les iba a llevar finalmente su juicio. Incluso los que fueron llamados para servir en el Templo habían rechazado su gracia. Isaías los llamó “príncipes del santuario”; y serán deshonrados por los babilonios, que llevarán a cabo el juicio de Dios. Los mismos vasos del Templo serán profanados y serán llevados a Babilonia, donde serán destruidos por causa de los pecados del pueblo de Dios. En este versículo, Isaías identifica al pueblo de Dios y les recuerda todo lo que el Señor hizo por ellos para que fuesen su pueblo.

Habiendo Dios preparado tan maravillosa y nueva redención, y habiéndola ofrecido gratuitamente, sin ningún mérito por parte de su pueblo, ¿qué debía hacer Dios con ellos después de que lo rechazaron? No tuvo otra alternativa distinta de castigarlos. En lugar de volverse al Señor, porque fuera de él no hay quien salve

(versículo 11), la mayoría de ellos se volvió a los dioses falsos de los que iban a quedar horrendamente decepcionados. Ninguna otra deidad podía dar redención y liberación; no obstante, Dios se la ofrecía gratuitamente por gracia. Y cuando una persona rechaza al Señor y a su gracia, esa persona decide abandonar las bendiciones de Dios, y el rechazo sólo puede traerle juicio. Si alguien nos da un mapa de un campo minado con la salida segura, pero decidimos ignorarlo y caminar por el peligro sin usar esa información, los trágicos resultados serán exclusivamente su propia culpa. Así será con todos los que prefieran pasar por alto la única y exclusiva salvación del pecado y de la muerte que Dios nos dio en Jesucristo.

El Señor derramará su Espíritu y hará que su pueblo florezca una vez más

44 »Ahora pues, oye, Jacob, siervo mío,
Israel, a quien yo escogí:
² Así dice Jehová, Hacedor tuyo
y el que te formó desde el vientre,
el cual te ayudará:
No temas, siervo mío Jacob,
tú, Jesurún, a quien yo escogí.
³ Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal,
ríos sobre la tierra seca.
Mi espíritu derramaré sobre tu descendencia,
y mi bendición sobre tus renuevos;
⁴ y brotarán entre la hierba,
como los sauces junto a las riberas de las aguas.
⁵ Éste dirá: “Yo soy de Jehová.”
Otro se pondrá por nombre Jacob,
y otro escribirá con su mano:
“A Jehová”,
y se apellidará con el nombre de Israel.

Las últimas palabras del capítulo anterior anunciaron el juicio sobre el pueblo de Dios. Dios dijo: “Entregué a maldición a Jacob y por ultraje a Israel”; los pecados del pueblo fueron la razón de estas duras palabras de juicio; no merecían otra cosa. Las primeras palabras de este capítulo anuncian un contraste: “Ahora, pues, oye,…” La nación judía merecía la aflicción, pero Dios está siempre más dispuesto a otorgar su gracia que a castigar. Jacob era aún su siervo, Dios había escogido a ese pueblo; eran suyos. Y lo más importante de todo era que él había prometido grandes bendiciones para todo el mundo por medio de ellos.

Y como Dios los había escogido, les da seguridad, diciendo: “No temas”. Su gracia los iba a bendecir. Dios le da aquí a su pueblo un nombre inusual: Jesurún; ese nombre se usa sólo en otras tres ocasiones, todas en Deuteronomio, cuando Moisés repasó el pacto de Dios con una nueva generación de israelitas (32:15; 33:5,26). La vieja descendencia había muerto en el desierto por causa de sus rebeliones y pecados; una nueva generación había tomado su lugar y estaba lista para ocupar la tierra prometida. En vísperas de tan significativo acontecimiento que Dios había prometido, Moisés se refirió en tres ocasiones al pueblo como Jesurún. El significado del nombre no está claro, pero la mayoría piensa que significa “mi obediente o mi justo”. Es como si fuera el cariñoso nombre que Dios empleó para su pueblo al compararlo con el que se rebeló contra él en el desierto en la época de Moisés, y los que se apartaron de él en Judá durante la época de Isaías.

Una generación había muerto en el desierto para ser remplazada por otra mediante la cual Dios iba a cumplir sus promesas. Siglos después, otra generación infiel va a ser barrida, Dios enviará a los babilonios contra ese pueblo infiel. Los ejércitos de Nabucodonosor destruirían Jerusalén y se llevarían cautivas a las poblaciones de Jerusalén y de las ciudades de Judá. Isaías predijo el desastre mucho antes de que ocurriese. El pueblo de Dios tenía razones para temer; quizás los fieles temían que iban a ser destruidos en el exilio, asimilados en la población del Imperio

Babilonio. La promesa de que el reino de David será establecido para siempre parecía desaparecer en la catástrofe de la cautividad en Babilonia. ¿Qué esperanza les quedaba de que Dios hiciera realidad la redención que había prometido? El pecaminoso corazón humano que se atemoriza incluso cuando Dios anuncia sus promesas necesita ser constantemente reafirmado. Por tanto el Señor le da seguridad a su pueblo diciéndole: “No temas”.

La elección que hace Dios es el fundamento de todas sus bendiciones. Una generación de pecadores rebeldes e infieles podría experimentar el juicio divino, pero él no se olvidará de sus escogidos. Surgirá una nueva generación y sobre ésta Dios derramará su Espíritu como se vierte agua sobre tierra seca. Este cuadro hace énfasis en su gracia. El pueblo no puede volver a la vida por él mismo, así como una semilla no puede germinar ni crecer sin agua. Un desierto no puede florecer por sí mismo, pero reverdecerá y florecerá cuando venga la lluvia. De igual manera, el pueblo de Dios no tiene vida espiritual sin el poder de su Espíritu. Está muerto hasta que la gracia divina lo despierte a la vida espiritual. Vendrá un día en que los fieles de Dios brotarán y crecerán de nuevo: “como los sauces junto a las riberas de las aguas”. Mediante su gracia, Dios le da estas bendiciones a su pueblo infiel.

El Señor tiene en mente el regreso de un remanente fiel de la cautividad en Babilonia. Otra generación volverá para reconstruir Jerusalén y las ciudades de Judá; Dios los usará para cumplir las otras más grandes promesas de: redención, victoria y gloria, que se centran en el Mesías, en Jesucristo. En otros lugares de las Escrituras del Antiguo Testamento, incluyendo la profecía de Isaías, Dios prometió que iba a derramar su Espíritu sobre toda la humanidad.

Pero Dios asegura aquí que su pueblo volverá a confesar otra vez su fe en él. Isaías no ve sólo individuos aislados profesando su fe en él, sino a multitudes. Algunos dirán: “Yo soy de Jehová”; otros se pondrán el nombre de Jacob, el antepasado de la nación

judía; aún otros escribirán con su mano que le pertenecen al Señor. La traducción de la NVI (Nueva Versión Internacional) sugiere que escribirían “*en* su mano: ‘Yo soy del Señor’”, pero es más probable que ellos escribirán “*con* su mano: ‘A Jehová’”, como traduce nuestra versión. Mediante la confesión oral y escrita, una nueva generación volverá a prometer que le será fiel al Señor. El Espíritu Santo de Dios obrará ese milagroso cambio de corazón.

**6»Así dice Jehová, Rey de Israel
y su Redentor, Jehová de los ejércitos:**

**Yo soy el primero y yo soy el último,
y fuera de mí no hay Dios.**

**7¿Y quién proclamará lo venidero,
lo declarará y lo pondrá en orden delante de mí,
como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo?**

**¡Que les anuncien lo que viene,
lo que está por venir!**

8No temáis ni os amedrentéis.

**¿No te lo hice oír desde la antigüedad y te lo dije?
Luego vosotros sois mis testigos.**

¡No hay Dios sino yo!

¡No hay Roca, no conozco ninguna!»

El Señor basó la promesa que le hizo a “Jesurún” sobre lo que había hecho por su pueblo; él lo hizo y lo formó, lo trató con el delicado cuidado de una madre que ha llevado a su hijo en “el vientre” (versículo 2). Con ese amor y esa ternura que le dedicó a su pueblo, también les ayudará. El acto divino de moldear a su pueblo es un pensamiento importante en esta sección del libro. Más tarde, en este capítulo, esta forma de proceder del Señor servirá de contraste con la manera en que los idólatras forjaban a sus dioses. Pero Dios, antes de ridiculizar la insensatez del paganismo, establece su superioridad. Él ha hecho más que crear y formar a sus hijos, y llama la atención de su pueblo a todo lo que ha hecho y lo que hará.

Con la solemne introducción: “Así dice Jehová”, Dios se da a sí mismo una serie de importantes nombres que nos ayudan a entender lo que ha hecho por los suyos. Él es el “Rey de Israel” que ha administrado eficientemente los asuntos de su pueblo. Ningún rey terrenal de los que reinaron sobre el pueblo de Dios fue perfecto, todos tuvieron faltas y algunas muy graves. El Señor es el perfecto y sabio gobernante de su pueblo que controla todas las cosas para el bien de ellos. Él es también su “Redentor”. La palabra *redimir* que se usa aquí, es un término especial que se encuentra repetidamente en la segunda parte de la profecía de Isaías. Aparece un total de 24 veces en los capítulos 40 a 66 y sólo una vez en los primeros 39 capítulos. Esta palabra pone el énfasis en la actividad de Dios, pues sólo él puede redimir a su pueblo después de que éste se haya esclavizado por su propio pecado y rebelión. Dios pagará el precio necesario para rescatar a sus desvalidos hijos de las consecuencias de su propia locura. Por último, la palabra nos señala el pago final que hizo el Hijo de Dios para lograr la liberación de la humanidad: del pecado, de la muerte y del infierno.

Él es también “Jehová de los ejércitos”, que es el nombre especialmente revelado de Dios. Él es Jehová, el Dios de la gracia gratuita y fiel, es decir, el Dios del pacto. Él es el YO SOY que se apareció a Moisés. Además, es todopoderoso puesto que controla las huestes celestiales. La idea de que gobierna a las huestes celestiales encuentra expresión en la frase “*Jehová de los ejércitos*” que la versión inglesa *King James* tradujo como tal, y que es traducida en la NVI (en español) como “SEÑOR Todopoderoso”. Este término destaca la superioridad que Dios vuelve a subrayar con las siguientes palabras: “Yo soy el primero y yo soy el último”. Antes de que los israelitas se convirtieran en una nación, antes de Abraham y de Adán, Dios es. El existía antes de las primeras palabras de las Escrituras: “En el principio...” (Génesis 1:1). Dios no emergió de la historia del mundo creado; él está por encima del universo porque produjo todas las cosas mediante su palabra todopoderosa. Estas frases nos alientan

también a mirar hacia el fin de la historia. Cuando nazca el último ser humano, Dios seguirá siendo Dios. Cuando el mundo establecido deje de existir, él seguirá siendo el primero y el postrero, Alfa y Omega, el principio y el fin. Estos términos hacen un marcado contraste con los ídolos creados por manos humanas.

No hay Dios como el de las Escrituras. Él dice claramente: “Fuera de mí no hay Dios”. Nadie debería dudar de esta verdad, pero el corazón pecador se sigue resistiendo a esa certeza. Para quitar toda duda, Dios desafía a los que han hecho ídolos y confían en ellos; reta a los falsos dioses y a los que creen que éstos son iguales al Dios Altísimo; específicamente lo hace en cuanto a su poder por el que cuidó de su pueblo en el pasado y para predecir lo que les sucederá en el futuro. El Dios de la Biblia es el Dios de acción, que hace cosas en beneficio de su pueblo; lo que aún es más impresionante, el Todopoderoso predice sus acciones antes de que éstas tengan lugar. ¿Puede cualquier dios creado por la imaginación humana proclamar lo mismo? No, las estatuas inanimadas permanecen mudas.

Dios obra por causa de su fiel amor para los de su pueblo, ellos reciben todos los beneficios de sus actos. Cuando Dios proclama su superioridad sobre los falsos dioses, no es sólo porque sea el Dios celoso que no quiere compartir su gloria con otro, sino porque así les asegura a sus hijos que él tiene el poder para cuidarlos. Jehová el Señor anima a su pueblo para que no tema ni tiemble cuando afronta las dificultades del cautiverio babilónico o cualquier otra catástrofe o problema. Cuando el diluvio de las dificultades ruja como un torrente atronador que se abalanza hacia sus creyentes, Dios les garantiza que él es la roca que permanece firme. Las aguas se pueden arremolinar impetuosas alrededor, pero la roca sigue brindando refugio en medio de los agitados problemas de la vida.

Ese consuelo era necesario para los judíos que sufrían la esclavitud. A través de los siglos los creyentes no han afrontado exactamente las mismas dificultades que tuvieron los judíos en la cautividad; sin embargo, Dios sigue siendo la roca que les da

seguridad, sin que importen los turbulentos problemas que arremetan contra nosotros y contra las futuras generaciones de creyentes. No hay otra roca, también nosotros necesitamos escuchar la exhortación alentadora: “No temáis ni os amedrentéis”. Nuestra confianza y esperanza están fundamentadas en nuestro Rey, en Jehová de los ejércitos, el Redentor, el primero y el último. Él es nuestra fortaleza. Fuera de él no existe ni amparo ni redención, porque fuera de él no hay dios.

⁹ Los que modelan imágenes de talla, todos ellos son nada, y lo más precioso de ellos para nada es útil; y ellos mismos, para su confusión, son testigos de que los ídolos no ven ni entienden. ¹⁰ ¿Quién fabrica un dios o quién funde una imagen que para nada es de provecho? ¹¹ Todos los suyos serán avergonzados, porque los artífices mismos son seres humanos. Todos ellos se juntarán, se presentarán, se asombrarán y serán a una avergonzados.

Dios es la roca en medio de las tormentas de la vida. El contraste se no puede plantear más claramente que con las primeras dos líneas del versículo 9: “Los que modelan imágenes de talla, todos ellos son nada” . La palabra que se traduce como “*nada*” nos vuelve a la creación del mundo, antes de que Dios formara a la “desordenada y vacía” tierra y mientras las tinieblas se extendían todavía sobre la superficie del abismo (Génesis 1:2). Los adoradores de ídolos pertenecían al mundo de antes de la actividad creadora de Dios. Son nada, y todo lo que atesoran carece de valor. Dios creó el mundo y todo lo que hay en él. ¿Qué han hecho estos forjadores de ídolos? El contraste es notable. ¿Cómo puede la obra de los artesanos, aunque pueda ser muy grande, compararse con la gloria del Dios de la creación? Los artesanos mismos son una creación de Dios, maravillosamente hecha para: vivir, respirar y moverse.

Les aplicamos estas palabras sobre la adoración y la creación de ídolos, primeramente a todos los que adoran ídolos y los crean;

todavía viven en este mundo miles de millones de personas que se inclinan delante de los ídolos. Para todos los que siguen adorando imágenes, estas palabras constituyen una severísima acusación. El punto aquí es que los que hacen y adoran ídolos no son nada en comparación con Dios; son personas ciegas e ignorantes, y lo todo lo que tienen en gran estima es en verdad despreciable. Estas son duras palabras, pero sin el Redentor no hay nada que tenga algún valor. El apóstol llegó a esa sorprendente conclusión cuando dijo: “Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:8).

La mayor parte del pensamiento religioso moderno ha abandonado la adoración de ídolos, pero sigue haciéndose dioses. Cada vez que surge una teología en la mente de un erudito o de un grupo de ellos, y abandona la verdad que Dios reveló en las Escrituras, esa teología se convierte en nada menos que un ídolo, una creación de la mente humana. Es tan ridículo que un artesano haga un dios de: madera, piedra o metal, como lo es para cualquier persona elaborar conceptos de Dios fuera de las Escrituras. Los que elaboran un dios así son nada, y lo que atesoran no tiene valor. Fuera del Dios de las Escrituras no hay otro, y eso incluye no sólo a los ídolos, sino a todos los conceptos sobre Dios que se aparten de su Palabra.

Lutero dijo que la idolatría es toda falsa religión que espere obtener algo de Dios con base en el esfuerzo humano; en otras palabras, toda falsa religión que se base en obras. Estaba en lo cierto, ese es el resumen y la naturaleza de toda religión falsa. El Dios de la Biblia es el Dios de gracia que redime a desvalidos pecadores, no porque sean buenos sino por el innmercido amor que tiene por ellos. Cualquier teólogo que afirme que Dios debe ver primero buenas obras o incluso buenas intenciones antes de responder las oraciones está fabricando un ídolo. Quien sugiera que los humanos tenemos que cooperar con Dios antes de que él nos ame crea ciertamente un ídolo como los antiguos artesanos

elaboraron los suyos. Dios es el Dios de gracia. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

¹² El herrero toma la tenaza, trabaja en las brasas, le da forma con los martillos y trabaja en ello con la fuerza de su brazo; luego tiene hambre y le faltan las fuerzas; no bebe agua, y se desmaya.

¹³ El carpintero tiende la regla, lo diseña con almagre, lo labra con los cepillos, le da figura con el compás, lo hace en forma de varón, a semejanza de un hermoso hombre, para tenerlo en casa. ¹⁴ Corta cedros, toma ciprés y encina, que crecen entre los árboles del bosque; planta un pino, para que crezca con la lluvia. ¹⁵ De él se sirve luego el hombre para quemar, toma de ellos para calentarse; enciende también el horno y cuece panes; hace además un dios y lo adora; fabrica un ídolo y se arrodilla delante de él.

¹⁶ Una parte del leño la quema en el fuego; con ella prepara un asado de carne, lo come y se sacia. Después se calienta y dice: «¡Ah, me he calentado con este fuego!» ¹⁷ Del sobrante hace un dios (un ídolo suyo), se postra delante de él, lo adora y le ruega diciendo: «¡Librame, porque tú eres mi dios!»

En los versículos 9 a 11, aprendimos que quienes adoran un dios diferente del Dios de la Biblia son nada; la lección continúa en estos versículos con otro importante punto, los que adoran ídolos son unos necios. ¿Cómo podría Isaías decirlo con más claridad? Los herreros y carpinteros son humanos y trabajan febrilmente para tallarse un ídolo “en forma de varón”. La mente humana no puede crear lo divino. El agua no puede ir cuesta arriba por su propia cuenta. Ciertas reglas son válidas. La mente del hombre no puede concebir lo que está más allá de su experiencia y de su conocimiento. ¿Cómo puede la mente humana, limitada por: el espacio, el tiempo, la materia y la energía, concebir al Dios que está fuera de todas esas categorías y que es un espíritu

todopoderoso e infinito? Sabemos acerca de Dios únicamente porque él nos ha dicho qué pensar acerca de él. Pablo lo dijo con toda claridad cuando en 1 de Corintios citó de un capítulo de Isaías: “Cosas que el ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman” (1 Corintios 2:9; Isaías 64:4).

Es en verdad insensato quien crea un dios de la misma madera que usa para cocinar su alimento y después se postra delante él y dice: “¡Líbrame, porque tú eres mi dios!” Son unos necios los que se fabrican un dios de acuerdo a sus propios pensamientos e imaginaciones. ¿En qué difieren esencialmente los antiguos adoradores de ídolos de los modernos veneradores de dioses formados a partir de conceptos y principios imaginados? ¿Pueden ellos en realidad esperar que ese objeto inanimado los rescate? Esos dioses son juegos mentales que carecen de mérito, que resultan absolutamente inútiles frente: al sufrimiento, la maldad humana, la fuerza de la naturaleza y la muerte. Todas las religiones que no se basan en las Escrituras no son más que viento.

¹⁸No saben ni entienden, porque cerrados están sus ojos para no ver y su corazón para no entender. ¹⁹No reflexiona para sí, no tiene conocimiento ni entendimiento para decir: «Parte de esto quemé en el fuego, sobre sus brasas cocí pan, asé carne y la comí. ¿Haré del resto de él una abominación? ¿Me postraré delante de un tronco de árbol?» ²⁰De ceniza se alimenta; su corazón engañado lo desvía, para que no libre su alma ni diga: «¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?»»

¡Qué contraste! El Señor es una roca en medio de las tormentas y los diluvios de los problemas. Sus fieles se aferran a él y encuentran seguridad. Sin embargo, son muchos los que no confían en él y se fabrican sus propios dioses para que les ayuden en medio de las dificultades de la vida. En esta sección Dios le dice a su pueblo que todos los que adoran ídolos son nada. Los

dioses creados por la mente humana no se pueden comparar con la inconmensurable e incomparable gracia y poder del Altísimo. Algo extremadamente retrógrado ocurre cuando los humanos no escuchan al Dios que los hizo y se atreven a decirle qué es él y qué quiere decir. No hay duda, los que fabrican dioses son increíblemente necios.

Hay otra lección en esta sección. Los adoradores de ídolos no son sólo insensatos adoradores de dioses falsos, sino que están ciegos a la necedad de la idolatría, y Dios dice cuál es la razón de su ceguera: “Porque cerrados están sus ojos para no ver y su corazón para no entender.” Si alguien duda de la ceguera de la incredulidad, que le pregunte a cualquiera que haya tratado de compartir la verdad de la gracia divina con un apóstata. Éste persistirá en su descreimiento, como sucede en los campos misioneros donde las personas prefieren venerar estatuillas y resisten el mensaje de Cristo. Así ha sido siempre; los primeros mártires cristianos perdieron la vida y sus propiedades por esa ciega incredulidad; cada vez que el evangelio es rechazado, encontramos esa ceguera.

Una idea muy profunda cautiva nuestra atención. Quienes se niegan a creer se alimentan de “ceniza”. Sus corazones y mentes no se nutren de la palabra de Dios sino de la especulación de sus razonamientos humanos, de ceniza. Si no leen lo que Dios ha dicho, ¿a qué otra conclusión pueden llegar, sino a la de rechazar al Dios de la Biblia? La impiedad se aferra a los engaños del espíritu, y la mente del hombre se niega a creer en el Dios de la redención y la gracia. ¿De qué valen todas las especulaciones de los filósofos y de los teólogos ante la muerte y el pecado? Ninguno se detiene a pensar en que las respuestas humanas son sólo mentiras, así como el ídolatra tampoco se pone a pensar en la necedad de adorar: madera, piedra o metal.

**²¹ «Acuérdate de estas cosas, Jacob,
porque mi siervo eres, Israel.
Yo te formé, siervo mío eres tú.**

¡Israel, no me olvides!

**²² Yo deshice como a una nube tus rebeliones
y como a una niebla tus pecados;
vuélvete a mí, porque yo te redimí.»**

**²³ Cantad loores, cielos, porque Jehová lo hizo;
gritad con júbilo, profundidades de la tierra.
Prorrumpid, montes, en alabanza,
y el bosque y todo árbol que hay en él,
porque Jehová redimió a Jacob
y en Israel será glorificado.**

Dios animó a su pueblo a pensar en la necesidad y en la ceguera de la adoración de ídolos, cuando les dijo: “Acuérdate de estas cosas”. En la época de Isaías ese consejo fue tan necesario como lo es en cualquier época. Sin embargo, en esos tiempos la gente por lo general no recordaba las grandes bendiciones que Dios les había otorgado ni la necesidad de adorar otros dioses. Por causa de la idolatría de su pueblo, Dios iba a enviar a los babilonios para llevar a los judíos a la cautividad.

Pero el Señor prometió hacer por su pueblo lo que ningún trozo de madera podía hacer. Él los había hecho a ellos; no había sido al contrario; él no es un ídolo fabricado por la mente y el corazón humano; un trozo de madera no puede pensar, pero Dios sí puede. Él no olvidará a su pueblo ni olvidará las promesas que les ha hecho. La cautividad en Babilonia podría sugerir que Dios los había olvidado por completo, pero no había sido así. Sus promesas seguían en pie, y las cumplirá. Un trozo de madera no puede olvidar ni pensar, porque es un objeto inanimado y desprovisto de mente. No así Dios, y él promete que no olvidará.

El Señor puede hacer algo más grande que llamar a su pueblo y acordarse de él; él quitará todos sus pecados. El asunto más importante en la vida de los hombres y de las mujeres es su pecado; Dios hace lo que ningún ídolo puede hacer, perdonar; y aquí el Señor habla como si ya lo hubiera hecho: “Yo deshice como

a una nube tus rebeliones”; en los días de Isaías, esto era como si ya hubiera ocurrido. La imagen no sólo consoló a los creyentes de entonces sino también a nosotros. Como el sol disipa la niebla de la mañana, así disuelve Dios nuestros pecados. Su misericordia es gratuita, pero no es barata. Jehová dice: “Yo te redimí”. El precio de la absolución de la culpa fue la muerte de Jesucristo, su único Hijo.

Note que Jehová Dios invita a su pueblo a que se arrepienta, es decir, a que se vuelva a él, pero no para que pueda recibir el perdón. El arrepentimiento de ellos no mueve a Dios a perdonar; ninguna obra, ninguna religión, ningún terapeuta puede quitar el pecado o la culpa. Dios perdona gratuitamente el pecado por su gracia; Dios redime. La redención y el perdón están estrechamente ligados. Dios ha redimido a la humanidad y ha perdonado los pecados antes de que cualquier pecador se volviera a él. Por medio de Isaías, Dios le extiende una invitación a su pueblo para que regrese a él, y quiere que crea en lo que él ya ha hecho, que está ilustrado aquí en las palabras de la profecía como ya cumplido. Tus pecados están perdonados. Estás redimido: créelo. Vuélvete a Dios y recibe lo que te ofrece gratuitamente y con tanto amor.

Ese mensaje de perdón es lo que el corazón humano necesita oír con tanta desesperación y que sólo Dios ofrece de manera tan gratuita y completa. Cuando el corazón humano confía en que Dios ha perdonado sus pecados por el amor de Cristo, desborda regocijo. Esta sección concluye con un pasaje muy típico de Isaías, en el que invita a alegrarse: a los cielos, a la tierra, a las montañas, a los bosques y sus árboles. En la palabra *redimir*, encontramos la razón del alborozo y es bueno que nos fijemos en la atención especial que el término recibe en estos versículos y cómo aparece de nuevo en el siguiente. La redención se halla en primer lugar en la lista de todas las cosas que diferencian al Dios de la Biblia de otras teologías. Así como toda la Palabra nos habla de Cristo, también el tema central y más distintivo de la obra de Dios es la redención; es su gloria, su logro resplandeciente. Él ha hecho lo que ningún otro dios ni otra religión ha hecho o puede hacer;

ningún otro dios puede rescatar a los seres humanos del pecado (Hechos 4:12). Sólo la teología de la cruz puede salvar. ¡Regocijense! ¡Regocijense, creyentes!

El Señor escoge a Ciro para liberar a Judá de la cautividad

- ²⁴ Así dice Jehová, tu Redentor,
que te formó desde el vientre:
«Yo Jehová, que lo hago todo,
que despliego yo solo los cielos,
que extiendo la tierra por mí mismo;
²⁵ que deshago las señales de los adivinos
y enloquezco a los agoreros;
que hago volver atrás a los sabios
y desvanezco su sabiduría.
²⁶ Yo soy el que despierta la palabra de su siervo
y lleva a cabo el plan de sus mensajeros;
el que dice a Jerusalén: “Serás habitada”,
y a las ciudades de Judá: “Serán reconstruidas
y reedificaré sus ruinas.”
²⁷ Yo soy el que dice a las profundidades://“¡Secaos!
¡Yo haré secar tus ríos!”
²⁸ Yo soy el que dice de Ciro: “Es mi pastor
y cumplirá todo lo que yo quiero,
al decir a Jerusalén: ‘Serás edificada’,
y al Templo: ‘Serán puestos tus cimientos.’”»**

Con el anuncio: “Así dice Jehová”, el versículo 24 comienza otra sección de la profecía con un enlace cuidadosamente construido que la une con la sección anterior. Dios se identifica a él mismo como “tu Redentor”, una idea que ha aparecido en los versículos anteriores (6, 22, 23). El versículo 24 también trae a la memoria los versículos de apertura de este capítulo: “Así dice Jehová, Hacedor tuyo, y el que te formó desde el vientre” (versículo 2). El mismo Dios que habló de perdón y redención es

el que dice las palabras de esta nueva sección: “Yo Jehová”. El uso de la primera persona es también parte del enlace; estas secciones demuestran la destreza de un escritor consumado.

¿Por qué es tan importante ese pensamiento? Dios va a revelar algunas profecías muy específicas. Por primera vez mencionará por nombre a Ciro. Dios ya se había referido a Ciro en el capítulo 41 como a aquél a quien había levantado del norte y del oriente (versículos 2, 25), pero sin llamarlo por su nombre. Ahora el Señor da a conocer su nombre, siendo esta una profecía específica que hace que algunos cuestionen la posibilidad de que Isaías haya escrito estas palabras. Pero Dios, que había hablado antes, lo hace también ahora y respalda su promesa de perdonar el pecado, así como de llamar a un gobernante llamado Ciro. Y como Dios es todopoderoso, no dudamos que puede predecir el futuro. Simple y sencillamente confiamos en que todo es como él dice.

Se identifica a él mismo como Jehová, el Dios Salvador, y continúa con la enumeración de todo lo que ha hecho y lo que hará. En una serie de cláusulas relativas que se indican por el relativo “que”, el Señor recalca enfáticamente sus acciones. Él hizo todas las cosas; él extendió los cielos y la tierra sin que nadie le asistiera. ¿Quién estuvo ahí para ayudarlo? Este pensamiento es parte de la conexión que mencionamos antes. Acabamos de leer de los artesanos que han hecho sus ídolos de madera; ahora vemos el contraste: Dios ha hecho los cielos y la tierra de la nada. Lo hizo todo sin la ayuda de nadie. Una vez más el Señor proclama su supremacía. Ningún esfuerzo humano lo puede igualar; ni ninguna especulación humana lo puede comprender. Los humanos son su creación. Dios no existe porque alguna mente humana lo haya creado.

El Señor se identifica a él mismo con otra serie de acciones: Él apoya la verdad y frustra las demostraciones de los falsos profetas. Él le dio señales a Moisés para probar la superioridad del Dios que lo había enviado. Después de que la vara de Moisés se convirtió en serpiente, se tragó a las varas de los magos egipcios, a las que ellos también habían convertido en serpientes (Éxodo

7:8-12). Dios también supera la sabiduría de los sabios que se oponen a su gracia y misericordia. Este grupo concluye con la afirmación de que el Señor apoya las palabras de sus profetas. Cuando Moisés habló, Dios hizo como su mensajero había predicho. Así ocurrió con Elías y con otros profetas. Este Señor no sólo obra, sino que también comunica la verdad. Por lo tanto él frustra y se burla de los falsos maestros y sostiene a sus propios mensajeros.

Por último, Dios no sólo obra sino que también habla. Sus palabras son primeramente para Jerusalén y para las desoladas poblaciones de Judá. El Señor promete que restaurará a Jerusalén; les asegura a los de su pueblo que regresarán del cautiverio y que Jerusalén y los campos de Judea volverán a resonar con el eco de las voces de sus moradores. Las murallas de la ciudad, rotas y derribadas por los ejércitos babilonios, van a ser reconstruidas. Dios incluso promete que va a quitar los obstáculos que puedan impedir que el pueblo vuelva a las ciudades de Judea. Él secará los torrentes, lo que nos recuerda el éxodo de Egipto cuando Dios secó el mar Rojo para que su pueblo pasara sin peligro.

Una promesa final: Ciro será quien hará posible la reconstrucción de Jerusalén y de Judea. Él será como un pastor para los exilados y hará posible que regresen de la esclavitud. El uso de la palabra *pastor* sólo significa que Ciro será el líder que Dios va a usar para devolver a su pueblo cautivo a la tierra natal. El historiador judío Josefo afirmó que Ciro leyó estas palabras de Isaías y quedó tan impresionado que decidió cumplir la profecía. Si Ciro leyó alguna vez la profecía de Isaías es una pregunta que queda sin respuesta; no tenemos otra referencia que no sea la de Josefo, pero a fin de cuentas eso no importa. Dios lo escogió para que fuera su instrumento para el regreso de su pueblo a Judea.

A partir de la primera referencia que se hace de este conquistador extranjero en el capítulo 41, la profecía se ha vuelto más específica y más concreta. El proceso continuará porque tenemos otro gran héroe que conocer a medida que avancemos, el Siervo del Señor, el Mesías. Las profecías acerca de él también se

harán más específicas y más precisas a través de la parte que resta de la profecía de Isaías. Por ahora, el profeta se concentrará en Ciro y en el retorno de Babilonia.

45 «Así dice Jehová a su ungido,
a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha
para sujetar naciones delante de él
y desatar lomos de reyes;
para abrir puertas delante de él,
puertas que no se cerrarán:
² Yo iré delante de ti
y enderezaré los lugares torcidos;
quebrantaré puertas de bronce
y haré pedazos cerrojos de hierro.
³ Te daré los tesoros escondidos
y los secretos muy guardados,
para que sepas que yo soy Jehová,
el Dios de Israel,
que te pongo nombre.

Dios nombró a Ciro por primera vez en el último versículo del capítulo 44, en donde lo llamó “mi pastor”, el que reconstruiría a Jerusalén y al Templo. Desde luego, Ciro no reconstruyó por sí mismo ninguno de los dos, pero firmó el edicto que permitió que un remanente del pueblo judío regresara a Palestina y los reedificara. Este personaje ordenó también la devolución del oro y de los artículos de plata que Nabucodonosor había tomado de la casa de Dios. Además pagó la reconstrucción del Templo con fondos del tesoro real (Esdras 6:3-5). La profecía de Isaías, que fue hecha más de un siglo antes de que los eventos se desarrollaran, es asombrosa, hasta el punto de que suscita aún muchas preguntas y causa dudas en mucha gente. Sin embargo, Isaías tejió la referencia específica acerca de Ciro dentro de la trama misma de su profecía; sin ella, se convierte en un tapiz roto y harapiento. Las narraciones acerca de este gobernante completan

la profecía y le dan una maravillosa riqueza artística. Ciro se convierte en un significativo motivo que nos lleva a anunciar a un héroe mayor: el Siervo del Señor, el Mesías. El rey persa, pese a todas sus fallas e imperfecciones, viene a ser un tipo del perfecto y completo Siervo de Dios. El que liberará al pueblo escogido del cautiverio: del pecado, de la muerte y del infierno; una liberación mucho más importante que la que Ciro pudo haberse imaginado.

El capítulo 45 comienza con otra afirmación de que el Señor, el Dios Salvador de Israel, respalda las palabras de Isaías y los éxitos de Ciro. Nos puede sorprender que el profeta diga que Ciro, un rey no judío, es su ungido. Sin embargo, el Señor levantó a este libertador para un propósito claro. Así como Dios ungió a: profetas, reyes y sacerdotes para funciones específicas entre su pueblo, así seleccionó a este rey persa que, aunque no provenía del pueblo de Dios, tenía sin embargo una función precisa que cumplir en el plan divino. El Señor prometió ir “delante”, o sea guiar, a Ciro y darle el éxito sobre sus enemigos. Las poderosas puertas de Babilonia se abrirán delante de él. Dios quitará los obstáculos e incluso le dará “los tesoros escondidos”. Con mucha frecuencia los reyes de la antigüedad guardaban los botines de guerra en lugares secretos. Cuando Ciro ganó la victoria, Dios le permitió que recogiera los despojos de su triunfo.

El tercer versículo concluye con la primera de tres razones para la acción de Dios que le otorgó a Ciro victorias y éxito para que supiera que él era quien le respaldaba. El escritor de 2 de Crónicas concluyó su relato con las palabras de Ciro: “Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra; y me ha mandado que le edifique Casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, que sea Jehová, su Dios, con él, y suba allá” (36:23). El libro de Esdras también comienza con un registro del edicto de Ciro en el cual el rey persa afirma exactamente la misma idea.

No debemos leer más de la cuenta en el decreto de Ciro que, aunque tenía algún conocimiento rudimentario del verdadero Dios, no hay evidencia de que se hiciera creyente. En una proclamación

que les dirigió a los babilonios, este conquistador también reconoció al dios babilónico Marduc. Tiempo después, Isaías dirá que Ciro no conoció al Señor y sin embargo Dios lo usó para cumplir sus propósitos, tal como usó el decreto de Augusto César para llevar a María y a José a Belén. El Señor controla todas las cosas, incluyendo los acontecimientos y los personajes de la historia.

**⁴ Por amor de mi siervo Jacob,
de Israel, mi escogido,
te llamé por tu nombre;
te puse un nombre insigne,
aunque no me has conocido.**

**⁵ Yo soy Jehová y no hay ningún otro.
No hay Dios fuera de mí.**

**Yo te ceñiré,
aunque tú no me has conocido,**

**⁶ para que se sepa
desde el nacimiento del sol hasta donde se pone,
que no hay más que yo.**

Yo soy Jehová, y no hay ningún otro.

**⁷ Yo formo la luz y creo las tinieblas,
hago la paz y creo la adversidad.**

Sólo yo, Jehová, soy el que hago todo esto.

El Señor identifica claramente la segunda razón para su acción: “Por amor de mi siervo Jacob, de Israel, mi escogido”. Fijémonos en que el pueblo de Dios sigue siendo precioso ante sus ojos y por eso lo llama “mi siervo” y “mi escogido”, nombres especiales que revelan la estrecha relación con él. El Padre no los ha olvidado y ha permanecido fiel al pacto que una vez hizo con Abraham, y piensa cumplir todas las promesas concernientes a su pueblo.

El surgimiento de Ciro no sólo le iba a demostrar a él que Dios lo había llamado por nombre, sino que la posición histórica del rey persa beneficiaría a su pueblo escogido. Los judíos regresarán a Palestina y reconstruirán su nación. Otro capítulo más importante será escrito poco más de quinientos años después de que los judíos hayan vuelto para reconstruir Jerusalén y las ciudades de Judá. Cuando finalmente llegó la plenitud del tiempo, “Dios envió a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5). El Señor planeó el rescate de su pueblo y lo llevó a cabo. El regreso a Palestina fue sólo un paso en su plan que preparó el escenario para el cumplimiento más grande, la venida de Cristo.

En estas palabras Dios promete que este importante primer paso será llevado a cabo por un rey no judío, un persa que no lo conocía. Quizás nos pudiéramos asombrar de que Dios podría llevar a cabo sus planes usando un gobernante extranjero, pero eso no es ningún problema, Dios controla todas las cosas. La selección de Ciro demuestra la absoluta autoridad divina sobre todas las cosas. Además, subraya uno de los temas de esta parte del libro de Isaías: la superioridad del Omnipotente sobre todos los demás dioses.

La absoluta preeminencia del Señor es obvia en esta sección de Isaías y se expresa de la siguiente manera: “Yo soy Jehová y no hay ningún otro. No hay Dios fuera de mí.” Este pensamiento se manifiesta de diversas formas en los capítulos que ya hemos leído. En el capítulo 40 Dios preguntó: “¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis?”, (versículo 25). Él anunció que todos los otros dioses eran falsos: “He aquí, todos... ¡Viento y vanidad son sus imágenes fundidas” (41:29). Él proclamó que era celoso de su alabanza y su gloria: “¡Yo, Jehová, este es mi nombre! A ningún otro daré mi gloria, ni a los ídolos mi alabanza” (42:8). En el siguiente capítulo el Señor vuelve a establecer su hegemonía: “Yo, yo soy Jehová, y fuera de mí no hay quien salve.

Yo anuncié, y salvé, hice oír y no hubo entre vosotros ningún dios ajeno” (43:11,12). En el capítulo anterior “Jehová de los ejércitos” dijo: “Yo soy el primero y yo soy el último, y fuera de mí no hay Dios” (44:6).

¿Por qué se hace tanto énfasis en este pensamiento? La respuesta reside en la importancia de la obra divina. Sólo Jehová borra los pecados, sólo él es el Redentor. Ninguna otra idea religiosa, ningún otro dios, ninguna otra teología, ofrece lo que ofrece el Señor: perdón, vida y salvación; vemos detrás de Ciro la gran obra de Dios. Sólo él pudo planear tan cuidadosamente la redención de su pueblo y la de todo el mundo. La superioridad del Señor se basa en su plan de enviar el Redentor más importante que Ciro. La segunda parte de la profecía de Isaías (capítulos 40–66) trata de esta importante actividad del Señor. Las afirmaciones de la superioridad de Dios que se hacen en estos capítulos hallan expresión también en las palabras que le dijo Pedro al Sanedrín (el consejo supremo judío): “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre [esto es el nombre de Jesucristo] bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Todos los dioses no son iguales, ni todas las religiones llevan al mismo cielo, ni las ideas acerca de Dios son únicamente diferentes puntos de vista o diferentes interpretaciones del mismo Dios. El Dios de la Biblia afirma que sólo él perdona pecados y sólo él ha provisto el precio del rescate necesario para redimir a los pecadores.

El Dios de las Sagradas Escrituras es el único que proclama haber elevado a Ciro al poder con el fin de llevar a cabo su propósito. Ya hemos dicho que la razón que tuvo el Señor para elevar a Ciro a la preeminencia fue: en primer lugar, que Ciro supiera que Dios es el Señor Jehová y, en segundo lugar, que Dios rescatara su pueblo. El Señor da una tercera razón, que toda la humanidad supiera que no hay otro Dios aparte de él. Estas razones se difunden como las ondas que produce la caída de una piedra en un estanque. La obra divina fue llevada a cabo para beneficio de Ciro, luego una ola más grande incluyó a Judá, el pueblo de Dios,

y finalmente la onda mayor se extendió a toda la humanidad “desde el nacimiento del sol hasta donde se pone”. El acto de enviar a Ciro no fue sólo para restablecer la identidad nacional del pueblo de Dios en Palestina sino para preparar el escenario para la llegada del Mesías cuyo advenimiento era para todo el mundo. Esto es lo que Jesús le dijo a Nicodemo: “De tal manera amó Dios al mundo...” (Juan 3:16).

Parece que el versículo 7 presenta algunos problemas cuando Dios proclama: “Hago la paz y creo la adversidad”. En su sabiduría, el Señor permite que la adversidad les sobrevenga incluso a los suyos. Job es un ejemplo de primer orden, él perdió: sus posesiones, su familia y su salud. Por otra parte, Dios le concedió a Abraham gran riqueza. Él permite que sobrevenga la adversidad sobre muchos y al mismo tiempo les da prosperidad a muchos otros. Ese patrón ha persistido a través de los siglos; los cristianos son llevados a la muerte por su fiel testimonio mientras que muchas veces los incrédulos prosperan. Dios afirma que él hace todas esas cosas. Puede que nos sintamos confundidos por la manera como él hace las cosas en nuestro mundo y en nuestra vida, pero ya sea que traiga prosperidad o que permita la desgracia, él hace todo por el bien de su pueblo. Así lo ha prometido: “a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien” (Romanos 8:28).

**⁸»Rociad, cielos, desde arriba,
y las nubes destilen la justicia;
ábrase la tierra y prodúzcanse la salvación y la justicia;
háganse brotar juntamente.
Yo, Jehová, lo he creado.**

La más grande de todas las bendiciones trasciende la prosperidad y la catástrofe. Dios derrama ricas bendiciones de su gracia en Cristo por toda la tierra; sus bendiciones vienen de arriba a una tierra sedienta y seca. La imagen resulta apropiada. La justificación no procede de la tierra en donde: “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10), pero sí viene de Dios (Romanos 3:21),

del cielo. En esta imagen, Dios les ordena a las nubes que derramen su justicia sobre la tierra que tan desesperadamente la necesita; sin ella no hay salvación. En términos espirituales, la imagen significa que la humanidad, por su naturaleza pecaminosa, no tiene lo que es necesario para la salvación. Estamos muertos en nuestros delitos y pecados (Efesios 2:1). Dios debe dar lo que es necesario, su justicia. Él declara a todo el mundo justo; eso es algo que viene del cielo. Sólo este don de la gracia de Dios, que viene a nosotros como la lluvia, puede producir la fe. Una vez que hemos recibido el don divino, la justicia, como hace lluvia con la tierra cuarteada por la sequía, la fe trae rectitud de vida que se conforma a las normas de Dios. De manera que la salvación y la justificación crecen juntas.

Dios es el responsable de todo esto. Este es su gran regalo para la humanidad como es la lluvia para una tierra seca y yerma.

**⁹»¡Ay del que, no siendo más que un tiesto
como cualquier tiesto de la tierra,
pleitea con su Hacedor!**

**¿Dirá el barro al que lo modela: “¿Qué haces?”,
o: “Tu obra, ¿no tiene manos?”?**

¹⁰ ¡Ay del que dice al padre:

“¿Por qué engendraste?”,

y a la mujer: “¿Por qué diste a luz?”!»

La obra de Dios se llevó a cabo entre las quejas y las preguntas de su pueblo. Consideremos a quienes vieron destruidos a Jerusalén y al Templo, y la angustia de ver y soportar a los ejércitos extranjeros devastar tanto lo que ellos amaban. Consideremos a los exiliados, a quienes los soldados extranjeros obligaban a marchar en calidad de esclavos rumbo a Babilonia a través del desierto. El pueblo de Dios tiene que haberse preguntado con frecuencia ¿qué estaba haciendo su Dios? Igual han de haber pensado los que regresaron a Palestina 70 años más tarde cuando

sus enemigos les hacían la vida difícil y les impedían reconstruir su país. ¿Por qué todo ese dolor y sufrimiento?

Quejarse de la manera como Dios maneja la historia del mundo, o de la forma como él dirige nuestros destinos personales, es como si una vasija de barro se quejara del alfarero que la hizo. Si Jehová quiere que su pueblo sea como trozos de barro que yacen quebrados en el suelo, eso es lo que serán. El alfarero tiene todo el control y puede hacer lo que desee con el barro que trabaja con sus manos.

Con nosotros ocurre lo mismo; si el Señor decide hacernos vasijas de barro rotas, eso es lo que él ha dispuesto que seamos. Debemos tener completa confianza en la capacidad que tiene el Señor para hacer que sirvamos para sus propósitos. Somos suyos no importa: cómo nos haya hecho, o qué llamado nos haya dado, ni si estamos rotos o completos. Es insensato que nos quejemos y que deseemos ser diferentes. Como quiera que Dios nos haya hecho, tenemos un sólo fin: glorificarlo.

**¹¹ Así dice Jehová,
el Santo de Israel, el que lo formó:
«Preguntadme de las cosas por venir;
mandadme acerca de mis hijos
y acerca de la obra de mis manos.**

**¹² Yo hice la tierra y creé sobre ella al ser humano.
Yo, mis manos, desplegaron los cielos
y pongo en orden todo su ejército.**

**¹³ Yo lo desperté en justicia
y enderezaré todos sus caminos;
él edificará mi ciudad
y soltará a mis cautivos;
no por precio ni por dones»,
dice Jehová de los ejércitos.**

El Señor establece su soberanía y él decide qué hacer: con sus hijos, con toda la humanidad, con Ciro y con todo lo que ha

creado. Él es el Creador, el Santo de Israel, y hará lo que sea mejor. Muy a menudo los hombres preguntan ¿por qué Dios hace lo que hace? Y aquí, el Señor responde diciendo que él puede hacer lo que desee porque él ha creado la tierra, la humanidad que está sobre ella, los cielos y todo el universo estrellado. Él y sólo él decide qué hacer.

Dios hizo de Ciro una parte de su plan; el Señor dispuso levantar a Ciro, bendecirlo con el éxito, y emplearlo para liberar a su pueblo y reconstruir Jerusalén. Todo lo que hizo Ciro fue hecho por la voluntad de Dios, no porque lo sobornara para lograr todos sus éxitos. El pueblo escogido no le pagó honorarios para hacer que lo regresara a Palestina. El Señor no opera basado en el método de “paga por lo que obtienes”. A menudo pensamos que nada se puede hacer a menos que: gratifiquemos, sobornemos u ofrezcamos incentivos. Dios está aparte de esas cosas; no necesita pago. Además, él es el Soberano que puede hacer lo que desee. Toda la historia de Ciro y del pueblo de Dios ocurrió tal como fue predicha porque Jehová determinó que así fuese. Él fue y es Jehová de los ejércitos, quien puede hacer lo que él disponga.

¹⁴ Así dice Jehová:

**«El trabajo de Egipto, las mercaderías de Etiopía
y los sabeos, hombres de elevada estatura,
se pasarán a ti y serán tuyos;
irán en pos de ti, pasarán encadenados,
te harán reverencia y te suplicarán diciendo:
“Ciertamente en ti está Dios,
y no hay otro fuera de Dios.**

El pueblo escogido pudo haber esperado que la conquista persa de Babilonia fuera sólo un cambio de amo, pero Dios promete lo inesperado: Debido al edicto de Ciro, su pueblo iba a volver a Judá para reconstruir la nación. Con el regreso, Dios seguía preparando la llegada del Gran Siervo del Señor, el Mesías.

El futuro estaba asegurado porque el Todopoderoso respaldaba cada promesa; esta es otra promesa del futuro brillante para el pueblo de Dios. Isaías había predicho que los babilonios: iban a invadir a Judea, iban a asolar a Jerusalén y al Templo e iban a llevar a la población judía a Babilonia como cautivos. Ese futuro era oscuro y doloroso. Este versículo anuncia lo contrario de esa situación.

Naciones del continente africano “se pasarán a ti”. Egipto había mantenido cautivo a Israel por muchos años a fin de construir las ciudades para guardar sus tesoros (Éxodo 1:11). Un sorprendente revés iba a ocurrir en el futuro; los abundantes productos y mercancías, no sólo de Egipto, sino también de Etiopía y de los sabeos, iban a quedar en las manos del pueblo de Dios. Los egipcios, que una vez habían sido los amos, “irán en pos de ti”; pasarán y se postrarán “encadenados” delante de Israel.

¿Cómo pudo tener lugar ese cambio? La razón fue que esas naciones llegaron a conocer al Señor Dios de Israel y fueron llevadas a la fe de modo que pudieron confesar: “Ciertamente en ti está Dios, y no hay otro fuera de Dios.” Jehová le dice a su pueblo del Antiguo Testamento que naciones extranjeras llegarán a creer y a someterse a la verdad. Eso no significa que en algún momento futuro todas las naciones vayan a estar unidas en un imperio mundial con Jerusalén y el pueblo de Dios en el centro. En lugar de eso, Dios describe los resultados del Pentecostés cuando pueblos de todo el mundo llegaron a creer en Jesús. Esa conversión todavía continúa en los campos misioneros cristianos de nuestros días. La proclamación del evangelio que hacen los misioneros en África y en otras partes del mundo da como resultado que algunos creen; ellos se unirán a la asamblea de creyentes y se “pasarán a ti”. Confesarán su fe en el único y verdadero Dios. Los nuevos conversos son representados en cadenas, que en este caso representan su voluntaria sumisión al Señor y a la verdad que posee su pueblo. En los oscuros días del cautiverio esa promesa les iba a dar una esperanza segura a los

fieles que había entre el pueblo de Dios. Con esta certeza, Jehová les indicaba el futuro y estampaba su aprobación: “Así dice Jehová”.

**¹⁵ Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas,
Dios de Israel, que salvas.”**

**¹⁶ Avergonzados y afrentados serán todos ellos;
afrentados irán todos los que fabrican imágenes.**

**¹⁷ Israel será salvo en Jehová
con salvación eterna;
nunca jamás os avergonzaréis ni seréis afrentados.»**

Después de estas maravillosas verdades, Isaías presenta una confesión de su propia fe. El profeta confiesa su fe en el Dios y Salvador de Israel. Primero, Isaías declara su fe en el “Dios que te ocultas”. No es frecuente que pensemos que nuestro Padre celestial es el Dios que se encubre de nosotros, pero hay varias formas de entender lo que el profeta escribió.

En primer lugar, Dios está oculto de la pecadora mente humana natural. Por naturaleza, los humanos pueden entender que Dios creó el mundo; Pablo nos recuerda que “lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas” (Romanos 1:20). Todos los humanos se maravillan ante la belleza del mundo creado hasta el punto de que, como dice el salmista, solamente los necios creen que no hay Dios (Salmos 14 y 53). Ese conocimiento de Dios es, sin embargo, demasiado vago para salvar a alguien; Dios se encubre tras las montañas y las estrellas. Cuando examinamos la naturaleza, nos maravillamos de la grandeza de Dios y comenzamos a entender algo del poderoso Dios que ha dejado su huella en el mundo en que vivimos. Desde ese punto de vista, Dios está encubierto en la naturaleza porque ésta no nos enseña nada acerca de su gracia y misericordia, ni tampoco una sílaba acerca de Jesucristo y de su cruz.

Dios ha dado pasos para revelar más sobre él mismo. Él nos ha dado en las Escrituras un claro registro de su amor por la humanidad, como escribió Juan: “Estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31). Pero nada está encubierto en cuanto a lo que registran las Escrituras, las cuales proclaman a Cristo de principio a fin. Sin embargo, todo este conocimiento está velado a las mentes naturales y pecaminosas de hombres y mujeres.

Pablo dice que el evangelio es un misterio, una “sabiduría oculta” (1 Corintios 2:7). Por nosotros mismos jamás podríamos entender lo que Dios ha hecho para liberarnos eternamente: del pecado, de la muerte y del infierno. Por nuestra naturaleza impía, creemos que las buenas nuevas son una insensatez, e incluso en nuestra era de la comunicación de masas, el hombre considera que el puro y simple evangelio es una necedad más; está encubierto de mucha gente, incluso cuando los creyentes dan testimonio con elocuencia acerca del Señor. Pablo escribió: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Dios es el único que puede hacer que este mensaje de vida y perdón en Cristo sea inteligible para la mente humana pecaminosa. Mediante la obra del Espíritu Santo por medio del mensaje del evangelio, Dios quita el velo de nuestros ojos e ilumina nuestro oscuro entendimiento; su poder nos cambia. Pero aquí también Dios está encubierto tras las palabras de las Escrituras y de los elementos de los sacramentos: el agua, vino y pan. ¿Quién pensaría que el Todopoderoso que: extendió los cielos, elevó las montañas y colocó las estrellas en sus sitios se llegue a unir a los humanos a través de la Palabra y los sacramentos? ¿Quién se imaginaría que Jehová cambia los corazones mediante cosas tan comunes? Sin embargo, el Espíritu Santo usa estas simples cosas: el evangelio en Palabra y sacramento, para obrar en los corazones humanos y crear en ellos la fe.

Hay también otra manera en la que Dios permanece encubierto; y mientras exploramos la forma en que lo hace, tenemos que recordar algunas importantes verdades. Una vez que creemos en el Señor, atesoramos su palabra porque sabemos que él se ha revelado mediante ella. Fuera de las Escrituras, no tenemos otra comunicación de Dios ni tenemos otra información confiable. Dependemos de la veracidad de la Biblia, confiando en que Dios ha inspirado tanto a los escritores del Nuevo como del Antiguo Testamento, para darnos información precisa acerca de él mismo. La palabra de Dios es verbalmente inspirada y veraz en todo lo que proclama. Nada hay oculto en ella ya que es un libro abierto y absolutamente claro acerca de la obra de Dios en: la creación, la redención y la santificación del mundo. Confesamos esas verdades cada domingo en los credos que usamos en la adoración. Son verdades importantes que hasta un niño puede entender.

Pero aunque las Escrituras son muy claras, Dios sigue encubierto; su ser está más allá de nuestra capacidad de comprensión. ¿Cómo podemos captar el concepto del Ser supremo que es eterno, sin principio o fin? Podemos decir que Dios es infinito, pero eso no significa que podamos realmente comprender lo que esa verdad significa. Todo lo que el ser humano conoce tiene un comienzo y un fin. Incluso las palabras que hablamos y escribimos están definidas por el espacio y el tiempo. Dios existe más allá de nuestro plano de existencia y de experiencia; él está muy por encima de lo que somos y conocemos. Mucho de él está velado para nosotros. Jehová Dios está más allá: de nuestro intelecto humano, de nuestras percepciones y emociones. Él es tan grande y tan majestuoso que las palabras más elocuentes y más hermosas de todos los idiomas no pueden darlo a conocer en toda su plenitud. Es verdad que él habla claramente en su palabra, pero ésta nos dice solamente lo que necesitamos conocer; la Palabra no nos revela todo. El apóstol Juan les dijo a sus lectores que “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito

para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:30,31).

Consideremos un par de ejemplos: ¿Cómo puede Dios describirnos la gloria de los cielos? Nunca hemos estado allí, y el lugar es tan hermoso que está fuera de la comprensión humana. Sin embargo, se nos ha dicho que está más allá de la muerte para todos los creyentes. Se nos ha descrito en muchos lugares de la Palabra, pero cuando lleguemos a la casa de nuestro Padre, será más maravilloso de lo que pudiéramos imaginar aquí en la tierra. Consideremos a Moisés, un profeta de Dios, que habló con él como ningún otro humano; cuando Moisés le pidió al Señor que le mostrase su gloria, Dios le dijo: “No podrás ver mi rostro; porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo” (Éxodo 33:20). Entonces Dios le puso un límite a lo que Moisés podía ver; lo puso en la hendidura de una roca; lo cubrió con su mano y luego le permitió ver su espalda. Dios dijo: “pero no se verá mi rostro” (versículo 23). Está claro que hay mucho acerca del Omnipotente que no podemos saber o entender. Sin embargo, él nos ha revelado muy clara y cuidadosamente lo que sí necesitamos conocer.

Esta idea nos vuelve a la visión que Isaías tuvo de Dios cuando él lo llamó a ser su profeta. Los serafines se daban voces entre sí diciendo: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!” (Isaías 6:3). Dios está separado y es diferente de todo lo que conocemos y somos. Él es santo y sin pecado; nosotros no lo somos. Él es todopoderoso; nosotros no. Él es espíritu; nosotros somos carne y sangre. Él vive en un mundo muy por encima del nuestro. Incluso los creyentes muy a menudo consideramos a Dios como un amigo, un semejante a quien podemos comprender. Pero no nos debemos atrever a concebir a Dios al nivel de nuestras mentes; él es demasiado grande para eso. Nos ama, es nuestro amigo, vino a vivir entre nosotros, y ha prometido llevarnos a vivir en el lugar que nos ha preparado; pero él es mucho más. Isaías exclamó: “¡Ay de mí que soy muerto!” (6:5). Los seres humanos son criaturas

absolutamente frágiles e insignificantes comparadas con la inexpresable majestad de Dios. De modo que la insondable profundidad de Dios continúa velada tras las palabras que él nos ha revelado y que quiere que sepamos, pero hay mucho acerca de él que permanece escondido de nuestra mente.

Aún hay otra forma en que Dios está oculto. Isaías escribió las palabras del Señor prometiendo que Ciro iba a dejar libres a los exiliados y que: Egipto, Etiopía y los sabeos se iban a convertir y confesarían que el Dios de Israel es el único y verdadero. ¡Qué maravilloso cambio tendría lugar! Jehová controlaría los asuntos de los hombres para hacer esto una realidad, pero, ¿cómo lo hizo? Los caminos divinos están ocultos mientras él lleva a cabo su plan para el mundo. ¿Qué fuerzas produjeron el surgimiento de Ciro? ¿Por qué Persia? ¿Cómo pudo cambiar Egipto de esa manera? Todas estas preguntas y miles más nos dejan perplejos. Y nuestras preguntas se pueden extender a cualquier era de la historia humana. ¿Por qué ocurren los acontecimientos como ocurren? ¿Qué fuerzas llevaron a Hitler y a otros al poder? ¿Cómo es que todo eso encaja en el gran plan de Dios? En respuesta Dios sólo calla, no nos lo revela.

Nos hacemos preguntas similares acerca de nuestra propia vida. ¿Por qué ocurrieron las cosas como ocurrieron? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué el éxito de unos y el fracaso de otros? ¿Qué va a ocurrir mañana? Dios ha dispuesto no responder a esas preguntas. Si buscamos en las Escrituras, tampoco encontraremos allí las respuestas; Dios no nos ha llamado a entender todas las cosas, nos ha llamado a la fe y nos amó hasta el punto de enviar a su Hijo a derramar su sangre por nosotros; luego dice: “¡Confía en mí y cree! Incluso cuando no entiendas o las cosas no parezcan tener sentido.” Dios está encubierto de nosotros en el aspecto de que no nos revela todo lo que nos gustaría conocer. No nos dice cómo se ocupa de la historia de nuestra propia nación o del mundo; tampoco nos explica que hará para cuidarnos cuando afrontemos las: pruebas, persecuciones y crisis. No habla de cuándo regresará

para juzgar al mundo. Nos ha velado toda esa información. Debemos confiar y creer, ya sea que entendamos o no. Vivimos por la fe, no por lo que vemos.

Así que Isaías confiesa que Dios está encubierto y que espera en él. Los que no confiaron en Dios, se hicieron sus ídolos y se propusieron convertir a Dios en algo que ellos pudieran ver y comprender con los sentidos y el intelecto humanos; los que así hicieron serán avergonzados cuando se enfrenten al Señor Dios, a Jehová de los ejércitos. Sus conceptos teológicos sólo les serán una afrenta. Por otra parte, los que confían en el Señor serán rescatados de sus pecados y de la muerte, porque él los salvará con la libertad eterna. Lo que él tiene reservado para los que creen está más allá del tiempo y del espacio terrenales; se extiende para siempre, más allá del aquí y del ahora; será una gloria espectacular y un gozo grandioso e inimaginable. La gloria del pueblo de Dios no está limitada por los azares de la guerra ni por los ciclos del poder político; el pueblo de Dios no será como los demás pueblos del mundo, su gloria será eterna; así lo creyó y lo confesó Isaías setecientos años antes de Cristo, y así lo confesamos nosotros siglos después de su advenimiento.

**18 Porque así dice Jehová,
que creó los cielos.
Él es Dios,
el que formó la tierra,
el que la hizo y la compuso.
No la creó en vano,
sino para que fuera habitada la creó:
«Yo soy Jehová y no hay otro.
19 No hablé en secreto,
en un lugar oscuro de la tierra;
no dije a la descendencia de Jacob:
“En vano me buscáis.”
Yo soy Jehová, que hablo justicia,
que anuncio rectitud.**

Ahora el Dios encubierto habla y se identifica como “Jehová”, el Dios de la gracia fiel y gratuita. Más adelante se dará a conocer como el Creador del cielo y de la tierra. Es muy interesante la forma como indica que su creación fue hecha para ser habitada. No gastó la energía necesaria para crear el mundo como una simple obra de arte y dejarlo vacío; lo hizo para que fuese el hogar de los seres humanos.

El Dios que creó la tierra para hombres y mujeres habla de nuevo y asevera que no hay otro como él; Dice: “No hablé en secreto”. Lo que este gran Creador ha dispuesto revelar a la humanidad está claro; no ha ocultado nada de su gracia, ni ha escondido el evangelio “en un lugar oscuro de la tierra”. Aunque el mundo incrédulo no entienda las buenas nuevas, éstas no están escondidas. Desde el momento del primer pecado hasta la última letra del Nuevo Testamento, su mensaje ha sido acerca de Cristo, que aplastará la cabeza de Satán y regresará para llamarnos de la tumba. Todo lo relacionado con el evangelio ha sido proclamado en alta voz; todavía la Biblia se cuenta entre los libros más ampliamente difundidos en el mundo. La revelación de Dios tuvo un propósito tan cierto como el de su creación. Si Dios creó el mundo para ser habitado, reveló la verdad para que sea creída; por eso él invita a todos a abandonar los falsos dioses y a creer en él.

²⁰ »**¡Reuníos y venid!**

**¡Acercaos todos los sobrevivientes de entre las naciones!
No tienen conocimiento aquellos que erigen su ídolo de
madera,**

y los que ruegan a un dios que no salva.

²¹ **Declarad, exponed pruebas**

y entrad todos en consulta.

¿Quién hizo oír esto desde el principio

y lo tiene dicho desde entonces,

sino yo, Jehová?

Y no hay más Dios que yo,

**Dios justo y salvador.
No hay otro fuera de mí.**

Una vez más el Señor llama a las naciones de la tierra para que comparezcan y planteen su causa. Traen consigo sus ídolos de madera y les rezan a dioses que no los pueden salvar. Todo concepto de Dios que cualquiera proponga y proclame fuera de la verdad revelada en las Escrituras se convierte en un ídolo, en un dios falso. Ningún otro, a excepción de Jehová, puede predecir el futuro. El anuncio de que Ciro iba a venir a liberar al pueblo escogido prueba su soberanía y su poder, además de dar testimonio que él actuará para rescatar a sus elegidos. Una vez más, el Todopoderoso establece que no hay otro Dios más que él.

**22 »¡Mirad a mí y sed salvos,
todos los términos de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay otro!
23 Por mí mismo hice juramento,
de mi boca salió palabra en justicia
y no será revocada:
“Que ante mí se doblará toda rodilla
y jurará toda lengua.”
24 Y de mí se dirá: “Ciertamente en Jehová
está la justicia y la fuerza.”
A él vendrán,
y todos los que contra él se enardecen
serán avergonzados.
25 En Jehová será justificada y se gloriará
toda la descendencia de Israel.»**

El mensaje del único Dios verdadero es una invitación de su gracia que anuncia: el juicio sobre todos los que rechazan la salvación que sólo él puede dar y el perdón que sólo él puede conceder. Sin embargo, su mensaje primordial es una invitación a

la fe. Aquí nos invita con estas palabras: “¡Mirad a mí y sed salvos!” No nos podemos rescatar a nosotros mismos, Dios debe hacerlo; de manera que cuando los pecadores se vuelven a él y creen, son libres por él. Esa invitación sigue extendida a toda la tierra, no está limitada al pueblo de Dios del Antiguo Testamento de Israel o de Judá.

Jehová ha proclamado: “Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (43:25). Sólo el Dios de la Biblia ha pagado el precio para obtener el perdón del mundo. Ninguna otra religión anuncia el sacrificio del Hijo de Dios para el perdón de los pecados. Ningún otro dios puede decir: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Aquí Dios hace un juramento para validar ese mensaje, y no pudiendo hacerlo por alguien superior a él mismo, porque no hay otro, jura entonces por él mismo que lo proclamado por él es verdadero y no será revocado. Las divinas promesas de liberación y redención permanecen para la eternidad y son: para todos los confines de la tierra, para Isaías, para ti, para mí y para todas las generaciones venideras.

Hay una corta expresión que se repite en los dos últimos versículos del capítulo: “en Jehová”. Los que creen y confían en el Señor encontrarán justificación y fortaleza en él; no hallaran estas cosas en ellos mismos sino “Ciertamente en Jehová”. Esta frase se repite en el siguiente versículo y también está vinculada a la idea de la justificación. El Señor ha declarado justa a la humanidad por la obra de Jesús, lo cual significa sencillamente que ha quitado todo pecado y ha declarado al hombre de todos los tiempos libre de las consecuencias del pecado. Este gran don se halla sólo “en Jehová” y se convierte en posesión personal de todo el que cree. ¿Qué debe hacer Dios cuando miles se niegan a aceptar sus bendiciones? Quienes no creen no quieren que sus pecados sean cubiertos por la justicia de Cristo y por ello serán avergonzados. Pero el que tiene fe recibe el don que Dios ha preparado para los pecadores, o sea, que la descendencia de Israel

“en Jehová será justificada y se gloriará”. Estos son los justos por la gracia y se regocijan en esta bendición. ¡Aleluya! Que nosotros estemos entre ellos.

Dios le habla a la rebelde y contumaz de corazón casa de Israel

46 ¡Se ha postrado Bel,
se abatió Nebo!
Sus imágenes fueron puestas
sobre bestias, sobre animales de carga,
esas cosas que vosotros solíais llevar
son puestas cual una carga sobre las bestias cansadas.
² Fueron humillados, se derrumbaron juntos;
no pudieron escaparse de la carga,
sino que ellos mismos tuvieron que ir en cautiverio.

Al final del capítulo anterior Dios había extendido una misericordiosa invitación: “¡Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra!” (versículo 22). Él les prometió justicia y gozo a todos los creyentes, los descendientes espirituales de Israel (versículo 25). Pero el Señor también amenazó con el juicio a los que se enardecieron contra él. Los primeros dos versículos de este capítulo vuelven nuestra atención hacia Babilonia y al castigo que Dios tenía reservado para los babilonios a manos de Ciro. Los siguientes tres capítulos explorarán la sentencia que el Señor enviará sobre la ciudad, y al mismo tiempo, lo encontramos dirigiéndose a quienes de entre su pueblo persisten en la obstinada rebelión contra él y contra las bendiciones de su gracia y misericordia. Dios no tiene favoritos; él traerá su condena sobre los que se oponen a su amor, así sean judíos o gentiles.

Primero leemos acerca de los dioses de Babilonia. Bel y Nebo eran dos de las más importantes deidades del Imperio Babilónico. Fijémonos como Nebo, o Nebu, está incluido en el nombre de Nabucodonosor, el gran rey de Babilonia. Ese dios era considerado

patrón: del aprendizaje, de la escritura, de la astronomía y de toda ciencia. Era el hijo de Bel, y según sugieren algunos, el principal dios de los babilonios, también conocido con el nombre de Marduk. Las civilizaciones antiguas vinculaban a menudo sus victorias con sus dioses, y una forma de celebrarlas era que cuatro hombres transportaran en sus hombros las imágenes en largas y memorables procesiones.

Isaías no presenta estos dioses de Babilonia en ningún tipo de procesión festiva; en lugar de eso, bestias de carga los cargan como botín de guerra; quizás hasta habían sido bien atados para que no fueran a caer al suelo. Uno se puede imaginar fácilmente a los ídolos sacudiéndose y tambaleándose con cada paso que daban los animales. Los en un tiempo reverenciados dioses de Babilonia eran llevados al cautiverio, incapaces de detener la innoble procesión.

¿Por qué había sucedido eso? Sólo puede haber una respuesta: Babilonia había sido derrotada. Dios arrasó su una vez glorioso y orgulloso imperio, arrojándolo en el basurero de la historia. La gran ciudad ya no era nada, sus dioses eran llevados por el nuevo conquistador y no podían hacer nada ni aun por su propio rescate. Los ídolos no llevaban a nadie, en vez de eso tenían que ser transportados, eran una carga incluso para los animales que los llevaban a cuestras. Todo eso hacía un vívido contraste con lo que Dios le dice a la casa de Jacob en los siguientes versículos.

**³ «Oídme, casa de Jacob
y todo el resto de la casa de Israel,
los que yo he traído desde el vientre,
los que habéis sido llevados desde la matriz.**

**⁴ Hasta vuestra vejez yo seré el mismo
y hasta vuestras canas os sostendré.
Yo, el que hice, yo os llevaré,
os sostendré y os guardaré.**

Los capturados dioses babilonios presentaban un cuadro de patética impotencia; en cambio, el Señor había llevado sobre él a su pueblo desde el comienzo de su historia. Los términos *Jacob* e *Israel* se remontan a la edad de los patriarcas. Una rápida revisión de la historia del pueblo judío nos recuerda todo lo que Jehová había hecho por él: el éxodo de Egipto, el agua y el maná en el desierto, las victorias de los jueces y de los reyes, y más recientemente la maravillosa liberación ante las fuerzas asirias a las puertas mismas de Jerusalén (Isaías 36,37). Dios había llevado a costas con tierno amor a su pueblo pese a sus constantes rebeliones, y había hecho de ellos lo que eran.

Dios no había terminado todavía con ellos, les prometió que iba a ir con ellos hasta el fin de sus días, que los iba a cuidar hasta la ancianidad. Él no iba a cambiar; iba a seguir siendo el mismo Dios de gracia. Les prometió que los seguiría cuidando fiel y amorosamente. En español usamos con frecuencia un pronombre para identificar al sujeto; en hebreo, el sujeto está normalmente incluido en el verbo y por esta razón los pronombres se emplean pocas veces. Pero cuando un escritor hebreo quiere hacer énfasis en el sujeto de un verbo usa el pronombre. En la última parte del versículo 4 el pronombre *yo* aparece seis veces. Estos pronombres subrayan la acción del Señor. Nuestra Versión Reina Valera, Revisión 1995, permite captar el énfasis de que hablamos: “Hasta vuestra vejez *yo seré* el mismo y hasta vuestras canas [*yo*] os sostendré. *Yo*, el que hace, *yo* os llevaré, [*yo*] os sostendré y [*yo*] os guardaré.” Todas estas promesas dependen de la acción del Señor. Su misericordia fue el único amparo de su pueblo en el pasado, y sólo ella lo sustentará en el futuro.

Estas promesas están dirigidas a la “casa de Jacob”, la cual en el tiempo de Isaías ya no era ni sombra de lo que una vez había sido. Las diez tribus del reino del Norte de Israel habían sido absorbidas durante el avance asirio y Samaria su capital yacía en ruinas. Dios había detenido al enemigo destruyendo a 185,000 de sus soldados, salvando así a Jerusalén de la destrucción. Sin

embargo, la campiña judía sí había sido asolada por los asirios. Aquí el Señor se dirige a “el resto de la casa de Israel”, al remanente tanto de fieles creyentes como de incrédulos rebeldes.

Dios tenía un propósito al decirles estas palabras a los dos grupos de entre su pueblo. Primero, lo dicho por Isaías sirve para confirmar a los judíos incrédulos en su impenitencia. Cuando el Señor había llamado a Isaías para que fuera su profeta, le había encargado una tarea difícil: “Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (6:10). Los impíos oirían las hermosas promesas de la gracia de Dios, pero no les prestarían atención y permanecerían en su apostasía. De hecho, las claras promesas sólo los confirmarían en su incredulidad; como ocurrió cuando el más dramático milagro de Jesús, la resurrección de Lázaro, llevó a que los judíos resolvieran matarlo (Juan 11:45-53). Los severos reproches de Isaías no penetrarían la coraza de la falta de fe del pueblo de su época, no más que los acervos reproches de Cristo cambiaron los duros corazones de sus enemigos. La audiencia rebelde e incrédula catalogaría de necios al profeta y a los que creyeran su mensaje.

Pero había otra audiencia entre el remanente de la casa de Israel; mezclados con esos incrédulos había algunos que todavía eran fieles a Dios y cuyos corazones necesitaban oír las dulces promesas del Señor. Isaías predijo que los babilonios iban a llevar cautiva a Judá, y los fieles iban a ser llevados cautivos junto con los incrédulos. Ni Dios ni los babilonios iban a distinguir entre creyentes y apóstatas cuando Jerusalén fuese saqueada y su población deportada. Los creyentes deberían encontrar fuerza y valor en las promesas divinas, y así fue. Aquí el Señor promete que los seguirá: sosteniendo, llevando y rescatando, como había hecho en el pasado. Sin importar cuán difícil fuera el cautiverio o lo angustiioso de la situación, Dios iba a hacer que todo obrara según su plan. Él es el Dios que se encubre (45:15), que es muchas veces difícil de entender, pero es siempre el Dios: misericordioso, compasivo y amoroso, que cuida de los suyos. El pueblo fiel del

Señor en todo momento necesita la fortaleza y el aliento que ofrecen sus promesas divinas.

Nosotros somos otra audiencia de las palabras del profeta. Cuando leemos las palabras que le dirigió a la “casa de Jacob”, encontramos en ellas la fortaleza y el ánimo para enfrentar los problemas de la vida. Por la fe en Jesús, el gran descendiente de Jacob, nosotros también pertenecemos a esa casa. Puede que no tengamos que ver la destrucción de nuestra nación ni una deportación a un país extranjero, como fue el caso de los judíos de los tiempos pasados, pero sí tenemos nuestras propias dificultades y vicisitudes. Recordando esto, el apóstol Pablo alentó a los cristianos de sus días diciéndoles: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22). En medio de cualquier dificultad que se nos presente, la promesa de Dios se aplica también a nosotros. No importa lo que hayamos experimentado en la vida, Dios: nos ha llevado y nos ha sostenido, y nos promete lo mismo que les ofreció a los creyentes de los tiempos de Isaías: “Hasta vuestra vejez yo seré el mismo y hasta vuestras canas os sostendré”.

**⁵ ¿A quién me asemejáis,
me igualáis y me comparáis,
para que seamos semejantes?**

**⁶ Sacan oro de la bolsa
y pesan plata con balanzas;
contratan a un platero para que de ello haga un dios,
y se postran y lo adoran.**

**⁷ Luego se lo echan sobre los hombros,
lo llevan y lo colocan en su lugar;
allí se está, sin moverse de su sitio.
Le gritan, pero tampoco responde
ni libra de la tribulación.**

Es claro el contraste entre el Señor y los dioses de Babilonia; Dios llevó a su pueblo, Bel y Nebo ni siquiera pueden llevarse

ellos mismos sino que tienen que ser cargados. Por cuarta vez hemos observado la fabricación de los ídolos (40:19; 41:7; 44:9-20). En cada ocasión, sin lugar a dudas Dios hace énfasis en la necesidad de adorar imágenes. Lutero sugiere que la superstición es amante del dinero, y que mientras muchos están demasiado dispuestos a pagar por ídolos caros, Cristo y el evangelio andan pobres (Las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 141). Algunos pagan bastante para hacerse ídolos costosos pero todo lo que su oro crea es algo que tiene que ser transportado. Los ídolos: no pueden hablar, no pueden actuar y tampoco pueden rescatar. Se quedan simplemente donde las colocan, quizás hermosas y brillantes, pero: impotentes, mudas, sin sentir ni pensar. Cuando incluso miles y quizás millones se inclinan en devota adoración o plegaria ante ellos, nada ocurre. ¿Cómo puede una cosa inanimada e indiferente salvar a alguien?

⁸»Acordaos de esto y avergonzaos.

¡Volved en vosotros, rebeldes!

⁹Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos,

**porque yo soy Dios; y no hay otro Dios,
ni nada hay semejante a mí,**

**¹⁰que anuncio lo por venir desde el principio,
y desde la antigüedad lo que aún no era hecho;
que digo: “Mi plan permanecerá**

y haré todo lo que quiero;

**¹¹que llamo desde el oriente al ave
y de tierra lejana al hombre de mi plan.**

Yo hablé, y lo haré venir;

lo he pensado, y también lo llevaré a cabo.”

Ustedes, rebeldes, presten atención. Dios se dirigía a los contumaces de su pueblo que habían rechazado el don de su gracia y debían escuchar sus palabras. La lección continúa siendo la

misma de los pasajes anteriores: “Yo soy Dios; y no hay otro Dios”. Algunos piensan que eso fue dicho para los judíos que habían adoptado el paganismo durante la cautividad en Babilonia, pero en realidad bien se les podría aplicar a los paganos de todos los tiempos de la historia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Los contemporáneos de Isaías, casi doscientos años antes de la esclavitud, se habían vuelto al paganismo. Tan perverso es el corazón humano que rechaza al Dios viviente y lo sustituye por un inanimado trozo de oro.

Ya hemos visto una de las cosas que hace que el Señor sea diferente de todos los otros conceptos de una deidad: él quita el pecado mediante el sacrificio de su propio Hijo (ver 43:25; 44:22). Aquí Jehová proclama otra actividad que lo hace también distinto de cualquier otro dios. Él puede predecir el futuro, y dice: “Anuncio lo por venir desde el principio”. Esta no es la primera vez en esta parte de Isaías que Dios ha afirmado que predice el futuro (vea 41:25-27; 42:9; 44:7,8; 45:21); también había predicho la aparición de Ciro, mencionándolo específicamente por nombre (44:28; 45:1,13). Además, el Señor ha predicho la venida de otro Siervo (42:1-7); ese Siervo, muy superior a Ciro, será el gran Emmanuel (7:14) y la Vara del tronco de Isaí (11:1-9). Más adelante en la profecía de Isaías, Dios revela en gran detalle la llegada de este Gran Siervo (ver por ejemplo el capítulo 53).

La capacidad que tiene Dios para predecir el futuro prueba su superioridad. En la mente de Dios, lo que ha sido planeado es lo mismo que él anuncia antes de que ocurra y que finalmente sucede. Dios predijo que iba a llamar desde el oriente al “ave”, es decir a Ciro. Lo predijo y sucedió tal como había dicho. El argumento del Señor se basa en la predicción y en su cumplimiento.

Sin embargo, muchos eruditos dudan de las referencias a Ciro; afirman que Isaías, que vivió casi dos siglos antes del surgimiento de los persas, no pudo haber tenido conocimiento de Ciro; ellos sugieren que otro escritor, mucho tiempo después de la

época de Isaías, fue el escritor de estas palabras; ese escritor tendría una visión mucho más clara de la historia y del surgimiento del conquistador. Sin embargo este enfoque convierte al escritor posterior en un fraude y un engañador que pretende imitar a Isaías, o al menos incluye sus palabras bajo el nombre del profeta. Si hubiera sido un contemporáneo de Ciro, al tratar de escribir las palabras de Isaías, habría querido “ayudarle” a Dios pretendiendo escribir una predicción que de hecho era sólo el registro de un suceso histórico. Sería como añadir el esquema de una computadora al libro de bocetos de Leonardo da Vinci y luego afirmar o permitir que otros crean que él había preconcebido la idea. No importa cuán noble sea la intención, un añadido como ese sería un engaño. Si alguien añadió esas palabras después de que Ciro apareció, ¿no distorsionaría eso la afirmación que hace Dios cuando dice: “Anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho”?

Si decimos que Isaías no escribió acerca de Ciro y que alguien lo insertó después, ese escritor, quienquiera que sea, se convierte en un embustero. Además, el segundo escritor inventa a Dios tan ciertamente como los idólatras lo hacen al convertirlo en una creación de su mente, sin que importe lo noble que haya sido el intento. Es justamente contra eso que Isaías advierte aquí de manera tan categórica. Es una necedad hacer a Dios, ya sea creando un ídolo o concibiendo algún concepto piadoso que no se encuentre en las Escrituras. No haga de Dios lo que usted quiera que él sea; hay que dejar que Dios sea quien es. Él dice que predice el futuro y ¿por qué puede alguien dudarlo o negarlo? Quizás por el hecho de que él puede predecir el futuro, es demasiado grande para ser aceptado en sus propios términos, la mente humana pecaminosa tiene que rebajarlo a algo mucho más pequeño y fácil de comprender y de creer. Para mucha gente, Dios se tiene que adaptar a los conceptos humanos de: tiempo, probabilidad y experiencia.

**¹² Oídme, duros de corazón,
los que estáis lejos de la justicia:
¹³ “Haré que se acerque mi justicia;
no se alejará,
y mi salvación no se detendrá.
Pondré salvación en Sión
y mi gloria en Israel.”»**

El Señor se dirige a las mismas personas a las que antes llamó rebeldes, y ahora los llama *duros de corazón*. Ellos son incrédulos que no aceptan la capacidad que tiene el Señor de predecir el futuro. Pero la predicción de Dios es más que la revelación de sucesos futuros, predice más que el surgimiento de Ciro; el magnífico futuro que Dios predice incluye todo lo que él hará para redimir al mundo: del pecado, de la muerte y del infierno. Dios vincula esa redención a las palabras *justicia* y *salvación*. La revelación central de la palabra de Dios es que él declarará al mundo, justo y libre: de iniquidad, de transgresión y de pecado, a causa de la obra del Gran Siervo quien será herido y molido por los pecados del mundo.

En cuanto a lo que a Dios concernía, esa justicia estaba cerca. En su mente, la obra salvadora de Cristo era tan segura como si ya hubiera sido cumplida. Dios otorga la salvación por su gracia, o sea, rescata a su pueblo, y como siempre, él lo hace todo; ningún esfuerzo humano puede traer la justicia, Dios debe prepararla y otorgarla a quienes están muertos en sus pecados (Efesios 2:1). Este regalo divino viene a toda la humanidad mediante su misericordia.

En estos dos cortos versículos, descubrimos el gran don de la gracia de Dios; Dios ha hecho todo para preparar ese don; y ya está consumado. Él no necesita la ayuda del hombre para completar su plan. Él ha envuelto este precioso regalo, y lo ha ofrecido por gracia a todo el mundo; aquí se describe como “salvación” y “gloria”. Los que reciben el don de Dios con la mano

de la fe, lo poseen; ellos son el Israel de Dios. Pero hay algunos “duros de corazón” que no creen y rechazan lo que Dios les ofrece. ¡Es una enorme tragedia que hayan rechazado lo mejor y más precioso que Dios da, porque sin este regalo no tienen: ni justicia, ni salvación, ni gloria! Los renuentes de entre la casa de Jacob que resisten la gracia de Dios han endurecido sus corazones al Dios de la gracia fiel y gratuita. El juicio de esos incrédulos se vislumbra enorme, aumentado a medida que consideramos todas las bendiciones que Dios ha provisto para ellos y toda la verdad que él les ha revelado. ¡Sin embargo, no lo aceptan!

Dios anuncia que la orgullosa Babilonia caerá

47 «Baja y siéntate en el polvo,
virgen, hija de Babilonia.

**Siéntate en la tierra, sin trono,
hija de los caldeos,
porque nunca más te llamarán
tierna y delicada.**

**² Toma el molino y muele harina;
quítate el velo, levanta tus faldas,
desnuda tus piernas,
pasa los ríos.**

**³ Será expuesta tu desnudez, serán vistas tus vergüenzas.
Haré retribución y no habrá quien se libre»,**

Durante el reinado de Nabucodonosor, Babilonia se elevó hasta ser una poderosa nación. Con la ayuda de su esposa, Amitis, el rey caldeo: reconstruyó y embelleció la ciudad, reedificó los templos de Marduk y Nebo (llamados Bel y Nebo en el capítulo 46), y construyó una gigantesca puerta llamada la Puerta de Istar, de la cual partía una vía procesional hacia el interior de la ciudad; el camino estaba flanqueado por muros decorados con ladrillos esmaltados que mostraban: leones, dragones y toros, que eran los símbolos de sus deidades. El rey construyó los famosos jardines

colgantes para que la esposa recordara tierra natal. Algunas de las obras arquitectónicas del monarca caldeo se encontraban entre las siete maravillas del mundo antiguo. Babilonia era una ciudad hermosa que se destacaba por lo mejor que el mundo antiguo podía ofrecer. Cuando Isaías escribió estas palabras, toda esta gloria estaba aún en el futuro pero también lo estaba la caída de la gran ciudad. Este capítulo conmemora poéticamente la caída de Babilonia. Se trata de un canto fúnebre, pero en lugar de expresar pesar por la víctima hace mofa de ella.

Dios dice que la ciudad es la “virgen, hija de Babilonia”; era hermosa, como una hija casta, sin aún haber sido conquistada por ningún enemigo ni arruinada por la guerra, pero su grandeza iba a llegar a su fin. La ciudad era la bella reina de todo lo que los ejércitos babilonios habían controlado, pero Dios le ordenaba: “Siéntate en la tierra, sin trono”. La orgullosa Babilonia iba a descender del trono y a ocupar su lugar en el polvo y la suciedad de la ruina. ¡Se iba a venir abajo! Considerando toda su hermosura, no es de asombrar que algunos la llamaran “tierna y delicada”. Babilonia era lujosa, sus ciudadanos estaban mimados por los triunfos de Nabucodonosor en el campo de batalla y por sus logros arquitectónicos. Pero Dios dice: “Nunca más te llamarán tierna y delicada”.

De la vida de reina mimada, la ciudad iba a ser reducida al nivel de esclava. “Toma el molino y muele harina”. Las jóvenes esclavas por lo general eran las que molían (trituraban el grano entre dos piedras que se movían una contra la otra). Nuestra versión Reina Valera 95 y la NVI coinciden al traducir “quítate el velo” lo que otras versiones traducen muy literalmente como “descubre tus guedejas”, lo cual produciría el mismo efecto. El velo estaba hecho de una tela finamente tejida e identificaba a una mujer de la alta sociedad. Babilonia tendría que quitarse el velo y asumir el papel de una muchacha esclava que no usaba ningún tipo de manto. La descripción de Babilonia reducida al nivel de esclava continúa; las mujeres privilegiadas se cubrían las piernas, pero las jóvenes esclavas tenían que atarse las faldas a la cintura para hacer

su trabajo. El futuro de la orgullosa ciudad es incluso peor que éste: se la describe como: prisionera de guerra, pasando ríos, absolutamente desgraciada, caminando desnuda y descubierta. Ya no podría ocultar sus pecados y su vergüenza. Cuán diferente iba a ser de una hija virgen, de una reina en su trono.

Recordemos que nada de esto había ocurrido aún; cuando Isaías escribió estas palabras, Nabucodonosor ni siquiera había nacido. En época de este profeta, Asiria dominaba el Oriente Medio y Dios había librado a su pueblo de sus ataques mediante un milagro (capítulos 36, 37). Por causa de los pecados del pueblo de Dios, la misión de Isaías era anunciar la futura cautividad de los judíos en Babilonia, aunque ésta orgullosa nación también iba a caer. Dios le reveló esos secretos a su profeta mucho antes de que ocurrieran. En el capítulo siguiente, Dios revela por qué predijo esos acontecimientos. Más de un siglo después de que Isaías escribió estas palabras, los babilonios condujeron a los judíos a sus ciudades como sus cautivos; setenta años más tarde, Ciro el persa doblegó hasta el polvo a la engreída Babilonia para que los judíos pudieran volver a casa. Todo ocurrió como lo escribió el profeta inspirado por Dios.

El Dios Salvador de Israel está detrás del anuncio de la destrucción de Babilonia, cuando dice: “Haré retribución” o, según la NVI, “tomaré venganza”. Sólo él, el Señor, el Dios Salvador de Israel, podía hacer que eso ocurriera; su juicio será total y de él nadie escapará. Ningún hombre podría oponerse a él ni hablar con Dios para disuadirlo de lo vaticinado; nadie podría: objetar, oponerse, ofrecer consejo o siquiera suplicar misericordia. Dios cumplirá el castigo según lo decretado a través de su profeta Isaías.

**⁴ dice nuestro Redentor:
Jehová de los ejércitos es su nombre,
el Santo de Israel.**

Este corto versículo alaba al Señor por su liberación. Él es el Redentor de su pueblo que comprará la liberación de su pueblo,

se lo comparará a Babilonia y a su propio: pecado, rebelión y culpa. El Señor es “nuestro Redentor”, y su acción como el redentor de su pueblo aparece en la primera frase, y es siempre lo primero en la mente del pueblo de Dios.

Aquí Isaías da dos nombres más para el Señor. Él es “Jehová de los ejércitos”. El profeta usa el nombre que nos recuerda la fidelidad de Dios para cumplir todas sus promesas; él es Jehová, el Dios de la gracia fiel y gratuita y el mismo que le prometió liberación a Abraham y se apareció a Moisés. Todos sus actos a favor de la humanidad: pecadora, extraviada y desvalida residen en ese nombre al cual Isaías añade “de los ejércitos”. Estas palabras significan que Jehová tiene la potestad para regir sobre las huestes celestiales y angelicales así como sobre las estrellas. Por último, Isaías emplea su nombre favorito: El “Santo de Israel”, quien está muy por encima de la rebelión y del pecado de su pueblo y quien trasciende todo lo humano y todo lo judío. Sin embargo, este santo Dios entra en la historia de Israel para redimir a la humanidad entera.

En estos nombres para Dios tenemos un breve resumen de su tarea. Él es el “Redentor”, un término que nos muestra su amoroso corazón y su deseo de salvarnos; es el “Santo de Israel”, un nombre que implica su inmutable fidelidad a todas sus promesas y su poder para cumplirlas. Su ternura por sus hijos nunca varía y su poder es ilimitado. “El Santo de Israel” está sobre lo terrenal, y sin embargo, este gran Dios ha unido misericordiosamente su nombre a una nación humana. Ni los israelitas ni ninguna otra nación pueden santificarse a ellas mismas, y por esta razón Dios por los méritos de Cristo Jesús declaró a todo el mundo justo y libre del pecado.

Este pequeño versículo nos recuerda que estamos tratando con algo más que la caída de Babilonia. Dios enlaza su gran plan de redención con el colapso de Babilonia y el regreso de los judíos a Palestina. El Siervo del Señor y su cruz conectan al Dios santo con la impía y rebelde raza humana.

**⁵ «Siéntate, calla y entra en las tinieblas,
hija de los caldeos,
porque nunca más te llamarán
“soberana de reinos”.»**

**⁶ «Me enojé contra mi pueblo,
profané mi heredad
y los entregué en tus manos;
no les tuviste compasión;
sobre el anciano
agravaste sobremanera tu yugo.**

**⁷ Dijiste: “Para siempre seré señora”,
pero no has pensado en esto
ni te has acordado de tu final.**

Los hostigamientos del profeta vuelven a la caída de Babilonia. Como en el primer versículo del capítulo, se les da a los babilonios dos órdenes de Dios porque él ha determinado que caigan como nación reinante. Se sentarán en el oscuro silencio de la esclavitud entre la pena y la angustia, en marcado contraste con el gozo y el placer que habían disfrutado como poderosa y próspera urbe. Desaparecerá su una vez privilegiada posición de “soberana de reinos”.

¿Por qué envía Dios la destrucción sobre la poderosa ciudad caldea? La respuesta nos revela que el Omnipotente ha permitido que su propio pueblo sea subyugado porque se había apartado y descarriado. La primera parte de la profecía de Isaías había identificado claramente la rebelión de Judá. Los hijos de Dios se habían vuelto “hijos que se apartan” (30:1), que habían decidido abandonarlo. Isaías los describe como pueblo deseoso de “mentiras” (30:10) no de verdades y que decía a los enviados de Dios: “Quitad de nuestra presencia al Santo de Israel” (30:11). Por sus necesidades, Dios los amenazó y posteriormente usó a los babilonios para castigarlos. Aquí Dios le dice a Babilonia: “Los entregué en tus manos”.

Los babilonios eran sólo un instrumento en las manos de Dios para refinar y purificar a su pueblo. Por supuesto, como extranjeros no entendían la verdad de Dios ni su gran plan para la redención del mundo. Como cualquier otra nación vencedora de esos días, no se apiadaron del pueblo que estaba bajo su yugo; esa falta de compasión se extendía incluso hasta a los ancianos; no tenían compasión para con quienes eran los más débiles de entre los esclavos judíos. Además Babilonia orgullosamente proclamaba: “Para siempre seré señora”.

Él pueblo de Babilonia no pensó más allá de su ascenso al poder; consideró que su destino iba a ser diferente al de los demás imperios del mundo antiguo. El ascenso al poder y el dominio son temporales. Los babilonios eran tan orgullosos que pensaban que no tendrían fin: su poder, su supremacía y su lujo. Nadie les podía decir lo contrario. La verdad sólo la iban a aprender con el descenso al polvo de la tierra que Dios les anunció en el primer versículo.

**⁸ Oye, pues, ahora esto, mujer voluptuosa,
tú que estás sentada confiadamente,
tú que dices en tu corazón:
“Yo soy y fuera de mí no hay otra;
no quedaré viuda ni conoceré orfandad.”**

**⁹ Estas dos cosas te vendrán
de repente, en un mismo día:
orfandad y viudez.**

**Con toda su fuerza vendrán sobre ti,
a pesar de la multitud de tus hechizos
y de tus muchos encantamientos.**

**¹⁰ Porque te confiaste en tu maldad,
diciendo: “Nadie me ve.”**

**Tu sabiduría y tu misma ciencia
te engañaron,
y dijiste en tu corazón:**

“Yo, y nadie más.”

**¹¹ Vendrá, pues, sobre ti
un mal cuyo origen no conocerás;
caerá sobre ti un quebrantamiento
que no podrás evitar.**

**Una destrucción que no podías suponer
vendrá de repente sobre ti.**

El Señor continúa dirigiéndose a la orgullosa ciudad que parecía tan segura, al menos desde el punto de vista y la manera de pensar de los humanos. Sus confiados habitantes tenían tiempo para deleitarse en el lujo y en el placer licencioso, y su invulnerabilidad la hacía por demás arrogante. Aquí en particular, la exaltada opinión que tenía de ella misma compite con la declaración que Dios hace de él mismo: “Yo soy Jehová y no hay ningún otro. No hay Dios fuera de mí” (45:5; ver también 45:6,14,18,21; 46:9). La soberbia de la ciudad caldea lo afrentaba ya que alardeaba diciendo: “Yo soy y fuera de mí no hay otra”.

Babilonia, aquí descrita como una mujer voluptuosa, se sentía tan segura de su posición que creía que nunca iba a sufrir las dificultades que naturalmente caerían sobre una mujer. La pérdida de hijos y la viudez eran las peores catástrofes que le podrían ocurrir a una mujer de esos tiempos. Tan pronto como estas palabras salen de la boca de ella, de Babilonia, el Señor anuncia que esos dos desastres le sobrevendrán “de repente”. Su destrucción le acaecerá cierta y súbitamente.

Jehová el Señor no deja duda sobre la razón para arrasar con la que califica de ciudad impía y mundana. Primero dice que sus “hechizos” y sus “muchos encantamientos” no impedirán la destrucción de la que fue el lugar de origen: de la astrología, de la magia y las ciencias ocultas. Los signos del zodiaco remontan su historia a Babilonia; Herodoto, un antiguo historiador griego, pensaba que el horóscopo procedía de ahí también. Incluso hoy, la astrología pretende predecir los acontecimientos de la historia humana mediante el movimiento de los planetas y las estrellas,

que era lo que creían los babilonios. En realidad Dios controla la historia y llama a las estrellas por su nombre; él dijo: “Levantad en alto vuestros ojos y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres” (40:26). La creencia de que la posición de las estrellas domina el destino de los hombres desafía a Jehová de los ejércitos tan ciertamente como el credo babilónico que dice: “Yo soy y fuera de mí no hay otra”. Los babilonios confiaban en la magia y en la astrología, pero ninguna de esas artes los podía ayudar; ambas eran necias visiones carentes de mérito, sueños impotentes de la mente humana. Lo que es aún peor, esas ideologías pervertían la verdad del gran Jehová de los ejércitos.

La maldad de Babilonia había crecido hasta el punto de que sus ciudadanos ya no se preocupaban por las consecuencias de sus pecados. Engreída en su poder, la ciudad confiaba en su habilidad para ocultar su propio mal y decía: “Nadie me ve”. Esa afirmación también desafiaba a Dios que sabe y ve todas las cosas. Los que hacen maldad acallan su conciencia culpable con la idea de: “nadie me ve”, lo cual niega la presencia del Dios santo que reina sobre ellos y al que se imaginan ciego e impotente. Esta clase de deidad no es más amenazante que los ídolos de: madera, piedra y metal, que no pueden castigar el pecado ni ejercer ningún control sobre la historia humana, no puede llegar más allá de donde una estatua puede extender sus brazos. Cuán diferente es del Dios de la Biblia, de quien Jesús dice que sabe cuándo cae un pajarillo y hasta cuantos cabellos hay en cada cabeza humana (Mateo 10:29,30).

Los babilonios habían llegado incluso a encontrar una aparente justificación para su orgullo. “Tu sabiduría y tu misma ciencia te engañaron”. Este pueblo era famoso por su habilidad y por sus conocimientos en el mundo antiguo, incluso la ciencia actual remonta sus raíces a Babilonia. Su destreza técnica le permitió convertir a su capital en una de las maravillas del mundo de la época. Eso llevó a sus ciudadanos a afirmar con orgullo: “Yo

soy y fuera de mí no hay otra”. Notemos otra vez que el credo de Babilonia se opone directamente a las aseveraciones del Señor Jehová. La arrogancia de esta ciudad mundana sólo podía resultar en el desastre a manos de Dios.

El juicio divino no se podría evadir ni retrasar a pesar de: todos los encantamientos, la magia y la sabiduría de los babilonios. Con demasiada frecuencia los que desafían al verdadero Dios y lo abandonan creen que pueden calmar su ira haciendo lo correcto. Las civilizaciones paganas de todo el mundo creían, y siguen creyendo, que si ofrecían el sacrificio correcto, los dioses: les iban a enviar la lluvia para sus cosechas, los iban a proteger o simplemente les iban a sonreír en la vida personal. El principio que está en el fondo de esa posición es sencillamente que Dios hará algo bueno por mí si yo hago lo que él quiere. Pero ese concepto pervierte la gracia de Dios y ofrece sólo una ilusión. El Señor no puede ser aplacado por: ningún esfuerzo, sacrificio ni rescate por parte del hombre. La gracia, y sólo la gracia, motiva los actos de Dios (“por amor de mí mismo” 43:25), que él otorga gratuitamente sin cobro ni pago. La esperanza de que los babilonios pudieran “conjurar” la catástrofe por sus encantamientos o que pudieran detenerla con un rescate pervierte la verdad, siendo este otro ejemplo de su arrogancia. Su religión no era otra cosa que una religión de recompensas y castigos, una religión de ley. Erróneamente consideraban que sus esfuerzos tendrían valor delante del Señor, pero a él no lo inclina ningún esfuerzo ni obra por parte del hombre.

La arrogancia de Babilonia pone a la ciudad en contra Dios y la convierte en un símbolo de todos los que se oponen al Señor. Siglos después, cuando el pueblo de Dios estuvo cautivo en Babilonia, algunos volverán a estas promesas y encontrarán esperanza en ellas. Para los judíos, la aplicación más inmediata de estas palabras fue la caída de la Babilonia histórica; la antigua Babilonia iba a caer. Los judíos iban a salir de la cautividad y, bajo la protección de Ciro, iban a reconstruir su tierra; estas promesas

de Isaías alentaban a los fieles a confiar en Jehová y les daban el valor y la fortaleza para resistir las adversidades de la vida cotidiana como esclavos. La esperanza en Dios siempre da la fortaleza para soportar los problemas de la vida; eso se nos aplica de la misma manera que se aplicó a los judíos en Babilonia, aunque las dificultades y los problemas que nosotros experimentamos sean distintos a los de ellos.

Esta visión profética ve como un hecho la caída de la antigua Babilonia a manos de Ciro, y Babilonia se ha convertido en símbolo de los enemigos de Dios. Consideremos el cuadro que Dios nos presenta aquí, Babilonia: desafió a Dios, vivía en el lujo y la seguridad, pecaba y luego decía: “Nadie me ve”. Su religión no tenía tiempo: para el Redentor, para Jehová de los ejércitos, para el Santo de Israel del versículo 4. En lugar de ello, su fe era sólo una colección de: supersticiones, magia y astrología, por la cual trataban de obtener bendiciones de los dioses haciendo lo apropiado. No era una fe de gracia, sino una fe de ley. Quizás al leer sobre la caída de la ciudad caldea debamos ver más allá de la antigua ciudad histórica; la caída de todos los enemigos de Dios entra también en la visión. Sobresale un pensamiento central en esta descripción que se extiende hasta el fin del mundo cuando Dios descargará su ira sobre todos los que lo desafían.

No nos debe sorprender que escritores inspirados por el Espíritu Santo emplearan más tarde la imagen de Babilonia como representación del juicio fulminante de Dios sobre sus adversarios. El apóstol Juan registra el anuncio de un ángel del cielo: “¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!” (Apocalipsis 18:2). La visión de Juan no vuelve a contar la caída de la antigua Babilonia, sino una predicción de la destrucción de todos los enemigos de Dios. En la visión del apóstol, después del anuncio de la caída de la impía ciudad, otra voz clama desde los cielos: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados!” (versículo 4). Así como los judíos salieron esa ciudad para regresar a su patria, también al fin de los tiempos Dios llevará a sus fieles

al hogar celestial luego de ser separados del mundo pecador. Todos los que se opusieron a Dios experimentarán la rápida y segura destrucción del juicio de Dios.

**12 »Persiste ahora en tus encantamientos
y en la multitud de tus hechizos,
en los cuales te fatigaste desde tu juventud.**

¡Quizá podrás mejorarte!

¡Quizá te fortalecerás!

13 Te has fatigado en tus muchos consejos.

Comparezcan ahora y te defiendan

los contempladores de los cielos,

los que observan las estrellas,

los que cuentan los meses,

para pronosticar lo que vendrá sobre ti.

14 He aquí que serán como el tamo;

el fuego los quemará,

no salvarán sus vidas

del poder de la llama;

no quedará brasa para calentarse

ni lumbre a la que arrimarse.

15 Así te serán aquellos con quienes te fatigaste,

los que traficaron contigo desde tu juventud;

cada uno irá por su camino,

no habrá quien te salve.»

El tono del mensaje de Dios cambia con estas palabras. Babilonia está atrapada sin remedio en sus propias supersticiones, en sus “encantamientos” mágicos y “hechizos”. Dios se exaspera por la persistencia de la ciudad en su arrogancia. ¿Qué deberá hacer él? Con poética ironía los entrega a sus propios engaños: “Persiste ahora...” Ellos no se interesan en la verdad e insisten en el camino de sus supersticiones; así que Dios se burla de ellos: “¡Quizás podrás mejorarte! ¡Quizás te fortalecerás!” Ciertamente eso no ocurrirá, aunque los babilonios no lo creen así pues piensan

que sus esfuerzos les traerán seguridad y liberación. Dios les recuerda el inevitable resultado de apartarse de él: “Te has fatigado en tus muchos consejos.”

Así ha sido siempre; los que abandonan la gracia y la redención que Dios les ofrece gratuitamente: se esfuerzan en supersticiones, desembolsan grandes cantidades de dinero en amuletos y talismanes de la buena suerte, incluso les ofrecen costosos regalos a sus dioses con la esperanza de comprar sus bendiciones. Grandes templos y santuarios han sido construidos por todo el mundo por quienes creen que pueden sobornar a sus deidades mediante obras y donaciones. Todos esos esfuerzos sólo fatigan y empobrecen a quienes no creen que Dios perdona gratuitamente por amor de Cristo. ¿Qué hará el Padre? Él se sacudirá las manos y dirá al fin: “Bien, crean lo que quieran. Eso no les hará ningún bien”.

Cuando Isaías menciona a “los que observan las estrellas, los que cuentan los meses, para pronosticar lo que vendrá sobre tí”, se está refiriendo a la astrología a la que Babilonia se había dedicado de lleno desde su “juventud”. Esta práctica era fundamental en su vida; una casta especial de astrólogos predecía la buena o la mala suerte basándose en el paso del sol y los planetas a través de las doce divisiones del zodiaco. Algunos sugieren que este grupo de pronosticadores eran pagados con dineros del tesoro real, pero finalmente sus predicciones no les sirvieron de nada, porque el juicio de Dios es siempre seguro. Con o sin sus horóscopos, iban a experimentar el mismo castigo divino que cualquier otro incrédulo y serán como tamo en el fuego, no como la grata y cálida fogata campestre alrededor de la cual nos sentamos a contar historias. Nadie se sienta alrededor del fuego del juicio divino.

Las palabras finales de Dios le añaden una última nota de sarcasmo a las esperanzas de Babilonia. Cada uno de los astrólogos irá por su camino errando, pues ninguno de ellos puede encontrar la salvación ya que ésta viene solamente de Dios, y los babilonios la habían rechazado y habían preferido en su lugar la astrología y

la religión de las obras. En esas fuentes nadie puede encontrar ni esperanza ni consuelo verdaderos.

El Señor reprende y alienta a su pueblo

48 Oíd esto, casa de Jacob,
que os llamáis del nombre de Israel,
los que salieron de las aguas de Judá,
los que juran en el nombre de Jehová
y hacen memoria del Dios de Israel,
mas no en verdad ni en justicia.

Con el mandato: “Baja y siéntate en el polvo, virgen, hija de Babilonia”, el capítulo 47 (versículo 1) anunció la desaparición de la ciudad que contempló Isaías cuando aún el pueblo de Dios no había sido esclavizado. En los primeros nueve capítulos de la segunda parte de Isaías, el profeta predice el surgimiento de Ciro, quien hará posible que los judíos abandonen la esclavitud en Babilonia y regresen a su patria.

El anuncio de la caída de Babilonia era de vital importancia para la casa de Jacob, el pueblo de Dios. Por supuesto, ese suceso iba a cambiar marcadamente el mundo político y militar de la antigüedad; simplemente iba a alterar el curso de la historia. Pero Dios tenía en mente un resultado mucho más importante; la caída de Babilonia iba a desatar una serie de eventos que finalmente iban a traer al Mesías a este mundo. Su llegada llevará a cabo una liberación mucho más significativa, no desde el punto del servilismo político sino de la sujeción a la muerte y al pecado. La libertad espiritual que logrará el Redentor tendrá consecuencias eternas tanto para la casa de Jacob como para el resto de las naciones. Por lo tanto, en este capítulo Dios se vuelve a su pueblo y los exhorta diciendo: “Oíd esto”.

Dios anuncia ambas cosas: ley y evangelio. En la primera parte del capítulo reprende a la casa de Jacob por la dureza de su

corazón; en la segunda, invita tiernamente al pueblo a salir de Babilonia y a confiar en sus promesas.

El Señor amonestó a su pueblo con duras palabras porque por medio de su gracia los había invitado a ser suyos, les había dado el nombre de su antecesor, Israel, el cual les recordaba que Dios los había elegido y había sido fiel a ellos durante siglos; también ellos habían usado el nombre especial de Dios, Jehová o el Señor, para hacer juramentos y habían guardado su nombre en la memoria, reconociéndolo como el Dios de Israel. Ni su Creador ni todo lo que él había hecho por ellos les era desconocido; sin embargo habían usado el nombre divino “mas no en verdad ni en justicia”.

Algunos sugieren que la casa de Jacob había adoptado una adoración al Señor externa y sin sinceridad. Ciertamente así había sido, pero no se trataba sólo de un simple problema de sinceridad o insinceridad; el concepto que tenían de Dios era deficiente. Al usar aquí la palabra *justicia*, Dios reprende al pueblo por su falsa religión. Tener una adoración justa, significa que los conceptos de Dios y la teología se conforman o fluyen de la justicia misma de Dios. Pero no era así con el pueblo de Jacob, su teología era falsa porque había fallado en lo esencial; no era verdadera porque no se conformaba a la justicia divina.

¿Qué significa eso? Dios vincula su rectitud a Cristo, como escribió Pablo: “La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Romanos 3:22). El gran error de su religión y de su concepto de Dios era que no tenía a Cristo, y por lo tanto no era verdadera. Los de la casa de Jacob tenían las palabras y las formas correctas; muchos de ellos eran muy sinceros y devotos en sus prácticas religiosas, pero sus expresiones en ese sentido fluían de corazones que adoptaban una creencia esencialmente diferente a la que el único Dios había revelado. Consideremos al apóstol Pablo antes de su conversión, él era un fariseo celoso y reverente como la gente a la que el Señor reprende en los siguientes versículos, que “juran en el nombre de

Jehová y hacen memoria del Dios de Israel”, pero cuyo fervor religioso no era “en verdad ni en justicia”; él no tenía la esencia: a Cristo. Tiempo después, el apóstol incluso comentó sobre la actitud que tenía antes de su conversión; escribió que fue “circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se base en la Ley, irreprochable” (Filipenses 3:5,6); sólo después de que llegó a la fe tuvo la verdad y sólo entonces adoró a Dios en verdad y en justicia.

En el mundo actual, muchos miden la verdad de la religión por la sinceridad de sus adherentes, pero la verdad de la religión, por lo menos desde la perspectiva de la Biblia, depende de si se conforma o no a la revelación de Dios. Hay personas muy devotas y observadoras de sus prácticas religiosas, como fue Pablo antes de su conversión. Algunos invierten muchos años en sincera devoción a sus principios religiosos, otros ofrendan grandes sumas de dinero para construir templos e iglesias o para llevar a muchos lugares sus misiones religiosas. Pero la fe sin Cristo sólo puede ser como la de la casa de Jacob, “no en verdad ni en justicia”.

La verdadera fe no es una vaga espiritualidad que dependa de una sincera dedicación de corazón sino que se ajusta a los patrones que Dios ha revelado, o sea, a su justicia. Cuando el Señor vuelva para juzgar al mundo, juzgará a los hombres y a las mujeres no por su sinceridad, sino por su fe en la verdad de las Escrituras, por su fe en la esencia de la Biblia, que es Cristo. La hipocresía siempre es un problema para todos los sistemas religiosos, incluyendo la fe verdadera, pero no captamos el punto si pensamos que Dios reprende a su pueblo sólo por su insinceridad y su hipocresía; él los amonesta porque han abandonado su verdad y su justicia y han adoptado conceptos religiosos esencialmente falsos.

**² Sin embargo,
de la santa ciudad se nombran**

**y confían en el Dios de Israel,
cuyo nombre es Jehová de los ejércitos.**

**³ «Lo que pasó, ya antes lo dije,
de mi boca salió; lo publiqué,
lo hice pronto, y fue realidad.**

**⁴ Por cuanto sé que eres duro,
que una barra de hierro es tu cerviz,
y tu frente de bronce,**

**⁵ por eso te lo dije ya hace tiempo;
antes que sucediera te lo advertí,
para que no dijeras: “Mi ídolo lo hizo,
mis imágenes de escultura y de fundición
mandaron estas cosas.”**

**⁶ Lo oíste y lo viste todo,
¿y no lo anunciaréis vosotros?**

Dios afirma su capacidad para predecir el futuro. La historia del pueblo del Dios del Antiguo Testamento es una historia de profecía. Dios les predijo el advenimiento del Mesías a Adán y Eva; le dijo a Noé que se preparara para el diluvio que habría de venir; llamó a Abraham y le dijo que su descendencia iba a ser tan numerosa como las estrellas del cielo y como la arena a la orilla del mar. Dios envió a Moisés a sacar a su pueblo de Egipto. Estas y otras cosas predijo el Todopoderoso mucho antes de que ocurrieran, y en el debido momento todas ellas ocurrieron. Estas fueron “lo que pasó”.

¿Por qué predijo Dios estas cosas? La respuesta es una airada reprimenda al pueblo que había oído todo lo hecho por Dios. Él les dice que eran obstinados y los describe gráficamente con cerviz de hierro y frente de bronce. Recordemos el discurso que Esteban les dirigió a los que estaban a punto de apedrearlo: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también

vosotros” (Hechos 7:51). Dios sabía que la terca incredulidad de su pueblo se iba a oponer a él; si no predecía esos sucesos, el pueblo diría que sus falsos dioses los habían llevado a cabo. Dios anunció esas primeras cosas por adelantado para que él y sólo él pudiera afirmar que fue el responsable. ¡Cuán perversos eran en realidad sus escogidos! Incluso cuando salieron de Egipto, se hicieron un becerro de oro y dijeron: “¡Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto!” (Éxodo 32:4). La cerviz de hierro y la frente de bronce describen con exactitud su empedernida impiedad.

Sin embargo, tenían que admitir que Jehová había cumplido sus predicciones. Una lectura imparcial de los hechos de Dios llevaba a una sola conclusión, que él lo hizo todo. Dios le pregunta a su pueblo: “¿Y no lo anunciaréis vosotros?” Así como la historia de Israel registró claramente la capacidad que Dios tiene para predecir el futuro y su cumplimiento, así también verificó la perenne incredulidad de la casa de Jacob.

**Ahora, pues, te he hecho oír cosas nuevas
y ocultas que tú no sabías.**

**⁷ Ahora han sido creadas, no en días pasados,
ni antes de este día las habías oído,
para que no digas: “He aquí que yo lo sabía.”**

⁸ Sí, nunca lo habías oído ni nunca lo habías sabido.

**Ciertamente no se abrió antes tu oído,
porque sabía que siendo desleal
habías de desobedecer;
por tanto te llamé “rebelde” desde el vientre.**

**⁹ »Por amor de mi nombre contendré mi ira,
y para alabanza mía la reprimiré
para no destruirte.**

**¹⁰ He aquí te he purificado, y no como a plata;
te he escogido en horno de aflicción.**

¹¹ Por mí, por amor de mí mismo lo haré,

**para que no sea profanado mi nombre,
y mi honra no la daré a otro.**

El Señor desplaza su atención en la segunda parte del versículo 6 a “cosas nuevas y ocultas que tú no sabías”, cuya idea ha sido el motivo de estos capítulos. Con anterioridad Dios había proclamado: “He aquí, ya se cumplieron las cosas primeras y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a la luz, yo os las haré saber” (42:9). La historia de Israel había registrado las maravillosas obras de la gracia de Dios para ellos: el llamamiento a Abraham, el éxodo, la conquista de la Tierra Prometida y las repetidas liberaciones de las manos de sus enemigos. Todos esos sucesos ya habían tenido lugar, pero Jehová también le había aconsejado a su pueblo: “No os acordéis de las cosas pasadas ni traigáis a la memoria las cosas antiguas” (43:18). Sus hijos no se deberían centrar en el pasado porque él estaba haciendo “una cosa nueva” (43:19), que iba a ser mayor que lo antiguo, así que Dios alentó a su pueblo a que mirara hacia el futuro.

Las nuevas cosas se centraban en el advenimiento de Ciro, que iba a librar a los israelitas de la esclavitud. Ese siervo de Dios llevó a cabo el aniquilamiento de Babilonia, pero había todavía un Siervo mayor que había de venir anticipando al glorioso y poderoso Mesías. ¿Dónde más en las Escrituras leemos de la llegada de Ciro? Jehová había decidido no revelar los detalles de cómo iba a librar a su pueblo del cautiverio en Babilonia sino hasta el tiempo de Isaías. Ahora que daba a conocer ese acontecimiento, Isaías tenía la maravillosa responsabilidad de registrar estas nuevas cosas en su profecía.

Dios tuvo sus razones para revelar las cosas primeras antes de que ocurrieran, así como tuvo una razón para ocultar los detalles respecto de Ciro hasta el tiempo de Isaías. Él dice que le ocultó estos sucesos a su pueblo para que no pudieran decir: “He aquí que yo lo sabía”. La profecía del hijo de Amoz era nueva; no era

la misma vieja historia. Dios conocía muy bien a su pueblo rebelde y a todos los pueblos de la tierra. El estado natural del corazón humano es traicionero y desobediente, los humanos pecaminosos se cansan fácilmente de la misma cosa y escuchamos las noticias porque, entre otras razones, cambian todos los días; no nos interesan los sucesos de ayer. Dios no le mencionó antes a su pueblo acerca de Ciro porque, para la época de Isaías, ya habrían tratado esa información como viejas y anticuadas noticias que ya conocían.

Dios les dice a los de su pueblo que eran rebeldes desde el principio, y Jacob es un ejemplo de lo reactivo del corazón humano, consideremos cómo engañó a su padre (Génesis 27). Además Dios nos dice aquí que eran rebeldes “desde el vientre”. Todas las bendiciones que el pueblo de Dios había recibido habían sido por gracia, pero la historia de Israel no es únicamente el registro de las misericordiosas acciones de Dios sino también de los vergonzosos pecados y los fracasos de sus escogidos. Una y otra vez, adoraron a dioses falsos; tan pronto como salieron de Egipto se pusieron a forjar su propio dios de plata y oro. Merecían la ira y el castigo del Dios santo y justo que había escogido a ese pueblo indócil y obstinado para llevar a cabo sus planes de salvación del mundo, por eso no los destruyó sino que pospuso su ira.

Fijémonos en la razón: “Por amor de mi nombre.” El Señor repite ese pensamiento cuatro veces en estos versículos sin dejar duda de la razón de sus acciones. Él no retiene su juicio y enojo porque el pueblo tenga una cualidad loable o algún valor potencial en sí mismo; Dios dice que lo hace: “por amor de mi nombre”, “para alabanza mía” y luego, en el versículo 11: “por mí, por amor de mí mismo”. Todo es gracia de principio a fin; estas palabras, como lo destacó Lutero, truenan contra toda auto-justificación. Por una parte, el pueblo de Dios era: traicionero, empecinado y rebelde desde antes de nacer; por otra parte, Dios es amoroso y misericordioso al refrenar su ira y es constante en llevar a cabo su plan de salvación mediante el Mesías.

La cautividad en Babilonia que se avecinaba no iba a aniquilar la casa de Jacob ni a la línea de Judá. Pese a su incredulidad y obstinación, Dios los va a corregir y regresará un remanente. Ese era su plan. El horno de la aflicción iba a refinar al pueblo escogido como el calor refina los metales preciosos, pero Dios no andaba en busca de plata. Él hizo regresar un remanente a Palestina con el fin de cumplir su plan de salvación, en el que estaba de por medio mucho más que oro y plata. Su designio era rescatar a la humanidad: del pecado, de la muerte y del castigo eterno con la sangre santa y preciosa de Jesucristo. Ningún hombre merece un amor tan grande, ni puede hacer lo suficiente para que Dios se lo conceda. Todas las bendiciones celestiales vienen por sola gracia.

La repetición de la expresión “por amor de mi nombre” pone el énfasis en la misericordia de Jehová y en su fidelidad en cumplir todo lo prometido. Si él hubiera permitido que su pueblo fuese exterminado de la tierra, todas sus promesas habrían sido nulas y se le hubiera visto como el Dios incapaz de rescatar a su pueblo. Si no podía redimir a sus escogidos, ¿cómo podría salvar al mundo? Si no fue verdad lo que dijo en el pasado, todo lo que dijo del futuro no valdría nada. Dios pregunta: ¿Cómo puedo permitir que mi nombre sea difamado? La grandeza del Creador reside en su promesa de liberar espiritualmente y perdonar. Su propósito demandaba la llegada del Mesías a través del árbol genealógico de Judá. El Padre permaneció fiel a su plan y contuvo su ira y, en vez de destruir a sus hijos como bien merecían, los refinó. Por desgracia, ellos continuaron adictos a la idolatría. La grandeza divina la medimos en el sorprendente hecho de que Dios llevó a cabo su plan mediante este pueblo rebelde y traicionero. No es poca cosa que nuestro Padre celestial continúe cumpliendo su propósito en este mundo a través de nosotros que no somos mejores que la casa de Jacob. Estamos muertos en el pecado porque por naturaleza somos impíos, pero la gracia divina nos cambia y capacita para servir a nuestro Dios Salvador.

**¹²»Óyeme, Jacob,
y tú, Israel, a quien llamé:
Yo mismo, yo el primero
y yo también el último.**

**¹³Mi mano fundó también la tierra;
mi mano derecha midió los cielos con el palmo.
Al llamarlos yo,
comparecieron juntos.**

En estos siguientes versículos, el tono de severa reprensión se desvanece y se convierte en una tierna y amable invitación: “Óyeme”. El Señor le ruega a su pueblo que oiga, porque todas sus palabras son: de gracia y misericordia, de vida y liberación. Él los reclamó como suyos y no es uno de los ídolos que ellos crearon de: oro, plata o madera. Él es el eterno Dios del pacto que era antes que todas las cosas y que seguirá siendo, cuando todo deje de existir. Consideremos esto: es difícil recordar los nombres de los dioses babilonios o egipcios, que han desaparecido, excepto de las páginas de la historia. Sólo unos cuantos sienten curiosidad respecto de ellos. Pero el Dios de la Biblia perdura porque: él es Jehová, el primero y el último, el Dios eterno que trasciende toda la historia y todo el tiempo. Su pueblo debe escucharlo.

Además, él no es una deidad carente de poder: Dios tuvo el poder para crear la tierra, puso el fundamento del mundo en que vivimos y extendió la vastedad del universo; el mundo creado le atiende y todas las fuerzas naturales están atentas a su llamado para servirle. Si la naturaleza está a la espera del mandato de Dios ¿no debe hacer lo mismo su pueblo? “Óyeme”, les suplica el Señor.

**¹⁴Juntaos todos vosotros y oíd.
¿Quién hay entre ellos que anuncie estas cosas?
Aquel a quien Jehová amó
ejecutará su voluntad en Babilonia,**

y su brazo estará sobre los caldeos.

¹⁵ Yo, yo hablé, y lo llamé

y lo traje; por tanto, será prosperado su camino.

¹⁶ Acercaos a mí, oíd esto:

desde el principio no hablé en secreto;

desde que eso se hizo, allí estaba yo.»

Y ahora me envió Jehová el Señor, y su espíritu.

El pueblo de Dios debe oírlo no sólo porque él es el eterno y poderoso Señor de todo, sino también porque le predice el futuro. El Señor pregunta: “¿Quién hay entre ellos [los ídolos] que anuncie estas cosas?” Nadie, por supuesto, tiene la capacidad para predecir el futuro, pues en realidad los dioses falsos ni vida tienen, excepto en la imaginación de mentes humanas mal orientadas. El desafío que les hace Dios a esos dioses vacíos para que predigan el futuro ha sido parte de la discusión de estos primeros nueve capítulos de la segunda parte de Isaías.

Dios puede predecir el futuro; el predijo las cosas pasadas y ellas ocurrieren como él dijo. Él usó la pluma del profeta para predecir “cosas nuevas”, es decir, el grandioso y glorioso futuro para su pueblo. Del capítulo 40 al 48, el tema de la profecía ha sido la liberación del pueblo de Dios de la esclavitud en Babilonia. La casa de Jacob y la línea de Judá serán llevadas cautivas, pero el Señor enviará a su siervo Ciro para destruir a Babilonia y hacer posible que el pueblo de Judá regrese a su tierra y la reconstruya.

Esta promesa profética se basa en la capacidad del Señor para cumplir lo que ha prometido. Durante siglos, el pueblo de Dios ha aceptado las palabras de Isaías como revelación divina y por tanto como verdadera. Así mismo, otros han meneado incrédulamente la cabeza y han rechazado tanto las profecías como el poder de Dios para predecir el futuro. Escuchemos lo que dice Dios: “Yo, yo hablé, y lo llamé y lo traje; por tanto, será prosperado su camino.” ¿Qué hubieran significado esas palabras si hubieran sido escritas después de que Ciro hubiera conquistado Babilonia o

después que hubiera aparecido? Se convertirían en una mentira. Entonces Dios vendría a ser la invención de algún remoto escritor religioso, una deidad inventada, no mejor que los dioses de: oro, plata y madera, creados por los pueblos antiguos.

Desde la perspectiva de Dios y de su profeta, la liberación prometida ya se había convertido en realidad. La última parte del versículo 16 presenta una curiosa introducción: el Señor ha estado hablando hasta ahora, y va a reasumir el discurso en el versículo 17, pero, ¿quién dice: “Y ahora me envió Jehová el Señor, y su espíritu” (“Espíritu” en la NVI)? Dios no se enviaría a sí mismo. ¿Podrían ser éstas las palabras de Ciro, el libertador escogido por Dios, o la de alguna otra persona?

Dios ciertamente designó a Ciro como su siervo, e incluso dijo que era “su ungido” (45:1), pero Isaías también había introducido otro Siervo del Señor, que iba a traer una liberación aún mayor y en quien el alma de Dios tendría contentamiento y sobre el cual pondría su Espíritu (42:1). La mejor explicación afirma que estas palabras son pronunciadas por el gran Siervo de Dios, el Mesías, y anuncian que la liberación que Dios ha anunciado por tanto tiempo es cierta; su Cristo, el enviado y dotado con el Espíritu, es un hecho y sólo queda esperar por la plenitud del tiempo cuando vendrá a redimir al mundo.

Esta interpretación tiene sentido por tres razones. Primero, Dios le otorga el Espíritu a su Gran Siervo; Ciro es verdaderamente un poderoso y gran libertador que liberó al pueblo de Dios de la cautividad, pero Dios no dice que le otorgó su Espíritu al rey persa. Ya en la primera parte de la profecía de Isaías, se presenta al Mesías recibiendo el Espíritu de Dios: “Y reposará sobre él el espíritu de Jehová” (11:2) (“Espíritu” en la NVI). La referencia que se hace en el capítulo 11 sin duda se refiere al Mesías a quien Dios identifica como la “vara” que vendrá del “tronco de Isaí”. No está escrito que Ciro recibiera un poder similar. Segundo, la liberación que Dios le dio a su pueblo mediante este hombre fue una demostración de su poder. Lo que es más, la salida de

Babilonia le garantizó a la nación judía que el Todopoderoso les podía dar la libertad aún mayor de la esclavitud: al pecado, la muerte y el infierno. La obra de Ciro, a pesar de lo importante que fue para los judíos esclavizados, fue un evento precursor de la venida del gran Siervo (vea esa progresión ilustrada en 41:25–42:9). Tercero, estas palabras nos recuerdan la presentación del Siervo del Señor en el capítulo 42 y anticipan el mensaje de los siguientes capítulos. El capítulo 49 llevará un paso más adelante la idea del Siervo del Señor. Después del capítulo 48 ya no oímos más de Ciro ni de Babilonia. Isaías se concentrará de ahora en adelante en una liberación aún mayor al tejer el tapiz que revelará al gran Redentor lo cual inició desde el capítulo 42. Este versículo es un hilo más en el tejido del tapiz que nos dirige a los siguientes capítulos.

**17 Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo,
el Santo de Israel:**

**«Yo soy Jehová, Dios tuyo,
que te enseña para tu provecho,
que te encamina por el camino que debes seguir.**

18 ¡Si hubieras atendido a mis mandamientos!

**Fuera entonces tu paz como un río
y tu justicia como las olas del mar.**

**19 Fuera como la arena tu descendencia,
y los renuevos de tus entrañas como los granos de arena;
nunca su nombre sería eliminado
ni borrado de mi presencia.**

Con el anuncio de que las palabras vienen de “Jehová”, es decir, del Dios Salvador, se le da al pueblo de Dios otra razón para que le preste atención al Altísimo del amor fiel y gratuito que una vez más dispone llamarse a él mismo el Redentor y el Santo de Israel. Ambos nombres son importantes. “Santo de Israel” identifica a Dios como el que trasciende toda la historia y todo el

pensamiento humano; ciertamente él es santo, sin pecado, pero también separado y diferente, que se vinculó a Israel por la promesa, deseoso de seguir unido con la nación que había sido traicionera y rebelde. Él permaneció constante en su amor y fidelidad; él es también su Redentor. El rebelde pueblo de Israel y de Judá tenía el cuello como una barra de hierro y la frente de bronce, pueblos obstinados y rebeldes que sólo se podían acarrear el desastre espiritual. Como todos los humanos, eran adictos al pecado y eran incapaces de escapar de su atractivo. Dios era el único que los podía liberar y él único que los podía redimir de su propia adicción y de sus consecuencias; él es el Redentor. La profecía de Isaías volverá la atención a la obra del Gran Siervo que redimirá no sólo a Israel y a Judá, sino a todo el mundo. Entonces Dios por su mismo ser merece nuestra atención y él le pide a su pueblo que escuche con mucho cuidado sus palabras.

Imaginemos a Jehová como un padre que le está hablando a su descarriado hijo. “Yo soy Jehová Dios tuyo”, dice él; en su gran amor paternal, él sabe lo que es mejor para su hijo y le ha dado la guía que todo hijo necesita, pero de la misma manera que ese hijo rebelde, el pueblo no le ha hecho caso a su Dios. El Señor estaba listo para concederles maravillosas bendiciones pero ellos no habían hecho lo que él les había pedido. Como padre amoroso, el Señor había visto sus pecados y sus rebeliones y había visto cómo habían desperdiciado las bendiciones que él estaba tan deseoso y dispuesto a darles. La situación nos puede recordar a la del progenitor de un hijo adicto al alcohol o a las drogas. Dios había tratado de corregir a su pueblo que era adicto al pecado; les había dado la certeza de su amor, los había amenazado con el castigo cuando se apartaron de él, para luego ver cómo seguían haciendo lo mismo. Los padres de adictos también ven como sus queridos hijos malgastan: el dinero, el talento y la vida que tienen.

Pero no todo estaba perdido; Dios sigue siendo el Redentor que ha prometido redimir a sus queridos hijos de sus propios pecados y necesidades. Él no los iba a abandonar.

**20 »;¡Salid de Babilonia!
¡Huid de entre los caldeos!
¡Anunciadlo con voz de alegría,
publicadlo, llevad la noticia
hasta lo último de la tierra!
Decid: “¡Redimió Jehová
a Jacob su siervo!”»**

**21 No tuvieron sed
cuando los llevó por los desiertos;
les hizo brotar agua de la piedra;
abrió la peña y corrieron las aguas.**

A causa de su afición al pecado y a la idolatría, el pueblo de Dios no sólo iba a desperdiciar su herencia sino que iba a ver destruido su propio país. Los babilonios: incendiarán el Templo, arrasarán a Jerusalén, y llevarán al pueblo lejos de sus hogares como cautivos de guerra. Esa fue la justa consecuencia de sus pecados, pero Dios iba a revertir la suerte de su pueblo. En lugar de las lágrimas, del pesar y de la vergüenza del cautiverio, Dios llenará sus corazones de alegría y pondrá gritos de júbilo en sus labios. El gozo predomina en este versículo porque Jehová libraré a su pueblo de la esclavitud y los llevará de regreso a sus hogares y a Jerusalén.

Dios compara la liberación que se promete en estos versículos con la liberación de su pueblo cuando salió de Egipto. En aquel gran éxodo, Dios cuidó de ellos mediante milagros, dándoles agua en el desierto, incluso haciéndola brotar de una roca (ver Éxodo 17:6 y Números 20:11). Dios promete que protegerá también a su pueblo en el nuevo éxodo con el mismo poder y el mismo amor. Habrá gozo y confianza cuando redima a su pueblo. La redención está terminada y hecha como Dios prometió que sería.

Estos versículos son una apropiada conclusión a la primera sección de la segunda mitad de la profecía de Isaías, porque dirige

al pueblo de Dios a la prometida liberación de la cautividad y a la redención mayor que yace más allá. En este cuadro parecen estar mezclados tres acontecimientos: primero, Dios había prometido que enviaría a Ciro para castigar a Babilonia por su arrogante idolatría. La histórica ciudad caldea caerá y Dios sacará a su pueblo de ella para llevarlo de regreso a su patria. Segundo, otra redención vendrá después de que el pueblo vuelva al hogar; un Siervo mayor se presentará a redimir al pueblo de Dios de la esclavitud del pecado, de la muerte y del infierno. Babilonia, símbolo del mundo incrédulo y arrogante caerá, pero el pueblo de Dios será liberado. Tercero, al fin del tiempo, el gran Siervo de Dios regresará para destruir todas las babilonias, todos los poderes del mal, de una vez por todas. Entonces, para siempre los fieles serán hechos libres del pecado y la muerte. El apóstol Juan repite en Apocalipsis la exhortación que hace Dios para que salgan de Babilonia: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados” (18:4).

**²² «¡No hay paz para los malos!»,
ha dicho Jehová.**

¡Pero no todos se salvarán! Este sombrío versículo anuncia las consecuencias de la incredulidad. Aquellos que no escuchen al Señor no tendrán redención ni paz.

Este versículo marca el final de esta sección e Isaías lo repite también al final de la siguiente parte (57:21). También el último versículo de toda la profecía hace eco al pensamiento de este versículo: “Saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará. Y serán abominables para todo ser humano” (66:24). Todos estos versículos son tan naturales en la revelación de Dios como la ley y el evangelio. Él da a conocer no solo su gracia y misericordia, sino también su ira y castigo al que rechace su gracia y misericordia.

Y como esto concluye una parte principal de la profecía, revisemos algunas de las importantes verdades que hemos aprendido.

- El Señor reafirma una y otra vez su superioridad sobre todos los otros dioses, pensamiento que encuentra expresión sistemática en esta sección. Él es el único y verdadero Dios, todos los otros son falsos. Jehová de los ejércitos declara su superioridad sobre los demás conceptos religiosos porque él borra transgresiones y pecados. Otros dioses no pueden hacer eso.
- Además, el Señor afirma su supremacía sobre todos los dioses porque en el pasado ha predicho el futuro. Estas son las “cosas primeras”. Pero, lo que es más importante para la profecía de Isaías, Jehová Dios afirma que tiene igualmente cosas nuevas por predecir.
- Más de un siglo antes del surgimiento de Babilonia y antes de que el pueblo de Dios fuera llevado cautivo por los ejércitos de Babilonia, Dios predice que sus escogidos serán liberados de la esclavitud. Esta parte de Isaías se centra en Babilonia y en Ciro. Después de estos nueve capítulos, Isaías no vuelve a mencionar a ninguno de los dos.
- El profeta del Señor menciona por nombre a Ciro como el que le pondrá fin al Imperio Babilónico. Su caída señalará el regreso de los judíos a su patria para reconstruir Jerusalén, lo cual significa que todas las promesas de la venida Mesías también se cumplirán.
- En esta sección Dios identifica a tres siervos. Primero, Dios dice que su pueblo Israel es su

siervo, aunque ha sido: infiel, obstinado y rebelde. Segundo, Ciro es el siervo del Señor que someterá a sus enemigos y terminará el dominio de Babilonia. Aunque estos siervos son muy importantes, no se comparan en importancia con el tercer siervo. Dios presenta a su Gran Siervo en quien se deleita y en quien pondrá su Espíritu. Él se convertirá en el tema dominante de la próxima sección de Isaías.

- La palabra *redentor* se encuentra frecuentemente en esta sección y a través del resto de la profecía de Isaías, apareciendo con más regularidad en los últimos 27 capítulos de este libro que en ningún otro lugar de las Escrituras, excepto en los tres capítulos finales de Levítico. Mediante esta palabra, Dios se identifica a él mismo como el que redimirá a su pueblo de sus propios pecados. El precio de esta redención será el sufrimiento y la muerte de su Gran Siervo.
- Jehová anuncia que rescatará a su pueblo de la esclavitud por medio del gran Libertador, al cual enviará por su gracia, y no por lo que su pueblo haya hecho o vaya a hacer. De acuerdo con las propias palabras de Dios, él lo hace “por amor de mí mismo” (43:25; 48:11). Nuestra redención se basa en la misericordia de Dios y nada más.

El Señor le presenta al mundo su Gran Siervo

49 Oídme, costas, y escuchad, pueblos lejanos:

Estas palabras son un mandato de Dios para el mundo, para que éste escuche la importante revelación que está por hacer. Las

costas y los pueblos lejanos representan los más distantes confines de la tierra que son llamados a escuchar al que habla; él tiene información importante para toda la humanidad acerca del Gran Siervo del Señor y su obra. Lutero escribió: “Desde este capítulo hasta el final, no hay otra cosa sino Cristo, y aunque ocasionalmente y al mismo tiempo el profeta corrige y reprende, el enfoque de su libro tiene que ver con el llamado a los gentiles y con el rechazo de los judíos” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 169).

El mandato a escuchar que se le da a las costas y a los pueblos lejanos, es decir a todo el mundo, introduce algunas de las profecías más hermosas y profundas de todas las Escrituras. Estas son palabras del Todopoderoso que le ordenan al mundo que escuche con atención. Él nos dice todo lo que necesitamos saber en las palabras que por su voluntad fueron escritas. El profeta Isaías escribió por inspiración lo que Dios le dijo. Como todas las otras palabras de la Escritura, estas no son palabras enseñadas por la sabiduría humana sino por el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:13). Pedro expresó muy claramente la verdad de la inspiración divina: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Las portentosas palabras de los capítulos restantes de Isaías están ante nosotros; también a nosotros se nos manda que las escuchemos con cuidado ya que nos revelan la gran verdad del amor de Dios por la humanidad. Atiendan, porque lo que escuchan significa la diferencia entre la vida y la muerte, entre la redención y el juicio.

Pero ¿a quién vamos a escuchar aquí? ¿Quién nos ordena escuchar? Durante siglos se ha mantenido un gran debate sobre la respuesta a esa pregunta. Escuchemos con cuidado al que habla y a lo que tiene que decir de sí mismo. Él se identificará claramente.

**Jehová me llamó desde el vientre;
desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en
memoria.**

**² Y puso mi boca como espada afilada,
me cubrió con la sombra de su mano.**

**Me puso por saeta aguda,
me guardó en su aljaba.**

**³ Me dijo: «Mi siervo eres, Israel,
porque en ti me gloriaré.»**

El que habla afirma que es el siervo escogido del Señor, que ha sido llamado desde antes de nacer. Varias posibilidades acuden a la mente. Primero, podría ser *Ciro* a quien Isaías identificó en el capítulo 45. Dios escogió al rey de Persia desde antes de su nacimiento, y mediante su profeta, incluso lo mencionó por nombre. Dios dice enfáticamente que *Ciro* fue su ungido, pero las otras señales que lo identifican no corresponden con el rey persa. *Ciro* iba a aparecer haciendo despliegue de fuerza y de poder para someter a las naciones y libertar al pueblo de Dios. Pero los triunfos militares de ese conquistador son más que palabras que salen de la boca, como está descrito en el versículo 2, incluso si lo que él pudiera decir fuera como filosa espada. En el versículo 3, se le da al siervo el nombre de Israel, y *Ciro* nunca podría ser llamado por este nombre. La importancia de *Ciro* se puede documentar en la historia del mundo antiguo y en lo que él hizo por Israel pero, ¿cómo haría para que “seas mi salvación [de Dios] hasta lo último de la tierra” (versículo 6)? Este servidor no es *Ciro*, así que tenemos que buscar a otro.

¿Podría este siervo ser un profeta especial enviado por Dios? Jeremías apareció después del tiempo de Isaías. Dios le dijo a Jeremías: “Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jeremías 1:5). Pero un profeta no se podía llamar Israel, y los versículos siguientes hacen imposible identificar a este siervo, o a otro, como Jeremías. Por ejemplo: ¿cómo podría cualquier

profeta restaurar las tribus de Jacob y traer salvación a los confines de la tierra? Un profeta podría anunciar esas bendiciones, pero no las podría llevar a cabo.

Algunos han sugerido que el nombre Israel identifica a este siervo como la nación de Israel, y muchos están de acuerdo, porque así fue descrita en el capítulo 42, versículo 19. Pero hay varios problemas aquí que impiden esa interpretación. Israel era todo menos un buen ejemplo como siervo. La nación se había apartado del Señor y había despreciado a sus enviados, los profetas. Dios dijo que Israel era un siervo ciego y sordo (42:18-20); la nación misma necesitaba rescate y ayuda. Si decimos aquí que el siervo es la nación de Israel, entonces ¿cómo se restaurará éste a sí mismo y cómo hará “volver a los de Israel, a quienes he preservado?” (49: 6 NVI). El siervo no puede ser el desvalido Israel. Además, el siervo que se menciona aquí es una persona en particular que tiene boca y al que Dios llamó “desde el vientre”, expresión que concuerda con el original. Podríamos sugerir que una nación puede nacer, incluso podemos decir que estaba en gestación, pero no diríamos que estaba en “el vientre” en “las entrañas de mi madre” como un individuo. Tenemos que buscar a otro para que sea este siervo.

¿Quién más sino el Mesías encaja en esta descripción? Dios lo escogió antes de nacer. El plan, desde un principio, fue la liberación del mundo e involucraba la venida de una persona. Como Dios les dijo a Adán y a Eva que él iba a ser la simiente de una mujer. Dios prometió a través de la larga historia del Antiguo Testamento que enviará el salvador. Abraham, Isaac y Jacob esperaban su llegada. Dios le prometió a David que el salvador iba a venir de su familia y que este gran descendiente reinará eternamente sobre el trono de David. Isaías predijo que sería la vara del tronco de Isaí, el padre de David (11:1), y además lo describió como un niño nacido de una virgen (7:14; 9:6). Todas las profecías del Antiguo Testamento apuntaban a la venida de ese Gran Siervo que liberará a su pueblo y que en este texto convoca a los pueblos de los confines más lejanos de la tierra.

Consideremos aquí la descripción del Mesías a quien Dios escogió desde mucho antes de su nacimiento. A su tiempo, Jesús, el eterno Hijo de Dios, nació de una mujer. El Señor de la gracia fiel y gratuita hizo que la boca del Mesías fuera como una espada afilada. Recordemos que sus palabras a menudo cortaban a través de la pretensión y la incredulidad, desenmascarando el pecado para después aplicarles el bálsamo sanador de la gracia de Dios a los pecadores. Además, Isaías escribió que el Mesías estaba velado: “Me cubrió con la sombra de su mano”. El Dios de misericordia no reveló al Mesías hasta que llegó el momento oportuno para su obra en la tierra. Entonces las estrellas mismas se unieron a los ángeles para anunciar su llegada (Mateo 2; Lucas 2). El Mesías es el Siervo en quien el Señor iba a desplegar su esplendor, es decir, el que venía a cumplir las más gloriosas y grandiosas bendiciones que Dios planeó para la humanidad. Él vino a redimirla: del pecado, de la muerte y del infierno. Esta es la gloria del amor de Dios vinculado: al Gran Siervo, al Mesías, a Jesucristo.

Sin embargo, nos podríamos preguntar asombrados cómo es que el Mesías podría ser identificado en el versículo 3 como “Israel”. Este Siervo es la razón por la cual Dios había escogido al patriarca Abraham, de quien vendría el prometido Mesías. El Señor continuó describiendo los orígenes de su Cristo a través de las profecías del Antiguo Testamento y cuando lo llama Israel, es para que recordemos todas esas profecías. Este gran Siervo del Señor llevará a cabo la misión de Dios a través de su pueblo escogido, siendo Jesús el centro y la razón de toda su historia como nación. El Gran Siervo, por tanto, recibe el nombre Israel; título que compila del todo las promesas anunciadas por Dios. Él es el verdadero Israel que glorificará al Padre y que permanece en dramático contraste con el Israel histórico.

**4 Pero yo dije: «Por demás he trabajado;
en vano y sin provecho he agotado mis fuerzas.
Pero mi causa está delante de Jehová,
y mi recompensa con mi Dios.»**

Esas grandiosas promesas no se hicieron realidad mediante una campaña triunfante y espectacular; en vez de eso fue una triste campaña humilde y sangrienta. El Mesías puso a un lado su glorioso poder y su majestad para servir al hombre pecador. Se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte (Filipenses 2:6-11). En el jardín de Getsemaní, todo parecía perdido cuando once hombres rodearon a Jesús mientras el duodécimo guiaba a una banda de soldados para que lo arrestaran. Tras tres años de ministerio, después de todos los sermones y de todos los milagros, parecía que lo único que le aguardaba era la muerte. Desde todas las perspectivas humanas la misión del Mesías había fracasado cuando desde la cruz exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34). Sin embargo, pocas horas después se iba a entregar en sus manos: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Este versículo de Isaías profetiza estos acontecimientos y nos recuerda la naturaleza humana del Siervo del Señor anticipándose a sus palabras en Getsemaní.

**⁵ Ahora pues, Jehová,
el que me formó desde el vientre
para ser su siervo,
para hacer volver a él a Jacob
y para congregarle a Israel
(porque estimado seré en los ojos de Jehová
y el Dios mío será mi fuerza),
⁶ él dice: «Poco es para mí que sólo seas mi siervo
para levantar las tribus de Jacob
y restaurar el resto de Israel;
también te he dado por luz de las naciones,
para que seas mi salvación
hasta lo último de la tierra.»**

Aunque la obra del Siervo del Señor pareciera tan vana e infructífera, él había confiado su misión en las manos de Dios.

Isaías registra un diálogo profético entre el Salvador y el propio Dios en el que el Siervo dijo: “Por demás he trabajado”, y así parecía. Pero el propósito que tuvo Dios al enviar a su Siervo no iba a fracasar, y Jehová le respondió reafirmando las razones para enviarlo.

Notamos dos de las razones. Primero, el Siervo vino a restaurar las tribus de Jacob; su obra se había de centrar en el pueblo que desde antaño Dios había escogido. Jesús nació en Belén “porque él salvará a su pueblo de sus pecados”, como le anunció el ángel a José (Mateo 1:21). Pero también notamos una segunda razón que tuvo Dios para enviar a su Siervo, una razón que nos dio a entender en el primer versículo cuando les ordenó a las naciones que prestaran atención. Su Cristo sería también “luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo último de la tierra”. Dios, al desplegar su esplendor, tenía planes mucho más grandiosos que la mera restauración de los creyentes judíos del cautiverio. La obra de este Siervo suyo iba a ser para los pueblos de todo el mundo y cuando él nació, los ángeles anunciaron la maravillosa noticia: “¡Gloria a Dios en las alturas y *en la tierra paz*, buena voluntad para con los hombres! (Lucas 2:14). Mediante su Hijo, Dios proveyó la redención para el hombre y en los capítulos siguientes veremos cómo lo hizo y lo que eso significa.

**⁷ Así ha dicho Jehová,
Redentor de Israel, el Santo suyo,
al menospreciado de alma,
al abominado de las naciones,
al siervo de los tiranos:
«Lo verán reyes, se levantarán príncipes
y adorarán por causa de Jehová, porque fiel
es el Santo de Israel, el cual te escogió.»**

Dios le sigue hablando a su Escogido. Estas palabras son pronunciadas por el Dios del pacto, el Señor, Jehová, el “Redentor de Israel, el Santo suyo”, dos nombres

favoritos de Dios en la segunda parte del libro de Isaías. El nombre Redentor nos recuerda las leyes de redención en Levítico. Si un hombre se veía forzado a venderse a él mismo como siervo, o a venderle a otro su propiedad, podía volver a comprar cuanto hubiese vendido, y si él no podía, entonces un familiar u otro pariente, un pariente redentor podía hacerlo. El Señor es el Redentor; su pueblo se había vendido a la servidumbre del pecado y no podía escapar, ni tenía forma de redimirse a él mismo debido a que no tenía nada que ofrecer como pago adecuado. Dios iba a ofrecer el rescate: Su Siervo sufrirá y morirá para rescatar a los esclavizados por la muerte y el pecado. Además, Jehová protegerá a su pueblo mientras esté esclavizado por Babilonia y enviará a Ciro para emanciparlos, lo cual será sólo un suceso preliminar a la libertad más grande que otorgará por medio de su Gran Siervo.

El nombre Santo de Israel aparece en la primera y en la segunda parte de la profecía de Isaías. Dios es sin duda: santo, separado y diferente de toda la humanidad y de su pueblo; sin: defecto, pecado, ni límites, y trasciende a todo lo terrenal. El Señor existe en un nivel superior y por tanto es diferente y separado. Pero él es el Dios que no se contenta con permanecer en esa existencia perfecta y separada, fuera del mundo de la actividad humana y de la historia. Él es el Santo de *Israel*. El Dios perfecto del universo ha intervenido y se ha introducido en los sucesos humanos, entregándose en prenda por su pueblo. Él dispuso crear la antigua nación de Israel, preservarla a través de los siglos y guiar su curso para que sirviera a sus propios fines. Su designio divino se centra claramente en la llegada de su Hijo, descendiente de la nación israelita. Jesús llevaría a cabo el plan de Dios de redimir al mundo. En él, Dios irrumpió en el curso de los acontecimientos humanos para rescatar a la humanidad. Mediante el Mesías, declaró al mundo santo y justo quitando todo lo que separa a los pecadores de su divinidad y por ende de su presencia. Sólo por su Cristo, los hombres pueden esperar con regocijada certeza la liberación y el gozo perfectos en la presencia de este Santo de Israel.

Pero Isaías dice aquí que el Siervo es “menospreciado de alma”, “abominado de las naciones”. Vemos a Cristo en aparente fracaso, rechazado de nuevo por su propia nación. Esta descripción nos recuerda los sucesos de la pasión de Jesucristo, cuyos compatriotas gritaban: “¡Crucifícale!” Cuando Pilato preguntó: “¿A vuestro Rey he de crucificar?”, los principales sacerdotes respondieron: “No tenemos más rey que César” (Juan 19:15).

El Siervo es todo menos que una figura de físico impresionante, pero Dios nos pide que miremos más allá de las apariencias. A medida que escuchamos, Jehová Dios alienta a su “menospreciado y abominado” Siervo. Las cosas no son lo que parecen ser; el Señor le dice a su Siervo que reyes y príncipes se postrarán ante él. ¿Por qué potentados poderosos se deben humillar ante este humilde y nada impresionante siervo? Porque un día le habrán de rendir homenaje por la salvación que él le traerá al mundo. Los poderosos de la tierra lo reverencian por la insuperable bendición de la salvación que Dios ha provisto para su pueblo y para todos los pueblos de la tierra. Notemos otra vez que reyes y príncipes no judíos honran al gran Siervo de Dios. La liberación es para toda la humanidad.

⁸ Así dijo Jehová:

**«En tiempo favorable te oí,
en el día de salvación te ayudé.**

Te guardaré

y te daré por pacto al pueblo,

para que restaures la tierra,

para que heredes assoladas heredades;

⁹ para que digas a los presos: “¡Salid!”,

y a los que están en tinieblas: “¡Mostraos!”

En los caminos serán apacentados

y en todas las alturas tendrán sus pastos.

¹⁰»No tendrán hambre ni sed,

ni el calor ni el sol los afligirá;

porque el que tiene de ellos misericordia los guiará

y los conducirá a manantiales de aguas.

**¹¹ Convertiré en camino todos mis montes
y mis calzadas serán niveladas.»**

**¹² He aquí, estos vendrán de lejos:
unos del norte y del occidente,
y otros de la tierra de Sinim.**

En esta sección el Señor le sigue hablando a su Siervo. Sangre, deshonra, rechazo por el mundo, muerte y sepultura parecen sugerir la situación del Escogido cuya obra va a describir Isaías con gran detalle en los capítulos siguientes. Por ahora, se nos dice que el Siervo sufrió el rechazo y preguntó si su labor fue en vano. Sí, bien pudo haber sido despreciado por todas las naciones; pudo haber sentido como si hubiera “trabajado en vano” (versículo 4) y quizá haya orado a su Padre celestial sin recibir respuesta aparente. Sin embargo, “en tiempo favorable”, dice el Señor, “te oí”.

El Redentor prometido cumplirá el propósito para el que fue enviado, de eso no hay duda; el Señor lo estará respaldando y le promete: “Te ayudé” y “te guardaré”.

Uno de los motivos por los cuales Dios envió a su Hijo fue para darlo “por pacto al pueblo”. La designación del Siervo como “pacto” merece atención especial pues es Jehová, YHWH, quien habla; él es uno de los principales participantes en ese pacto y el otro es el pueblo. Estas dos partes son reconciliadas mediante un acuerdo que se personifica en el Siervo; él es el pacto, el acuerdo o contrato entre el Santo y su pueblo Israel. En este pacto de gracia Dios lo hace todo y su pueblo recibe todos los beneficios. El Señor cumpliría todas las estipulaciones del pacto en el Siervo que sufriría por los pecados del pueblo (ver capítulo 53). Limitamos nuestra visión si consideramos que este siervo es: Ciro, o de uno de los profetas, o incluso la misma nación de Israel. Este Siervo tiene que ser el Mesías (Consideremos las opciones que se presentaron antes en este capítulo).

Por la obra del Siervo de Dios, vendrá un raudal de bendiciones sobre el pueblo; note la manera tan bella como el Señor las describe. Su patria les sería restaurada y los cautivos liberados. Quizás pudiéramos pensar del regreso de Judá de la esclavitud en Babilonia, pero ese fue sólo el prelude de una liberación mayor. La salida de Babilonia fue física y nada tuvo que ver con el perdón de los pecados (1:18; 43:25; 44:22) ni con la erradicación de la muerte eterna (25:7,8) de los pueblos de la tierra. La obra redentora de Cristo lo hizo posible; cuando describimos el regreso de los cautivos, debemos recordar que los profetas en sus visiones vieron en primer plano un resumen general de eventos futuros y grandiosos muy alejados de sus propios tiempos.

Aquí el Señor sigue haciendo su descripción; las bendiciones que el Señor le dará a su pueblo por medio de su Siervo traen a la mente las palabras del Salmo 23: “En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará”. El buen Pastor, como Jesús se identificó a él mismo (Juan 10), proveerá ricos pastizales para las ovejas de su rebaño.

Hay otro aspecto de este cuadro que no debe escapar a nuestra atención y al cual el Señor dirige nuestra atención con la expresión: “He aquí”. Miremos atentamente a las ovejas del rebaño que vienen “de lejos”, desde los cuatro puntos cardinales, a disfrutar de todos estos dones. El pueblo de Dios se pudo haber dispersado por toda la tierra y a menudo se lo describe regresando a Sión (11:12), pero este cuadro parece extenderse más allá de eso. Isaías indica de nuevo, como lo hizo antes en este capítulo, que Jehová Dios llevará a él otras naciones (2:2,3). Este rebaño será diferente y procede de tierras lejanas, algunas de ellas difíciles de identificar. Una de esas es la “región de Asuán”, como la traduce la NVI, en tanto que nuestra versión la llama “Sinim”, quizá refiriéndose al área del sur de Egipto. Algunos hasta sugieren otras regiones lejanas situadas al este de China. No lo sabemos con certeza. Lo que sí sabemos es que este rebaño vendrá de todos los confines de la tierra y que por compasión Dios lo reunirá y lo bendecirá en gran manera.

**13 ¡Cantad, cielos, alabanzas,
y alégrate, tierra!
¡Montes, prorrumpid en alabanzas,
porque Jehová ha consolado a su pueblo
y de sus pobres tendrá misericordia!**

Isaías intercala su reacción a lo que Dios acaba de revelar. Tan inmensa será esta manifestación que: los cielos, las montañas y la tierra parecerán regocijarse. ¡Cantad! ¡Alégrate! ¡Prorrumpid en alabanzas! Dios ama, le da a su pueblo todo lo que necesita; ha tenido compasión de ellos en la aflicción y los ha consolado. La gracia y misericordia de Dios para sus hijos siempre es una razón para alabarlo.

**14 Pero Sión ha dicho: «Me dejó Jehová,
el Señor se olvidó de mí.»**

El regocijo tuvo una nota discordante pues, al parecer, Sión, el nombre que designa al pueblo de Dios, se quejó; al pueblo de Dios le parecía que el Señor los había abandonado. Podemos imaginar a un exiliado en Babilonia teniendo ese pensamiento. Jerusalén yacía en ruinas, los babilonios habían dejado el Templo en ruinas, y el pueblo languidecía exiliado en tierra extraña, mientras su propia tierra, tan distante, estaba desolada. Sin duda, más de uno de los desterrados tuvo que haber dicho o al menos pensado: “Me dejó Jehová, el Señor se olvidó de mí”.

En el mundo cotidiano los creyentes pasan por pruebas y dificultades, y con mucha frecuencia en esos momentos sienten que nadie se acuerda de ellos. Nosotros mismos nos sentimos así cuando pasamos por: problemas difíciles, aflicciones y continua persecución. En lo más profundo de nuestro ser nos preguntamos: “¿Dónde está Dios cuando lo necesito?” Por nuestra debilidad, necesitamos la constante seguridad que nos da el evangelio de Dios. Una vez conocemos el evangelio, atesoramos su dulce mensaje; pero ello no significa que podamos vivir sin oírlo una y

otra vez. Las tribulaciones de la vida: nos mortifican y hacen que dudemos, y nos causan angustia y confusión; el pueblo de Dios necesita escuchar el dulce mensaje del amor que el Señor tiene por ellos todo el tiempo que vivan: en el caos, en la confusión y el conflicto de la historia humana.

A continuación se nos da esta certeza. No se puede encontrar una descripción similar en toda la literatura del mundo. Incluso en las páginas de la palabra de Dios sería difícil encontrar una reseña mejor del fiel amor de Dios.

**¹⁵ «¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz,
para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?
¡Aunque ella lo olvide,
yo nunca me olvidaré de ti!
¹⁶ He aquí que en las palmas de las manos te tengo
esculpida;
delante de mí están siempre tus muros.**

El amor de Dios por los creyentes está muy por encima del que siente una madre por su hijo. El vínculo materno es verdaderamente fuerte; por lo general la madre no olvidará alimentar a su pequeño, a quien ama profundamente, sino que lo satisfará con el cálido alimento de su cuerpo mientras lo sostiene en sus brazos junto a su corazón. Una mujer no puede amamantar a su hijo un momento y no mostrarle compasión o amor al siguiente. Esa es la imagen del amor de Dios, pero su amor es infinitamente: más firme, más profundo y más consistente que incluso el amor de una madre por su hijo.

No esperamos que una madre olvide a su hijo de pecho, pero esas cosas ocurren en este mundo perverso. Una madre quizás pueda olvidar a su hijo, pero Dios no descuidará a su pueblo. Ese pensamiento es imposible porque si así fuese, estaría negándose a sí mismo porque él es amor. Incluso cuando juzga al mundo malvado, Dios tiene en mente el bienestar de su pueblo. Como escribió Pablo siglos después: “Sabemos, además, que a los que

aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien ” (Romanos 8:28). Jehová seguirá disciplinando a sus hijos, como un padre amoroso alecciona a sus hijos amados para el bien de ellos (Hebreos 12:4-11), pero Dios nunca, nunca se ha olvidado de ellos; él los ama con un amor más profundo que el que alguna madre pudiera tener por su hijo de brazos.

Jehová el Señor quiere llamar una vez más nuestra atención a algo especial cuando dice: “He aquí”. ¿Y qué debemos ver? Las palmas de sus benditas manos donde tiene grabado o tatuado el recuerdo de sus hijos. La ley levítica prohibía los tatuajes porque su uso con frecuencia indicaba la adoración: a un dios extranjero, a otra persona e incluso a los muertos. Sin embargo, Dios usa aquí esa imagen para destacar la constancia y la fidelidad de su amor. Lo que está grabado en las palmas de las manos de Dios es permanente y no puede ser lavado como haríamos con la suciedad que mancha nuestras manos.

¡Cuántas veces nos miramos las palmas de las manos en el curso de un día! Así Dios está viendo constantemente a su pueblo. Él dice: “Delante de mí están siempre tus muros”. Nada de lo que le ocurre al pueblo de Dios está escondido de su atención y su cuidado. Cuando el pueblo de Dios se queja de que él los ha olvidado y abandonado, les dice: ¿Cómo podría olvidarlos si los tengo tatuados en la palma de mis manos? ¡Es una maravilla imagen de la atención constante de Dios a los asuntos de a sus hijos! Dios se acuerda de nosotros tan a menudo como nos miramos las manos y mucho más. Debemos tomar nota de cómo la ternura de Dios arde en su corazón por nosotros. ¡Es un gran consuelo saber que él se ha obligado a amarnos así!

**¹⁷ Tus edificadores vendrán aprisa;
tus destructores y asoladores se marcharán.**

**¹⁸ Alza tus ojos alrededor, y mira:
todos estos se han reunido, han venido a ti.**

»Vivo yo, dice Jehová,

**que de todos, como de vestidura de honra,
serás vestida;
y de ellos serás adornada como una novia.**
**¹⁹ Porque tu tierra devastada,
arruinada y desierta,
ahora será estrecha por la multitud de los moradores,
y tus destructores serán apartados lejos.**
**²⁰ Aun los hijos de tu orfandad
dirán a tus oídos:
“Estrecho es para mí este lugar;
apártate, para que yo viva en él.”**
**²¹ Y dirás en tu corazón:
“¿Quién me engendró a estos?,
porque yo había sido privada de hijos y estaba sola,
peregrina y desterrada.
¿Quién, pues, crió a estos?
He aquí, yo había quedado sola,
¿dónde, pues, estaban estos?”»**

Estos versículos nos dicen cómo va Dios a cuidar a su pueblo después del cautiverio a donde los había enviado; su historia reveló días difíciles y desolados. Pero su Creador no los iba a olvidar como tampoco lo había hecho en Egipto cuando eran esclavos en los proyectos de construcción del faraón; el exilio en Babilonia iba a llegar a su fin de la misma manera como terminó la esclavitud en Egipto; el pueblo de Dios regresará de la cautividad.

Pero tenemos que extender este cuadro más allá del regreso de los judíos que estaban en Babilonia; del regreso de un “remanente”, como los llama Isaías, que no era pequeño o insignificante sino una gran multitud que proclamaba: “Estrecho es para mí este lugar”. Aquí no se la menciona a Babilonia, y el regreso de la cautividad es el primer párrafo de un capítulo mucho más extenso en la historia del pueblo de Dios. Los judíos iban a regresar a Palestina, pero a nosotros se nos invita a ver

creyentes reunidos y viniendo a Sión mucho después del tiempo: de Ciro, de Zorobabel, de Esdras y de Nehemías.

Dios dice que la iglesia es una nación de gentes reunidas; en el Antiguo Testamento ese grupo de personas llevó muchas veces el nombre de Sión o Israel; los creyentes del Nuevo Testamento no son sólo judíos. Pablo fue apóstol a los gentiles a quienes Dios el Espíritu Santo llamó del mundo y juntó con creyentes judíos para formar su iglesia. La iglesia del Nuevo es “llamada”, “apartada”, que es el significado literal de la palabra griega que se usa en el Nuevo Testamento para designar la *iglesia*. Lo que Isaías describe en estos versículos no ocurrió cuando Judá regresó de Babilonia; en ese entonces sólo volvió un pequeño grupo, pero aquí Dios muestra la gran multitud de creyentes del Nuevo Testamento.

¿Qué pensaron los fieles del Antiguo Testamento de este desarrollo? Ellos escucharon a esta inmensa multitud diciendo que necesitaba más espacio; el número de los redimidos había crecido tanto que la tierra era poca para contenerlos. Esa idea es casi increíble. Las realidades de la historia del Antiguo Testamento condicionaron la visión del antiguo pueblo de Dios. Los babilonios: invadieron su país, asolaron sus ciudades, sometieron a Jerusalén, los esclavizaron, y después sólo unos cuantos regresaron. Si vamos más allá, notamos la conquista por los romanos y la segunda destrucción de Jerusalén. Isaías dijo que cuando viniera el Mesías, la casa real de David no sería más que un tronco (11:1). ¿Cómo podría llegar a existir esa multitud? ¿De dónde vendría?

A veces parece que la iglesia está: afligida, estéril, exiliada y rechazada. Es cierto que en la época de la cautividad en Babilonia, Judá parecía una esposa rechazada y estéril; sin embargo Dios siempre tiene a su pueblo como a la niña de sus ojos; los cuida y continúa añadiendo fieles a la nación que las Escrituras llaman

Sión, es decir, a su iglesia. Como creyentes del Nuevo Testamento, no podemos permitir que nuestra visión de la iglesia se vea limitada por las fronteras de nuestra visión terrenal. Dios sigue: llamando, reuniendo, iluminando y santificando a su iglesia para guardarla fiel al Señor Jesucristo por medio del evangelio. Cuando al final de los tiempos estemos ante la presencia de Jehová de los ejércitos, también nosotros nos sorprenderemos y sin duda diremos: “¿Dónde, pues, estaban éstos?” En nuestra experiencia humana estamos acostumbrados a ver la iglesia como un grupo de creyentes a menudo: ridiculizados, perseguidos y considerados sin importancia. La realidad de Dios difiere de la que vemos en este mundo.

²² Así dijo Jehová el Señor:

**«He aquí, yo tenderé mi mano a las naciones
y a los pueblos levantaré mi bandera;
traerán en brazos a tus hijos
y tus hijas serán traídas en hombros.**

**²³ Reyes serán tus ayos y sus reinas, tus nodrizas;
con el rostro inclinado a tierra se postrarán ante ti
y lamerán el polvo de tus pies.**

**Conocerás entonces que yo soy Jehová
y que no se avergonzarán los que esperan en mí.**

De nuevo, con la expresión *he aquí*, el Señor nos señala un importante pensamiento. En esta ocasión vemos lo que él ha hecho para reunir esa multitud con él: ha levantado su bandera para atraer a él a una gran multitud. La bandera es el evangelio, el responsable de la conversión de los gentiles; Dios reúne a todos los que creen. Los paganos gentiles acompañarán a los hijos creyentes del pueblo de Dios del Antiguo Testamento; incluso reyes y reinas contribuirán al gozo y al amor que predomina en esa asamblea. Se amarán y se apoyarán unos a otros. Los reyes gentiles serán los padrinos, y sus reinas serán las nodrizas. Los más grandes y poderosos se humillarán y pondrán sus tesoros y su poder a

disposición de la iglesia. Esos reyes y esas reinas le darán a la iglesia el honor y la gloria, y con humilde fe se someterán a ella y a su cabeza.

¿Por qué deberán reyes y reinas prestar tan humilde servicio a la iglesia? El Señor le ha dado a la iglesia el evangelio: del perdón, de la vida y de la esperanza; esos tesoros están ligados al Gran Siervo del Señor y a su venida en Belén de Judea. El Siervo les dio a todos los creyentes más de lo que todo el dinero de la tierra pudiera comprar, de manera que ya sea que los creyentes sean personas importantes y poderosas de la historia del mundo o: pobres, humildes e insignificantes, tienen lo que Dios ha prometido. Quienes esperan en él no serán defraudados.

24 ¿Será quitado el botín al valiente?

¿Será rescatado el que es cautivo de un tirano?»

25 Pero así dice Jehová:

**«Quizás el cautivo sea rescatado del valiente
y el botín sea arrebatado al tirano,
pero yo defenderé tu pleito
y salvaré a tus hijos.**

**26 Y a los que te despojaron haré comer sus propias
carnes,
y con su sangre serán embriagados como con vino.
Entonces todos sabrán
que yo, Jehová, soy tu Salvador
y tu Redentor, el Fuerte de Jacob.»**

Los versículos anteriores proyectaron una visión gloriosa de la iglesia que sólo podemos ver en las Escrituras y, por la fe, en lo que Dios promete. En la vida diaria no tenemos esa visión, sino la de un mundo dominado por: el poder, el dinero y la influencia. Uno se podría preguntar si alguien pudiese reunir una asamblea como esa en el mundo en que vivimos o en el que vivieron los creyentes del Antiguo Testamento. Ellos también pertenecieron al

mundo que parecía formado del rudo poderío de los ejércitos y por la riqueza de los poderosos y los influyentes. ¿Cómo podía escapar el pueblo de Dios de la dominación de Nabucodonosor y de los babilonios? ¿Cómo podía cualquier rey o reina someterse a la iglesia de creyentes?

La respuesta está en la promesa de Dios, él hará que así ocurra. Él sacará a su pueblo de Babilonia como sigue reuniendo a su pueblo de los cuatro puntos cardinales del planeta. Entre los que Dios llama están algunos del mundo: de los poderosos, de los ricos e influyentes. No importa cuán impío o poderoso pueda parecer el mundo incrédulo, Dios juntará a los creyentes porque el evangelio será eficaz, incluso si en el mundo eso parece ser una insensatez y un tropiezo.

Pero no todo el que escuche el evangelio lo creerá, ni todo el mundo será parte de la iglesia de creyentes. Algunos se resistirán, otros perseguirán a los fieles, al pueblo especial de Dios. El capítulo finaliza con una aterradora imagen de lo que les espera a los incrédulos. A los que se oponen al evangelio y afligen a la iglesia, Jehová Dios les dice: “Les haré comer sus propias carnes, y con su sangre serán embriagados como con vino”. Aunque este cuadro parezca muy terrible, el Señor anuncia exactamente lo mismo que anuncia su apóstol del Nuevo Testamento: “El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18).

¿Quién respalda todas estas palabras? “Jehová,...tu Salvador y tu Redentor, el Fuerte de Jacob”. La acumulación de estos nombres hace énfasis en la verdad de estas promesas que no dependen de ningún esfuerzo humano sino del Señor y de su actividad a favor de su pueblo. Él ha prometido tenerlos siempre presentes grabados en la palma de sus manos y amarlos mucho más profundamente que lo que cualquier madre pudiera amar a su hijo de pecho. Él es el Fuerte de Jacob que tiene el poder para hacer lo que promete.

El Siervo de Dios redimirá a su pueblo desobediente

El pueblo de Dios se ha acarreado sobre sí el infortunio

50 Así dijo Jehová:
«¿Qué es de la carta de repudio de vuestra madre,
con la cual yo la repudí?
¿O quiénes son mis acreedores,
a quienes yo os he vendido?
He aquí que por vuestras maldades habéis sido vendidos
y por vuestras rebeliones fue repudiada vuestra madre.
² ¿Por qué cuando vine no hallé a nadie
y cuando llamé nadie respondió?
¿Acaso se ha acertado mi mano para no poderos
rescatar?
¿No tengo yo poder para librar?
He aquí que con mi reprensión hago secar el mar,
convierto los ríos en desierto,
y sus peces se pudren por falta de agua
y mueren de sed.
³ Visto de oscuridad los cielos
y les pongo saco por cubierta.»

Dios le había prometido a su pueblo que su amor era más profundo que el de una madre para un hijo pequeño (49:15). Sin embargo, envió a Isaías a ministrarle a un pueblo que era llevado a la cautividad en Babilonia. Incluso el regreso de la cautividad, aunque iba a ser maravilloso y glorioso, vería sólo a un remanente volver para reconstruir Jerusalén y la Tierra Prometida. Cuando Dios comisionó a Isaías, envió a su profeta diciéndole: “Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (6:10). ¿Por qué se predecían estas cosas si el amor de Dios por su pueblo era tan profundo? ¿Por qué envió Dios a Isaías con esa misión? Estas palabras nos dicen la causa de todas las dificultades que Dios le iba a enviar a su pueblo.

Por una parte, Dios no los había olvidado; por otra, el pecado y la culpa del pueblo de Dios eran la causa de todas sus dificultades. En los primeros versículos de este capítulo, Dios planteó algunas incisivas preguntas. Primero, le pidió a su pueblo que mostrara la carta de repudio que él le dio a la madre de ellos. Cuando un esposo le daba ese certificado a su esposa, declaraba que de ahí en adelante ella dejaba de estar ligada a él (ver Deuteronomio 24:1-4). El Señor no le dio ese certificado a su pueblo; en cuanto a Dios concernía, él siempre les fue fiel y nunca procuró el divorcio. La causa del problema no era Dios sino el pueblo, es lo que el Señor enfatiza con la segunda pregunta: “¿Quiénes son mis acreedores, a quienes yo os he vendido?” Según una antigua costumbre, si un hombre caía en deuda y no tenía de que valerse para saldarla, podía venderle sus hijos con el fin de pagar la deuda. El Señor no tenía esos acreedores; era imposible que él le debiera algo a alguien; y la razón para que los enviara al exilio en Babilonia no era porque Dios le debiera algo a esa ciudad. Él dice claramente: “He aquí que por vuestras maldades habéis sido vendidos y por vuestras rebeldías fue repudiada vuestra madre.”

No había duda en cuanto a la culpa del pueblo judío. Habían pecado, pero Dios no los había borrado de su memoria simplemente a causa de su rebelión y pecado, sino que les envió profetas y los llamó al arrepentimiento. Pero ellos no oyeron ninguna de sus súplicas ni respondieron a las palabras de sus mensajeros, sino que se hicieron de oídos sordos a las tiernas y amorosas llamadas al arrepentimiento, e igual hicieron con los severos y aterradores anuncios del juicio venidero. La gente era como el rey Acáz que no entendió el misericordioso mensaje de Isaías (capítulo 7).

Su turbulenta historia nacional, la destrucción de Jerusalén y la deportación al exilio vinieron a causa de los pecados del pueblo y no porque Dios hubiese cambiado su sentir hacia ellos. Algunos podrían sugerir que esas dificultades vinieron porque Jehová era

débil e incapaz de salvar a su pueblo, pero él nos dice que tampoco ése era el caso. Por supuesto que él tenía potestad para rescatar a su pueblo y alude al espectacular rescate con que los sacó de Egipto. En aquel entonces, él secó el mar para que su gente pudiese escapar del ejército del faraón (Éxodo 14). Por si hubiera alguna duda acerca de su omnipotencia, el Todopoderoso le recuerda a su pueblo que él incluso controla el cielo. Su poder es ilimitado.

Todo eso puso el énfasis en la verdadera razón de los sufrimientos del antiguo pueblo de Dios, que fue el único responsable de sus propios problemas. No debían culpar a Dios, él siempre les fue fiel, y lo que es más, Dios no iba a permitir que el sufrimiento continuara. El los iba a socorrer mediante su Siervo.

El Siervo del Señor sufre en completa y perfecta obediencia

**⁴ Jehová el Señor me dio
lengua de sabios,
para saber hablar palabras al cansado;
despertará mañana tras mañana,
despertará mi oído
para que escuche como los sabios.**

**⁵ Jehová, el Señor, me abrió el oído,
y yo no fui rebelde
ni me volví atrás.**

**⁶ Di mi cuerpo a los heridores
y mis mejillas a los que me mesaban la barba;
no aparté mi rostro de injurias y de esputos.**

¿Quién es el que habla exactamente aquí? De repente cambia el que habla. En español, los oradores son claramente identificados, pero no así en el idioma hebreo. El primer versículo de este capítulo identificó al orador como “Jehová”, pero ahora habla alguien más porque anuncia su relación con “Jehová el Señor”. La mente hebrea da por sentado que cualquiera que lea el pasaje entenderá que ha cambiado la persona que habla.

Consideramos que es el Siervo del Señor, con quien ya nos hemos encontrado con anterioridad.

En el capítulo 42 Jehová el Señor presentó a este siervo especial, dijo: “Este es mi siervo”; Este siervo era diferente de Ciro, el hombre a quien Dios escogió para liberar a su pueblo de la cautividad en Babilonia, puesto que el Siervo de Jehová había sido ungido con su Espíritu (42:1). Una vez presentado, el Escogido se convierte en el tema dominante de la profecía de Isaías. La próxima vez que aparece (49:1-6), se identifica a él mismo como el Siervo especial del Señor. En ese pasaje anuncia que Dios le ha dado una boca como una espada afilada (versículo 2).

Cada uno de estos versículos añade su propia información acerca del Siervo, así se complementan mutuamente. Al verlos juntos, obtenemos una imagen más clara de quien es él y el propósito de su venida. Hemos aprendido que fue especialmente escogido por Jehová el Señor y ungido con su Espíritu; su ministerio incluirá la proclamación de la Palabra, y no fallará en su objeto aunque su obra parezca haber sido en vano.

En este versículo, el Siervo nos da nueva información de él mismo. Primero clarifica lo que quiso decir anteriormente con la frase “boca como espada afilada” (49:2). Nos dice: “Jehová el Señor me dio lengua de sabios”. Parte de su ministerio será la proclamación de la palabra de Dios. ¿Cómo podemos estar seguros de que las palabras de este Escogido vienen de Dios? Él había escuchado obedientemente “mañana tras mañana”, es decir, una y otra vez atendió a la palabra del Padre. Pero no la escuchó para luego olvidarla como Israel y Judá, habían hecho tan a menudo, sino se sometió a ella obedeciendo hasta la muerte porque sabía que eso era del agrado de Jehová el Señor.

En este versículo aprendemos un segundo detalle muy importante: el Siervo sufrirá. Él sabía cuál era la voluntad de su Padre y la obedeció voluntariamente. Para este Siervo, la obediencia significaba que iba a ser golpeado y humillado, según su descripción del maltrato que sufrían los criminales en el Oriente

Medio de esos días. El Siervo les dio voluntariamente la espalda para que lo golpearan; fue azotado y les ofreció también sus mejillas a los que le mesaban la barba. En el mundo antiguo, ese tratamiento constituía una afrenta y una humillación, pero el Siervo permitió que así sucediera debido a su sujeción a la palabra de Dios. Su obediencia voluntaria se haría evidente en la forma en que soportó injurias y esputos; sin duda el Siervo de Dios se convierte en el Siervo Sufriente como dice este versículo.

¿Hay alguna duda respecto de quién es este Siervo? No podía ser: Ciro, ni Israel ni Judá, ni el mejor de entre el pueblo de Dios, porque nadie ha escuchado nunca a tal grado las Escrituras como este Siervo lo hizo. Isaías escribió que el pueblo de Dios era sordo y ciego (42:18,19). Incluso los más obedientes de Israel o las mejores personas de cualquier parte del mundo no pueden reclamar una obediencia así.

Ningún ser humano natural, ningún cristiano, mientras esté en carne y sangre, puede soportar esas cosas, dispuesta y alegremente, sin rebelarse internamente... Solamente el Santo de Israel, aquel que fue sin pecado, era capaz de ello. Si fuera el pueblo de Israel de quien se pretendiese hacer referencia aquí, o el Israel según el espíritu, Isaías estaría pintando un cuadro irreal. (Traducido de la obra de August Pieper, *Isaiah II*, p. 391)

El Siervo que habla en este pasaje tiene que ser alguien especial enviado por Dios mismo para cumplir una misión que involucraría proclamar su verdad y ser capaz de soportar el sufrimiento y el deshonor. Tiene que ser el prometido Gran Profeta (Deuteronomio 18:17,18), el Gran Sumo Sacerdote que se ofrecería a él mismo como sacrificio por el pecado (Hebreos 7:26-28; 9:6-12). Este es Jesucristo, descrito aquí proféticamente. La verdad de esta identificación se aclara a medida que aprendemos más acerca de él. La revelación continúa en los siguientes versículos.

**⁷ Porque Jehová, el Señor, me ayuda,
no me avergoncé;
por eso he puesto mi rostro como un pedernal,
y sé que no seré avergonzado.**

**⁸ Muy cerca de mí está el que me salva:
¿quién contendrá conmigo?
¡Juntémonos!**

**¿Quién es el adversario de mi causa?
¡Acérquese a mí!**

**⁹ He aquí que Jehová el Señor me ayudará:
¿quién podrá condenarme?**

**He aquí que todos ellos se envejecerán como ropa de
vestir,
serán comidos por la polilla.**

El sufrimiento del Siervo es necesario porque es parte del plan de Dios que el Siervo ha aprendido del mismo “Jehová el Señor”; además el Siervo sabe también que Dios no lo abandonará; esa idea corre como un hilo dorado a lo largo de estos versículos del Siervo de quien se nos dijo: “No se descansará ni desmayará” (42:4). Y de nuevo, cuando parecía que su labor era en vano, él afirmó: “Mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios” (49:4). Una vez más repite claramente: “Sé que no seré avergonzado”. De cierto iba a sufrir a fin de cumplir su misión; así encara decidido su sufrimiento y nos relata: “Por eso he puesto mi rostro como un pedernal”.

¿Qué santo creyente de Dios puede leer esas palabras sin pensar con cuanta determinación hizo Jesús su último viaje a Jerusalén para sufrir y morir? Les dijo a sus discípulos lo que allí iba a suceder, pero las perspectivas del dolor y de la muerte no lo detuvieron (Mateo 16:21; 20:17-19; Marcos 8:31; 10:32-34; Lucas 9:51). De la angustia en el huerto de Getsemaní, Jesús se levantó para hacer frente a los que habían venido a arrestarlo; sin ofrecer

ninguna resistencia, obedeció al Padre, y se entregó a quienes le iban a infligir el suplicio.

En las palabras del Redentor notamos cierto desafío, porque si bien es cierto que iba a soportar la aflicción y el martirio, también es cierto que iba a permanecer absolutamente confiado en que estaba haciendo la voluntad de Aquel que lo vindicará o justificará. Ese conocimiento capacitará al Siervo para desafiar a sus acusadores. Así que dice: “¿Quién contendrá conmigo? ¡Juntémonos!” Él es inocente de todo pecado, las acusaciones en su contra pretendían condenarlo pero no eran más que trapos comidos por la polilla para ser echados a la basura.

Pensando en Jesús, leamos otra vez estos versículos y consideremos las palabras que le dijo a Anás: “¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta, a los que me han oído, de qué les he hablado; ellos saben lo que yo he dicho” (Juan 18:21). Cuando se enfrentó a la turba en el jardín, Jesús dijo: “¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme? Cada día me sentaba ante vosotros enseñando en el Templo, y no me prendisteis. Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas” (Mateo 26:55,56). Notemos su actitud retadora, pero también su voluntaria obediencia a hacer el deseo de su Padre. Sus propios compatriotas presentaron muchos testigos falsos contra Jesús, pero el sanedrín no pudo encontrar evidencia alguna contra él (Mateo 26:60; Marcos 14:55-59). Ninguna de las acusaciones pudo resistir la prueba de la verdad.

**¹⁰ ¿Quién de entre vosotros teme a Jehová
y escucha la voz de su siervo?**

El que anda en tinieblas

y carece de luz,

confíe en el nombre de Jehová

y apóyese en su Dios.

¹¹ He aquí que todos vosotros encendéis fuego,

os rodeáis de teas:

pues andad a la luz de vuestro fuego

**y de las teas que encendisteis.
De mi mano os vendrá esto:
en dolor seréis sepultados.**

¿Qué significa este pasaje del Siervo para el pueblo de Israel y para el mundo? Isaías se dirige a esos dos grupos de personas en los dos últimos dos versículos. El primer grupo “teme a Jehová”. El temor de Jehová es respeto por el Dios de la gracia fiel y gratuita. El Señor ha prometido el misericordioso rescate: del pecado, de la muerte y del infierno. Isaías, como su profeta, y como toda la Escritura, nos dice que Jehová cumplirá su promesa por medio de su Cristo. Puesto que todos somos pecadores, tenemos que tomar esa liberación de la mano del Dios de gracia. Ante él, todos los humanos permanecen en absoluto terror del castigo que merecen por causa de sus pecados, pero debido a este gran Siervo, el Dios de la gracia fiel y gratuita declaró inocentes a todos los pecadores. Los creyentes tienen una profunda reverencia hacia Jehová el Señor; es por esto que le prestan cuidadosa atención a su palabra, interesándose especialmente en la que habla de este Enviado de Dios. De esa manera prueban su veneración y respeto hacia el que ofrece: la redención, su luz y su victoria para toda la humanidad. He aquí la razón por la que él le pide al mundo que lo oiga (49:1). Quienes temen a Jehová y confían en la palabra de su Siervo encontrarán: liberación, perdón y vida. Consideremos lo que dice Juan 3:16.

Dios identifica un segundo grupo; no todos tienen el temor del Señor; algunos se oponen a la palabra del Siervo de Dios. Dios los presenta aquí encendiendo fuegos y rodeándose de teas en vez de obedecer las palabras del Siervo de Dios. Son apóstatas porque no honran ni creen en su Siervo; así que tampoco tendrán las bendiciones que él ha prometido. No serán liberados, sino que experimentarán su juicio y el fuego que ellos mismos han encendido. Él los abandonará a su propia insensatez y ellos se acarrearán el sufrimiento que resulta de la oposición a él y a su

Cristo. Si rechazan la gracia divina, los acogedores rayos de luz de Dios se convierten en un fuego destructor.

Dios no quiere que ningún ser humano se pierda y por eso ha provisto la salvación para todos los que han vivido o vivirán; anunció claramente esta salvación desde el principio por medio de las palabras de sus profetas, siendo uno de ellos Isaías. Cuando la liberación se hubo completado, la volvió a anunciar con toda claridad. El mundo no desconoce la obra de Jesucristo, su único Hijo, ofrecido voluntaria y gratuitamente por el Padre al mundo. Él ha invitado a las naciones de la tierra a recibir el obsequio que tan amorosamente les ha preparado y sigue haciendo la invitación: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:31). ¿Qué debe hacer Dios cuando su invitación es rechazada? El último versículo de este capítulo nos dice: “Andad a la luz de vuestro fuego y de las teas que encendisteis. De mi mano os vendrá esto: en dolor seréis sepultados.” Eso no es culpa de Dios. Los primeros versículos del capítulo anunciaron que Dios no les había dado un certificado de divorcio; el pueblo se había divorciado de él y por ello el Señor les dice: “En dolor seréis sepultados.”

La liberación del Señor se aproxima

51 «Oídme, los que seguís la justicia,
los que buscáis a Jehová.

**Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados,
al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados.**

**² Mirad a Abraham, vuestro padre,
y a Sara, que os dio a luz;
porque cuando no era más que uno solo,
lo llamé, lo bendije y lo multipliqué.**

**³ Ciertamente consolará Jehová a Sión;
consolará todas sus ruinas.**

**Cambiará su desierto en un edén
y su tierra estéril en huerto de Jehová;**

**se hallará en ella alegría y gozo,
alabanzas y cánticos.**

**⁴»Estad atentos a mí, pueblo mío,
y oídme, nación mía;
porque de mí saldrá la Ley,
y mi justicia para luz de los pueblos.**

**⁵Muy cerca está mi justicia,
ya ha salido mi salvación
y mis brazos juzgarán a los pueblos.
En mí esperan los de la costa;
en mi brazo ponen su esperanza.**

**⁶Alzad a los cielos vuestros ojos
y mirad abajo, a la tierra;
porque los cielos se desvanecerán como el humo
y la tierra se envejecerá como un vestido.
De la misma manera perecerán sus moradores;
pero mi salvación será para siempre,
mi justicia no perecerá.**

Con minucioso cuidado el profeta va avanzando hacia el centro de la segunda mitad de su profecía. Comenzó con los asirios a las puertas de Jerusalén (capítulos 36 y 37) y con la amenazadora predicción de la llegada de los babilonios que iban a llevar cautivos a los judíos (capítulo 39). La segunda mitad del libro de Isaías comenzó con las palabras: ““¡Consolad, consolad a mi pueblo!”, dice vuestro Dios” (40:1). Desde esos primeros versículos, el profeta le ha dicho palabras de consuelo al pueblo, le ha asegurado a los que finalmente van a terminar cautivos en Babilonia, que Dios les enviará un libertador e inclusive les dice cuál será el nombre del libertador: *Ciro* (45:1,13). Pero el rey persa no podía liberar al pueblo de Dios de sus pecados ni de la muerte; habría de venir el libertador más grande para llevar a cabo ese rescate.

Ese Redentor será el Gran Siervo del Señor; Dios anunció su venida por medio de Isaías en el capítulo 42. En ese Siervo, Dios

se complacerá y sobre él pondrá su Espíritu, y lo que es más importante, Jehová prometió que él tendría éxito en realizar su propósito (42:4). Varios capítulos después, Isaías registró las palabras del Siervo mismo (49:1-4). La tarea del Gran Siervo iba a ser difícil, y aparentemente su esfuerzo iba a ser en vano; sin embargo, el Señor le otorgará el triunfo a su Siervo, un gran triunfo que se extenderá hasta los confines de la tierra y que incluirá a todos los gentiles (49:6).

En el capítulo 50, el Gran Siervo habla nuevamente y revela la absoluta obediencia a su Padre hasta el punto del terrible sufrimiento y deshonra (versículo 6). Él está seguro de que Dios no le permitirá fracasar y confía en que no será avergonzado, como leemos en los versículos que hablan de él y de su triunfo. Isaías nos describe las agonías de este Redentor pero hasta ahora no hemos visto cómo alcanzará él la meta de rescatar al pueblo judío y al mundo entero del pecado y de la muerte. Isaías ha construido una artística y ordenada progresión de pensamiento que nos ha ido llevando en esa dirección. Ese es el centro del capítulo 53, o sea, la segunda mitad de la profecía de este gran profeta de Dios. Nosotros, como creyentes del mensaje divino y sus humildes lectores, nos hemos ido acercando a ese punto central, al último de los pasajes del Siervo.

Estamos en los umbrales de ese maravilloso capítulo de la profecía del gran profeta, y mientras damos los últimos pasos hacia allí, el Señor tiene una palabra de aliento y consuelo para sus fieles, para “los que seguís la justicia, los que buscáis a Jehová”. A menudo los creyentes no ven el triunfo; sus vidas se ven con frecuencia plagadas de problemas y derrotas, incluso cuando buscan a Dios con celo y determinación. Los fieles judíos, que habrían leído estas palabras cautivos en Babilonia, no se sentirían victoriosos, no tendrían la sensación de gloria en esos momentos; su patria estaba arruinada y ellos no eran libres para regresar. La gloria de David se había desvanecido hasta convertirse sólo en un recuerdo y tal vez hasta se preguntarían si Dios los había

abandonado. Quizá se sentían perplejos en cuanto a ¿cómo podría Dios cumplir la promesa que le hizo a Abraham (Génesis 12:1-3) si Judá se extinguía en Babilonia? ¿Cómo podrían las naciones de la tierra ser bendecidas mediante el patriarca y sus descendientes, o de dónde iba a venir el gran sucesor de David si ellos estaban cautivos en Babilonia? Todo pudo haberles parecido sin esperanza.

Aunque no hayamos pasado exactamente por las mismas circunstancias, a través de los siglos los creyentes han afrontado similares días de tristeza y desesperanza. Quienes procuran la justicia y buscan al Señor, a menudo no andan de triunfo en triunfo. Cuando mucho, parece que tenemos nuestros momentos de felicidad pero luego caemos de nuevo en sentimientos: de culpa, de miedo y de duda. Somos criaturas pecaminosas y nuestra naturaleza humana pecaminosa nos mortifica; no nos podemos despojar de ella y colgarla en un ropero como hacemos con la ropa, porque es parte esencial de nuestro ser que nos aflige diariamente. Necesitamos el consuelo, igual que los judíos que estaban en Babilonia. En estos versículos Dios les asegura a sus fieles que la salvación prometida no está lejana; en la profecía de Isaías la descripción de la salvación aguarda al lector a sólo dos capítulos de distancia, a 37 versículos de la invitación del Señor que dice: “Oídme”.

El Señor lleva a su pueblo de regreso a la historia de Abraham y Sara; ellos salieron de su patria y viajaron a una tierra lejana porque Dios los invitó a hacerlo, a la vez que les prometía grandes cosas; el Señor prometió que Abraham iba a llegar a ser una gran nación y que todos los pueblos de la tierra iban a ser bendecidos por medio de él. Pero la realidad parecía muy diferente, Abraham no tenía hijos y Sara era estéril, ambos eran ancianos y pasados de la edad de concebir hijos. Sin embargo, Jehová el Señor les anunció sus promesas y no falló en hacer que todo sucediera como él había dicho. Aun cuando Sara se rió de la promesa de que iba a tener un hijo (Génesis 18:12), Dios se la cumplió. Los descendientes del patriarca y su esposa, ahora cautivos en Babilonia, iban a recordar la manera en que él realizó lo que les

había prometido a sus antepasados aun en contra todo sentido común y toda lógica.

Nosotros también somos por la fe descendientes de Abraham (Gálatas 3:29), cortados de la misma roca y la misma cantera. Cuando nuestro mundo parezca estéril y sin esperanza, recordemos que Dios cumplió lo que prometió aunque nos pareciera imposible. Lutero comentó: “El profeta recurre al ejemplo de Abraham y Sara para demostrar que así como Dios los reconfortó y ayudó, así puede también promocionar y expandir la iglesia, no importa cuán: estéril, abandonada y solitaria pudiera estar, incluso en las profundidades de la desesperanza” (Traducido de las obras de Martín Lutero *Luther's Works*, volumen 17, p. 197).

Los judíos esclavizados en una tierra extraña pudieron haber pensado que cualquier esperanza de volver a Jerusalén era un sueño imposible. La que fue una vez su gloriosa ciudad yacía en ruinas y la belleza de Sión y de Judá había desaparecido; durante el periodo de la cautividad, en la Tierra Prometida no quedó nada sino una tierra baldía y desierta. Pero Dios prometió que iba a ser compasivo y llevaría otra vez a su pueblo: gozo, alegría, acción de gracias y el sonido de voces cantando. Los fieles no debían desesperarse, sino guardar en su corazón las promesas que él les hacía, porque de esa forma quería fortalecer su fe. La liberación estaba próxima: “Muy cerca está mi justicia, y ha salido mi salvación”.

Lo que Dios tenía reservado no era sólo para los judíos: “A mí esperan los de la costa; en mi brazo ponen su esperanza.” El versículo 6 indica que Dios quiere la salvación y la justificación para sus hijos pecadores al declararlos justos y santos por la fe; es esta la única forma como se vencen las consecuencias de la impiedad. La salvación y la justificación provienen de Jehová porque son un don de él y no del esfuerzo o la inteligencia humanos. La misericordiosa y maravillosa declaración de Dios y sus resultados son eternos. La tierra y los cielos desaparecerán pero no así la justicia y la salvación de Dios.

**7 Oídme, los que conocéis justicia,
pueblo en cuyo corazón está mi Ley.
No temáis afrenta de hombres
ni desmayéis por sus ultrajes.**

**8 Porque como a un vestido los comerá la polilla,
como a la lana los comerá el gusano;
pero mi justicia permanecerá perpetuamente
y mi salvación por generación y generación.»**

**9 ¡Despiértate, despiértate,
vístete de poder, brazo de Jehová!
¡Despiértate como en el tiempo antiguo,
en los siglos pasados!**

**¿No eres tú el que despedazó a Rahab,
el que hirió al dragón?**

**10 ¿No eres tú el que secó el mar,
las aguas del gran abismo,
el que transformó en camino las profundidades del mar
para que pasaran los redimidos?**

**11 Ciertamente volverán los redimidos de Jehová;
volverán a Sión cantando
y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas.
Tendrán gozo y alegría,
y huirán el dolor y el gemido.**

Como hemos leído en la profecía de Isaías, Dios y el profeta nos han exhortado repetidamente a escuchar y poner atención a la palabra de Dios. En medio de las tensiones, al pueblo de Dios siempre se le orienta hacia la Palabra, la única fuente de verdad. La Biblia establece con franqueza y sin disculparse cuál es la revelación del Dios del universo. No es una colección de escritos originados en el intelecto y la imaginación humanos. La Biblia afirma que es un libro divino que revela lo que Dios quiere que las personas de todo el mundo sepan y crean. En el capítulo 40, Dios le dijo a su profeta: “¡Da voces!” (Versículo 6) y como Isaías

no sabía qué era lo que tenía que decir, preguntó: “¿Qué tengo que decir a voces?” *Entonces Dios entregó el mensaje* primero a su profeta y luego al pueblo a quien alienta a que oiga su palabra de vida, verdad y esperanza. Los hombres nos pueden conmover e inspirar con lo que dicen, pero las palabras de Dios dan lo que ninguna palabra humana puede dar. Así como Dios con su voz creó el mundo en que vivimos, también sus palabras le confieren bendiciones a la humanidad.

Dios quiere que sus bendiciones sean: para toda la humanidad, para las islas o las tierras costeras del Mediterráneo alejadas de Palestina, así como para el pueblo de Judá; pero él no forza a nadie para que reciba lo que rechaza; los que creen reciben sus bendiciones. El principio central de Dios, es decir, su ley, su instrucción o doctrina, es la justificación por gracia; todas las Escrituras revelan este principio, los que creen: tiene ese principio central en su corazón, son justificados ante los ojos de Dios, sus pecados están perdonados, saben que Dios los ama y comprenden que él los ha escogido para estar en el cielo por la eternidad. Esas bendiciones son suyas por la fe, no porque las hayan ganado. Es a ellos a quienes aquí Dios se dirige y a quienes les pide que lo escuchen.

Pero no todos creen. Los incrédulos se oponen los creyentes, al pueblo de Dios. De la misma manera como persiguieron al Gran Siervo cuando vino, también persiguen a quienes les dan crédito a las promesas de Dios y guardan sus instrucciones en el corazón. Los irreligiosos incluso ridiculizaron y mataron al Siervo. En estas palabras, Dios le asegura a su pueblo asediado y perseguido que son nada quienes los ridiculizan y los insultan. Los perseguidores desaparecerán como lana comida por la polilla. Lo que perdura más allá de la vida y de las cosas terrenales es el ardiente celo de Dios por rescatar a su pueblo, para declararlo justo y recibirlo en su presencia.

Pero en época de Isaías el plan de Dios no se había cumplido todavía. Jehová lo iba a hacer realidad en el futuro mediante su Gran Siervo. En sólo unos pocos y breves versículos, Dios revelará

cómo el Siervo cumplirá todas las maravillosas promesas del rescate del pecado y la muerte. Como un creyente impaciente, Isaías clama a Dios para que se apure y haga como ha prometido: “¡Despiértate, despiértate... brazo de Jehová!” A los exiliados les debió parecer que el Señor estaba dormido y era insensible a sus esperanzas y sus oraciones. El “brazo” de Dios significa su poder, e Isaías llama a Dios para que lo use, y compara la liberación que viene con la de Israel cuando salió de Egipto, aquí referido como Rahab. Pese al ejército del faraón que los perseguía, Dios secó el mar para que su pueblo pudiera caminar seguro y luego cerró la gran masa acuífera ahogando a los enemigos de su pueblo; el poder divino les dio la libertad. No hay duda de la gran liberación que vendrá mediante su Siervo. Así como Dios pudo por amor de sus escogidos abrir una senda a través del mar (Éxodo 14:21,22), también podía lograr la redención de la esclavitud del pecado y de la muerte. “Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sión cantando y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas.” Este versículo apareció antes en la profecía de Isaías (35:10). ¡El amor de Dios es tan profundo que repite el consuelo que su pueblo anhela con tantas ansias!

¹² «Yo, yo soy vuestro consolador.

**¿Quién eres tú para que tengas temor de los mortales
y de los hijos de los hombres, que son como el heno?**

**¹³ ¿Ya te has olvidado de Jehová, //tu Hacedor,
que extendió los cielos y fundó la tierra?**

**Todo el día, sin cesar, has temido
el furor del que aflige,
cuando se dispone a destruir.**

¿Pero dónde está el furor del que aflige?

**¹⁴ El preso agobiado será libertado pronto;
no morirá en la mazmorra ni le faltará su pan.**

**¹⁵ »Yo Jehová,
que agito el mar y hago rugir sus olas,**

**soy tu Dios,
y mi nombre es Jehová de los ejércitos.
16 En tu boca he puesto mis palabras
y con la sombra de mi mano te cubrí,
extendiendo los cielos, echando los cimientos de la tierra
y diciendo a Sión: “Pueblo mío eres tú.”»**

En estos versículos está la respuesta del Señor a la oración del profeta. Isaías había suplicado: “¡Despiértate como en el tiempo antiguo!” (versículo 9). Dios les asegura aquí a todos los que guardan sus instrucciones en el corazón, que él llevará a cabo las promesas que ha hecho. Sus hijos no tienen por qué temer a simples hombres. Su salvación descansa en las manos de Jehová su Hacedor. Él creó la tierra y extendió la vasta expansión de los cielos, ¿cómo podría dejar de cumplirse alguna de sus promesas? Por tanto no temamos a lo creado por Dios, a la humanidad que perece como la hierba. Las promesas que se hacen aquí tienen su apoyo en el fiel Dios del pacto, en Jehová, quien tiene la potestad para agitar el mar. Él es el Todopoderoso.

Dios les dirigió su consuelo a los que creen y tienen su palabra en el corazón y la confiesan con denuedo. Él los escogió para que fueran su pueblo, los declaró como suyos; ellos le proclaman la verdad de Dios al mundo. El mensaje de redención y justificación anuncia la venida del nuevo cielo y la nueva tierra, la esperanza captada en Apocalipsis capítulo 21. Todo el que cree descansa seguro a la sombra de la poderosa mano del Omnipotente quien está listo para proteger y destruir a los enemigos. Los creyentes de Dios son como joyas preciosas cubiertas y guardadas por su bendita diestra, y nada las puede destruir ni robarlas de su mano.

Muchas veces, en medio de las persecuciones, el pueblo de Dios olvida este poderoso consuelo y se atemoriza, como por ejemplo cuando otros lo ridiculizan o incluso lo amenazan de muerte. Sin embargo, las páginas de la historia están llenas de

relatos de quienes no han olvidado al Señor y que han dado su vida antes de negar a: su Dios, su Hacedor y su Redentor. Jesús también alentó a sus discípulos con estas palabras:

No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin el permiso de vuestro Padre. Pues bien, aún vuestros cabellos están todos contados. Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos (Mateo 10:28-31).

Esta sección concluye con la consoladora seguridad de que Dios reclama a los creyentes como suyos cuando dice: “Pueblo mío eres tú.”

¡Despierta! ¡Grita de gozo! El Señor está listo para liberar a su pueblo

**¹⁷ ¡Despierta, despierta,
levántate, Jerusalén,
que bebiste de la mano de Jehová
la copa de su ira!**

**Porque la copa de aturdimiento
bebiste hasta los posos.**

**¹⁸ De todos los hijos que dio a luz,
no hay quien la guíe;
ni quien la tome de la mano,
de todos los hijos que crió.**

**¹⁹ Estas dos cosas te han acontecido:
asolamiento y quebrantamiento,
hambre y espada.**

**¿Quién se compadece de ti?
¿Quién te consolará?**

²⁰ Tus hijos desmayaron, estuvieron tendidos

**en las encrucijadas de todos los caminos,
como un antílope en la red,
llenos de la indignación de Jehová,
de la ira del Dios tuyo.**

**²¹ Ahora, pues, oye esto, afligida,
ebria, pero no de vino:**

**²² Así dijo Jehová, tu Señor y tu Dios,
el cual aboga por su pueblo:
«He aquí he quitado de tu mano
la copa de aturdimiento,
los posos de la copa de mi ira.
Nunca más la beberás.**

**²³ Yo la pondré en manos de tus angustiadores,
que dijeron a tu alma:
“Inclínate, y pasaremos por encima de ti.”
Y tú pusiste tu espalda como suelo,
como camino, para que pasaran.»**

Isaías había dicho que la liberación de Jehová se acercaba rápidamente, pero también había predicho la destrucción de Jerusalén y la cautividad en Babilonia. Ninguno de esos acontecimientos había ocurrido aún en esos días, pero iban a suceder en el futuro porque el pueblo se había apartado de su Dios, acarreándose por ello la ira y el juicio divinos. Una vez que la nación hubiera pasado por esa justa sentencia vendría la libertad.

Isaías exhortó al pueblo para que despertara de su estupor. Habían bebido hasta el fondo la copa de la ira de Dios, habían bebido hasta los sedimentos; sobre ellos sobrevinieron: ruina, destrucción, hambruna y espada a causa de su infidelidad. El pueblo se encontraba “como un antílope en la red”. Eran incapaces de librarse a ellos mismos de la reprensión de su Dios. Los jóvenes del pueblo, el orgullo de cualquier nación, se desmayaron sin poder liberar a sus compatriotas.

Pero Dios invita a Jerusalén a que despierte de esa pesadilla de juicio; él la liberará. El juicio que Dios envió sobre su pueblo

había llegado a su fin. Él ha quitado el cáliz de su furor que ha aturdido a sus escogidos, del cual no volverán a beber. En vez de ello, Dios ha puesto la copa del juicio en manos de los opresores de su pueblo. La liberación se aproximaba y la sentencia de Dios sobre su pueblo había concluido; ahora Jehová el Señor estaba a punto de volverse contra los enemigos de sus hijos.

52 ¡Despierta, despierta,
vístete de poder, Sión!
¡Vístete tu ropa hermosa,
Jerusalén, ciudad santa,
porque nunca más vendrá a ti
incircunciso ni inmundo!
² Sacúdete el polvo;
levántate y siéntate, Jerusalén;
suelta las ataduras de tu cuello,
cautiva hija de Sión.

En Isaías 51:9 los atemorizados santos le habían pedido a Jehová, el Dios del pacto, que despertara; aquí, en contraste, el Señor les pide que se sacudan el polvo, que se sacudan la desesperanza. Por causa de sus pecados y de su rebelión, el Señor va a enviar a Nabucodonosor y a los babilonios para que destruyan Jerusalén y lleven al pueblo a la cautividad; pero Dios también promete que la esclavitud terminará. El capítulo anterior nos ubicó en el umbral de esa liberación; en él, Dios alentó a su pueblo a sacudirse el estupor de la cautividad; él va a tomar la copa del juicio de manos de sus hijos y se la dará a beber a sus captores. Isaías animó al pueblo a levantarse del juicio divino; el poder para despertar y levantarse viene de la misericordiosa invitación que les hace el Señor; sólo él les puede dar ese poder.

¿A qué iban a despertar? ¿Qué iba a venir después? En las palabras iniciales de este capítulo, Isaías le repite la exhortación al pueblo: “¡Despierta, despierta,... Sión!” El mandato del capítulo previo animaba al pueblo para que se levantara de su juicio, y en

éste lo invita a ver más allá del castigo a lo que Dios ha preparado para ellos: al despertar de un nuevo amanecer. Los días de esclavitud han pasado.

El capítulo anterior había humillado hasta el polvo a los escogidos de Dios cuando sus conquistadores los pisotearon y les dijeron: “Inclínate, y pasaremos por encima de ti” (versículo 23). El pueblo de Dios no tuvo otra opción que poner “la espalda como suelo, como camino, para que pasaran”. Pero Isaías los exhortó a que despertaran. ¿Por qué? Un cambio completo estaba a punto de ocurrir. La nación estaba por sacudirse el polvo del cautiverio para sentarse sobre un trono, y el cambio requería “ropa hermosa”. El pueblo iba a despertar a un futuro nuevo y glorioso en el que estaba incluida la vida perfecta con Dios. Isaías escribe: “Nunca más vendrá a ti incircunciso ni inmundo”. El lugar donde se van reunir los escogidos será un lugar perfecto sin pecado ni enemigos.

Después de 70 años de cautiverio, el pueblo se regocijó al regresar a Jerusalén para reconstruirla y restablecer su patria (ver Salmo 126). Pero aquí hay más que el regreso de este antiguo pueblo a su hogar; eso era sólo el comienzo, algo mucho mejor les esperaba. Al mirar este capítulo y el siguiente, descubrimos que el pueblo de Dios iba a ser liberado de una esclavitud mucho más grave. Aunque quizás hubieran podido reconstruir su país, todavía seguían: atrapados en la servidumbre espiritual, muertos en la impiedad y sin escapatoria posible. El nuevo amanecer incluye la redención del pecado y la gloriosa comunión con Jehová. El apóstol Juan describe este memorable nuevo día con estas palabras: “Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad. Pero los perros estarán afuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y practica la mentira” (Apocalipsis 22:14,15).

Ese glorioso nuevo día nos espera también a nosotros; también a nosotros se nos exhorta a despertar de la cautividad del pecado y de la muerte y a regocijarnos porque ha amanecido un nuevo día. El Señor ha preparado un nuevo y espléndido día para

todo su pueblo, y su Siervo fue el que nos aseguró ese luminoso y glorioso futuro. Para la gente de la época de Isaías, la obra redentora de Cristo estaba aún por venir; como creyentes de la era del Nuevo Testamento, nosotros sabemos que Jesucristo, el Siervo, ha terminado su tarea. Para nosotros, el cumplimiento final de esa profecía está aún por realizarse; el cielo, la nueva Jerusalén, nos espera y somos sus futuros ciudadanos porque Jesús nos ha redimido y somos suyos por la fe. August Pieper, un comentarista del profeta Isaías, nos dice que contemplemos este amplio y memorable futuro. Él escribió:

El futuro que está expresado aquí es el ininterrumpido gobierno espiritual de la gracia del Señor en su iglesia... El profeta presenta en un solo cuadro el mañana completo de la iglesia en toda la eternidad –la restitución de Jerusalén después del exilio es el débil comienzo, seguido por el gobierno de gracia de Dios en la iglesia del Nuevo Testamento y su cumplimiento en la eternidad.

(Traducido del comentario de August Pieper, *Isaiah II*, p. 420).

³ Porque así dice Jehová:

**«De balde fuisteis vendidos;
por tanto, sin dinero seréis rescatados.»**

⁴ Porque así dijo Jehová el Señor:

**«Mi pueblo descendió a Egipto en tiempo pasado,
para morar allí,
y el asirio lo cautivó sin razón.»**

⁵ Y ahora Jehová dice:

**«¿Qué hago aquí,
ya que mi pueblo es llevado injustamente?
¡Los que de él se enseñorean lo hacen aullar,
y continuamente blasfeman contra mi nombre todo el
día!»,**

dice Jehová.

⁶ «Por tanto, mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día, porque yo mismo que hablo, he aquí estaré presente.»

Cuatro veces nos recuerdan estos pocos versículos que esas verdades provienen del Señor. Es como si cuatro pares de signos de admiración verificaran el mensaje. ¿Qué puede ser tan importante que requiera tan grande énfasis? Estos versículos nos dicen que la obra salvadora de Dios es por sola gracia; que Jehová de ninguna manera está obligado a salvar a su pueblo porque éste lo merezca. Por el contrario, se habían apartado repetidamente de él al adoptar otros dioses. La impiedad del pueblo fue la causa del castigo, como lo anunció Dios en el capítulo 50.

El Señor no estaba obligado a rescatar a su pueblo porque alguien lo hubiera comprado como se compraría a un esclavo. Nadie le había dado a Dios compensación alguna por entregarle su pueblo a los babilonios. Él dice: “De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados”. Jehová no le debía nada a nadie; él quiso redimir a sus escogidos, pero no porque estuviera obligado a hacerlo; puesto que no le debía nada a nadie, bien pudo haberlos dejado en la servidumbre pero decidió hacer lo contrario, y en lugar de ello, por pura gracia los redimió.

La idea de la gracia necesita el énfasis de las cuatro afirmaciones de Dios. El corazón humano quiere obligar a Dios para que actúe a su favor: por causa de alguna obra especial que haya hecho, por algún pensamiento, alguna intención noble o por alguna palabra amable que le haya dicho a otro. Dios no está obligado a salvar a nadie, y todo pensamiento religioso que busque constreñirlo por algo que el hombre haya hecho individual o colectivamente es falso. El esfuerzo humano no compele a Dios a actuar; él lo hace por su profundo amor por el hombre pecador que está atrapado “como antílope en la red” (51:20).

La gracia de Dios, su inmerecido amor, confronta al pensamiento humano a cada instante. Los humanos quieren ganar las bendiciones divinas, y como no pueden, desean por lo menos contribuir en algo, lo que es también una necedad. Cuando buscan dentro de ellos alguna razón, siguen obligando a Dios a actuar como respuesta a alguna cosa buena que un humano haya hecho. Las religiones que exigen sacrificios como merecimientos para ganar el favor de Dios pierden la gracia del Señor. El pensamiento religioso que supone que Dios actuará favorablemente debido a: la bondad, la tolerancia o la dignidad humanas distorsiona la gracia y pone a Dios al nivel humano. Aunque: la bondad, la tolerancia y la dignidad sean muy valiosas para nuestra vida en comunidad sobre la tierra, esas cualidades no mueven a la acción al Señor del universo. Incluso las ideas que afirman que Dios actúa por su propia voluntad por gracia, y después esperar: el esfuerzo, el pensamiento o las palabras del hombre para completar su redención, distorsionan la gracia. Ideas de esta naturaleza asocian la obra de salvación del Altísimo con el hombre para liberar a los pecadores. No hay nada sobre la faz de la tierra que force a Dios a hacer algo. Él actúa motivado por su amor y nada más.

Una mirada al mundo en que vivieron los judíos revela cuán incapaces eran para contribuir a su propia liberación. Fueron a Egipto y se convirtieron en esclavos que no podían librarse a ellos mismos; siglos después, los asirios invadieron su país y los oprimieron cuando el ejército de Senaquerib sitió a Jerusalén (capítulos 36,37). El pueblo de Dios no tenía el poder militar ni político para levantar el sitio, ni siquiera para defenderse a él mismo. Poco más de un siglo después, el ejército babilonio invadió y destruyó a Jerusalén llevándose cautivos a sus ciudadanos. Una vez que cayeron en esta situación, no pudieron ganar su propia libertad ni luchar para obtenerla. Sólo la obra de Dios pudo alterar en cada caso la situación. Dios los libró de Egipto y destruyó el ejército de Senaquerib, y también iba a enviar a Ciro para libertar a los exiliados de Babilonia. En cada caso, Dios pudo haber optado por cruzarse de brazos y no hacer nada, pero en lugar de ello actuó.

Todas estas liberaciones milagrosas fueron actos de la misericordia de Jehová a favor de su pueblo rebelde e impío.

¿Por qué se tomó Dios el trabajo de rescatarlos? Lo hizo por su gracia, por su inmerecida fidelidad para con su pueblo y con el único propósito de mostrarles cuán grandioso era su amor hacia ellos. Dios dice: “Continuamente blasfeman contra mi nombre todo el día”. Cuando el Señor vio que su nombre era blasfemado, actuó para vindicarlo porque los que oprimían a su pueblo comenzaron a pensar que sus dioses eran mejores que Jehová, el Dios de Israel. La fidelidad y las promesas del Omnipotente hacia sus hijos estaban en juego. Cuando él actuó lo hizo para demostrar su grandeza y su amor, y no porque estuviera obligado a hacerlo. El Dios de la gracia fiel y gratuita predijo la salvación y la llevó a cabo para que todos pudieran conocer y creer que sólo él es el responsable de la redención de su pueblo y de toda la humanidad.

**7 ¡Cuán hermosos son sobre los montes
los pies del que trae alegres nuevas,
del que anuncia la paz,
del que trae nuevas del bien,
del que publica salvación,
del que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»!**

**8 «¡Voz de tus atalayas!» Alzarán la voz;
a una voz gritarán de júbilo,
porque con sus propios ojos verán
que Jehová vuelve a traer a Sión.**

**9 ¡Cantad alabanzas, alegraos juntas,
ruinas de Jerusalén,
porque Jehová ha consolado a su pueblo,
ha redimido a Jerusalén!**

**10 Jehová desnudó su santo brazo
ante los ojos de todas las naciones,
y todos los confines de la tierra
verán la salvación del Dios nuestro.**

Isaías acababa de profetizar la misericordiosa liberación de su pueblo describiéndola como si ya hubiera ocurrido. Los mensajeros corrían presurosos con las buenas nuevas y sus pies eran hermosos porque portaban grandiosas y hermosas noticias. Tres términos resumen el contenido del mensaje: *paz, alegres nuevas y salvación*.

La paz no se refiere al final de las hostilidades con las naciones belicosas que rodeaban a la nación israelita; esa palabra tiene un significado mucho más profundo porque es la paz que Dios ha establecido entre sus hijos y él mismo. El Señor ya no arde en ira contra ellos, les ha borrado sus pecados, y por eso ahora existe una gran armonía entre el Padre y los hijos. Esa tranquilidad descansa en el conocimiento de que el Gran Siervo vendrá para realizarla mediante su obra en la tierra. Los ángeles la anunciarán cuando él nazca: “¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra *paz*, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). Jesús proclamó esta paz con las palabras: “La *paz* os dejo, mi *paz* os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27).

El mensaje es de *alegres (buenas) nuevas* en el sentido absoluto, como la proclamación que hizo Dios en la creación del mundo: todo era bueno y todo fluye del Señor, la fuente de toda bendición. El salmista dio gracias por ellas al proclamar: “Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, y su fidelidad por todas las generaciones” (100:5). La situación entre Dios y la humanidad no podía ser mejor. Los dones divinos son para todo el mundo. Nadie sigue siendo esclavo de la tiranía del mal. Al contrario, Dios ha reemplazado al mal.

El tercer término es *salvación*. Ha llegado la liberación del pecado y de la muerte. Dios ha venido en ayuda de su pueblo y lo ha liberado, no de la opresión de sus enemigos políticos sino de la tiranía del pecado y de la prisión de la muerte. La salida de los judíos de Babilonia y su regreso a Jerusalén constituyó el primer débil rayo del glorioso amanecer. Una libertad mucho mayor y más hermosa iba a iluminar el cielo. Pablo se refirió a eso cuando

escribió: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:1,2).

El apóstol Pablo también nos dice que estas palabras de Isaías no se refieren simplemente a la salida de los judíos de Babilonia. Él cita el versículo 7 de este pasaje del profeta en Romanos 10:15 cuando se refiere a los mensajeros que proclaman el evangelio de Jesús.

El pensamiento final del versículo 7 nos dice cuál es la razón de todas estas buenas nuevas. Los mensajeros proclamaron: “¡Tu Dios reina!” Durante la cautividad, Dios permitió que otros gobernaran sobre su pueblo; al final del exilio él terminó la dominación de los babilonios sobre su pueblo. Dios siempre tuvo el control. Los mensajeros trajeron esa buena noticia, pero todo esto no está simplemente limitado al exilio. Sabemos que Dios estableció un nuevo reino donde imperan la paz y las buenas nuevas del perdón. El reino de Jehová incluyó el envío de su Siervo al mundo. Él era el hijo de David, un rey, y sin embargo entró en Jerusalén como una persona mansa y humilde cabalgando sobre un asno prestado. Pilato lo interrogó respecto a si era un rey, a lo que Jesús respondió: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18:37). Por supuesto, este Rey volverá por segunda vez en toda su gloria a someter a todos sus enemigos y a juzgar al mundo. El Señor reina. Puede ser que de vez en cuando esto nos asombre, pero su iglesia, o sea su reino, está firme y sabemos que “las puertas del Hades no la dominarán” (Mateo 16:18).

Los mensajeros proclaman las buenas nuevas e Isaías nos dice del advenimiento del Señor. Él nos pide que miremos la venida de Cristo desde la perspectiva de los vigías que esperan su arribo y que deben estar muy alertas de su llegada. Ellos esperan que regrese a Sión. El cumplimiento incluye: el regreso de Judá

del cautiverio en Babilonia, la primera venida de Jesucristo, el Gran Siervo de Jehová, en humildad, y la segunda venida de Jesús glorificado en poder y majestad. Todos esos acontecimientos se mezclan en una visión y todos ellos traen gran gozo. Incluso a las ruinas de Jerusalén se les anima así: “cantad alabanzas, alegraos juntas”. La causa de este gozo la encontramos en el advenimiento del Señor y en lo que él ha hecho. Él consoló a su pueblo y lo redimió.

Se describe a Jehová como alguien que, por un tiempo, guardó su poderoso brazo bajo los pliegues de su manto. Va a venir el momento, profetiza Isaías, cuando él mostrará su poder y “desnudará su santo brazo”, llevando a efecto la gran liberación prometida. Judá regresará y los pecadores serán liberados de las cadenas del pecado. El Señor llevará a sus fieles creyentes a una nueva y gloriosa Jerusalén, muy por encima de los problemas y de la miseria de este mundo. Las últimas palabras del versículo 10 nos recuerdan que todos los confines de la tierra verán esta salvación. Esos acontecimientos no son simplemente algunas veladas instantáneas en el álbum fotográfico de una nación, los judíos; la liberación que Dios promete, y que dará a conocer, es para todo el mundo.

**¹¹ ¡Apartaos, apartaos, salid de ahí,
no toquéis cosa inmunda!
¡Salid de en medio de ella,
purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová!**
**¹² Porque no saldréis apresurados
ni iréis huyendo,
porque Jehová irá delante de vosotros,
y vuestra retaguardia será el Dios de Israel.**

En estos dos primeros versículos Isaías ve la salida de los judíos de Babilonia y los alienta a abandonarla y a no contaminarse con nada inmundo o impuro. Las Escrituras representan a la ciudad

de Babilonia como el lugar donde moran los enemigos y el lugar donde reside todo lo que es contrario a Dios. Todo lo que sigue manchado por el pecado es repulsivo para Dios, y su pueblo no debe tocar nada de eso. Los fieles salen de Babilonia llevando solamente lo que necesitan para restablecer la adoración de Jehová, como los utensilios del Templo que habían sido robados por los babilonios. No deberán llevarse nada más.

En una ocasión anterior Dios había liberado a su pueblo de la esclavitud. Perseguidos por el ejército del faraón, habían salido rápidamente de Egipto. La salida de Babilonia será diferente, no será una huida apresurada ni llena de temor sino una salida tranquila y digna. La razón es sencilla: el Señor irá delante de ellos y protegerá sus espaldas. No hay posibilidad de que algo pueda herir a los fieles del Señor.

Isaías vio primero la salida del pueblo de Dios de Babilonia, pero su visión también se extendió hasta ver la redención del pueblo de Dios de la esclavitud del pecado. Cuando venimos a la fe en el Señor Jesús, dejamos atrás: la maldad, la muerte y el infierno. En el Nuevo Testamento, la iglesia es la asamblea de quienes han sido llamados a dejar este impío mundo. Los creyentes están en el mundo pero no son de él. Aún nos espera otra partida cuando el Señor mismo venga a llamarnos de este valle de lágrimas y dolor para llevarnos al nuevo y glorioso hogar donde “enjuagará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:4). Vivimos esperando su glorioso regreso, cuando regrese para llevar a sus fieles de este mundo y los congregue en la gloria de la vida eterna con él, el Señor de señores y Rey de reyes. Mientras esperamos la partida, estamos bajo su protección y cuidado. Este es el consuelo que viene del Santo de Israel que nos ha redimido y nos libraré: de todo pecado, de la muerte y del poder del diablo. ¡Regocíjense, creyentes! ¡Regocíjense!

El Gran Siervo sufrirá para redimir a la humanidad del pecado y de la muerte

**¹³ He aquí que mi siervo será prosperado,
será engrandecido y exaltado,
será puesto muy en alto.**

**¹⁴ Como se asombraron de ti muchos
(pues de tal manera estaba desfigurada su apariencia,
que su aspecto no parecía el de un ser humano),**

¹⁵ así asombrará él a muchas naciones.

**Los reyes cerrarán ante él la boca,
porque verán lo que nunca les fue contado
y entenderán lo que jamás habían oído.**

Aquí está el centro de la segunda parte de la profecía de Isaías. La división de nuestras Biblias en capítulos, que se remonta al siglo XIII, en este caso se encuentra mal colocada. El gran capítulo del Siervo Sufriente debe comenzar en el capítulo 52, versículo 13, siendo ésta la cuarta de las secciones del Siervo, y aparece en medio de la segunda mitad de la profecía de Isaías; trece capítulos la preceden y trece la suceden. Isaías elaboró la segunda mitad con este maravilloso pasaje en el centro, lo cual no nos debe sorprender porque las verdades que presenta son el centro mismo de toda la revelación de Dios. El mensaje central de la Biblia y de esta porción es Cristo, el Gran Siervo del Señor, el cual habla de lo que el Hijo de Dios ha hecho y que es causa de gran gozo; los primeros versículos de este pasaje final lo corroboran.

El Señor anuncia: “He aquí...mi siervo.” En el capítulo 42 había dicho: “Este es mi siervo” (versículo 1), lo cual nos lleva a mirar cuidadosamente al único Siervo diferente de los humanos, por ejemplo de Moisés y David. Él hace lo que ningún otro jamás puede lograr. Para nosotros no es difícil considerarnos siervos de Jehová de los ejércitos, ya que la gracia de Dios nos ha llamado y nos ha dado poder para servirle, pero este Siervo especial es un reto a nuestras suposiciones. Él es el Santo de Israel, el que le

apareció a Isaías al comienzo de su profecía (ver capítulo 6 y también Juan 12:41). Engendrado del Padre desde la eternidad (Salmo 2:7), fue escogido y enviado a desempeñar una misión. Para apreciar su sufrimiento y su muerte tenemos que entender que él hizo la voluntad de su Padre, algo que ya sabía en el templo cuando tenía 12 años de edad. El misterio de la encarnación del Salvador, la maravilla de Dios y hombre en una persona, su resuelta marcha hacia Jerusalén y la muerte residen en la expresión “mi siervo”.

Desde el comienzo de esta sección del Siervo, Isaías nos dice que el Siervo alcanzó su meta y saldrá victorioso. El profeta emplea tres verbos para expresar la exaltación del Señor Jesús: “Será prosperado, será engrandecido y exaltado, será puesto muy en alto”. Algunos han sugerido que estos verbos se refieren: a la resurrección de Jesús, a la ascensión y a que está sentado a la derecha del Padre. Los verbos nos recuerdan muy claramente en esta sección que el sufrimiento de este Siervo no será una derrota sino un triunfo, ¡un gran triunfo! El profeta escribió: “Mi siervo será prosperado”. El verbo significa que la acción ha alcanzado la meta o el fin deseado. Así que como dice Isaías, el Siervo no fracasó en alcanzar el objetivo de su misión ni le falló a su Padre celestial. Su crucifixión y muerte lograron lo que ninguna cantidad de oro o plata pudo alcanzar, el perdón de los pecados y la vida eterna para la humanidad entera. Por lo tanto el Siervo ha sido altamente exaltado.

Su tarea no fue fácil, y hacemos bien en recordar que cumplió su misión pese a grandes obstáculos. Dios nos dice que miremos a su Hijo, y la vista es fea y horripilante; muchos están atónitos ante lo que ven. Isaías inserta en medio de la oración una descripción parentética: “De tal manera estaba desfigurada su apariencia, que su aspecto no parecía el de un ser humano”. La historia de la pasión confirma esta descripción de Jesús. Los guardas del sumo sacerdote y los soldados romanos lo golpearon, y sin duda, su rostro estaba inflamado y desfigurado. Pilato invitó a la multitud a que lo mirara: “¡Este es el hombre!” (Juan 19:5).

Este hombre clavado a una cruz provocó el espanto para muchos; él no era el líder caracterizado por una buena apariencia que llamara la atención y provocara lealtad.

El versículo 15 presenta la dificultad de dos posibles traducciones, una que aparece como nota al pie de página en la NVI dice: “rociará a muchas naciones” y la otra, que es la que cita nuestra versión Reina Valera, Revisión de 1995: “Así asombrará él a muchas naciones.” Si el verbo en cuestión se traduce por “rociará”, entonces el Siervo purifica a las naciones de la misma manera como el sacerdote rociaba aceite, agua o sangre en los rituales de purificación prescritos en las leyes levíticas (Levítico 4:6; 8:11; 14:7). En ese caso, el propósito del Siervo Sufriente es evidente en este verbo, a saber, purificar al mundo del pecado. Pero si el vocablo se traduce como “asombrará”, entonces el motivo sería poner el énfasis en el asombro de las naciones ante la apariencia del Cristo.

Cualquiera de las dos traducciones puede ser defendida. Sea cual sea la que adoptemos, la razón por la cual los reyes cerrarán la boca resulta clara: “Porque verán lo que nunca les fue contado y entenderán lo que jamás habían oído”. Los reyes contemplan algo absolutamente inusitado en la historia humana e inimaginable por mentes humanas. El evangelio, la obra de Jesucristo, desafía la razón y la experiencia humana, ya que el corazón o intelecto del hombre no puede concebir ese mensaje planeado por Dios de principio a fin. La gracia de Dios para los pecadores por medio del Siervo Sufriente es el deseo y el plan de Dios que sólo puede ser captado por el corazón y la mente de los hombres con la ayuda del Espíritu Santo.

53 ¿Quién ha creído a nuestro anuncio y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?

**² Subirá cual renuevo delante de él,
como raíz de tierra seca.**

**No hay hermosura en él, ni esplendor;
lo veremos, mas sin atractivo alguno para que lo**

apreciemos.

**³ Despreciado y desechado entre los hombres,
varón de dolores, experimentado en sufrimiento;
y como que escondimos de él el rostro,
fue menospreciado y no lo estimamos.**

Mientras los reyes permanecían aturdidos y silenciosos, Isaías vuelve nuestra atención al pueblo escogido de Dios. La pregunta es muy sencilla: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?” El número de creyentes era pequeño en Israel; Pablo comenta de los pocos que había y cita este mismo versículo en Romanos 10:16: “Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: ‘Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?’” El apóstol Juan también se refirió a estas palabras para apoyar su observación.

Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él, para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo:

“Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?”

¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?” (Juan 12:37,38).

La incredulidad confunde a los creyentes. Aquellos que creen y proclaman la verdad no entienden por qué algunos se niegan a creer. Lo mismo ocurrió desgraciadamente en tiempos de Isaías cuya misión, en parte, era la de confirmar a Israel en su incredulidad. El rechazo del evangelio hizo que el trabajo de los apóstoles fuera más arduo, y así sucederá con nuestro testimonio, incluso después de que hayamos proclamado las buenas nuevas tan clara y elocuentemente como podamos. No todos creyeron, ni siquiera ante las hermosas y expresivas palabras de este gran profeta de Dios.

Dios dispuso revelar su poder de una manera diferente a la que esperan los humanos. El Señor revela su brazo: no con relámpagos, ni con terremotos, fuego o viento, como aprendió Elías (1 Reyes 19). El Señor no llevó a cabo su plan de salvación

con: ejércitos, poder, diplomacia de alto nivel, desfiles, fuegos pirotécnicos o bandas de música. El Siervo del Señor vino como Isaías lo describió aquí, nació en un establo, creció en una aldea sin importancia en Galilea: “Subirá cual renuevo... como raíz de tierra seca”. La raíz nos recuerda aquí la anterior profecía de Isaías concerniente a la llegada del Mesías: “Saldrá una vara del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces” (11:1). Uno podría preguntar: ¿será este el “santo brazo” del Señor? Isaías y todas las Escrituras han respondido en más de una ocasión con un resonante: “¡Así es!”

El profeta prosiguió explicando con más detalle que el Siervo del Señor no tenía belleza física que lo destacara como líder. Israel eligió como su primer rey a Saúl de quien las Escrituras dicen era “joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo” (1 Samuel 9:2). Qué contraste con este Siervo, cuyo rostro estaba tan desfigurado por el castigo, que tenía poca semejanza a un hombre (52:14), además de ser despreciado y rechazado. “Le faltaban hombres” como aparece en hebreo; es decir que estaba solo y sin apoyo. La gente prominente no lo buscaba para pedir su consejo ni siquiera buscaban su compañía. El Mesías iba a vivir fuera del círculo: de los ricos, de los famosos y de los poderosos. Basados en este pasaje, algunos de los rabinos de la antigüedad pensaron que el Mesías tendría lepra.

Lutero consideró que este pasaje era una referencia a toda la predicación del evangelio, y la cita del versículo uno en el Nuevo Testamento confirma su opinión. El poder de Dios se basa en las palabras aparentemente débiles del evangelio, pues su predicación no es lo que el ser humano espera. En primer lugar, compartir el poder de Dios mediante palabras le parece necio al corazón pecaminoso. ¿Por qué habría el Dios todopoderoso obrar por ese medio tan insignificante? Sin embargo, su palabra es poderosa. Con ella creó al mundo y continúa siendo poder de Dios en los corazones de los creyentes. En segundo lugar, el contenido del evangelio se opone totalmente a la razón humana; Pablo dijo que

el evangelio es “locura” (1 Corintios 1:18) para los que se están perdiendo. Sin embargo, el apóstol también escribió: “En cambio para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder y sabiduría de Dios” (versículo 24). Jesús es el poderoso brazo de Dios y el evangelio es el mensaje de Cristo. Jehová descubre su poderoso brazo para traer a algunos a la fe, pero lo hace mediante su palabra y los sacramentos. El evangelio en la Palabra y los sacramentos proclama a Cristo crucificado. Pero los creyentes, incluyendo a Isaías, notan con desaliento y frustración que el Siervo del Señor es despreciado y desechado. Como mensajeros suyos que somos, no nos debe sorprender que nosotros, al igual que el evangelio que proclamamos, seamos menospreciados y rechazados. “El discípulo no es más que su maestro” (Mateo 10:24). Esta norma es tan antigua como nuestra pecaminosa naturaleza humana, y si Cristo mismo es menospreciado, ¿qué nos hace pensar que a nosotros, sus siervos, nos irá mejor?

Isaías describió muy bien la vida terrenal de Jesús cuando dijo que iba a ser: varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento y lleno de compasión ante: el dolor, la enfermedad y la pena, que vio durante su ministerio. Él lloró ante la muerte de Lázaro, pero también sufrió en carne propia todo lo que el pecado trajo al mundo, como lo explican los siguientes versículos.

**⁴ Ciertamente llevó él nuestras enfermedades
y sufrió nuestros dolores,
¡pero nosotros lo tuvimos por azotado,
como herido y afligido por Dios!**

**⁵ Mas él fue herido por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados.
Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo,
y por sus llagas fuimos nosotros curados.**

**⁶ Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
cada cual se apartó por su camino;
mas Jehová cargó en él
el pecado de todos nosotros.**



Jesús carga su cruz hacia el Calvario

En estos versículos, que son unos de los más preciosos de las Escrituras, Isaías planteó los sufrimientos vicarios del Siervo del Señor. Sobre este pasaje un comentarista escribió:

Aquí está revelada más claramente que en ninguna otra parte del Antiguo Testamento la esencia misma del plan de redención de Dios... Sobre estos tres versículos descansa la totalidad del evangelio neotestamentario de la justificación por la fe, como lo expone el mismo San Pablo... Estas palabras resumen todo el evangelio del Nuevo Testamento. (Traducido de la obra de August Pieper, *Isaiah II*, pp. 438,439).

Meditemos en estas palabras de Isaías para que llenen nuestras almas y estemos dispuestos a compartir las maravillas de la gracia divina y a llenar las almas de otros. Sin este mensaje de la muerte de Cristo y de su resurrección, no tenemos nada que ofrecerles a los demás, excepto las huecas esperanzas humanas. Pero esta es la palabra de Dios cuyo mensaje consolador y triunfal está destinado para los pecadores de todos los tiempos.

Parte del valor de estos versículos radica en el contraste entre el Siervo del Señor y el pueblo, es decir, entre él y nosotros. El cuarto versículo comienza con el adverbio *ciertamente*, el cual señala un fuerte contraste. En el versículo anterior (3), Isaías había escrito que el Siervo era un varón de dolores que conocía el sufrimiento; ahora el profeta lleva a sus lectores a un camino insospechado, al sufrimiento y al dolor de Cristo que no eran suyos sino nuestros. Él llevó *nuestras* enfermedades. El adverbio "*ciertamente*" aparece primero en este versículo y se convierte en una señal que marca enfáticamente la importante lección de estos versículos. Lo que era nuestro, y de Isaías también, cayó sobre el Siervo; él lo llevó todo. El primer verbo, "*llevó*", amplía la idea de cargar para incluir el peso de la culpa o la deuda del pecado. El Siervo no llevó sus propias transgresiones sino las "nuestras".

La acción del Siervo de Dios no es la que hubiéramos podido esperar. Isaías continúa señalando el contraste cuando comienza la siguiente frase del versículo con el pronombre “*nosotros*”. Él dice que miremos primero al Siervo y que después nos miremos a nosotros mismos. Cuando el profeta nos pide que consideremos nuestra opinión y forma de pensar acerca del Siervo, nos recuerda que todavía estábamos dominados por la teología de la ley, la cual se basa en el principio de “quid pro quo” (una cosa por otra). En otras palabras, las personas pagan o sufren por sus propias malas obras o ganan sus propias recompensas, una idea que se extendía a nuestra relación con Dios. El Siervo sufrió, por tanto concluíamos que debió haber hecho algo para merecer ese trato por parte de Dios. Pensábamos que él había sido “herido y afligido por Dios” por sus propios pecados.

Por medio de Isaías, el Espíritu Santo presenta: lo inesperado, lo inmerecido y lo inimaginable. La teología de la gracia descansa sobre estos versículos como sobre otros muchos. El Siervo sufrió por el pueblo descarriado e impío; la gente malvada no sufrió pero él sí. El versículo 5 prácticamente empieza con el pronombre “*él*”. Jesús pagó por nuestra culpa, que es aquí el significado de la palabra que ha sido traducida como “pecados”.

Las dos palabras: “rebeliones” y “pecados” amplían la idea de “dolores” y “enfermedades” (versículos 3,4). El profeta usa otras palabras para recordarnos que el sufrimiento de Cristo fue muy grande; el Siervo fue “herido por nuestras rebeliones”, herido hasta la muerte. La forma pasiva de este verbo indica que el sufrimiento fue infligido sobre él por otros. Esa es la teología de la gracia, un hombre inocente, el Siervo del Señor, sufrió por los pecados del mundo sustituyendo él mismo a los pecadores. El mensaje del evangelio en estos versículos es consistente con el evangelio de todas las Escrituras y es muy difícil de entender para nuestra mente y corazón impenitentes. Lutero comentó:

Es difícil para la carne: repudiar todos sus recursos,
apartarse del yo y ser llevada a Cristo. Nos

corresponde a nosotros, quienes no hemos merecido nada, abstenernos de la vanagloria de nuestros méritos y simplemente aferrarnos en este mundo a la Palabra, aun cuando no la sintamos. A menos que hayamos sido instruidos por Dios, no lo podremos entender. Por tanto me deleito en este texto cual si fuera un texto del Nuevo Testamento. Esta nueva enseñanza que demuele la justificación de la ley fue claramente algo absurdo para los judíos. Por esa razón los apóstoles necesitaban las Escrituras, *ciertamente él ha llevado nuestros dolores*. Su sufrimiento no fue otra cosa que nuestro pecado. Estas palabras, NUESTRO, DE NOSOTROS, PARA NOSOTROS, deben escribirse en letras de oro. Quien no crea esto no es un cristiano. (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 221)

Incluso si la expiación vicaria de Cristo desafía nuestro entendimiento, continúa siendo la bendita verdad de la Biblia. Por la obra de este Siervo del Señor, recibimos maravillosas bendiciones; no podríamos ganar la paz con Dios ni sanar nuestros pecados a través de la teología de la ley; todo el oro y la plata del universo no podrían comprar esas bendiciones. Todos los mejores esfuerzos del hombre y todas las nobles intenciones no pueden borrar un solo pecado ni ganar la paz con Dios. Ningún ser humano podría cancelar un solo pecaminoso: pensamiento, palabra o acción, sufriendo el castigo merecido. Los delincuentes, por ejemplo, no eliminan la culpa de sus expedientes pasando años en la prisión o ni siquiera por sufrir la pena capital, sino que pagan la sentencia que merecen. Pero Jesús, que es “santo, irreprochable, puro, apartado de los pecadores y exaltado sobre los cielos...él ofreció el sacrificio una sola vez y para siempre cuando se ofreció a sí mismo” (Hebreos 7:26,27) (NVI). Isaías identificó las bendiciones de la obra del Siervo con estas preciosas palabras:

“Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados”. Estas palabras son un maravilloso testimonio de la verdad del evangelio; los pronombres son claros e inconfundibles. La paz y la salud espiritual les vienen a aquellos que no han sufrido y muerto por sus propias maldades; esos dones proceden de aquel que ha sufrido por la culpa de todos. Cada creyente se incluye a él mismo en las expresiones “nuestra” y “nosotros” como hizo Isaías. Mediante el poder del Espíritu Santo, el creyente atesora los “él” y “sus”. Así ha sido y así será, al venir cada pecador a reclamar las bendiciones que nos han sido dadas por el Siervo del Señor y al confesar: “Cristo, nuestro Salvador, entregado por nosotros a la pena y al dolor” (*Culto Cristiano*: 47,1).

La palabra *paz* nos recuerda el mensaje de los enviados del capítulo anterior. Sus pies eran hermosos porque trajeron las buenas nuevas. Isaías escribió que el enviado “trae alegres nuevas... anuncia la paz,... publica salvación” (52:7). El evangelio proclama a Jesús, que murió para pagar el castigo que nuestros pecados merecen y resucitó al tercer día porque había cumplido su misión. La muerte no lo pudo retener ni se puede adueñar de nadie que confíe en él.

Una vez más Isaías llama a sus lectores a considerar su relación con este Siervo del Señor. El versículo 6 comienza con la expresión: “Todos nosotros”. Los humanos somos por naturaleza como ovejas descarriadas, que no se preocupan por su pastor; sin darnos cuenta de la gran victoria que tuvo lugar, ignoramos las bendiciones que ganó para nosotros el Siervo. Vagamos absortos por el camino. ¡Qué trágica imagen de la vida humana! Muchas veces la gente está tan absorta: en sí misma, en sus problemas, en sus gozos y en sus luchas, que no tiene tiempo de pensar en alguien o en algo más. Nuestro mundo moderno parece que quiere estar ocupado para no pensar: en Dios ni en la muerte ni en el pecado. Satanás ha hechizado a muchos para que permanezcan en un estado de negación acerca de los temas de nuestra relación con

Dios y nuestra naturaleza pecadora se convierte en su aliado. Nosotros, y yo estoy incluido en virtud de mi propia carne pecadora, sencillamente no tenemos tiempo para la religión, y si lo tenemos, el concepto de la gracia nos despoja de la autojustificación, así es que mejor lo rechazamos. La predicación de la cruz continúa siendo insensatez y piedra de tropiezo. Seguimos siendo criaturas de la ley, que pretendemos ganar la atención y el favor de Dios por nuestros buenos pensamientos, nuestras buenas acciones e intenciones.

Sin embargo, Dios no nos dejó errar sin propósito a través de esta vida, él actuó para ayudarnos. Nos pudo haber abandonado, incluso debió haberlo hecho, pero no lo hizo. No merecimos la persistencia de Dios en su plan para salvarnos, pero él insistió sin tener en cuenta nuestra tendencia a vagar encerrados en nosotros mismos. Por primera vez desde el versículo uno, nos encontramos otra vez con el nombre especial para Dios, Jehová, el Dios del pacto de la gracia fiel y gratuita. Jehová hizo que los golpes cayeran sobre su Siervo. Estas palabras son el punto final de admiración para la sección y añaden un pensamiento significativo: Los pecados que el Señor depositó sobre su Siervo fueron los de todos nosotros. El apóstol Juan escribió: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de *todo* pecado” (1 Juan 1:7). No podemos pensar que la culpa que Dios puso sobre su Siervo era solamente la de los fieles. El “todos nosotros” del versículo 6 incluyó a Judá y a todos los que leerán estas palabras, ya sea que las crean o no, como sucedió en tiempos de Isaías. El profeta fue enviado para confirmarlos en su incredulidad. La obra del Siervo incluye a los que no creyeron y a los que no creerán. Pablo nos recuerda: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). La expresión “todos nosotros” incluye en las bendiciones de Dios a todos los seres humanos. Al igual que los judíos, los gentiles también creerán en el Señor como repite la profecía de Isaías.

**⁷ Angustiado él, y afligido,
no abrió su boca;
como un cordero fue llevado al matadero;
como una oveja delante de sus trasquiladores,
enmudeció, no abrió su boca.
⁸ Por medio de violencia y de juicio fue quitado;
y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes,
y por la rebelión de mi pueblo fue herido.
⁹ Se dispuso con los impíos su sepultura,
mas con los ricos fue en su muerte.
Aunque nunca hizo maldad
ni hubo engaño en su boca,**

Isaías nos dirige otra vez a Cristo. El Siervo del Señor aceptó su misión sin una sola queja y se ofreció voluntariamente a morir. No podemos más que pensar en la pasión de Cristo y en su silencio delante de sus acusadores. Él no respondió a las preguntas que le hicieron el sumo sacerdote y Pilato; reaccionó ante la injusta y primera bofetada del siervo del sumo sacerdote, pero eso no contradice la verdad de estas palabras. El Señor Jesús sufrió silenciosamente; mientras lo llevaban de la sala del tribunal de Pilato no hizo objeciones ni se resistió. Como le dijo al gobernador romano, sus siervos no combatieron cuerpo a cuerpo con los soldados romanos para rescatarlo de la prisión o de la ejecución. Jesús fue en silencio de Jerusalén al Calvario, a la muerte; sin musitar una palabra; extendió sus manos y sus pies para que fueran clavados; en la cruz y mientras era crucificado, oró a su Padre celestial que nos perdonara, a la vez que se negaba a beber el vino mezclado con mirra como sedante que le ofrecían.

Cuando Isaías comparó al Siervo con un cordero que era llevado al matadero, escogió una imagen que el ciudadano judío podía comprender. Primero, en el antiguo Israel la gente valoraba la riqueza en términos de ganado. Abraham, Isaac y Jacob eran

ganaderos prósperos. Segundo, el sistema sacrificial que Dios designó para su pueblo en el monte Sinaí ponía el énfasis en la muerte de la víctima sacrificada. Los judíos celebraban la Pascua con el sacrificio de un cordero sin mancha de un año (Éxodo 12:1-13). Consideremos en cuantas familias judías entendieron el significado de un cordero mudo ante el que lo inmolaba. En la Pascua, el Templo se llenaba con los que llevaban sus corderos para sacrificarlos ahí. Tercero, muchos judíos en las áreas rurales fuera de Jerusalén: criaban ganado, esquilaban las ovejas para obtener lana y las sacrificaban para aprovechar la carne. Esas humildes personas también conocían de primera mano el significado de lo que escribía Isaías. Así que la imagen resultaba clara para la primitiva audiencia de Isaías y también es clara para nosotros. Cuando Juan el Bautista señaló a Cristo y proclamó: “¡Este es el cordero de Dios!” (Juan 1:29), vinculó este pasaje con el Salvador, así como al sistema expiatorio del Antiguo Testamento, establecido en el monte Sinaí.

El versículo 8 trata de la muerte del Siervo Sufriente. Las autoridades judiciales lo apresaron y nadie pudo detener la ejecución. Al final de este versículo Isaías cita una vez más la razón por la que ocurrió todo esto: el Siervo hizo todo “por la rebelión de mi pueblo”. Aquí vemos reaparecer la palabra “rebelión” para transgresiones usada antes en el versículo 5. Nuestros pecados han sido la causa de estos sufrimientos; cada uno de nuestros pecados se puede considerar como un clavo que atravesó la carne del Salvador o como un latigazo que rasgó su espalda. Cada pecado es un acto de rebelión contra Dios, no es un simple error contra lo que espera la etiqueta o la conducta humana aceptada. Nuestros pecados merecen el severo castigo del Dios justo y santo. El Siervo sufrió todo lo que merecemos nosotros los pecadores. La ley es seguida por el evangelio, y éste encuentra expresión en toda esta sección, especialmente en el reclamo que Dios hace: ellos son “mi pueblo”. El Señor los reclamó por su sola gracia, purificándolos mediante la sangre de su Hijo.

El versículo 9 habla de la sepultura del Siervo. Las autoridades lo juzgaron y lo declararon culpable de muerte; debería ser sometido a la pena capital y así fue. En esos tiempos por lo general un “criminal” de esos debía ser sepultado con otros delincuentes. Sin embargo, Dios tenía otros planes, a pesar de que las autoridades le iban a asignar al Hijo una tumba con otros criminales. Él Siervo era inocente, y después de su muerte no recibió la sepultura común y deshonrosa que estaba reservada para los criminales y para los enemigos del estado. Dios denegó la práctica acostumbrada: el sepulcro del Siervo fue entre los ricos. Esta descripción del Redentor comienza con una nota de triunfo, Isaías escribió: “Será engrandecido y exaltado, será puesto muy en alto” (52:13). Cuando bajaron el cuerpo de Jesús de la cruz, José de Arimatea y Nicodemo le dieron un sepelio digno (Mateo 27:57-60; Juan 19:38-41). Mateo presentó a José como hombre rico (versículo 57).

**¹⁰ Jehová quiso quebrantarlo,
sujetándolo a padecimiento.**

**Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado,
verá descendencia, vivirá por largos días
y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.**

**¹¹ Verá el fruto de la aflicción de su alma
y quedará satisfecho;**

**por su conocimiento justificará
mi siervo justo a muchos,
y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.**

**¹² Por tanto, yo le daré parte con los grandes,
y con los poderosos repartirá el botín;
por cuanto derramó su vida hasta la muerte,
y fue contado con los pecadores,
habiendo él llevado el pecado de muchos
y orado por los transgresores.**

El primer pensamiento que encontramos en el versículo 10 incluye el nombre de Dios, “Jehová”. Todo lo que sufrió el Siervo fue por la voluntad del Dios que se apareció a Moisés y le reveló su nombre de amor y compasión (Éxodo 34:6,7). El Siervo pudo haber sido puesto en las manos de los gobernantes y de los líderes religiosos de Israel, pero el Señor tenía diferentes ideas y él fue quien finalmente las llevó a cabo. La primera parte del versículo no deja lugar a dudas: el Señor quiso quebrantar al Siervo. Lo que hemos leído en los preciosos versículos de todo el capítulo fue lo que Jehová había dispuesto desde la eternidad y había sido desplegado por él a medida que lo ejecutaba; él siempre quiso que fuera así. Él es el Dios del amor: inquebrantable, inmutable y fiel por sus criaturas; su amor lo movió para llevar a cabo este plan en la arena del tiempo y de la historia. Cuando llegó el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo para redimir a los que estaban bajo la ley (Gálatas 4:4,5) de la manera como él lo había planeado y como lo había predicho por medio de sus profetas.

Las palabras que siguen nos ayudan ver el plan de Dios como un plan para que el Siervo Sufriente sea el sustituto de los pecadores. Un sacrificio “en expiación por el pecado” ofrece de manera apropiada algo de valor como recompensa o compensación por algo que el adorador había retenido de Dios. La ofrenda no expía o quita el mal sino más bien compensa por éste; así que el plan del Señor pedía la vida de su Siervo como satisfacción o compensación por la culpa de toda la humanidad. Aquí encontramos de nuevo la expiación vicaria, esta vez desde la perspectiva de Dios en lugar de la nuestra, como en los versículos 4 a 6. El Señor hace de la vida de su Siervo una “expiación por el pecado”, o sea, una ofrenda por la culpa; el Siervo no sólo hace expiación por el pecado sino que deshace el error haciendo una restitución a Dios.

El versículo prosigue para reafirmar el triunfo que se anuncia en 52:13. El Siervo ha sido traspasado y quebrantado y se le ha asignado una tumba; está muerto, “arrancado de la tierra de los

vivientes” (versículo 8). Pero aquí él ve su descendencia. ¿Quiénes son sus descendientes? Los creyentes, los que han sido hechos sus hijos. ¿Cómo puede un hombre muerto ver su descendencia? La respuesta la encontramos en las Escrituras en las que se nos dice que él se levantará de los muertos y que sus días serán prolongados. Leemos una vez más que la misión del Siervo ha sido un éxito: “La voluntad de Jehová será en su mano prosperada.” Nuestra redención es una realidad que Dios planeó y llevó a cabo mediante su Siervo.

Isaías les pidió a sus lectores que miraran este hecho desde la perspectiva de Dios, que estaba satisfecho. Él planeó el rescate de los pecadores e hizo del alma de su único Hijo la ofrenda perfecta por los pecados del mundo. Este sacrificio era suficiente, y por supuesto con maravillosas consecuencias para nosotros los pecadores. Dios dice: “Justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.” ¡Qué maravilloso consuelo para nosotros! El Siervo es: justo, sin pecado e inocente, y concuerda perfectamente con la voluntad y la mente de su Padre Dios. No se ha desviado en ningún punto de la norma de Dios quien declaró a muchos justos o rectos como lo era su Cristo; los absolvió, lo cual es un acto forense como la sentencia de un tribunal. Dios hizo esta declaración sin que importe que sean muchos o pocos los que respondan a ella. Recordemos que Isaías nos hace ver este acto desde la perspectiva divina. Dios lo hizo, y su decreto no depende de ninguna obra humana; al contrario, el suyo es un acto de amor libre e independiente. Los hombres no pueden hacer nada al respecto, como dice Pablo al citar Eclesiastés: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:12). El Justo de Dios ha cambiado eso. Pablo clarifica el acto forense divino:

Porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado.

Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la

justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús (Romanos 3:20-26).

El versículo final, anuncia, también desde la perspectiva divina, la triunfante exaltación del Siervo del Señor que ha logrado una maravillosa victoria. Ha vencido: al pecado, la muerte y el infierno, y con su triunfo viene el botín del conflicto, los resultados de sus esfuerzos. Su obra ha sido tan exitosa que el Señor le otorgará una herencia. Isaías escribe que el Siervo dividirá el botín con los fuertes. Las palabras que se traducen como “grandes” y “poderosos” también pueden significar “numerosos” o “muchos”. La labor del Siervo ha redimido a muchos de la esclavitud del pecado y la muerte. Quienes el Siervo ha salvado con sus sufrimientos y muerte serán su herencia eterna al reclamarnos como suyos por su obra. Una vez más Isaías repite la razón: El Siervo derramó su vida hasta la muerte y fue contado con los pecadores. Jesús, como el Gran Sumo Sacerdote, se sacrificó a él mismo por los pecados del pueblo y todavía intercede por ellos ante el trono de gracia del Padre celestial.

El alma encuentra grandes tesoros en estas palabras que escribió Lutero:

Seríamos gente bendecida si pudiéramos creer este excelentísimo texto el cual debe ser magnificado. Desearía que éste fuese honrado en la iglesia, de

manera que pudiéramos acostumbrarnos a estudiarlo cuidadosamente, para que nos conduzca a ver a Cristo como Aquel que lleva sobre él la carga de nuestros pecados. Esta imagen es un consuelo para el afligido (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 232).

Yo soy uno de los transgresores por quienes el Siervo ha sufrido y ha dado su vida, y también lo es todo el que lee o escucha estas palabras. Dios ha hecho todo para reconciliarnos con él, nos ha redimido por su gracia al no haber otra manera de estar en paz con él. Todos los que creen reciben las bendiciones de Dios, pero los que no creen rechazan todo lo que Dios ha hecho, y deciden que tienen una mejor manera de quitar el pecado y obtener el perdón, lo cual es arrogancia; tienen que sufrir el castigo por rechazar lo único que los puede salvar.

El capítulo 53 ocupa una posición central en la segunda parte de la profecía de Isaías. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, el profeta nos ha guiado a este muy importante capítulo. Isaías ha organizado cuidadosamente su material de manera que llegamos aquí con el entendimiento de que el Gran Siervo del Señor va a sufrir y a morir por los pecados de su pueblo y que saldrá victorioso en el logro de su propósito. Este Siervo no podía ser Ciro, porque él no podría sufrir y morir por los pecados del pueblo de Dios. Ciro apareció en los capítulos iniciales de esta sección pero ha desaparecido desde entonces; fue un libertador, un siervo, pero su función estaba limitada a liberar al pueblo de Dios de la cautividad en Babilonia y la última vez que se le menciona es en el capítulo 45, versículo 13, cuando los judíos todavía no habían pasado por: el exilio, el cautiverio y el regreso. Isaías también ha dejado atrás a Babilonia; la última vez que el profeta mencionó a esa ciudad fue en 48:20: “¡Salid de Babilonia! ¡Huid de entre los caldeos!” El hijo de Amoz ha estado señalando al futuro, a una liberación mucho mayor, la del Gran Siervo quien libera del pecado y de la muerte.

Este Gran Siervo no es otro que Jesucristo. Pero aunque esta interpretación es muy clara para nosotros, ha sido cuestionada muchas veces y seguirá siendo desafiada y criticada. Algunos dicen que el siervo mencionado es Israel o el pueblo de Dios, quizás lo mejor de ellos, los fieles; pero esa interpretación no toma en cuenta el hecho de que Isaías dice que el siervo es una persona individual, por ejemplo cuando lo llama “varón de dolores” (53:3). Además, la nación de Israel, incluso sus más virtuosos y más fieles ciudadanos, no podía sufrir como un sustituto para ellos mismos ni incluso para los peores y más infieles del pueblo de Dios; eso habría hecho que la liberación dependiera del esfuerzo o el sufrimiento humano –idea que va en contra de muchos y muy claros pasajes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. La liberación del pecado y la muerte es un don de la gracia de Dios; viene de él únicamente pese a la rebelión y al pecado de la humanidad.

Cuando identificamos al Siervo como Jesucristo, estamos unificando las Escrituras. Dios nos prometió la liberación desde el jardín del Edén; ese pasaje era parte de las Escrituras hebreas en la época de Isaías. En Génesis Dios prometió que alguien iba a venir a aplastar la cabeza de Satanás. ¿Quién sería esa persona? Isaías da una clara respuesta: El Siervo del Señor. Las promesas que Dios le hizo a Abraham daban como un hecho la venida del gran descendiente. Dios le dijo a David que sobre su trono se iba a sentar uno cuyo reino perdurará para siempre. Así como todo el Antiguo Testamento apuntó hacia la llegada del gran Mesías, el profeta señala desde el comienzo mismo de su profecía hacia su llegada y su obra. Isaías lo identifica como el hijo de una virgen, Emmanuel, el Hijo de Dios que será: “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz” (9:6).

En el capítulo 53 Isaías explica con mayor claridad y elocuencia la gran obra del Siervo del Señor, que sufrirá por los pecadores para que ellos puedan ser: perdonados, sanado e incorporados al eterno reino de gozo de Dios. El Nuevo

Testamento usa esos pasajes como claras referencias a Jesús. ¿Quién no estará de acuerdo con los escritores del Nuevo Testamento y con la inspiración divina?

Sin embargo, algunos no ven aquí a Jesús, lo que ven es la redención política del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Esa interpretación ve el cumplimiento de este capítulo en el regreso del pueblo de Dios del exilio que ellos habían causado por sus propios pecados. Para los que sólo ven el regreso de los judíos de la cautividad, estos pasajes no se extienden a la cruz del Calvario. Pero esa interpretación no capta la razón de sus sufrimientos por “nuestras rebeliones” y “nuestros pecados”. El propio Isaías se incluyó en la obra del Siervo al usar el pronombre personal “nuestros”. El Justo de Dios no es un libertador político sino el libertador espiritual, el Redentor del pecado. Eso también concuerda con las promesas que le hizo Dios a su pueblo del Antiguo Testamento. Por ejemplo, el libertador que fue prometido en el huerto de Edén fue un libertador espiritual, alguien a quien Dios prometió enviar para destruir el mal, y al padre de todo mal, al diablo. Adán y Eva no eran una nación que necesitara restauración y reconstrucción; ellos eran pecadores que habían desobedecido a Dios y que necesitaban el consuelo del perdón de Dios y de su amor; él se los dio cuando les prometió enviar el Salvador.

El profeta de Dios aporta aún más detalles en los siguientes versículos. Isaías ha identificado al Siervo del Señor y ha bosquejado su obra sin detenerse en este importante y significativo punto. Los capítulos restantes están igualmente diseñados cuidadosamente para ayudarnos a entender las bendiciones que Dios ha reservado para su pueblo fiel por causa de la obra de su Siervo. En los capítulos siguientes, Isaías volverá nuestra atención al pueblo fiel, a la Iglesia, que es la asamblea de todos los que reconocen a Cristo como el Mesías.

El Señor promete glorificar a su pueblo

54 «¡Regocíjate, estéril,
la que no daba a luz!
¡Eleva una canción y da voces de júbilo,
la que nunca estuvo de parto!,
porque más son los hijos de la desamparada
que los de la casada»,
ha dicho Jehová.

² «Ensancha el sitio de tu tienda
y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas;
no seas apocada;
alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas.

³ Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano
izquierda;
tu descendencia heredará naciones
y habitará las ciudades assoladas.

⁴ No temas, pues no serás confundida;
no te avergüences, porque no serás afrentada,
sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud
y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria.

⁵ Porque tu marido es tu Hacedor
("Jehová de los ejércitos" es su nombre).
Él es tu Redentor, el Santo de Israel,
el que será llamado "Dios de toda la tierra."

El Siervo triunfará como Isaías había escrito de él: "He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, será puesto muy en alto" (52:13). Estas palabras aparecieron al comienzo mismo del gran pasaje acerca del sufrimiento del Siervo del Señor. Casi al final de esa sección Isaías registró las palabras de Dios: "La voluntad de Jehová será en su mano prosperada" (53:10). Aunque la obra del Siervo iba a ser muy difícil y muy dolorosa, terminará exitosamente. Isaías nos dirige ahora a los resultados de la obra del Mesías.

El pueblo es descrito como una mujer “estéril”. Nos pudiéramos imaginar a los exiliados que regresaron a Jerusalén después de 70 años de esclavitud como una asamblea de refugiados andrajosos. “Estéril” podría ser la expresión que bien describe al remanente que regresó de Babilonia. Pero Dios había reservado grandes cosas para ese pueblo. Por causa de la obra del Siervo, muchos iban a ser añadidos a su número. Al pueblo de Dios del Antiguo Testamento se le anima a ampliar sus tiendas para acomodar el incremento. El nuevo período de su historia iba a ser una época de expansión.

Estos versículos se fundamentan en ideas que Isaías había expresado con anterioridad. Primero, Dios dijo que su pueblo era como una mujer infiel y se identificó a él mismo como el esposo. En el capítulo 49, los israelitas se preguntaron si su Dios los había abandonado y, en el capítulo siguiente, Dios les había pedido que le mostraran el certificado de divorcio. Pero no tenían ese certificado porque él no los había abandonado. El exilio fue por causa de sus propios pecados. Dios dijo: “Por vuestras rebeldías fue repudiada vuestra madre” (50:1). ¡Pero qué cambio ha tenido lugar! La mujer y su esposo se han reconciliado. Ella había sido estéril y había estado desolada, pero ahora es redimida y regresada de su exilio. Dios ha expiado la infidelidad de su rebelde y perversa mujer y se ha reconciliado con ella. El Siervo ha llevado a cabo su obra. Será útil que también recordemos esta metáfora en la siguiente sección. Quisiéramos destacar lo muy cuidadosamente que ha dispuesto Isaías estos capítulos, que constituyen una unidad en la que el pensamiento fluye de una sección a la siguiente.

Segundo, el capítulo se extiende sobre el tema de los hijos y la descendencia que Isaías había introducido al final del capítulo anterior. El Siervo verá su descendencia (53:10). Aquí éstos vienen a ser parte del pueblo de Dios; son tantos, que las tiendas de la iglesia, es decir, del pueblo de Dios, tienen que ser agrandadas. El resultado de la obra del Señor es el crecimiento. Todo el que cree en el Mesías acude a su tienda y se hace parte de su nación. De

este modo Isaías nos lleva al Pentecostés y a la expansión de la iglesia del Nuevo Testamento. Dios nos incluye entre ellos y ha agrandado la tienda para acomodarnos bajo la protección y el cuidado de nuestro esposo celestial. Recordemos que Pablo hace uso de esta metáfora: Cristo es el esposo y los creyentes, o sea la iglesia, son su novia (Efesios 5:22-33).

Además del aumento, los fieles tienen otra bendición por causa de la obra del Siervo. Dios les asegura: “No temas, pues no serás confundida” (versículo 4). El pueblo de Dios ha sido redimido y rescatado de las consecuencias de sus pecados. No deben temer sino descansar en el inmerecido e inmutable amor de Dios. El Señor establece la razón por la cual no deben temer: Él es su Hacedor y su Redentor. Y como estos fieles están bajo la protección del Señor todopoderoso de toda la tierra, nada les puede hacer daño. Como escribió el apóstol Pablo:

Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros (Romanos 8:31-34).

**⁶ Porque como a una mujer abandonada y triste de espíritu
te llamó Jehová,
como a la esposa de la juventud
que es repudiada,
dice el Dios tuyo.**

**⁷ “Por un breve momento te abandoné,
pero te recogeré con grandes misericordias.**

⁸ Con un poco de ira

**escondí mi rostro de ti por un momento;
pero con misericordia eterna tendré compasión de ti”»,
dice Jehová, tu Redentor.**

**⁹ «Porque esto me será como en los días de Noé,
cuando juré que nunca más las aguas de Noé
pasarían sobre la tierra.**

**Asimismo he jurado que no me enojaré contra ti
ni te reñiré.**

**¹⁰ Porque los montes se moverán
y los collados temblarán,
pero no se apartará de ti mi misericordia
ni el pacto de mi paz se romperá»,
dice Jehová, el que tiene misericordia de ti.**

El Señor recapituló la historia de su pueblo del Antiguo Testamento empleando la metáfora de una esposa infiel y su leal esposo. Es muy interesante que Dios resuma toda la historia del Antiguo Testamento sólo con este vívido y corto pasaje. El Señor se había casado con su pueblo siglos atrás; podríamos considerar que las promesas que Dios les hizo a: Abraham, Isaac y Jacob fueron el compromiso. Una vez que el pueblo hubo crecido en fuerza y número, Dios se desposó con ellos, los sacó de Egipto y los reclamó como suyos; les dio a ellos y a sus descendientes una tierra que fluye de leche y miel. Israel fue el amor de Dios, como una joven y hermosa mujer sería el amor de la vida de su esposo. Pero durante siglos, Israel se había mostrado como una esposa infiel; había cometido adulterio espiritual adorando otros dioses. Dios le advirtió a su esposa adúltera cuáles eran las consecuencias de su rebelión y de la infidelidad. Por último, como un esposo fiel, Dios se había separado de su esposa infiel: “Por un breve momento te abandoné”. La profecía de Isaías predijo el exilio y la cautividad para ella. La acción de Dios fue justa y adecuada; él había amado y cuidado fielmente a su esposa y había cuidado de ella, pero ella se había apartado de él, había menospreciado su amor y había

rechazado sus repetidas advertencias. Él no tuvo otro remedio que enviarla al exilio.

Todo eso apareció como un hecho pasado ante los ojos del profeta, aunque parte de la profecía estaba aún por cumplirse en el momento en que Isaías escribió estas palabras. Aunque la acción de Dios en contra de su pueblo era muy justa, en realidad lo motivó una emoción mucho más fuerte; Dios actuó con “misericordia eterna” y “compasión”. Su amor es: más profundo, más ancho, más alto y más grande de lo que los humanos pudiéramos esperar, pues ¿qué amor puede haber más grande que el que Dios enviara a su único Hijo a redimir al mundo? Él no lo envió cuando su pueblo era bueno y fiel sino cuando era rebelde e infiel. En estos versículos encontramos otro contraste; la aflicción que soporta el pueblo escogido es breve, mientras que el amor de Dios es infinito y su misericordia es “eterna”.

Dios les recordó a sus escogidos que su amor no es solamente: profundo, ancho, alto y grande; también es permanente. Para enfatizar este punto, mencionó el juramento que hizo después del diluvio. Cuando Noé y su familia salieron del arca, Dios juró que nunca más volverá a destruir la tierra de la manera como lo había hecho (Génesis 8,9). Esa antigua promesa de Dios resuena en la que Dios hace aquí: “He jurado que no me enojaré contra ti ni te reñiré”. La promesa de Dios es firme e inalterable. Por la obra de Jesús, el Siervo del Señor, Dios ha prometido velar por su pueblo y que todas las cosas obrarán para el bien de los que lo aman. Sus escogidos confían en su cariño constante y verdadero.

El Señor pone de relieve su fiel amor con una comparación. Lo más inmutable y duradero que conocemos sobre la tierra son las montañas, que permanecen de generación en generación. Puede que el monte Everest tenga hoy día un nombre distinto del que tuvo en tiempos de Isaías, pero ha seguido siendo el mismo monte hasta nuestra época. Incluso si éste, o cualquier otro monte, pudiera ser sacudido y quitado, el amor de Dios no puede cambiar.

El amor de Dios es un amor profundo y constante que tiene compasión “de ti”. Su pueblo es el objeto de su amor y de su compasión; de su amor fluye: nuestro consuelo, nuestra paz y nuestra confianza, sin que importe lo que pueda deparar el futuro.

Cuando Dios hizo un pacto con Noé después del diluvio, puso el arco iris en las nubes como señal del pacto de paz que él le prometió a Noé y a todos sus descendientes. Isaías predijo un convenio de paz mucho mayor, la paz entre Dios y sus creyentes; la señal de ese pacto es la obra del Siervo que se describe en el capítulo 53. En términos del Nuevo Testamento, la señal de ese acuerdo es el sufrimiento y la muerte de Jesucristo. Por la obra de nuestro Redentor, tenemos paz con Dios; la paz que Jesús ha establecido entre Dios y el pecador sigue siendo segura y cierta porque Dios no cambiará de parecer. Los que confían en Dios y en lo que él ha hecho para redimir a la humanidad están cubiertos por su convenio de paz; nada cambiará en toda la eternidad este pacto, porque nada puede cambiar la profunda y eterna compasión que Dios tiene por su pueblo. Todos los creyentes de todos los tiempos están incluidos, usted y yo también lo estamos. Este pasaje es uno de los más hermosos y consoladores que Dios ha registrado por medio de sus inspirados servidores.

**¹¹ «¡Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo!
He aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco
y sobre zafiros te fundaré.**

**¹² Tus ventanas haré de piedras preciosas;
tus puertas, de piedras de carbunco,
y toda tu muralla, de piedras preciosas.**

**¹³ Todos tus hijos serán enseñados por Jehová,
y se multiplicará la paz de tus hijos.**

**¹⁴ Con justicia serás adornada;
estarás lejos de la opresión, porque no temerás,
y lejos del temor, porque no se acercará a ti.**

**¹⁵ Si alguno conspira contra ti, lo hará sin mi apoyo.
El que contra ti conspira, delante de ti caerá.**

**16 Yo hice al herrero que sopla las ascuas en el fuego
y saca la herramienta para su obra;
y también yo he creado al destructor para que destruya.**

**17 Ninguna arma forjada contra ti,
prosperará,
y tú condenarás toda lengua que se levante contra ti en el
juicio.**

**Ésta es la herencia de los siervos de Jehová:
su salvación de mí vendrá»,
dice Jehová.**

El Señor proclamó su perenne piedad para alentar a su pueblo que muchas veces se ve confrontado con problemas y pruebas. El versículo 11 nos recuerda que somos afligidos, como una ciudad “fatigada con tempestad, sin consuelo”. Pero los creyentes andan por fe y no por vista, como dice el escritor de Hebreos. Los fieles son como su padre Abraham que vivió “como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena... Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (11:9,10).

La descripción de la ciudad nos trae a la memoria la ciudad que contempló Juan en una visión en la Isla de Patmos (Apocalipsis 21:9-27). Las turquesas, los zafiros, los rubíes, las refulgentes joyas, y las piedras preciosas, comunican la increíble belleza y el incalculable valor de la ciudad que Dios ha preparado para los que lo aman. Algunos de estos términos en el idioma hebreo son difíciles, pero la impresión que dejan las palabras es inconfundible. El Señor cambiará el futuro de su pueblo: asediado, afligido y golpeado; los edificará en una hermosa y gloriosa ciudad.

Esa ciudad está todavía en el futuro, y Dios ha prometido que los hijos y los descendientes de los que lean la profecía de Isaías disfrutarán de esa ciudad. Para el pueblo de Dios esa promesa está en el futuro; cuando

las promesas de Dios se hayan llevado a cabo y ya no estén en el futuro, el cumplimiento será más glorioso de lo que las palabras que hemos atesorado puedan describir. Mientras esperamos, Dios fortalece a quienes creen su mensaje.

Por la obra del Siervo de Dios, los creyentes tienen gran paz, la paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7; Colosenses 3:15), y disfrutan de esta paz porque el Señor mismo se las ha enseñado. La siguiente frase nos recuerda que el fundamento de la nación, o ciudad, es la justicia de Dios, su intensa determinación de salvar a su pueblo. Él ha declarado justos a los que habitan en ella. El Siervo de Dios ha justificado a muchos (53:11), y están incluidos en ese lugar de paz fundado sobre la justicia divina.

Esta gloriosa ciudad descansa segura porque está bajo la protección de Jehová de los ejércitos. Su inquebrantable amor y compasión por su pueblo no permitirá: tiranía, terror o ataque. Su pueblo estará protegido en toda forma posible.

Los últimos dos versículos de este capítulo nos recuerdan que Jehová controla todas las cosas; hasta los enemigos del pueblo de Dios están bajo el control del todopoderoso Señor. Puede parecer que un herrero obra con completa independencia de Dios, puede parecer que es libre de forjar armas destinadas para atacar al pueblo escogido, pero no es así; Dios también controla la actividad del herrero y evitará la formación de cualquier plan o arma que pueda destruir o le pueda hacer daño a su pueblo. Sin embargo, de vez en vez en este mundo de aflicción y tormento, los hijos de Dios sufren problemas y dificultades cuando sus enemigos los persiguen y los matan. Podríamos preguntarnos ¿por qué Dios no impide que el desastre caiga sobre el mundo y sobre su pueblo?, pero la respuesta sigue estando más allá de nuestra comprensión. Dios ha revelado mucho acerca de él mismo, pero aún hay mucho que desconocemos respecto de él. Somos humanos de limitado entendimiento y percepción, en cambio Dios no tiene esos límites.

A veces tenemos que confesar con Isaías: “Verdaderamente tú eres el Dios que te ocultas, Dios de Israel, que salvas” (45:15).

Pero, sin que importen las circunstancias, podemos estar seguros que el pueblo de Dios está siempre bajo el cuidado de su Hacedor y Redentor. Él hará que hasta las peores cosas que soportamos sean para nuestro beneficio. Las últimas palabras del capítulo son como enfáticos signos de admiración, pues todo descansa en Jehová, el Señor, que así lo declara. Puesto que su palabra creó al mundo de la nada (Génesis 1), sus promesas así mismo son seguras y ciertas.

El Señor invita a todos a venir a él

55 «¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas!

Aunque no tengáis dinero, ¡venid,
comprad y comed!

¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar, vino y leche!

² ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan
y vuestro trabajo en lo que no sacia?

¡Oídmе atentamente: comed de lo mejor
y se deleitará vuestra alma con manjares!

³ Inclínad vuestro oído y venid a mí;
escuchad y vivirá vuestra alma.

Haré con vosotros un pacto eterno,
las misericordias firmes a David.

⁴ He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos,
por jefe y por maestro a las naciones.

⁵ He aquí, llamarás a gente que no conociste
y gentes que no te conocieron correrán a ti
por causa de Jehová, tu Dios,
y del Santo de Israel, que te ha honrado.

Considerando que el Siervo del Señor hará como Isaías describió en el capítulo 53, y la gloria que Dios le prometió a su pueblo escogido, este capítulo extiende la misericordiosa invitación de Dios a venir a él. El primer versículo proclama el don mediante esta serie de palabras: “Venid,...Venid,...venid, comprad sin dinero y sin pagar...” La apremiante invitación está dirigida a “todos los sedientos”, es decir, a la humanidad entera, no sólo a su pueblo del Antiguo Testamento. Toda ella necesita desesperadamente las bendiciones divinas. Así como Jesús invitó a “todos los que estáis trabajados y cargados” (Mateo 11:28), así Jehová invita a “todos los sedientos”. El pecado y la muerte fatigan y hacen la vida muy pesada aquí en la tierra, por eso tenemos sed de las bendiciones de Dios.

Para ayudarnos a captar la invitación, tratemos de imaginar la escena de un antiguo mercado donde los comerciantes tienen puestas sus mesas y sus toldos y les gritan a los que pasan pregonando sus productos. Dios es como uno de esos vendedores, pero sus productos en nada se parecen a: vegetales, carne, agua, leche o vino. Él tiene bendiciones espirituales para dispensarles a todos, y tiene un ferviente deseo de compartirlos con ellos. No sólo los productos de Dios son diferentes sino también son gratuitos. Esta maravillosa invitación habla claramente de la gracia de Dios ya que nadie le puede ofrecer nada a cambio de sus bendiciones. En este versículo Dios hace énfasis en tres oportunidades en que lo que él ofrece es gratuito.

La segunda parte de la invitación que hace Dios pregunta ¿por qué la gente gasta tanto esfuerzo y dinero para adquirir cosas que no satisfacen sus almas? Muchos le dedican toda su atención a las cosas de esta vida. Hombres y mujeres se esfuerzan por las cosas buenas de la vida y gastan una gran cantidad de dinero y de esfuerzo para adquirirlas, preservando las que han adquirido y trabajando para adquirir más. Pero nada de lo que este mundo pueda ofrecer satisface en realidad; todo eso simplemente “no es pan”, es decir, no es el pan de vida. Sin las bendiciones de la gracia de Dios, todos los humanos terminan la vida como el rico

insensato; él tenía abundancia de bienes terrenales pero cuando se enfrentó a Dios no tenía nada (Lucas 12:13-21).

No nos atrevamos a olvidar que los seres humanos abrigan por naturaleza la inclinación natural a comprar los dones de Dios con sus propios esfuerzos. Pero los dones de Dios no se ganan, porque son regalos comprados “sin dinero”. Dios nos llama a apartarnos de cualquier esfuerzo para ganar lo que solo él puede dar. El apóstol Pablo lo expresó bellamente, así: “porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2:8,9). ¿Qué contribución humana se puede colocar en la balanza de Dios que pese lo suficiente para comprar el perdón y la vida eterna? De nuevo vemos la escena del mercado en el que el vendedor pone el esfuerzo y las posesiones humanas en una balanza. Pero todo el oro y la plata del mundo, así como todos los esfuerzos y todos los más grandes pensamientos humanos no pueden mover o hacer que oscile el indicador de la balanza. Sólo la obra del Siervo del Señor, que fue “molido por nuestros pecados” (53:5), puede adquirir los dones que Dios por gracia les ofrece a todos. Los seres humanos serían vanos y necios si pensaran que le pueden ofrecer lo suficiente al Señor por tan invaluable dones.

Dios nos anima para que nos apropiemos de sus misericordiosas bendiciones y nos sugiere un método inesperado para obtenerlas: “Oídme atentamente”. La idea de escuchar en el mercado pudiera sugerir que Dios nos dice que le debemos prestar atención especial a lo que él ha hecho. El contraste está nuevamente entre la gracia y las obras. Al escuchar comemos lo que es bueno y satisfacemos nuestras almas con la más suntuosa comida, siendo ésta la misma palabra de Dios. El resto del capítulo habla de la importancia de la Palabra, pero aquí la debemos destacar porque ella nos anima a escuchar con gran cuidado. Dios nos llama mediante el evangelio, o sea su palabra, que a algunos les parece tan insignificante pero que es la manera como Dios se comunica con sus criaturas. Escuchémoslo para que nuestras almas vivan por el profundo milagro de la gracia. Aunque se pudiera

esperar que tengamos que hacer algo grande y magnífico para Dios, él dice sencillamente: “Oídmeme atentamente”. Cuando nos sentamos quieta y reposadamente en adoración a Dios, escuchamos su bendito mensaje. Muy a menudo pensamos que tenemos mil cosas más importantes que hacer, pero aquí Dios dice que no tenemos nada más importante para hacer en toda la eternidad que escucharle. Cuando nuestra carne pecadora se queja de la sencilla y a veces deslucida proclamación de la palabra de Dios, debemos recordar que él obra en nuestro corazón a través de ella. Él no ha prometido que va a obrar de otra manera para satisfacer las profundas necesidades espirituales que tenemos.

El Señor enfatiza aún más su amor cuando dice que él hace un pacto eterno con nosotros, nosotros no lo hacemos, él lo hace. Para los lectores de la profecía de Isaías del Antiguo Testamento, esas palabras señalaban la venida del Mesías. Todo esto es gracia y, para que no perdamos de vista este ofrecimiento, Dios nos dice que su pacto proviene de su fiel amor prometido a David; Dios prometió que el Mesías vendría de su linaje (2 Samuel 7:11-16). Dios no estaba obligado a hacer esa promesa pero la hizo por el inmerecido amor para con nosotros; y una vez hecha la promesa, iba a ser fiel para hacerla cumplir al pie de la letra. Sus promesas no son como las de los humanos; las promesas de Dios son eternamente ciertas.

Cristo, el Hijo de David, completa el cuadro del rey judío como líder y testigo; Cristo es el más grande Hijo de David, y él es el testimonio a las naciones del amor inmerecido de Dios. Aquí la idea de dar testimonio lleva consigo la idea de la proclamación y señala el oficio del Mesías como profeta. Los términos *jefe* y *maestro* de este versículo nos recuerdan que el Mesías también es el Rey. El evangelio anuncia el injustificado amor de Dios por los pecadores en Cristo Jesús. La palabra de Dios se introduce de nuevo en este texto, y el Hijo permanece como el centro de esa Palabra. Toda la Escrituras lo señala a él.

El Mesías vino del cielo y, como le dijo Jesús a Nicodemo, él debía ser levantado para que “todo aquel que en él cree no se

pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:15). Jesús reinará sobre más que el remanente de los judíos que regresaron de Babilonia; las naciones vendrán a él, los extranjeros que no conocían todas las profecías del Antiguo Testamento; esos extranjeros serán llevados a formar parte del redil del pueblo de Dios. Las palabras del evangelio los atraerán y harán que se apresuren al Mesías y a todas las promesas de Dios.

¿Qué quiere decir el Señor cuando le dice al Mesías: “llamarás a gente que no conociste”? Como el Salvador es el Siervo especial de Dios y es también Dios en forma humana, es decir Emanuel, o sea, Dios con nosotros, ¿cómo es que el Mesías no conocía a esas gentes? Cuando Dios nos dice que el Mesías no las conocía como su propio pueblo, nos está indicando que eran extraños y extranjeros y fuera del círculo de Israel y de Judá. Pero incluso esos extraños serían convertidos al evangelio e incluidos en la asamblea de creyentes de Dios.

**6»¡Buscad a Jehová mientras puede ser hallado,
llamadle en tanto que está cercano!**

**7 Deje el impío su camino
y el hombre inicuo sus pensamientos,
y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia,
al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.**

Estos dos versículos integran el resto del capítulo, pero nos detenemos aquí para llamar la atención a dos ideas. La primera implica la invitación a buscar al Señor. La invitación del evangelio motiva a los hombres y a las mujeres a buscar al Señor, porque ellos no tienen la capacidad natural para volverse por ellos mismos a Dios. Lutero escribió: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, o acercarme a él” (Catecismo Menor, Explicación del Artículo Tercero). Los humanos sólo pueden hallar a Dios mientras el evangelio sea proclamado; él viene en el evangelio. Sin embargo, Dios en ocasiones retira su evangelio. El propio Jesús se apartó de quienes

se opusieron abiertamente a él; su retiro significó un severo juicio sobre ellos, porque su ausencia les quitaba la oportunidad para el arrepentimiento. En sus viajes misioneros, el apóstol Pablo visitaba primero la sinagoga judía para compartir el evangelio, pero cuando había oposición se alejaba y se iba a los gentiles. Dios exhorta a los pecadores para que lo busquen antes de que el rechazo lo motive a él a abandonarlos a su suerte.

El segundo pensamiento tiene que ver una vez más con la gracia. El profeta exhorta a los pecadores para que se aparten de sus inicuos caminos y se vuelvan a Dios. El final del versículo 7 es de gran consuelo para el pecador, el Señor promete que va a tener misericordia del pecador y que lo perdonará gratuitamente. Las palabras ofrecen la preciosísima joya del perdón para que la tomen las sucias y manchadas manos de cada pecador. ¡Qué consuelo para todos nosotros! Dios nos mira tiernamente y por amor a Cristo nos perdona. Estos pensamientos destacan el pacto eterno y el fiel amor del versículo 3.

⁸ Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos», dice Jehová.

⁹ «Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos, más que vuestros pensamientos

El vínculo que conecta a los versículos precedentes con éstos son las palabras *pensamientos* y *caminos*. Dios habla de nuevo y declara la superioridad de sus pensamientos sobre los de todos y cada uno de los humanos; los caminos y los pensamientos de los humanos son malvados y perversos por naturaleza. Moisés escribió: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal” (Génesis 6:5). Nada ha cambiado durante los siglos. Jesús dijo: “Porque del corazón salen los malos

pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19).

Además del problema del pecado, los pensamientos y los caminos del hombre están limitados por: el tiempo, el espacio y otros factores. Incluso los impíos pueden entender este principio. Los incrédulos a menudo enfrentan desafíos a su entendimiento, pero este texto nos lleva más a lo profundo de la diferencia entre Dios y el hombre. La perversidad de nuestra condición natural lucha contra Dios, y por lo mismo, todos los pensamientos que fluyen de nosotros en nada se parecen a los de Dios. Los pensadores más eruditos de todas las épocas son incapaces de alcanzar los altos y majestuosos caminos de Dios o entenderlo. Dejado a sí mismo, y sin la Palabra, ningún ser humano puede imaginar que Dios enviaría el Salvador para morir por pecadores indignos. La gracia divina continúa siendo un misterio para la investigación y la inteligencia humana. Sin embargo Dios muestra su misericordia en su Palabra, como vamos a aprender en los siguientes versículos.

La manera en que Dios obra en el corazón del hombre también está más allá de la comprensión humana. Dios obra el milagro de la conversión por medio del evangelio, las sencillas palabras que anuncian el perdón y la vida mediante Cristo. La Palabra es poderosa y es el único medio que Dios usa en su trato con los hombres. Sin embargo las palabras parecen muy débiles e ineficaces, sólo sonidos que viajan por el aire a un oído, o series de caracteres escritos en una página y que son percibidos por los ojos. Pero los caminos de Dios son más altos que los nuestros; el camino de Dios obra por medio de las palabras del evangelio, no sólo para convertir a los pecadores, sino para fortalecerlos y para preservar su fe contra las muchas tentaciones y distracciones de esta vida. Las sencillas palabras que anuncian el amor de Dios por los pecadores tienen más poder que todos los caminos y todos los pensamientos humanos, porque la Palabra de Dios cambia el corazón y ofrece vida y perdón a todos los creyentes.

**¹⁰ »Porque como desciende de los cielos la lluvia y la
nieve,
y no vuelve allá, sino que riega la tierra
y la hace germinar y producir,
y da semilla al que siembra
y pan al que come,
¹¹ así será mi palabra que sale de mi boca:
no volverá a mí vacía,
sino que hará lo que yo quiero
y será prosperada en aquello para lo cual la envié.**

Dios hace contacto con los pecadores por medio de su Palabra; la Palabra viene de Dios, él es el autor, y la envía al pecador a través del tiempo y del espacio. En estos versículos Dios nos asegura que su Palabra es efectiva y poderosa porque sale de *su* boca y regresa a él. El escritor de Hebreos dice: “La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (4:12).

Decimos también que la Palabra es verdad porque viene de Dios; él dio su Palabra por inspiración, y su Palabra no puede mentir porque Dios no puede mentir. Cuando leemos las palabras que escribió Isaías, podemos estar absolutamente seguros que en verdad son palabras de Dios. A través de toda la profecía, Isaías hizo notar que lo que él escribió le había sido revelado y que había recibido esa revelación de Dios (por ejemplo: 1:1; 2:1; 5:9; 6:1; 8:11). Jeremías y los otros profetas hacen la misma afirmación. El apóstol Pablo escribió: “De estas cosas hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2:13). Y Pedro resumió los siglos de la proclamación divina al recordarnos: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Isaías nos introduce a una preciosa verdad concerniente a la palabra de Dios. A través de su profeta, Dios nos dice cómo obra su Palabra. De manera clara y sencilla, Dios presenta una impresionante comparación. Su palabra es como la lluvia y la nieve que vienen del cielo; cuando caen la lluvia y la nieve, mojan la tierra haciendo que reverdezca y florezca. Cuando la palabra de Dios viene a los pecadores, también obra, como Pablo le dijo a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16,17). Dios también puede usar sus pronunciamientos para traer juicio; Isaías tuvo la difícil tarea de proclamar la palabra de Dios y observar cómo hacía que se endurecieran los corazones de sus oyentes y se embotaran sus oídos (6:9,10). Sin embargo, en esta sección, el gran éxito de la palabra de Dios es convertir a las naciones y traerlas a él.

El Todopoderoso ha prometido obrar por medio de la Palabra externa; Dios ha dispuesto sencillamente usar la Palabra como el único medio por el cual obra. Desde luego, él podría hacerlo por otros medios, pero las Escrituras nos dicen siempre que esta es la única manera que él escogió. Estos versículos sólo enfatizan la exhortación de los versículos 2 y 3; en ellos el Señor invitó a los pecadores a oír: “Oídme atentamente”, “inclinad vuestro oído”, “escuchad”. La frase “inclinad vuestro oído” significa aguzar ese sentido para captar todo lo dicho por Dios; nada de eso nos debería sorprender si nos damos cuenta de lo que puede hacer la Palabra de Dios. Siempre que alguien piense que puede vivir sin oír la Palabra, esa persona desecha la manera en que Dios obra en nosotros. Pudiéramos contemplar las bellezas del mundo creado por Dios y maravillarnos de su gloria y majestad, pero comprender estas cosas no nos traerá a Cristo. Eso sólo lo puede lograr la Palabra.

**¹²»Porque con alegría saldréis
y con paz regresaréis.
Los montes y los collados
levantarán canción delante de vosotros,
y todos los árboles del campo darán palmadas de
aplauso.
¹³En lugar de la zarza crecerá ciprés,
y en lugar de la ortiga crecerá arrayán;
y será a Jehová por nombre,
por señal eterna que nunca será borrada.»**

Fijémonos ahora en lo que prometen las Escrituras. El evangelio ofrece a los pecadores el gozo y la paz con los cuales Dios desea llenar sus corazones. Ambas bendiciones provienen de la Palabra: la paz con Dios por medio de Cristo y el gozo en la redención que el Salvador ha llevado a cabo. En la medida en que esta Palabra de promesa viene de Dios y penetra el corazón humano, cumple el propósito de Dios e imparte gozo y paz. Cuando Isaías escribe que el pueblo de Dios saldrá con alegría, su promesa es puro evangelio. Al comienzo él pudo haber tenido en mente la salida del pueblo de Dios de Egipto y ciertamente también señala el regreso del remanente de la cautividad en Babilonia. Pero estos éxodos, aunque hubieran sido muy gozosos y emocionantes para el pueblo de Dios, no son nada comparados con el éxodo final. Todos los santos de Dios saldrán de la esclavitud del pecado y de la muerte y serán llevados a la Jerusalén celestial. En una sola imagen, el profeta une el retorno de Babilonia y la liberación final.

Todos los que escuchan el evangelio anhelan las eternas mansiones celestiales. El infinitamente grande gozo del pueblo de Dios al experimentar la liberación divina se extenderá a los árboles, y transformará el desierto de zarzas y ortigas en cipreses y arrayanes. Estas palabras no se refieren a acontecimientos literales sino que más bien describen cuadros idílicos de la

liberación final del pueblo de Dios de este sombrío mundo de: tristeza, dolor, pecado y muerte.

La sección final del versículo 13 puede tener en mente la forma en que los antiguos reyes erigían monumentos para conmemorar sus victorias y sus logros. Pero reyes posteriores establecían imperios diferentes y a menudo destruían o desfiguraban los monumentos de sus predecesores. Incluso si esos monumentos no eran destruidos por los reyes y los emperadores posteriores, el tiempo y el clima los convertirían en ruinas. La liberación de los santos de Dios es el gran logro del Señor de gracia. Nunca ningún rey borraré esa victoria; ningún número de años, ni ninguna fuerza de la naturaleza lo arruinará. Todo lo que Dios hizo para liberar del pecado y la muerte es siempre para el transgresor el honor más grande que Dios le ha concedido.

La liberación del Señor es para todo el mundo

56 Así ha dicho Jehová:
**«Guardad el derecho
y practicad la justicia,
porque cerca de venir está mi salvación
y de manifestarse mi justicia.»**
**² Bienaventurado el hombre que hace esto,
el hijo del hombre que lo abraza:
que guarda el sábado para no profanarlo,
y que guarda su mano de hacer lo malo.**

Consideremos las maravillosas bendiciones que Jehová ha preparado. El Siervo vendrá y será: “Herido por nuestras rebeliones” y “molido por nuestros pecados” (53:5). Los dones de su obra harán que los creyentes canten alabanzas (54:1). Hemos leído que el Señor pone a nuestra disposición esas bendiciones para “todos los sedientos”. Como un mercader en un ocupado mercado antiguo, el Señor anima al pueblo a venir y recibir el don

gratuito de su gracia: “¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar!” (55:1). ¿Qué más puede hacer la gente sino alabar al Dios Salvador?

El canto de las alabanzas al Señor expresa el gozo y la gratitud por tan maravillosas bendiciones. Pero los redimidos también expresan su fe de otras maneras. Al comenzar este capítulo, el Señor indica cuáles obras demostrarán la gratitud y el gozo por las bendiciones que ofreció el Siervo de manera completamente gratuita. Dios dice: “Guardad el derecho y practicad la justicia”. El pueblo de Dios vive agradecido por los misericordiosos dones divinos. La conducta nunca compra la misericordia del Señor; respondemos a los dones que Dios nos da gratuitamente alabándolo y conduciéndonos de acuerdo a su voluntad.

Juan el Bautista, de pie a orillas del río Jordán, exhortaba a su audiencia diciendo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2). Quienes le oían, habiendo escuchado que la salvación estaba cerca y creyendo las promesas de Dios, querían saber qué debían hacer. Juan les dio instrucciones para sus vidas y en determinado momento los exhortó diciendo: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Lucas 3:8). Juan el Bautista tomó su mensaje de la misma fuente que la profecía de Isaías. “Guardad el derecho y practicad la justicia, porque cerca de venir está mi salvación y de manifestarse mi justicia”.

Por fe recibimos las bendiciones que Dios nos ofrece gratuitamente; esas bendiciones no pueden ser ganadas por ningún acto del esfuerzo humano. Tampoco puede ningún pensamiento o emoción de origen humano obligar a Dios a otorgarnos sus bendiciones. Él da éstas por amor de sí mismo, como ya lo dijo Isaías: “Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (43:25). Debido a la vida perfecta y a la muerte inocente de Cristo, la declaración divina de justificación es completa y real.

Pero la fe en las promesas de Dios tampoco nos gana la declaración divina de que somos justos. La fe recibe las

bendiciones y luego motiva a los creyentes para que conformen su vida a la voluntad de Dios. Por la fe en las misericordiosas promesas del Señor los creyentes desean: pensar, hablar y hacer lo que él les ha revelado en su ley. Dios ha revelado dos normas fundamentales para la adecuada conducta de su pueblo. Primero, él quiere que los suyos tengan una relación apropiada con él como su Dios y Redentor. Ese es el mensaje de la primera tabla de la ley (los primeros tres mandamientos). Segundo, Dios quiere que su pueblo tenga siempre relaciones apropiadas con todos los otros seres humanos; esta es la segunda tabla de la ley (los restantes siete mandamientos). En estas palabras registradas por Isaías están incluidas las dos tablas de la ley. El pueblo de Dios es el que guarda el sábado, un requisito de la primera tabla, y el que debe guardar su mano de hacer lo malo, que es un mandamiento de la segunda tabla de la ley. Cuando le pidieron a Jesús que diera un resumen de la ley, contestó: “‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente’. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’” (Mateo 22:37-39).

Para los creyentes del Antiguo Testamento, guardar el sábado era una expresión de su relación con Jehová, el Dios del pacto. El sábado era el día para que el pueblo de Dios descansara de la labor semanal y le dedicara su atención a Dios; en el sábado ellos adoraban a Dios y escuchaban su palabra, práctica que los fieles continuaron haciendo hasta los días de Jesús, que a menudo iba a la sinagoga el sábado (ver Lucas 4:16). En nuestros días, o sea en los días del Nuevo Testamento, Dios nos ha dado mayor libertad; nosotros no observamos el sábado de la misma forma en que se hacía en tiempos de Isaías, pero Dios sigue deseando que separemos tiempo para él y para su Palabra. A través de los siglos, y en la libertad que tenemos en el evangelio, los cristianos hemos escogido el domingo en lugar del sábado como el día de reunirnos para adorar y escuchar la palabra de Dios. Guardar el sábado “para no profanarlo” significa honrar y observar la relación con Dios, adorarlo. Para los creyentes del Antiguo Testamento, eso

significaba apartar el séptimo día para el descanso; para los creyentes del Nuevo Testamento significa apartar un tiempo para Dios, un tiempo para alabarlo y escuchar su Palabra. Así como hicieron los creyentes del Antiguo Testamento, nosotros los creyentes del Nuevo Testamento debemos nutrir nuestra relación con él; cualquiera otra cosa procede de la incredulidad.

Los creyentes también deben apartarse de hacer el mal; la maldad no debe entrar en nuestra vida humana. De nuestro corazón fluye: el orgullo, el engaño, la codicia y la envidia, para mencionar solo unos pocos pecados. Nuestros pecados son perdonados por la gracia de Dios en Cristo, y nuestra fe en él nos motiva a apartarnos de esas impiedades. Como los creyentes de los tiempos de Isaías, los de hoy desean seguir los mandamientos del Señor: honrar a los padres, no matar, no cometer adulterio, no robar, no decir falso testimonio, no codiciar lo ajeno. Los creyentes se guardan del mal obedeciendo los estatutos de Dios.

Aunque ningún ser humano puede ganar las bendiciones de Dios por su propia conducta, a Dios le ha parecido bien bendecir a quienes obran como él desea. Por ejemplo, alguien que guarda el sábado y aparta tiempo para Dios y su palabra recibirá bendiciones adicionales. Cada vez que un creyente oye o lee el evangelio, Dios obrará mediante él. Cuando el creyente dedica tiempo para la Palabra, Dios le sigue añadiendo favores; ese creyente obtiene fortalecimiento de la fe y una comprensión espiritual más profunda que no obtienen los que no escuchan con regularidad la palabra de Dios. El Señor creó el día de reposo para el hombre y no para él mismo; lo estableció para nuestro beneficio y le otorga bendiciones a la obediencia. Otros ejemplos son también evidentes. Cuando un creyente evita la embriaguez, Dios lo preserva de los males del abuso del alcohol. El creyente que evita la amargura y la ira puede encontrar que Dios le otorga tranquilidad. El Señor les recuerda a sus fieles: “Bienaventurado el hombre que hace esto”. El Salmo 1 expresa la misma idea.

NOTA

Algunos eruditos sugieren que con este capítulo se inicia una tercera sección principal del libro de Isaías y plantean que ésta tiene: un nuevo vocabulario, una nueva posición teológica y un nuevo tema. Por estas razones, postulan que estos últimos capítulos, del 56 al 66, fueron escritos por un autor diferente del que escribió el resto de la segunda parte de Isaías, capítulos 40 a 55, y también de quien escribió la primera parte, que comprende los capítulos 1 a 39. Su teoría sugiere que hay tres escritores diferentes del libro de Isaías en lugar de uno. Pero este capítulo amplía la idea de los capítulos 40 a 56, sin añadir algo que sea completamente diferente. Es cierto que Isaías trata un nuevo tema, pero con el nuevo texto viene un nuevo vocabulario y una nueva posición teológica. En el capítulo 53 Isaías nos hizo ver el logro del Siervo. Ahora el enviado de Dios vuelve su atención a los resultados de ese gran logro. Los dos pensamientos están íntimamente vinculados cual hilos de diferente color en la misma tela, no como parches de telas diferentes unidas por costuras. En vez de deshilvanados retazos, toda la profecía de Isaías demuestra una organización y un diseño unificados. El autor de este comentario no encuentra ninguna razón para aceptar la especulación de esos críticos.

**³ Que el extranjero que sigue a Jehová
no hable diciendo:**

**«Me apartará totalmente Jehová de su pueblo»,
ni diga el eunuco:**

«He aquí, yo soy un árbol seco.»

⁴ Porque así dijo Jehová:

**«A los eunucos que guarden mis sábados,
que escojan lo que yo quiero
y abracen mi pacto,**

**⁵yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros,
y un nombre mejor que el de hijos e hijas.**

**Les daré un nombre permanente, que nunca será
olvidado.**

**⁶Y a los hijos de los extranjeros
que sigan a Jehová para servirle,
que amen el nombre de Jehová
para ser sus siervos;**

**a todos los que guarden el sábado para no profanarlo,
y abracen mi pacto,**

**⁷yo los llevaré a mi santo monte
y los recrearé en mi casa de oración;**

**sus holocaustos y sus sacrificios
serán aceptados sobre mi altar,
porque mi casa será llamada
casa de oración para todos los pueblos.»**

**⁸ Dice Jehová el Señor,
el que reúne a los dispersos de Israel:
«Aún reuniré en él a otros,
junto con los ya reunidos.**

En el capítulo anterior, Isaías había animado a sus lectores, diciéndoles: “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (55:6). El Señor dijo en los versículos iniciales de este capítulo: “Cerca de venir está mi salvación”. El Señor extiende sus brazos para acoger a todos los que se vuelvan a él; y como Isaías era judío y escribió para los judíos, era evidente que la invitación se aplicaba a los judíos. Pero la invitación que hace el Señor no está dirigida solamente a los judíos, Dios quiere que todas las naciones vengan y reciban sus bendiciones. La obra del Siervo trajo beneficios no sólo para a

Isaías y para su nación, sino también para toda la humanidad. Estos versículos nos presentan esa venturosa verdad en un estilo por demás dramático.

Una de las funciones de la ley de Dios del Antiguo Testamento era la de mantener al pueblo separado de las naciones que lo rodeaban. Dios no quería que su pueblo fuera contaminado con las prácticas religiosas paganas de las naciones que rodeaban a Israel. Los judíos deberían evitar el contacto con los gentiles y por esa razón el pueblo de Dios no debería comer cerdo ni otros alimentos inmundos; ellos eran diferentes. Se les circuncidaba como una señal del vínculo que tenían con Abraham y con las promesas que Dios le había hecho a él. Los israelitas desdeñosamente llamaban al mundo exterior “incircuncisos”. Uno se podría preguntar si Dios quería que esos “incircuncisos” recibieran la liberación provista por el Siervo.

La ley de Dios también mantenía a otros fuera de la asamblea de su pueblo; por ejemplo, la ley decía con toda claridad:

No entrará en la congregación de Jehová el que tenga magullados los testículos o amputado su miembro viril. No entrará el bastardo en la congregación de Jehová; ni aun en la décima generación entrarán en la congregación de Jehová. No entrará el amonita o el moabita en la congregación de Jehová, ni siquiera en su décima generación; no entrarán nunca en la congregación de Jehová (Deuteronomio 23:1-3).

Ciertamente, la ley de Dios ordenaba que algunos fuesen excluidos del pueblo. Sin embargo Isaías está describiendo una “cosa nueva” que el Señor estaba haciendo (43:19). ¿Serían el emasculado y el extranjero capaces de recibir las bendiciones del Señor?

En el pasado, algunos que no eran judíos llegaron a confiar en el Dios del pacto. Algunos egipcios salieron de Egipto con el pueblo de Dios. Rahab, una prostituta cananea de Jericó creyó.

¿Pero qué va a suceder en el futuro? ¿Y qué va a ocurrir con los demás? ¿Van a recibir todos las mismas bendiciones que Dios le dio a su propio pueblo especial de Israel? Dios responde a esas preguntas con estos versículos al enfocarse en dos grupos de personas. Primero, dice que ningún extranjero será excluido, ellos van a ser incluidos cuando se unan al Señor, es decir, cuando se conviertan y se hacen parte del pueblo de Dios mediante la fe en sus promesas. El segundo grupo comprende a los eunucos, o como la ley los describe “el que tenga magullados los testículos o amputado su miembro viril”; ellos también están incluidos. Dios les extiende sus misericordiosos brazos en señal de bienvenida a los dos grupos.

Los dos grupos, el de los extranjeros y el de los eunucos, se han unido al Padre y reciben las bendiciones que Dios ha dado mediante el sufrimiento de su Siervo. Pero no todos los eunucos ni todos los ciudadanos de las naciones van a ser incluidos; sino que sólo aquellos que se han unido a las promesas de Dios por la fe serán admitidos en la congregación de sus escogidos. Éstos son el pueblo suyo, el verdadero Israel. Pablo aclaró la idea diciendo: “¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles” (Romanos 3:29) y “Sabed, por tanto, que los que tienen fe, estos son hijos de Abraham” (Gálatas 3:7).

¿Cómo se manifiesta la fe de los eunucos y de los extranjeros? De la misma manera en que se manifestó la fe del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Ellos: guardan los sábados del Señor, escogen lo que a él le complace y se aferran firmemente al Señor del pacto de gracia (vea los versículos 4 y 6 y compare con el versículo 2). Todos los creyentes, independientemente de sus circunstancias personales y de su origen étnico, son iguales ante los ojos de Dios; su casa, declara el Señor, “será llamada casa de oración para todos los pueblos”. Dios tenía planeada la difusión del evangelio por todo el mundo; cuando Jesús dijo: “Id y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19), expresó el mismo pensamiento que expresan estos

versículos. Cuando Pablo extendió el reino de Dios a los gentiles en: Asia Menor, Grecia y Roma, Dios unió otras naciones a su familia haciéndolas parte de su pueblo. En la medida en que el evangelio se ha difundido a través de todo el mundo y ha reclamado para sí: alemanes, chinos, indios, africanos, rusos y japoneses, el Señor ha unido aun a otros a la congregación de fieles de todas las naciones y de todos los tiempos, es decir, su iglesia.

¿Cuáles son las bendiciones que Dios les dará a quienes tienen fe en él? Les dará nombres eternos, los llevará a su santo monte, dejarán tras ellos todo mal y pecado, morarán con él en su casa de oración y él aceptará sus ofrendas. Estas bendiciones son para todos los que se han unido al Señor por la fe en Jesús, el Siervo del Señor.

El juicio vendrá sobre todos los que no creen

**⁹ Todas las bestias del campo,
todas las fieras del bosque,
venid a devorar.**

**¹⁰ Sus guardianes son ciegos,
todos ellos ignorantes;
todos ellos son perros mudos,
que no pueden ladrar;
soñolientos y perezosos,
aman el dormir.**

**¹¹ Esos perros voraces
son insaciables,
y los pastores mismos
no saben discernir:
todos ellos siguen sus propios caminos,
buscando cada uno su propio provecho,
cada cual por su lado.**

**¹² Ellos dicen: “¡Venid, tomemos vino,
embriaguémonos de sidra;**

**y el día de mañana será como éste,
o aún mucho más excelente!”»**

El tono de este capítulo cambia súbitamente. Isaías introdujo un nuevo pensamiento que se extiende al capítulo siguiente. Nos hemos vuelto a un nuevo asunto, mucho más sombrío que las gozosas promesas para los fieles. La sección comienza con una horrenda invitación a las bestias del campo, que como aves de rapiña, van a ser instrumento del juicio de Dios sobre su infiel pueblo. Dios las invita a venir; como bestias de presa, han de devorar a los infieles.

Esta invitación viene después de que Dios ha provisto misericordiosamente la liberación para su pueblo mediante su Siervo (Capítulo 53). Dios ha invitado a su pueblo, y a todos los extranjeros incluyendo a los eunucos, a venir y recibir las bendiciones de su gracia (capítulo 55 y la primera parte del 56). Los del pueblo no necesitan dinero para comprar las bendiciones de Dios; sencillamente no podrían realizar suficientes buenas obras para ganar sus bendiciones. Dios invita a toda la humanidad a recibir lo que él les da por gracia: perdón, liberación y vida. ¿Qué va a pasar con los que no creen? ¿Qué debe hacer Dios con los que se niegan a aceptar sus misericordiosas bendiciones y desprecian su invitación: paciente, tierna y tan constante? Quienes las rechazan se niegan a ellos mismos la única solución del pecado y la única liberación de la muerte. No existe salvación fuera de Jesucristo el Siervo. Dios no tiene otra opción que traer el juicio sobre todos los que desprecian sus dones gratuitos. Su justicia requiere el castigo, de modo que llama a las bestias para que vengan a llevarlo a cabo.

Nadie podrá detener el castigo ni podrá avisar de antemano. Incluso los atalayas de Israel, sus profetas, son incapaces de advertir al pueblo del peligro que se aproxima. Son hombres: ciegos, sin conocimiento y mudos. Un perro ladra cuando un extraño se acerca a la puerta o se mueve en las inmediaciones de la casa, pero un perro guardián que no da aviso cuando el peligro

se aproxima de poco sirve, pues no hace su trabajo. A los falsos profetas se les describe como perros de este tipo, ya que están más interesados en dormir y comer. Con frecuencia las Escrituras presentan a los mensajeros de Dios como pastores que tienen la responsabilidad de cuidar de su pueblo; sin embargo, estos guardianes de Israel estaban más interesados en sus propios asuntos que en advertir a la gente del inminente peligro; como escribió Isaías: “Buscando cada uno su propio provecho”. Por estar tan ocupados en sus propios asuntos, pasaron por alto avisar a la gente del peligro en que estaban. Sus riquezas personales de nada le van a servir a la gente, ya que ni siquiera sus pastores van a escapar del juicio venidero.

Isaías llegó incluso a describir a uno de esos falsos pastores invitando a sus amigos a una borrachera. Tristemente, no era un caso aislado; la parranda seguía día tras día y las borracheras de mal en peor, entretanto que las bestias se acercaban para devorarlos a todos. Los falsos profetas, por falta de fe en el Señor, habían rechazado la invitación de Dios y no habían guardado el sábado. El juicio les tenía que sobrevenir. Por causa de su infidelidad, el pueblo de Dios iba sin advertencia en camino al juicio divino.

57 **Perce el justo, pero no hay quien piense en ello.**
Los piadosos mueren,
pero no hay quien comprenda
que por la maldad es quitado el justo;
²pero él entrará en la paz.
Descansarán en sus lechos
todos los que andan delante de Dios.

Los hijos de Dios viven en este mundo entre los incrédulos. Los versículos anteriores pintan un horripilante cuadro de bestias que vienen a devorar a los que se han apartado del Señor. Aunque es terrible la realidad de que se acerca el juicio del Señor, los que tienen la responsabilidad de la seguridad del pueblo de Dios son cualquier cosa menos que hombres responsables; no sólo no les

dan la alarma, sino que también andan en borracheras. Uno se podría preguntar ¿si había quedado alguien que fuera fiel al Señor?, y ¿qué le iba a ocurrir mientras se aproximaba el juicio? Estos dos versículos trasladan nuestra atención hacia los justos que viven entre los impíos. El Señor tiene todavía sus fieles, como en los días del profeta Elías. En sus días Elías, el profeta, se angustiaba por la impiedad de su época y pensó que él era el único siervo fiel que quedaba, pero Dios le recordó que todavía había siete mil en Israel que no habían adorado a Baal (1 Reyes 19).

Los justos son aquellos a quienes Dios ha declarado santos por causa del Siervo; los que tienen fe y luchan por vivir vidas rectas en gratitud por sus bendiciones. “Perece el justo”, es decir, muere; eso no parece ser ninguna ventaja, pero los justos están en las manos del Señor que los cuida y, según una de sus estrategias, los saca de este mundo de problemas y los lleva a estar con él. Al acercarse el juicio, Dios quita a sus fieles del peligro y deja a los impíos e injustos para que sufran lo que les espera.

Desde la perspectiva del impío, los creyentes justos desaparecen y la vida continúa. Los malvados no consideran lo que significa la partida de los justos; ellos están más preocupados por las orgías y las borracheras que por hacer la voluntad del Dios que los ha redimido. Sus vidas, tristemente, no se ven tocadas por el testimonio y el ejemplo de los santos de Dios. En el versículo 4 descubrimos que los inicuos están más interesados en ridiculizar a los justos que en atender sus mensajes o en seguir sus ejemplos de piedad.

Pero nosotros encontramos otra perspectiva. ¿Qué futuro aguarda a los justos que mueren? Estos versículos nos dan un maravilloso consuelo. Dos cosas ocurren. Primero, los santos son dispensados del juicio; las bestias que habían sido llamadas no los devorarán porque Dios los ha dispensado de ese juicio. Pero una segunda bendición se les aplica a quienes Dios toma en la muerte, ellos entran en la paz; para ellos, la muerte no es el final sino la entrada a un nuevo mundo donde domina la paz. La palabra hebrea para “paz” tiene la connotación de bienestar total y de felicidad,

una bendición que no se puede encontrar fuera de Dios. Esa paz no existe para los malvados (48:22; 57:21), pero los creyentes que Dios ha tomado para él mismo en la muerte tienen la paz. “Entrará en la paz. Descansarán en sus lechos”. Dios dice a los que mueren en la fe: “Y oí una voz que me decía desde el cielo: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos” (Apocalipsis 14:13).

Los creyentes están bajo la protección del Señor del cielo y de la tierra; él no los ha olvidado al describir el juicio venidero. Los fieles están siempre en la mano de Dios, y él hará lo que sea mejor para ellos y para su iglesia, aun ante el severo juicio de los impíos.

**³ «¿En cuanto a vosotros, llegaos acá,
hijos de la hechicera,
generación del adúltero y la fornicaria!**

**⁴ ¿De quién os habéis burlado?
¿Contra quién ensanchasteis la boca
y sacasteis la lengua?**

**¿No sois vosotros hijos rebeldes,
generación mentirosa,
⁵ que ardéis en lujuria entre encinas,
debajo de cualquier árbol frondoso,
y sacrificáis los hijos en los valles,
debajo de los peñascos?**

**⁶ »En las piedras lisas del valle está tu parte;
ellas, ellas son tu suerte;
a ellas derramaste libación
y ofreciste presente.**

¿No habré de castigar estas cosas?

**⁷ Sobre un monte alto y empinado
pusiste tu cama;
allí también subiste a hacer sacrificios.**

**⁸Tras la puerta y el umbral
pusiste tu recuerdo.
Ante otro, y no ante mí, te desnudaste;
subiste y tendiste tu amplia cama,
e hiciste alianza con ellos.
Amabas su cama//dondequiera que la veías.**

El profeta hace que nuestra atención regrese una vez más a los impíos sobre quienes viene el juicio. Los llama “hijos de la hechicera” y “generación del adúltero y la fornicaria”. Esos incrédulos se han apartado completamente del Señor y se han vuelto a la brujería y la magia. No están contentos con el mensaje que él ha entregado por medio de sus profetas y han abandonado la Palabra. En lugar de escucharlo, han adoptado de sus paganos vecinos cananeos: las ideas, las revelaciones y las prácticas religiosas. La adoración de Baal combinaba la práctica religiosa con el adulterio y la prostitución. Dios se dirige claramente a todos los que se han apartado de él y les ordena que se acerquen para oír su mensaje.

La descripción de los malvados y paganos es gráfica. Esa gente impía se ha mofado del pueblo fiel de Dios, se ha burlado de él abiertamente. Debajo de “cualquier árbol frondoso” cunde la inmoralidad como hierba mala; han llegado incluso a sacrificar a sus propios hijos sin compunción alguna. El clima espiritual y moral se había contaminado a tal extremo que Dios dice: “E hiciste alianza con ellos. Amabas su cama dondequiera que veías.” Difícilmente se puede uno imaginar un pueblo más hostil a Dios; en lugar de buscarlo en su Templo, adoraban en cualquier otro lugar. En vez de seguir los estatutos que él había prescrito para la adoración, se inventaron los suyos propios. Ridiculizaron a los creyentes, se entregaron a sus apetitos sexuales, y además sacrificaron a sus propios hijos matándolos sin ningún remordimiento. Los sacrificios humanos eran una de las facetas de la adoración de los cananitas, con lo cual creían ganar la bendición de la fertilidad por parte de Baal.

En estos versículos surgen varias dificultades pero ninguna de ellas reside en la comprensión del mensaje. No sabemos con certeza lo que significan las “piedras lisas del valle”; quizá era una clase de piedra de adoración o alguna parafernalia de la idolatría pagana. Cualquiera que sea el significado, la gente había llevado sus ofrendas a esas piedras inanimadas para ganar el favor de los dioses. La actitud de los inicuos aparece claramente, aunque no sepamos exactamente lo que eran las “piedras lisas”.

Tampoco sabemos con precisión qué quiere decir el Señor con las palabras: “Y tras la puerta y el umbral pusiste tu recuerdo”, o “emblema”, como aparece en otra traducción. Bien pudiera ser que la gente colgaba un tipo de símbolo fálico, un amuleto pagano de la fertilidad detrás de la puerta. También pudiera ser que la gente quitaba la pequeña caja que contenía un pasaje de la Escritura que tradicionalmente cada familia judía acostumbraba poner en el poste de la puerta de entrada a la casa. En lugar de ubicarla donde la gente la pudiera ver, estas personas la colgaban en el interior, *detrás* del marco de la puerta para ocultarla. Pese a ésta y otras dificultades, no tenemos problemas para entender la descripción de una sociedad que había abandonado a Jehová. Eran “hijos de la hechicera” y “generación del adúltero” que ardían en sus pasiones. No les importaba el Señor ni las bendiciones que él daba mediante su Siervo, y por eso Dios nos hace saber todo esto para que entendamos por qué envió el juicio sobre ellos.

**⁹»Fuiste al rey con unguento,
multiplicaste tus perfumes,
enviaste tus embajadores lejos
y descendiste hasta la profundidad del seol.**

**¹⁰En la multitud de tus caminos te cansaste,
pero no dijiste: “No hay remedio”,
sino que hallaste nuevo vigor en tu mano,
y por tanto no te desalentaste.**

**¹¹¿De quién te asustaste y temiste,
que has faltado a la fe, y no te has acordado de mí**

ni te vino al pensamiento?

**¿No he guardado silencio desde tiempos antiguos,
y nunca me has temido?**

**¹² Yo publicaré tu justicia y tus obras,
que no te aprovecharán.**

**¹³ ¡Que te libren tus ídolos cuando clames!,
pero a todos ellos se los llevará el viento,**

un sople los arrebatará;

**mas el que en mí confía tendrá la tierra por heredad
y poseerá mi santo monte.**

La descripción continúa, y con ella las dificultades textuales. Aquí nuestra Versión Reina Valera Revisión de 1995 emplea la palabra “rey” donde la NVI emplea “Moloc”. Ambas traducciones tienen validez. Moloc era un dios de los amonitas, vecinos de Israel del otro lado del Jordán, que era adorado con sacrificios humanos. Este comentarista prefiere la traducción “rey” porque el contexto nos aparta de las prácticas religiosas del pueblo infiel a sus prácticas políticas. En lugar de depender de Jehová para protección y ayuda, habían enviado embajadores a cualquier rey que se las ofreciera. Acáz envió emisarios a Tiglat-Pileser (2 Reyes 16; 2 Crónicas 28; Isaías 7). Cuando Dios les había dicho a Acáz y a su pueblo que dependieran de él solamente, ignoraron su ofrecimiento y prefirieron la alianza con naciones extranjeras. Su desafecto había llegado a tal grado que preferían ir “hasta la profundidad del seol” en busca de ayuda antes que volverse a su Dios.

El versículo 10 merece un comentario especial. El pueblo había rechazado a Jehová y a todas sus bendiciones y había escogido una dirección contraria a él. El corazón del hombre es por naturaleza tan perverso que prefiere cualquier cosa antes que seguir la Verdad. Su inclinación es hacia al mal (Génesis 8:21), resistirse al Creador y rebelarse contra su voluntad. Sin el cambio que obra la gracia de Dios, los humanos son adictos a lo que va contra él. Pero el sendero del pecado también es difícil,

consideremos el esfuerzo que les exigió la creación de ídolos; meditemos en lo que les costó sacrificar a sus propios hijos y en el trabajo de intentar aplacar a Dios mediante sus esfuerzos religiosos. Esa situación no ha cambiado desde los días de Isaías; la gente se agobia a ella misma con sus falsas prácticas religiosas. Sin embargo, pese a todo empeño, el pecaminoso corazón humano no admitirá que esas cosas son inútiles. En lugar de ello, encuentran cierta satisfacción en tratar de apaciguar a Dios mediante sus esfuerzos y se enorgullecen de sus logros, concluyendo que Dios tiene que estar complacido con tanto sacrificio y con tanto esfuerzo. Esa forma de pensar engaña a muchos y caracteriza todo el proceder humano que se opone al camino del Señor.

Mientras todo esto ocurría, Dios permanecía silencioso; este silencio era en sí mismo un juicio. Dios les permitía que se volvieran más audaces en la oposición contra él y seguía callado para que la medida de su rebelión estuviera completa. La gente había ido más allá de la reprensión divina; cuando los reprendió no escucharon; en vez de eso persistieron en su incredulidad y Dios los abandonó a sus propias maquinaciones. Cuando nadie corrige o disciplina el pecado, éste aumenta. Sin la corrección de Dios la rebelión sólo se fortalece y se hace más arrogante. No hay nadie más difícil de enderezar o de cambiar que aquel que ha escapado repetidamente del castigo. La persona se hace: más osada, más dura y empecinada con cada desobediencia; no ha considerado al Señor porque él la ha abandonado a su propio pecado. El Señor permaneció callado y el pecado aumentó.

Esta sección anuncia el juicio venidero. Y vendrá. Cuando así sea, nada podrá ayudar a los que se rebelan contra el Señor y siguen sus propios caminos. Nada de lo que los contumaces consideren justo y nada de lo que ellos piensen que merezca que Dios lo tenga en cuenta les podrá ser de algún beneficio. La liberación es siempre por gracia de Dios; él la otorga de manera gratuita, no como recompensa por las obras. Estas personas han decidido que la salvación debe ser ganada, así que trabajan para

lograrla y adoran a sus propios dioses para asegurársela. Pero ni las obras que hayan hecho ni los ídolos que se hayan hecho les podrán dar ninguna ayuda en el juicio de Dios. A sus lectores Isaías les ha dicho muchas veces lo vano e inútil que es confiar en otros dioses (por ejemplo 44:6-20). Dios dice aquí que “un soplo los arrebatará”. El juicio se aproxima, y puesto que el pueblo se ha apartado de su Creador no tiene excusa ni auxilio.

Esta sección concluye con una palabra de consuelo para los fieles. Después de todas las amenazas que les hace Dios a los rebeldes, alienta a sus fieles, diciéndoles: “Más el que en mí confía tendrá la tierra por heredad y poseerá mi santo monte.” Esta sección ha estado repleta de juicio contra los injustos pero concluye con una palabra de alivio. La próxima parte rebozará consuelo para los escogidos, pero finalizará con una advertencia para los malvados.

El Señor sanará a los contritos

14 Y dirá: “¡Allanad, allanad; barred el camino, quitad los tropiezos del camino de mi pueblo!”»

**15 Porque así dijo el Alto y Sublime,
el que habita la eternidad
y cuyo nombre es el Santo:
«Yo habito en la altura y la santidad,
pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu,
para reavivar el espíritu de los humildes
y para vivificar el corazón de los quebrantados.**

**16 Porque no contendereé para siempre,
ni por siempre estaré enojado,
pues decaerían ante mí
el espíritu y las almas que yo he creado.**

**17 Por la iniquidad de su codicia me enojé
y lo herí,**

**escondí mi rostro y me indigné;
pero él, rebelde, siguió por el camino de su corazón.**

**¹⁸ He visto sus caminos, pero lo sanaré
y lo pastorearé;**

le daré consuelo a él y a sus enlutados.

¹⁹ Produciré fruto de labios:

**Paz, paz para el que está lejos y para el que está cerca»,
dice Jehová. «Yo lo sanaré.»**

Los fieles que hay entre los lectores de la profecía de Isaías leen las condenaciones y las advertencias con corazón temeroso. Pero el Señor quería alentar a sus hijos que vivían en medio de esa perversión y maldad; él deseaba llamar a otros al arrepentimiento para que se apartaran de sus malos caminos y abrazaran el regalo del perdón ganado por el Siervo. El Señor les dirige esta sección a los fieles y a los que serán llamados al arrepentimiento. Dios está siempre más interesado en volver al pecador al arrepentimiento que en llevar juicio sobre el impenitente.

El vocero de esta invitación no es otro que el Señor, que se identifica a él mismo como: “el Alto y Sublime”, el que está muy por encima del mundo creado. Él vive por siempre y su nombre es Santo. En otros lugares de la profecía de Isaías el Señor se ha identificado a él mismo como el Santo de Israel. Él es perfecto en todo sentido, sin pecado y sin defecto; pero él es más que eso. Dios está separado de todo el mundo creado, muy por encima de todo lo que podamos ver y percibir con nuestros sentidos humanos y mucho más allá de lo que nuestro intelecto pueda comprender. Él vive “en la altura y la santidad”. Esto es lo que podríamos esperar del gran Dios del universo. Por lo común no esperaríamos que él se ocupara de lo que sucede en este pequeño planeta al que llamamos tierra, ni que el Dios puro y celestial como él se ocupe de los seres humanos que viven sólo unos 70 u 80 años (Salmo 90:10).

Pero Dios, el Santo y Sublime, hace lo que no esperaríamos y dispone que viene a vivir con el contrito y el humilde. Él ama a

sus criaturas más profundamente de lo que podemos imaginar. Isaías anunció que cuando Emanuel, el hijo de la virgen, nazca, Dios morará con su pueblo (7:14; 9:6,7) a quien no dejará sin esperanza ni sin ayuda. El profeta también anunció que este niño será el Siervo del Señor quien sufrirá y morirá por los pecados del mundo (capítulo 53). Dios no abandonó a la humanidad a su propia destrucción sino que intervino.

Todo cuanto Dios hizo para habitar con su pueblo en Cristo se convierte en otra promesa de morar entre ellos. Él viene con su gracia y con su bendición a los humildes y a los compungidos. Recordemos a Zaqueo, a quien Jesús le pidió bajara del sicómoro para luego hospedarse en su casa, y así le llevó el perdón y gran gozo. Incluso si no toma asiento en nuestros hogares como una vez lo hizo entre los judíos, él viene a los contritos y a los humildes con el mismo perdón y el mismo gozo, y nos exhorta a recibirlo en nuestra vida y nuestro corazón. “Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

El propósito que tiene Dios al venir a morar con los arrepentidos y los humildes es revivirlos; como Zaqueo, los contritos y los humildes llevan una pesada carga por la culpa. La ley condena a toda la humanidad, porque ningún ser hace lo bueno: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Si Dios nos tratara como merecemos, lo único que pudiéramos esperar sería el juicio y la condenación eterna. Pero el Todopoderoso nos trata de una forma que no merecemos, porque nos ha justificado por los méritos de Cristo, su Siervo, quien nos ha declarado ante él justos y santos. Cuando sabemos que hemos sido absueltos del pecado por causa de su Hijo nos sentimos renovados y cobramos aliento.

Esto no significa que el Señor excusa simplemente los pecados de los compungidos y no la maldad del renuente. Él está “enojado” (versículo 17) por la impiedad del mundo que debe ser castigado por cada maldad cometida. Dios sancionó todas las transgresiones del hombre cuando su Siervo Jesús, en sustitución

de la humanidad, sufrió el suplicio que ella merecía. Su aflicción y muerte vicaria remedía la culpa del pecado humano y quienes creen son sanados. He aquí los contritos y humildes de corazón que reconocen sus faltas y quienes por el poder de la gracia de Dios se vuelven a él con fe. Dios está con ellos. Mas los: orgullosos, rebeldes e impíos se han apartado del Señor y no sienten necesidad del perdón de él.

Dios restaurará el consuelo a los fieles mansos de corazón. ¿Cómo? El hará que los labios de sus fieles proclamen el evangelio. Ellos hablarán de paz, de la paz que sobrepasa todo entendimiento humano; esa paz existe entre este Dios sublime y santo que está justamente airado por el pecado y todos los que han pecado. La paz de Dios descansa en su perdón obtenido por medio de Cristo. Dios ya no está enojado con los fieles que confían en sus promesas de perdón, pero sí está acongojado por tantos que no quieren creer; pero sin embargo, continúa proclamando su paz para los que están cerca y lejos. Él ofrece darles el descanso y sanarlos. Quienes continúan rechazando su gratuita invitación de reposo y en fe no se vuelven a él, no pueden esperar más que el merecido juicio. Han rechazado la única paz que sana y que Dios ofrece gratuitamente.

**²⁰ Pero los impíos son como el mar en tempestad,
que no puede estarse quieto
y sus aguas arrojan cieno y lodo.**

**²¹ «¡No hay paz para los impíos!»,
ha dicho mi Dios.**

San Agustín parafraseó este pasaje cuando escribió: “Nuestros corazones no encuentran la paz hasta que descansan en ti” (traducido del libro *Confessions I:1*, New York: Penguin Books, p. 21). Los malvados están tan inquietos como el mar. Párese a orillas del mar en cualquier momento del día o de la noche, y podrá sentir el rítmico movimiento de las olas; el mar nunca descansa, se mueve incluso en un día calmado. Para los

malvados que no conocen el perdón de Cristo no hay calma. Lo peor es que el caos y el desasosiego de su vida provocan “cieno y lodo”. Nada de paz, nada de belleza ni nada de consuelo. El texto de Isaías presenta un cuadro clásico, vívido, incluso si los malvados no lo entienden de esa manera. Para ellos simplemente no hay paz.

El versículo 21 marca el fin de una sección principal de la profecía de Isaías. Un pasaje similar aparece al final de la parte principal previa (48:22), y señala aquí el fin de otra sección. Antes de que prosigamos al último episodio de Isaías, revisemos los puntos destacados del mismo.

- La sección comienza (capítulo 49) con el segundo de los cuatro pasajes del Siervo a quien Isaías presentó en el capítulo 42 y lo diferenció de otros siervos incluyendo a Ciro. En los comienzos del capítulo 49, la sección sobre Cristo nos dice que el Señor escogió a este gran Siervo y que mediante él desplegará su esplendor.
- El capítulo 50 contiene el tercero de los pasajes del Siervo. Esta vez Dios revela que el Siervo realizará su misión y que sufrirá al ofrecer su espalda para ser golpeado. Sin embargo él triunfará.
- El cuarto de los episodios del Siervo, en el capítulo 53, sobresale como el más importante de los pasajes de esta sección. En realidad el pasaje comienza en 52:13. El Siervo del Señor será: golpeado, escupido y afligido por la culpa del pueblo; él morirá para pagar con su muerte todos los pecados del pueblo, y por eso el Señor estará satisfecho con su sacrificio. Este pasaje marca la verdad central de la segunda mitad del libro de Isaías y de todas las Escrituras.

- Por la obra del Siervo, Dios le promete a su pueblo que le dará la gloria futura.
- Dios no puede guardar en secreto su gran logro. Él invita “a todos los sedientos” para que vengan a recibir sus bendiciones (55:1). Lo que Dios ofrece no se puede comprar porque es un regalo gratuito de su gracia.
- Las bendiciones logradas por Cristo Jesús, el Siervo, no son solamente para los judíos sino para todas las personas. Dios invita a los extranjeros y a los eunucos, a los que normalmente estarían excluidos, para que vengan y a gozar de los frutos de la obra del Siervo.
- Los que no creen y son rebeldes no pueden esperar paz ni perdón; debido a que han rechazado la obra del Siervo, el juicio vendrá sobre ellos.

El Señor le promete la gloria eterna a su nueva Sión

Regocíjase en la sincera adoración del Señor

58 «¡Clama a voz en cuello, no te detengas,
alza tu voz como una trompeta!

¡Anuncia a mi pueblo su rebelión
y a la casa de Jacob su pecado!

² Ellos me buscan cada día
y quieren saber mis caminos,
como gente que hubiera hecho justicia
y que no hubiera dejado el derecho de su Dios.

Me piden justos juicios
y quieren acercarse a Dios.

³ Dicen: “¿Por qué ayunamos y no hiciste caso,
humillamos nuestras almas y no te diste por entendido?”

Esta última parte principal del libro de Isaías, profeta de Dios (capítulos 58–66), comienza con una orden. Igual hacen las tres divisiones principales de esta segunda parte. El capítulo 40 inició la primera sección (capítulos 40–48) con estas palabras: “¡Consolad, consolad a mi pueblo!” La segunda parte (capítulos 49–57) comienza diciendo: “oídmme, costas, y escuchad, pueblos lejanos”. Este fragmento comienza con el mandato de difundir el mensaje: “Clama a voz en cuello, no te detengas”. En cada sección el Señor tiene un aviso que el pueblo necesita oír. Las primeras dos partes comenzaron con las buenas nuevas de la liberación y de la gracia prometidas por Dios; pero esta última sección no comienza con una nota de consuelo o salvación sino con un reproche. Jehová le ordena a su profeta: “¡Anuncia a mi pueblo su rebelión!”, para llamarlo enérgicamente al arrepentimiento.

¿Qué es lo que han hecho para merecer esa reprimenda? El profeta Isaías había sido llamado para advertirle al pueblo de Judá el juicio venidero por causa de su: incredulidad, idolatría y rebelión. Al mismo tiempo, Dios lo comisionó para que anunciara las más consoladoras noticias que Judá y el mundo jamás podían esperar. El Mesías vendrá, nacido de una virgen, y reinará sobre el trono de David (7:14; 9:6,7). Isaías explicó el consuelo de esta gran noticia cuando anunció que Emanuel será también el Siervo del Señor (42:1-9; 49:1-7; 50:4-9; 52:13–53:12), el va a lograr la liberación del pecado y de la muerte. Va a ser: golpeado, herido y afligido por la iniquidad de la humanidad entera, la cual por sus sufrimientos y muerte será sanada. Todo eso se nos explica amorosamente en el capítulo 43:25: “Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”.

En tiempos de Isaías, la mayoría no entendió la grandiosa redención que Dios prometió para su pueblo y para todo el mundo. Pero lo que es aún peor, pervirtieron el mensaje de salvación que Dios les dio. En sus propias prácticas religiosas, incluyendo sus ayunos, habían cambiado el misericordioso don de Dios en una salvación ganada por su propia buena conducta.

El Señor mismo habla en el comienzo del capítulo, le ordena al profeta proclamar a voz en cuello “como una trompeta” la rebelión de su pueblo. Notemos cómo la describe Isaías: por una parte, parece como si el pueblo estuviera dispuesto a conocer los caminos del Señor; según las apariencias externas ellos eran una nación justa y “quieren saber mis caminos”. Sin duda eso significaba que guardaban los estatutos de la adoración, como el ayuno prescrito en la ley de Moisés, y observaban el sábado. Pero por otra parte, Dios los describe como rebeldes pecadores; y dice que su adoración es inaceptable.

El pueblo pedía “justos juicios” y parecía que les agradaba “acercarse a Dios”. Todo eso parecía ser como Dios lo manda, pero algo andaba muy mal. ¿Qué era? El pueblo decía: “¿Por qué ayunamos y no hiciste caso, humillamos nuestras almas y no te diste por entendido? Esperaban que Dios recompensara sus ayunos y sus muestras de humildad. Esas gentes no entendían la gracia ni las inmerecidas promesas de redención mediante el Siervo; confiaban en sus propias obras para ganar la atención y las recompensas de Dios, pervirtiendo y destruyendo de esa manera la gracia de Dios. Para ellos, la salvación se convirtió en una recompensa por su fervor religioso.

¿Qué había de malo con esa idea? Primero, que era absolutamente arrogante. Dios es santo, perfecto y aparte de todo lo humano, está muy por encima de su creación. ¿Qué le puede ofrecer un ser humano a Dios para ganar su favor y ser merecedor de que lo tenga en cuenta? ¿Qué gran esfuerzo podría mover a Dios? Toda la humanidad junta no podría ofrecer suficientes sacrificios ni obras de buen corazón que pudieran mover la mente y el corazón del Dios santo. Un insignificante hombre no puede ofrecer nada que merezca las bendiciones de Dios. La gracia, la sola gracia, es siempre la única razón para que Dios muestre preocupación y compasión por las necesidades humanas; él decide por él mismo hacerlo; el no nos ama porque lo amemos a él o hagamos algo justo, sino por amor a su nombre. Nosotros sólo recibimos las grandes bendiciones de su interés por nosotros que

no merecemos y de su profundo amor por nosotros. Resulta arrogante pensar que podemos hacer algo tan bueno o tan grande, que nos pudiera hacer merecer su amor como debida recompensa. Su nación escogida se había apropiado de la actitud del fariseo en el Templo cuando recitaba las buenas cosas que había hecho para merecer que Dios lo tuviera en cuenta y lo bendijera (Lucas 18:9-14). En este asunto de trascendental importancia, el pueblo había errado el blanco y por ello había pecado. Su devoción a Dios tenía sólo el fin egoísta de obtener la liberación.

La actitud de ellos estaba errada también desde otra perspectiva, se oponía al claro mensaje de Dios. El último pasaje del Siervo (52:13–53:12) proclamaba muy claramente la expiación vicaria. Él Siervo sufrió por el pueblo y esa era la base de la declaración de la justicia de Dios, de la justificación de los pecadores. Isaías había escrito: “Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos” (53:11). El esfuerzo humano no puede obtener una sola bendición de Dios, pero eran muchos los que en tiempos de Isaías habían optado por: pervertir el mensaje, rebelarse contra él y sustituirlo por sus propias doctrinas de obras. Eso era y es rebelión contra Dios y perversión de su expresa y clara Palabra. La liberación del pecado y la muerte no se puede ganar por el esfuerzo humano, sólo puede venir como don gratuito de Dios a los pecadores indignos de obtenerlo. Esas gentes no creían en la Palabra, ni creían lo que Dios les había dicho de ellos mismos o acerca de la salvación del pecado y sus consecuencias.

Esta gente, en efecto, se había erigido otro ídolo; adoraban un dios distinto del Señor de gracia, Jehová. Se habían creado una deidad que recompensaba con bendiciones sus ayunos y su fervor religioso. Ese concepto no distingue al Señor de las deidades creadas por las culturas de todos los tiempos. En muchas culturas antiguas, cuando las cosechas eran malas, los pueblos creían que sus ídolos estaban airados contra ellos y que los tenían que aplacar. Cuando las cosas iban bien, imaginaban que habían hecho lo que

el dios quería que hicieran y que el dios los estaba recompensando por su celo y devoción.

Pero subsiste una diferencia sutil y peligrosa entre la burda idolatría de los paganos y el concepto de Dios que mantenían esos judíos. Las naciones paganas se hacían estatuas de: madera, piedra o metal, y las adoraban abiertamente; la idolatría de los judíos era más sutil, ellos creían que Dios compensaba sus esfuerzos. Ese fue el origen de todas las religiones falsas y de la idolatría de las naciones que los rodeaban. Algunos de los judíos se inclinaban para adorar a los ídolos de los paganos; pero otros no se inclinaban ante ídolos físicos, en lugar de ello creían en un dios diferente al Dios de las Escrituras. El dios que ellos adoraban los recompensaba por sus esfuerzos positivos y los castigaba por su maldad. Los retribuía por sus ayunos y tomaba en cuenta sus actos de humildad. Para ellos, el Dios de la gracia gratuita y fiel se había convertido en un dios de obras. Era como si hubiesen tomado el oro de la gracia pura y hubieran hecho de ella una réplica de yeso y la hubieran pintado de brillantes colores. Ya no veían al Dios de la gracia fiel y gratuita; en cambio, adoraban la réplica pintada, al dios que recompensaba al hombre con liberación por su buena conducta. Tenían la idea de que podían ganar el amor de Dios por lo que hacían.

Este falso concepto de Dios persiste en nuestra época y perdurará hasta el fin del mundo. Como pecadores, estamos infectados por el orgullo y la arrogancia. Creemos que lo que hacemos trasciende ante el tribunal de Dios, que debemos ser tenidos en cuenta por nuestras obras. Incluso después de que conocemos al Dios de la gracia gratuita en Cristo, seguimos influenciados por nuestra vieja naturaleza pecadora y tendemos a pervertir la gracia divina para convertirla en ley. Muchas iglesias cristianas adoptan ese mismo concepto; otras se concentran tanto en la conducta y en las virtudes cristianas que dejan de hablar de Cristo, quien nos libra: del pecado, de la muerte y del infierno. En efecto, ocultan el oro del amor de Dios con la brillante pintura del esfuerzo humano, cayendo en el mismo pecado y rebelión que el

pueblo antiguo que se sorprendía porque Dios no tomaba en cuenta sus ayunos y su humildad.

Todos estamos sujetos a la misma tentación de canjear la gracia divina por el engaño de las obras. Los gálatas, que fueron enseñados por el propio apóstol Pablo, cayeron en esa trampa. El apóstol los corrigió severamente: “¡Gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente crucificado? ¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne?” (3:1,3). El rescate del pecado y la muerte por los esfuerzos propios cautiva nuestro corazón pecaminoso, adula al espíritu humano natural, hace al lado las severas demandas de la santa ley de Dios y evita la confrontación con el justo castigo que todos los pecadores merecen de su Creador. El hombre natural encuentra muy difícil abandonar la idea de que puede ganar el favor de Dios por medio del mérito y del esfuerzo humano; escucha con agrado que por medio de sus propias obras puede lograr la liberación del pecado y de la muerte. Sólo el arrepentimiento diario nos aleja de la arrogancia de enorgullecernos de nuestros logros y nos lleva a acogernos a la misericordia de Dios; sólo el arrepentimiento diario nos aparta de la jactancia por lo mucho que hemos hecho para Dios y nos lleva a la humilde súplica del publicano: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13).

Esta sección comienza con la sonora y clara denuncia de la salvación por las obras. Dios no construyó la iglesia sobre la doctrina del esfuerzo humano, sino que por su gracia la edificó sobre Cristo y su obra redentora. Isaías entendió muy claramente esta verdad y la proclamó con gran elocuencia. Sus conciudadanos se rebelaron contra ella, y en lugar de adorar a Jehová, el Señor de la gracia fiel y gratuita, adoraron a un dios falso. Sin Cristo nadie se puede salvar, y cualquier otro concepto de Dios oculta el oro de su gracia en su Hijo; sin él, la religión se convierte sólo en: idolatría, rebelión y perversión.

Los capítulos que vienen a continuación se enfocan en los fieles y en la misericordiosa gloria que Dios les tiene reservada. Antes que Isaías vuelva su atención a las bendiciones que Dios reservó para su pueblo, se toma el tiempo para definir quiénes son el pueblo de Dios. El Señor quiere que sepamos que los suyos no son los que dependen de sus propias prácticas religiosas, sino los que por fe reciben con humildad las bendiciones logradas por Jesucristo su Siervo. Esa es la iglesia: la gente que cree en Jesús. No existe diferencia substancial entre quienes creyeron en los días de Isaías y los que creen hoy. Los primeros tuvieron fe en el Siervo que iba a venir; nosotros creemos en el Siervo que ya ha venido.

**He aquí que en el día de vuestro ayuno
buscáis vuestro propio interés y oprimís a todos vuestros
trabajadores.**

**⁴He aquí que para contiendas y debates ayunáis,
y para herir con el puño inicuaemente;
no ayunéis como lo hacéis hoy,
para que vuestra voz sea oída en lo alto.**

**⁵¿Es éste el ayuno que yo escogí:
que de día aflija el hombre su alma,
que incline su cabeza como un junco
y haga cama de telas ásperas y de ceniza?
¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová?**

Ningún fervor religioso, ninguna vida piadosa puede ganar las bendiciones que sólo Dios puede dar por gracia. Toda obra humana, incluso la más noble, es indigna e imperfecta. Confrontado con las estrictas demandas de la santa ley de Dios, el espíritu humano sólo puede hacer una de dos falsas decisiones: o el alma se aparta de esas estrictas demandas y se justifica a sí misma, o abandona toda esperanza y se entrega a la desesperación. Dios, por supuesto, da la única alternativa real que es Cristo; él ha sufrido lo que el pecado humano merecía, y nos ha dado a cambio

el perdón de las consecuencias del pecado. El pueblo que se describe en esta sección escogió la primera de las dos alternativas falsas cuando creyó que podía hacer lo que Dios demanda y que él los iba a recompensar por su bondad y por sus devotos ayunos; no entendían que su justificación era fingida e hipócrita. Por eso Dios los corrigió aquí.

El Señor demanda la obediencia perfecta que ningún ser humano puede cumplir. El pueblo se había enorgullecido de sus ayunos pero aunque esos ayunos pudieran haber parecido muy piadosos, no eran sinceros. Ellos seguían sintiendo el deseo de explotar sus obras y hacían como les venía en gana, no como exigía el Señor. Sus ayunos terminaban en: riñas, contiendas y alborotos. Sus corazones y vidas no habían sido cambiados por la adoración al Señor ya que carecían: de compasión y generosidad, de humildad y amor. Eran: contenciosos, arrogantes, egoístas y codiciosos. No obstante, pensaban que Dios los iba a premiar por sus ayunos y por su fervor religioso.

Nosotros somos por naturaleza igualmente: contenciosos, arrogantes, egoístas y codiciosos, siendo todas estas maldades los frutos de nuestra naturaleza impía por los cuales el Siervo de Dios sufrió y murió. Él quiere cambiar el corazón del hombre para que sea: amoroso, humilde, generoso, y benévolo. Esa transformación viene únicamente cuando el Espíritu obra interiormente y la persona cree en el Dios de gracia. Pero tristemente, incluso después de que creemos, retenemos nuestra vieja forma de vivir y caemos con frecuencia en: riñas, contiendas y alborotos. Nuestra transformación no será completa hasta que entremos en la gloria del cielo, y mientras estemos aquí en la tierra seguimos luchando dura y prolongadamente para hacer la voluntad de Dios. Cuando fracasamos, nos volvemos a él en busca del perdón y encontramos en su amor y en su gracia la fortaleza para continuar la lucha contra el pecado que mora en nosotros.

Los judíos rechazaron la gracia divina olvidando lo que se les había dicho acerca del Siervo; en lugar de ello, estaban tratando de ganar las bendiciones de Dios mediante sus ayunos. Eso es

imposible. Por tanto Dios puso al descubierto su hipocresía. Sin Cristo, Dios no acepta ningún esfuerzo humano (Hebreos 11:6), no importa que tan bueno aparezca ante nuestros ojos. En cambio, con Cristo, todo lo que se haga por la fe en él tiene la atención favorable de Dios, que perdona las fallas y los pecados; Dios ve la sangre de su Hijo en vez de la mancha del pecado del creyente. Entonces, en virtud de su amor por los pecadores en su Hijo Jesús, Dios les da poder a sus fieles para persistir en su lucha contra el pecado y en sus esfuerzos por vivir como él desea. Estas personas no tenían ningún concepto de la gracia divina en el Siervo de Dios, Cristo Jesús.

**⁶ El ayuno que yo escogí,
¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad,
soltar las cargas de opresión,
dejar ir libres a los quebrantados
y romper todo yugo?
⁷ ¿No es que compartas tu pan con el hambriento,
que a los pobres errantes albergues en casa,
que cuando veas al desnudo lo cubras
y que no te escondas de tu hermano?**

El Señor puso al descubierto la hipocresía de los que rechazaban su gracia y querían ganar sus bendiciones mediante sus esfuerzos religiosos. Después, el Señor pasó a dar un ejemplo positivo de lo que quería de su pueblo. No debían ser hipócritas sino creyentes sinceros que mostraran la fe por sus obras. El escritor de Hebreos escribió: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (11:6). Los que confían en el Señor Jehová reconocen las maravillosas bendiciones que han recibido de su mano misericordiosa y no se hacen ilusiones de ganar las bendiciones de Dios por la manera como se comportan, sus esfuerzos corresponden a la descripción que se hace en estos versículos. Están tan agradecidos por los inmerecidos dones que Dios les da, que desean demostrar la gratitud por medio de sus obras.

Consideremos las ovejas y los cabritos a la derecha del Señor de la gloria (Mateo 25:31-46) que se preguntaban asombrados cuándo habían hecho las cosas que el glorioso Rey había mencionado (25:37-39). Ciertamente, no pensaban que sus obras merecieran que Dios los tomase en cuenta. Cuán diferentes son de los que en este capítulo se asombraban de por qué Dios no toma en cuenta sus ayunos. Los que están situados a la derecha, en la descripción que hace el Salvador del juicio final, eran justos y santos porque Dios así los declaró; él los justificó. Su proceder era únicamente evidencia de su fe, de saber que fueron perdonados de sus faltas y que habían luchado con gratitud para vivir como el Señor quería. Esa conducta no es nunca suficiente para ganar la salvación. Isaías escribió posteriormente: “Todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestra justicias como trapo de inmundicia” (64:6). A la vez, el celo religioso y la vida piadosa son el resultado natural de la fe en la gracia divina por la cual los creyentes saben que tienen: el perdón, la vida y la salvación; por eso le agradecen a Dios con sus obras al ofrecerse gozosamente a él como sacrificios vivos (Romanos 12:1).

**⁸ Entonces nacerá tu luz como el alba
y tu sanidad se dejará ver en seguida;
tu justicia irá delante de ti
y la gloria de Jehová será tu retaguardia.**

**⁹ Entonces invocarás, y te oirá Jehová;
clamarás, y dirá él: “¡Heme aquí!
Si quitas de en medio de ti el yugo,
el dedo amenazador y el hablar vanidad,**

El Dios de gracia promete dones maravillosos a quienes confían en él y aceptan: el perdón, la vida y la salvación que él les da por medio del Siervo; los que creen y confían en las promesas del perdón en Cristo: son limpiados y lavados de sus pecados (1:18), y hechos nuevas criaturas por la gracia de Dios (2 Corintios

5:17). Viven por el Espíritu, el cual les da poder para hacer la voluntad de Dios; los creyentes son la iglesia de Dios, los que creen en Cristo, el Siervo. Los capítulos siguientes revelan las maravillosas bendiciones que Dios les da; y aquí comienza el maravilloso catálogo de las bendiciones.

El versículo 8 comienza diciendo “Entonces”, es decir, cuando la fe verdadera y sincera y la confianza en la gracia de Dios, cautivan los corazones de los pecadores y los motivan para hacer lo que Dios describió en los versículos 6 y 7. Entonces existe una relación especial entre Dios y sus creyentes. Cuando la fe penetra nuestro corazón y entendemos la palabra de reconciliación, nos convertimos en embajadores de Dios (2 Corintios 5:20); y la luz brilla en los corazones de los creyentes. Jesús exhorta así a sus fieles: “Vosotros sois la luz del mundo... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14,16). Como embajadores del Señor que reconcilia a los pecadores por Cristo su Siervo, los creyentes tienen el evangelio, la palabra de reconciliación, la única esperanza de salud espiritual. Los cristianos la proclaman por doquiera que van.

Cuando los creyentes confían en Cristo, proclaman el evangelio y llevan vidas piadosas, el Señor va con ellos. La justificación de Dios, que les ha sido impartida a los fieles mediante la fe, dirige sus caminos. Mientras la justificación del pueblo va por delante, la gloria del Señor le sigue. Los fieles de Dios están rodeados por el cuidado y el interés del Señor. El profeta describe un ejército o una caravana en movimiento. Así como Dios cuidó de su pueblo en el desierto, después de que los libró de Egipto, también cuidará de sus fieles porque los ha liberado del pecado y de la muerte. Ellos van de camino, son los santos de Dios que viven en el desierto de este mundo, marchan hacia la gloria eterna. Mientras peregrinan, Dios los rodea con las promesas de su profundo e imperecedero amor, que son su justificación y su gloria.

A medida que avanzan por la vida, los santos oran ya que Dios los anima para que acudan a él en sus necesidades (Salmos 50:15; 91:15), y él les promete que los oirá. Entre él y sus creyentes existe una relación especial; el Todopoderoso siempre está interesado en lo que atribula a su creación, y anima a sus fieles a que acudan a él con sus problemas; él les promete que estará presente con su ayuda en cada obstáculo del camino. En estos versículos, él promete que siempre le dirá a su pueblo en cada necesidad: “Heme aquí”. ¡Qué consuelo para los creyentes! Podemos poner nuestra carga sobre él y él escuchará (Ver las promesas del Nuevo Testamento en: Mateo 7:7; Hebreos 4:14-16; y 1 Pedro 5:7).

**¹⁰ si das tu pan al hambriento
y sacias al alma afligida,
en las tinieblas nacerá tu luz
y tu oscuridad será como el mediodía.”**

¿Acaso está aquí el Señor sugiriendo que, después de todo, sus bendiciones son la recompensa del esfuerzo humano? El Señor sigue hablando: “Si das tu pan... y sacias... en las tinieblas nacerá tu luz”. Estos versículos parecen sugerir que Dios concede sus bendiciones sobre la base del esfuerzo humano. Pero Jehová sigue siendo, y siempre será, el Dios de gracia y no de obras. Les habla aquí a sus creyentes, a quienes ya confían en la redención que ha sido alcanzada por el Siervo y emplean sus esfuerzos en beneficio de los hambrientos y de los oprimidos y están dejando que su luz brille en el mundo. La bondad y la compasión son grandes luminarias en la oscuridad del mundo: egoísta, frío y ambicioso. Lo único que hace este pasaje es describir el resultado de la conducta piadosa que no hace que las bendiciones de Dios dependan del esfuerzo humano. Estos versículos alientan al pueblo de Dios a producir los frutos del Espíritu (Gálatas 5:22-26).

**¹¹ Jehová te pastoreará siempre,
 en las sequías saciará tu alma
 y dará vigor a tus huesos.
 Serás como un huerto de riego,
 como un manantial de aguas,
 cuyas aguas nunca se agotan.**

**¹² Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas;
 los cimientos de generación y generación levantarás,
 y serás llamado “reparador de portillos”,
 “restaurador de viviendas en ruinas.”**

¡Más promesas para los fieles! ¿Cómo podría alguien hacer lo suficiente para obtener estas promesas de Jehová el Señor? ¿Qué podría hacer el pueblo de la época de Isaías para merecer la dirección divina? Dios guía a los que han aceptado humildemente su redención y mientras que el resto del mundo quiere crear un dios que recompense el esfuerzo humano, los creyentes entienden la gracia del Dios verdadero y su profundo amor. Saben que él los amó tan honda y profundamente que sacrificó a su propio Hijo como expiación por los pecados del mundo. El Señor guiará a esos creyentes y les satisfará en todo lo que necesiten.

En estos dos versículos, el Señor usa dos imágenes para describir a su pueblo y para prometerle sus bendiciones. Primero, ellos serán como un *huerto de riego* revivido por un manantial inagotable. Esa imagen es especialmente hermosa para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento que vivía en Palestina, un lugar árido y seco. El agua es esencial para la vida humana; dondequiera que la lluvia es escasa, los ríos y las corrientes acuíferas son importantes. Dios promete a su pueblo que siempre le dará lo esencial para su vida. La segunda imagen es la *restauración*. El pueblo escogido reconstruirá lo que había sido destruido, lo cual es una promesa del regreso del pueblo que está en cautiverio. Lo que el ejército de los babilonios rompió y destruyó será erigido nuevamente por los que regresen. La imagen literaria promete que

el pueblo de Dios va a restablecer su tierra y va a vivir en los hogares que anhelaron habitar durante los años de cautiverio.

**¹³ »Si retraes del sábado tu pie,
de hacer tu voluntad en mi día santo,
y lo llamas “delicia”,
“santo”, “glorioso de Jehová”,
y lo veneras, no andando en tus propios caminos
ni buscando tu voluntad ni hablando tus propias
palabras,
¹⁴ entonces te deleitarás en Jehová.
Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra
y te daré a comer la heredad de tu padre Jacob.
La boca de Jehová lo ha hablado.»**

Aquí nos encontramos nuevamente con que Dios dice: “Si [cumplies]... entonces...” Pero él no anula su gracia, sino aquí está hablando a los fieles que han recibido las bendiciones de su gracia; les habla de manera muy similar a como le habló a su pueblo. Después de que Dios liberó misericordiosamente a su pueblo de la esclavitud de Egipto y los había cuidado en el camino al Sinaí, les dio sus mandamientos. Cuando se reunieron al pie del monte Sinaí, les recordó la misericordiosa liberación: “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Éxodo 20:2). Y como sabían de la misericordiosa liberación que Dios les había dado, él les dio una guía para su vida diaria en los Diez Mandamientos. Ellos no podrían ganar la libertad de Egipto por medio de su comportamiento; eso ya se les había dado. Así que aquí Dios les habla a quienes ya saben que el Siervo había sido “molido por nuestros [sus] pecados” (Isaías 53:5). Ellos no podían merecer la redención del pecado, de la misma manera que los israelitas que se reunieron al pie del monte Sinaí no pudieron ganar la liberación en el éxodo. Dios les da su guía y dirección porque conocen la gracia de Dios y la liberación que ella les ofrece.

¿Por qué decidió Dios hacer mención aquí de la ley del sábado? Dios apartó ese día para el descanso, pero lo que es más importante aún, lo apartó para la adoración. Era el día para que su pueblo se congregara a escuchar las Escrituras y oír las maravillosas promesas del Antiguo Testamento. En ese día el pueblo alimentaba su relación con Jehová, el Dios de gracia. Puesto que se reunieron para oír sus palabras, el Señor prometió bendecirlos. Y como Dios prometió que iba a obrar en el corazón humano por medio del evangelio, grandes bendiciones son derramadas sobre los que oyen y leen las Escrituras y se reúnen para adorar juntos al Señor; aquí él promete: “Te deleitarás en Jehová. Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra”. El Todopoderoso los guardará fieles a sus promesas por medio de la adoración, prometiéndoles por gracia venir a sus corazones, y otorgando sus bendiciones a quienes usan con constancia su palabra y lo adoran.

Esta promesa se puede comprender al pensar en la relación entre dos personas. Cuando dos personas se dedican mutuamente tiempo y atención, mantienen una relación estrecha; pero la relación se rompe cuando una parte descuida a la otra. Así pasa, por ejemplo, con los matrimonios; que se deterioran cuando los esposos se descuidan uno a otro y así pasa con toda otra relación. Dios desea continuar en la cálida y amorosa relación que tiene con su pueblo fiel; promete que nunca abandonará la relación, pero Dios sabe también que algunos de los de su pueblo darán por descontada esta relación y se verán tentados a descuidarla. Abstente de “hacer tu voluntad”, les advierte Dios; en vez de eso, el Señor de gracia exhorta a su pueblo para que dediquen tiempo a la adoración, de manera que se renueve la relación con él. Si dejan de escuchar sus palabras de gracia, caerán en el peligro de perder todas sus bendiciones. Por tanto, Dios los exhorta: “Dedíquenme tiempo. Aprovechen las oportunidades para escuchar mi Palabra. Honren el día de reposo y yo los continuaré bendiciendo.”

Isaías también menciona el sábado por otra razón. El Señor le dijo a Moisés:

Tú hablarás a los hijos de Israel y les dirás: “En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el sábado... los hijos de Israel, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo. Para siempre será una señal entre mí y los hijos de Israel, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y descansó” (Éxodo 31:13,16,17).

Cuando los israelitas descansaban en el día sábado, confesaban que conocían al Señor Jehová; descansaban de todos sus trabajos y participaban del descanso que Dios mismo guardó después de la creación del mundo. Ese día era señal del descanso mayor del evangelio (Hebreos 4:1-11), ya que por medio de la fe en el evangelio, los creyentes reposan de la ardua tarea de tratar de ganar el favor de Dios. Reciben paz y descanso en el alivio del perdón de sus pecados por medio de Jesús. Al guardar el sábado, los israelitas confesaban su fe en el Dios de la gracia fiel y gratuita. Ellos le pertenecían a Dios y sus obras daban testimonio de la fe que profesaban.

Al final del capítulo, Isaías añade su enfática y familiar conclusión: “La boca de Jehová lo ha hablado.” Por tanto, el mensaje es cierto y confiable porque no viene de ninguna mente o boca humana sino de Dios mismo.

El Señor vendrá a salvar a su pueblo

59 He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová
para salvar,
ni se ha endurecido su oído para oír;

En esta vida muchas veces parece que las promesas de Dios están más allá del alcance de su pueblo. El capítulo anterior finalizó con la gran promesa que Dios le hizo a su pueblo: “Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra”. En el diario vivir, esa promesa parece más bien una exageración, un sueño vano o una distante realidad en el futuro; pero para el pueblo de Dios, el cumplimiento de sus promesas nos espera más allá del horizonte de la visión, la experiencia y del conocimiento de los hermanos. Sin embargo, una reacción a las promesas de Dios es preguntar si algún día el Señor hará según lo prometido, y se suscita la queja sobre su aparente demora en ayudar. Otra forma de reaccionar es abandonar las promesas de Dios y confiar en los esfuerzos propios para obtener: seguridad, paz y liberación.

El rey Acaz optó por esta última forma cuando prefirió depender en los ejércitos asirios para librar a Jerusalén de sus enemigos (Isaías 7; 2 Crónicas 28). Acaz concluyó que Dios no podía salvar a la ciudad y que para ello era necesaria una alianza con Asiria. Después, en tiempos de Isaías, otros gobernantes de Jerusalén dependieron de una alianza con Egipto para que los salvara de los asirios (Isaías 30; 36:3-8) aunque Dios había demostrado con creces su poder para proteger a su pueblo. A pesar del rey Acaz, el Señor lo rescató a él y a su pueblo de los enemigos, y ciertamente la política del rey no produjo ninguna liberación real. Los asirios mostraron que eran más opresores que libertadores porque les acarrearón problemas en lugar de libertad (2 Crónicas 28:16-25). Tiempo después, durante el reinado de Ezequías, hijo y sucesor del rey Acaz, el Señor destruyó al orgulloso ejército asirio a las puertas mismas de Jerusalén (2 Crónicas 32:1-23; Isaías 37:36,37). El brazo de Dios no era tan corto como muchos habían pensado y en efecto él podía salvar.

Después de que Asiria desapareció como poder regional en el Oriente Medio, y Babilonia ocupó su lugar, el pueblo se volvió escéptico una vez más en cuanto a las promesas del Señor. Isaías había predicho el cautiverio del pueblo de Dios en Babilonia y

ahora que estaban en esa situación se preguntaban por las promesas que les había dado de redención y liberación; estaban cautivos e indefensos. El rescate de Dios no se veía por ningún lado, excepto en las palabras de los profetas, y sin duda, algunos de entre los judíos se quejaban de que las promesas divinas parecían ser sólo palabras vacías, un sueño al margen de la realidad. Pero les recordó el profeta que el Señor no era de ninguna manera débil para salvarlos, sino que demoraba la liberación hasta el momento apropiado. Así como una vez Dios oyó las oraciones de ellos cuando eran esclavos en Egipto también en el futuro él iba a oír la angustia de su pueblo.

La lección sigue siendo válida para el pueblo de Dios de todas las épocas. El Señor nos ha dado maravillosas promesas de triunfo sobre la muerte y de gloria eterna en su presencia; esas promesas yacen todavía en el futuro, más allá de nuestra visión y experiencia terrenales. Incluso el perdón de nuestros pecados ante el trono de gracia de Dios descansa en promesas que no hemos visto ni podemos comprobar por medios empíricos. Nos podríamos preguntar si Dios realmente hace lo que dice. Cuando pasamos por experiencias de: dolor, miseria y pérdidas, nos vemos ante las mismas opciones que han enfrentado siempre los demás. ¿Creemos lo que Dios dice, o tendremos que tomar nosotros cartas en el asunto? ¿Creemos lo que Dios dice aunque parezca que es incapaz o que no quiere ayudarnos? Isaías les recordó a sus conciudadanos, y a nosotros también, que el Señor salvará en efecto a su pueblo y escuchará sus clamores por socorro y liberación.

Aunque hubiera parecido que Dios abandonaba a su pueblo en la cautividad en Babilonia, aún así, él no había perdido su poder para salvarlos. Jehová había prometido que un remanente iba a regresar, y además había dicho muy claramente en los capítulos anteriores que su Siervo vendría a redimir a su pueblo. Estas promesas estaban en un distante futuro para el pueblo del tiempo de Isaías y, mientras esperaban su cumplimiento, deberían confiar en el poder de Dios para cumplir sus promesas.

**² pero vuestras iniquidades
han hecho división entre vosotros y vuestro Dios
y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su
rostro
para no oíros.**

En el capítulo anterior Dios le dijo a su pueblo que la promesa de su futura liberación no se podía ganar por medio del ayuno; su ayuno podía ser exteriormente adecuado pero seguía siendo imperfecto y seriamente defectuoso, no podía ganar la liberación por parte de Dios. Resultaba arrogante, y todavía es así, que cualquiera piense que el esfuerzo humano, incluso el que se haga de acuerdo con la ley divina, pueda lograr la atención de Dios. Él obra por gracia, no porque los humanos merezcan sus promesas o salvación. No sólo es arrogancia, que sino también es una necesidad pensar que la conducta humana pueda ganar la bendición de Dios. Los seres humanos necesitan comprender la profundidad de su propia naturaleza pecadora. El proceder del pueblo de Dios no era sólo imperfecto, sino también perverso y malo.

El pecado aleja a los seres humanos de su Creador porque él es: santo, perfecto y separado de toda imperfección. La humanidad es: pecaminosa, imperfecta y profana. Esto no sólo fue indudable para Adán y Eva después de su desobediencia, sino también lo fue para Abraham. Así mismo era tan cierto para Isaías y para el pueblo de su época como lo es para nosotros. En verdad, este versículo y los que siguen se aplican al pueblo de esos tiempos, pero el apóstol Pablo extiende estas palabras más allá de esa limitada situación histórica. En Romanos capítulo 3, Pablo declara culpables de pecado a judíos y gentiles, y cita como prueba los versículos 7 y 8 de este capítulo (ver Romanos 3:9-24). Todos han pecado. La naturaleza impía del ser humano lo separa de Dios, y erige una gran barrera entre los dos por causa de “vuestras iniquidades” y “vuestros pecados”.

Jehová

Pecado

La humanidad

En esta sección, el profeta de Dios predica la ley en todo su rigor. El pecado fue la razón por la cual Dios no oyó el clamor de su pueblo, y al leer este capítulo vamos a obtener una imagen más clara y amplia de lo que es el pecado. El término que Isaías usa para “iniquidades” hace ver el pecado como un comportamiento torcido o una perversión; la palabra incluye el hecho y sus consecuencias. Como está en plural, indica la multitud de actos que violan la ley de Dios. La segunda expresión que nuestra versión Reina Valera, Revisión de 1995, traduce como “pecados” considera al pecado como una actitud o un acto que falla por completo en satisfacer las exigencias de las normas de Dios; el uso del plural vuelve a destacar el gran número de actos que no satisfacen las normas divinas. Ambas palabras implican que Dios, el Creador, ha establecido una pauta absoluta para la conducta de sus criaturas, la cual ha sido revelada como su ley que debe ser cumplida a la perfección. Cualquier cosa menos que eso es pecado. Los versículos siguientes explicarán la profundidad de la transgresión del hombre.

**³ Porque vuestras manos están sucias de sangre
y vuestros dedos de iniquidad;
vuestros labios pronuncian mentira
y habla maldad vuestra lengua.**

**⁴ No hay quien clame por la justicia
ni quien juzgue por la verdad.
Confían en la vanidad**

**y hablan vanidades;
conciben maldades
y dan a luz iniquidad;**

En estos versículos, Isaías explora la manera en que el pecado corrompe la conducta humana. El pecado nos pone contra Dios y contra los otros seres humanos; el profeta mostró la evidencia. El pecado no tiene respeto por la vida humana, las manos de los hombres están manchadas con sangre, y prueba de ello son: la violencia, las guerras y los abortos. A tal grado pervierte el pecado el corazón y la mente de los humanos, que corrompe el habla para que el hombre mienta en vez de decir la verdad. Los diccionarios por lo general definen la *mentira* como: “falsedades no fundadas en hechos”; son ideas y conceptos basados sólo en la imaginación humana. Isaías añade algo más: en lugar de hablar lo que Dios quiere y lo que contribuye al bien de los demás, la lengua también habla “maldad”. Este término conlleva el significado de injusticia, un hecho profundamente contrario a lo que es recto y opuesto a la voluntad y a la persona de Dios.

El pecado humano además corrompe y socava el sistema legal. La justicia y la integridad desaparecen para dar lugar a: discusiones vacías, mentiras, problemas y maldad. La palabra que Isaías usó aquí para “vanidad” es la misma que la NVI usa para discusiones “sin sentido” (vacías), es el término que Dios empleó para describir el universo el primer día de la creación; en ese entonces la tierra estaba vacía. El sistema legal de Israel había sido reducido a una práctica vana sin más sentido que el caos. La palabra que Dios escogió para “mentiras” en el versículo 4 es distinta a la que usó en el 3. En el versículo 4, esa palabra significa “vanidad” y “vaciedad” y se refiere a cualquier cosa que defraude la esperanza prometida. Continuando la descripción, Isaías dijo que los pecadores “conciben maldades y dan a luz iniquidad”. Las maldades que conciben los humanos pecadores producen sólo:

miseria, afán y trabajo; la iniquidad que dan a luz no es más que la dolorosa secuela del pecado que sólo produce: pena, idolatría, perversidad y vacío.

**⁵ incuban huevos de áspides
y tejen telas de araña.**

**El que coma de sus huevos morirá;
y si los rompen, saldrán víboras.**

**⁶ Sus telas no servirán para vestir
ni de sus obras serán cubiertos;
sus obras son obras de iniquidad
y obra de rapiña está en sus manos.**

**⁷ Sus pies corren al mal,
se apresuran para derramar sangre inocente;
sus pensamientos son pensamientos de iniquidad;
destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos.**

**⁸ No conocieron camino de paz
ni hay justicia en sus caminos;
sus veredas son torcidas;
nadie que por ellas camine conocerá paz.**

Cuando Dios miró al mundo antes del diluvio vio “que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal” (Génesis 6:5). La descripción que se hace en estos versículos confirma esa observación. Del pecaminoso corazón humano salen: víboras, telarañas, violencia y depravación; ninguna cosa buena fluye de él. Jesús también advirtió: “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19). Pablo cita los versículos 7 y 8 cuando combina sus argumentos para declarar culpable al mundo entero (Romanos 3:16,17). La transgresión corrompe todos los aspectos de la vida humana.

El versículo 7 emplea otra palabra para pecado que no significa la maldad en un sentido general, sino la iniquidad que

causa daño. Ese mal representa lo opuesto al bien y a la paz. ¡Cuán diferente es todo esto de lo que Dios quiere para todas las personas del mundo! La ruina, la destrucción y la ausencia de paz y justicia marcan el camino del pecado.

Por otra parte, la paz y la justicia señalan el camino de Dios. Tanto la *paz* como la *justicia*, tienen también significados especiales. Los hebreos no limitan la paz a la ausencia de guerra y a la calma que viene al final del conflicto; esta paz es un sentimiento de bienestar perfecto y pleno que proviene de la liberación; esa paz procede sólo del Redentor. Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). Isaías había dicho que no habrá paz para el malvado (48:22; 57:21) y este pensamiento reaparece aquí. El malvado no conoce “el camino de paz”.

Además, la justicia no marca el sendero del malvado. Aquí la palabra *justicia* significa más que la aplicación equitativa y justa de la ley, denota el juicio que Dios pronuncia y que transmite: libertad, vida y felicidad eterna. Ese juicio viene porque Dios declara justo al mundo, mediante la vida perfecta y la muerte expiatoria de Jesucristo su Siervo. No se puede encontrar esa paz o ese juicio en ningún otro lugar sino en Cristo. Por naturaleza, dentro del corazón humano sólo reina el pecado; por tanto, el corazón humano es incapaz de producir paz o justicia. La maldad del corazón pervierte a cada persona. Pablo concluye: “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23).

**⁹ Por esto se alejó de nosotros la justicia
y no nos alcanzó la rectitud;
esperamos luz, y he aquí tinieblas;
resplandores, y andamos en oscuridad.**

**¹⁰ Palpamos la pared como los ciegos;
andamos a tientas como los que no tienen ojos.
Trozamos a mediodía como si fuera de noche;**

estamos en lugares oscuros como están los muertos.

**¹¹ Todos nosotros gruñimos como osos,
gemimos lastimeramente como palomas.**

**Esperamos justicia, mas no la hay;
salvación, pero se alejó de nosotros,**

**¹² porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante
de ti**

**y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros;
porque con nosotros están nuestras iniquidades
y conocemos bien nuestros pecados:**

¹³ el rebelarse y negar a Jehová;

el volverle la espalda a nuestro Dios;

el hablar calumnia y rebelión,

y el concebir y proferir de corazón palabras de mentira.

¹⁴ El derecho se retiró

y la justicia se puso a distancia,

porque la verdad tropezó en la plaza

y la equidad no pudo llegar.

¹⁵ La verdad fue detenida

y el que se apartó del mal fue puesto en prisión.

Hasta estos versículos, todas las descripciones del pecado han sido de los pecados de los otros: “*Sus* obras son obras de iniquidad... *Sus* pensamientos son pensamientos de iniquidad” (versículos 6,7). Pero nosotros no calificamos a Isaías como un hipócrita o un fariseo; él sabía que la perversidad también acechaba en su propio corazón humano. De modo que el profeta también se incluyó entre los transgresores: “Por esto se alejó de nosotros la justicia y no nos alcanzó la rectitud”. El pecado separa a los hombres de Dios. Las palabras *justicia* y *rectitud* se refieren a: la liberación, rescate o salvación de las consecuencias del pecado. Por causa del pecado, la salvación se hace imposible desde el lado humano de la barrera que existe entre Dios y la humanidad. De lo que el hombre pueda hacer nada resultará: en alguna forma real de quitarse el pecado, o en la victoria sobre la muerte, o en

algún rescate de las consecuencias eternas de la ofensa contra Dios.

El pecado es también ceguera espiritual. En una vívida descripción, Isaías comparó su propia condición espiritual natural con la de un ciego que busca a tientas una puerta en un muro; no puede ver nada y por eso tiene que palpar por donde va. Un esfuerzo tan inútil como ese no terminará en la liberación que se busca. Incluso con la luz más brillante, nadie por su propio esfuerzo puede encontrar la liberación. En vez de eso, las personas tropiezan en la oscuridad anhelando hallar la salida. Mientras más andamos a ciegas en nuestra ignominia buscando la paz, más nos alejamos de Dios y más hondo descendemos en nuestra miseria, hundiéndonos cada vez más en el pecado y en la rebelión contra él. Por nosotros mismos no podemos encontrar la salvación; ésta viene únicamente como un don que Dios le da al mundo. El esfuerzo humano no la puede alcanzar, ni siquiera la puede encontrar. La liberación es y será un don de la gracia divina.

El versículo 12 emplea tres palabras para pecado que resumen lo que hemos aprendido acerca de él. Nuestra Versión Reina Valera, Revisión de 1995, traduce la primera palabra como “*rebeliones*”. El término en cuestión significa rebelarse contra el pacto y la ley de Dios. El versículo 13 describe la impiedad como una brecha en la relación con Dios contra quien los seres humanos se rebelan constantemente. Preferimos obedecer a nuestra maldad interior y rechazar la voluntad de Dios. La segunda palabra se traduce como “*pecados*”, y la hemos encontrado antes en el versículo 2 de este capítulo. El término indica que el pecado es no dar al blanco o no alcanzar la norma que Dios nos ha fijado. El tercer vocablo es traducido como “*iniquidades*”; hemos visto esa palabra en este capítulo, una vez en el versículo 2 y otra en el versículo 4. La palabra significa “*conducta torcida*” e incluye la carga de la culpa que viene como consecuencia de la rebelión. En cada caso, la palabra identifica al pecado como una desviación de las normas de Dios, ya sea en forma de rebelión, fracaso o perversión.

Resumen de las palabras para pecado en el capítulo 59 de Isaías		
Traducción	Referencia	Definición
<i>iniquidades</i>	versículos 2, 12	Acto que provoca culpa, conducta torcida, perversión
<i>pecados</i>	versículos 2,12	Errar, no poder vivir a la altura de la norma absoluta de Dios
<i>maldades</i>	versículo 4	Vacío, vanidad, falsedad, fraude
<i>iniquidad</i>	versículo 7	Deficiencias morales que dañan a uno mismo o a otros, de baja calidad, no reúne los requisitos
<i>rebeliones</i>	versículo 12	Rebelión, brecha en las relaciones

En sus pecados, Isaías era parte del pueblo de su tiempo porque él también era un pecador. Pero el profeta dio un paso notable: la ley de Dios lo había declarado culpable y él confesó su pecado, y reconociendo sus iniquidades entendió su posición ante Dios. Cuando Dios llamó a Isaías en el capítulo 6, el profeta vio al: santo, majestuoso y poderoso Señor Jehová, y confesó: “¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (versículo 5). Dios es santo, Isaías no lo era. La actitud de Isaías era la de todos los creyentes en Cristo que reconocen sus pecados y entienden que no han vivido como el Señor les ha mandado. A la vez saben: que sus maldades son muchas, que pecan diariamente y que merecen el justo castigo de Dios.

Por causa del pecado ellos no pueden encontrar: paz, justicia, rectitud, verdad ni honestidad. Mediante el esfuerzo humano, nadie está libre de la maldita culpa del pecado o de su persuasivo poder. Uno podría “huir del pecado”; sin embargo, la maldad de este mundo obstaculiza esos esfuerzos. El mundo incrédulo ni siquiera les permitirá a los que continúan fieles al Señor que hablen su verdad. La maldad en el hombre desea silenciar a quienes proclaman el plan de redención de Dios. Isaías observó: “La verdad fue detenida y el que se apartó del mal fue puesto en prisión.” Desde el lado humano de la barrera nadie puede encontrar liberación ni salvación. En lugar de ello los hombres buscan impedir la difusión de la verdad y persiguen a quienes la proclaman.

**Esto lo vio Jehová,
y desagradó a sus ojos que hubiera perecido el derecho.
¹⁶Vio que no había nadie
y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese;
y lo salvó su brazo
y lo afirmó su misma justicia.
¹⁷Pues de justicia se vistió como de una coraza,
con yelmo de salvación en su cabeza;
tomó ropas de venganza por vestidura
y se cubrió de celo como con un manto,
¹⁸como para vindicación,
como para retribuir con ira a sus enemigos
y dar el pago a sus adversarios.
¡El pago dará a los de las costas!**

Si la liberación ha de provenir de algún esfuerzo o pensamiento humano, estamos irremisiblemente perdidos. Los hombres piensan con toda arrogancia que su esfuerzo es lo suficientemente bueno para el Dios santo y perfecto del universo. Es insensato pensar que cualquier denuedo humano pueda elevarse por encima de la profunda corrupción que infecta a cada vida y a

cada corazón humano. La primera parte de este capítulo debe aclarar esto. Nuestros pecados son tantos y se manifiestan de tan distintas maneras, que si buscamos el rescate por nosotros mismos estamos sentenciados. Por sí misma, la humanidad entera es incapaz de generar al Salvador. Pablo escribió: “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Mediante su profeta, Dios pinta un triste y sombrío cuadro de la existencia humana.

Pero no debemos desesperar. Dios eliminó la distancia que nos separaba de él para rescatarnos. El esfuerzo humano no puede derribar la barrera que nos apartó de Dios. Él es el único que puede dar: la solución, el rescate y la salvación. Su plan contemplaba la llegada del Siervo sobre quien el Señor “cargó... el pecado de todos nosotros” (53:6). Ese Siervo es Jesucristo quien “derramó su vida... habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores” (53:12). El plan de Dios había sido claramente expuesto en los capítulos anteriores de esta sección en la que Isaías enfatiza que sólo el propio Dios podía proveer una solución al pecado humano. Dios no encontró a nadie digno, ni uno solo entre su pueblo escogido. Pero el celo por salvarnos motivó a Dios a delinear un plan para rescatarnos de las consecuencias de nuestros propios pecados (versículo 16).

A fin de lograr esta liberación del pecado, Dios se revistió de cuatro cosas; dos de ellas consuelan a cada pecador, y las otras dos golpean atterradoramente su corazón. Primero Isaías dice: “De justicia [Dios] se vistió como de una coraza”. La pieza de la armadura más cercana al corazón de Dios es la justicia que proviene del inmerecido amor de Dios por los pecadores y de la gracia que ha prometido. Él declara al mundo justo por la obra de Jesús, el Siervo. En lugar de contabilizar todos los pecados que se mencionan en este capítulo, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). El Señor manifiesta que los hombres han cumplido sus requerimientos y los declara inocentes; los justifica. La segunda pieza de la armadura es el “yelmo de salvación” el cual cubre la cabeza. Dios planeó y llevó a cabo la

liberación de la humanidad del pecado, y lo hizo sin apresuramientos y a la perfección. Desde la eternidad él ideó que la crucifixión de su amado Hijo iba a rescatar al mundo: del pecado, de la muerte y del infierno. Estas dos piezas de la armadura brillan y resplandecen con la maravilla de su amor y de su gracia hacia la humanidad pecadora.

Pero el Señor también se viste con dos elementos que deben hacer estremecer a cada inicuo corazón humano. Primero, se puso las “ropas de venganza”. Dios ha dispuesto la única solución para el pecado de la humanidad; la liberación que da es un don gratuito para toda la humanidad. ¿Qué les sucederá a los que rechazan su regalo? La venganza de Dios castigará a los que no aceptan este don gratuito; el rechazo significa que creen que el don de Dios es innecesario o que carece de importancia, y por ello sufrirán las consecuencias de su rechazo.

Por último, Isaías nos dice que Dios “se cubrió de celo como con un manto”. Él no se cansará de cumplir su plan de salvación, ni desistirá de castigar a quienes han rechazado esta gracia, asegurándose de que así sea porque él es el Dios celoso. Estos versículos describen al Dios de ley y evangelio que no cede en su decisión de castigar el pecado, pero que a la vez, continúa demostrando su profundo amor y misericordia para con sus indignas criaturas.

**¹⁹ Y temerán desde el occidente el nombre de Jehová,
y desde el nacimiento del sol, su gloria,
porque él vendrá como un río encajonado,
impelido por el sople de Jehová.**

**²⁰ «Vendrá el Redentor a Sión
y a los que se vuelven de la iniquidad en Jacob»,
dice Jehová.**

El Señor Jehová se ha vestido de cuatro elementos y ha revelado la ley y el evangelio. Sin embargo Dios ha sido, y siempre

será, esencialmente el Dios amoroso y misericordioso. En el libro del Éxodo, el Señor se identifica a él mismo como: “¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (34:6,7). El profeta Ezequiel escribió: “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos!” (33:11). De modo que Isaías dirige nuestra atención de la venganza y el juicio a las misericordiosas promesas que Dios les ha revelado a quienes se arrepienten.

Dios no permitirá que la humanidad desdeñe su misericordia y su gracia. Él castigará a todos los que la rechacen y continúen en sus pecados; pero dará toda bendición a los que crean y se arrepientan de sus pecados. En este pasaje Isaías vio a los convertidos, a los creyentes, viniendo del occidente y del oriente, dos direcciones que implican los cuatro puntos cardinales. En otras palabras, los que “temerán... el nombre de Jehová y [reverencian] su gloria” vienen de todos los rincones de la tierra sin sufrir la venganza ni el juicio de Dios. En lugar de ello tienen la misericordiosa promesa que les hace Dios del Redentor.

¿Cómo han venido estas personas a creer con reverente asombro lo que el Señor ha hecho para salvarlas? El sopro del Señor, su santo Espíritu, ha descendido sobre ellas. Él vendrá con gran poder como un torrente empujado por un potente viento. En estas palabras se escucha una implicación del Pentecostés. El Espíritu ha obrado para traer a muchos a la fe en el Señor, como demuestra la obra del apóstol Pablo. Sus cartas a las congregaciones de: Filipos, Colosas, Roma y otras ilustran la obra que hace el Espíritu Santo de traer a muchos del este y del oeste a la esperanza en Dios y a reverenciar la salvación que él dio por medio de Jesús. Dondequiera que la Palabra de gracia exista, allí el Espíritu Santo se convierte en una poderosa fuerza que rompe el orgullo de la incredulidad, creando el milagro de la fe. Su tarea

continúa hasta nuestros días; los creyentes que estuvieron una vez muertos en el pecado están ahora vivos en la fe.

Todos los creyentes están incluidos en la maravillosa promesa de que están en “Sión” y en “Jacob”. Los hijos de Dios no están limitados a vínculos étnicos o culturales con el antiguo pueblo de Israel. Todos los que se arrepienten de sus pecados caen dentro de la categoría de hijos de Dios. La liberación del pecado y de sus consecuencias ha venido en el Redentor, el enviado de Dios. Isaías ha usado tantas veces la palabra *Redentor* que podemos darla por descontado. Pero este Redentor dio lo que ningún humano pudo dar. Él compró a todos los que estaban atrapados en la servidumbre de la iniquidad. Esto se ajusta muy apropiadamente en el cuadro del pariente-rescatador que se describe en las leyes del Levítico (capítulo 25) según el cual cuando alguien quedaba completamente endeudado, el pariente designado podía venir a rescatarlo. Ese pariente podía comprar la libertad de su familiar desvalido. Consideremos ahora lo que el Señor, nuestro hermano y Redentor, ha hecho. Nosotros nos hemos enredado en nuestra propia maldad y somos incapaces de salvarnos o de lograr nuestra propia redención. Dios envió a nuestro Salvador para desatarnos del yugo de la esclavitud, al pagar con su vida y su muerte por nuestra exoneración. Estamos libres de la carga de la culpa porque Dios es nuestro Redentor.

**²¹ «Y éste será mi pacto con ellos»,
dice Jehová:
«Mi espíritu que está sobre ti
y mis palabras que puse en tu boca,
no faltarán jamás de tu boca
ni de la boca de tus hijos
ni de la boca de los hijos de tus hijos.»
Jehová lo ha dicho,
desde ahora y para siempre.**

El Señor siempre ha sido el mismo. El pacto que él promete aquí no es diferente del pacto de gracia que había establecido cuando eligió a Abraham. El patriarca Abraham fue el antepasado del pueblo del que vino el Redentor. Las palabras que presentan este convenio son las mismas que sirvieron de introducción al pacto con Abraham (Génesis 17:4). Dios prometió que su pacto con Abraham iba a ser un “pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti” (Génesis 17:7), lo cual no es novedad para los fieles. Las promesas de Dios y la obra del Espíritu crearon generaciones de creyentes. Aunque muchos en Judá habían abandonado al Señor, él aún tenía sus fieles, los verdaderos hijos e hijas de Abraham que confiaron en sus promesas divinas, porque después de todo él es el padre de todos los creyentes (Romanos 4:16,17).

Prestemos atención a lo que Dios ofrece como parte del acuerdo o pacto. Dios prometió que de una a otra generación y “desde ahora y para siempre”, su palabra no se apartará nunca de sus fieles. ¡Qué bendita promesa! No podríamos saber nada sobre la redención ni sobre Cristo a menos que Dios nos lo revelara. Y así lo hizo. La Escritura habla de Jesús, el mismo mensaje de principio a fin. Dado que la palabra de Dios lo da a conocer, ésta se convierte en el medio por el cual el Espíritu Santo viene al corazón y a la mente humana a fin de crear la fe y alimentarla. El Espíritu no ha prometido obrar sin la Palabra; y sin el Espíritu, la fe no puede surgir en el corazón humano. Cuando Dios asegura que les dará perpetuamente la Palabra a sus hijos a través del tiempo, dice que él continuará: llamando, reuniendo e iluminando a su pueblo y cuidándolo mientras enfrenta las pruebas y las tentaciones de esta existencia temporal que llamamos vida.

La Palabra sigue siendo hoy el tesoro de la iglesia. Dios mismo respalda esta promesa y le dice a Isaías que le dé a su pueblo “mis palabras que puse en tu boca”. La única fuente confiable acerca: de él mismo, del pecado y de la eternidad es el propio Dios. Él sabe la verdad y nos la ha comunicado en su Palabra, en las Escrituras. Quienes conocen la verdad escuchan la

voz de Jesús (Juan 18:37). Sin embargo, aunque otros la atacan y la desprecian, él promete que seguirá siendo proclamada por sus hijos. Mediante el evangelio, el Espíritu Santo obrará para crear nuevos creyentes, que a su vez confesarán y darán testimonio de la verdad. Mediante el poder del Espíritu, sus testimonios harán que otros crean y el ciclo continuará. Los devotos de hoy son el cumplimiento de esta promesa; los que aún han de venir a la fe en el futuro serán un testimonio más. Al final, todos seremos congregados ante el Señor y cantaremos una alabanza a él que será eterna. Nuestras bocas se regocijarán para siempre en la gracia del Señor y esta promesa se realizará plenamente.

La gloria del Señor brillará sobre su pueblo

60 «¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz
y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!

**² Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra
y oscuridad las naciones;
mas sobre ti amanecerá Jehová
y sobre ti será vista su gloria.**

**³ Andarán las naciones a tu luz
y los reyes al resplandor de tu amanecer.**

El profeta emite dos impresionantes mandatos: “Levántate, resplandece”, con ellos llama al pueblo de Dios a que les ponga atención a sus palabras, porque parece que el pueblo yace en el polvo y en la oscuridad. Este pueblo es por naturaleza como cualquier otro pueblo de la tierra; se encuentra agobiado y desanimado. Pero algo espectacular ha sucedido, su luz ha venido; “la gloria de Jehová” ha nacido sobre ellos. ¿Qué significa esto? Cuando en el Antiguo Testamento encontramos esta frase, por lo general significa algo especial; la maravillosa y brillante gracia de Jehová de los ejércitos en Cristo. “La gloria de Jehová” muestra visiblemente la presencia del Dios-Salvador del pacto y anuncia algún aspecto importante de su plan de salvación. (Para más



Los reyes magos adoran al niño Jesús

información, vea Isaías 1–39, en la serie La Biblia Popular, páginas..., y August Pieper, “The Glory of the Lord,” en *The Wauwatosia Theology*, volumen 2, pp. 417-497).

Consideremos lo que hemos aprendido en los dos capítulos anteriores. El pueblo de Dios había tratado de ganar su favor mediante ayunos (capítulo 58), pero ese sacrificio no merecía que Dios lo tomara en cuenta; de hecho, era algo superficial e hipócrita. El capítulo siguiente (capítulo 59) presentó la visión correcta de sus relaciones con Dios. Los pecados del pueblo habían erigido una barrera infranqueable entre Dios y ellos, algo que no podían cruzar por sus propios esfuerzos; simplemente no había “quien se interpusiese” (versículo 16). Pero el Señor respondió: “Y lo salvó su brazo” (versículo 16). Dios mismo tuvo que proveer la liberación que su pueblo necesitaba. El capítulo concluyó con el anuncio de su misericordioso pacto, su solemne contrato con su pueblo. El sería su Redentor y vendría a Sión.

Este capítulo comienza con dos mandatos: “Levántate” y “resplandece”. El pueblo debía hacer esto porque la prometida liberación de Dios estaba por llegar. La oscuridad y las densas tinieblas cubrían a todos los pueblos de la tierra, incluyendo a los judíos, pero la liberación estaba en camino y era traída por el propio Dios. Isaías escribió que “la gloria de Jehová”, la liberación mediante Cristo, ha amanecido sobre “ti” y se vuelve “tu luz”. ¿Cómo es que esta liberación les pertenece a los escogidos de Dios? Eso no nos debe sorprender de modo alguno. Jesús le recordó a la mujer samaritana que “la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Dios había prometido desde antaño que el Mesías iba a venir: de la descendencia de Abraham (Génesis 22:18), de la tribu de Judá (Génesis 49:10), que iba a nacer en Belén (Miqueas 5:2) y que iba a ser descendiente del rey David (2 Samuel 7; Isaías 9:7). Isaías incluye todas las profecías del Antiguo Testamento para el pueblo de Dios cuando dice la luz resplandece sobre “ti” y es “tu luz”.

Sin embargo, Dios procura que la maravilla de esta liberación sea para todo el mundo. El Mesías vino y vivió en Palestina entre

los judíos. Él nació judío, pero el brillo de la gracia de Dios alumbró a todas las naciones, incluyendo a los reyes de la tierra que se acercarán a su luz por causa del Mesías. Este capítulo entero describe un vívido cuadro de la iglesia del Nuevo Testamento. Cuando Cristo ascendió, les dijo a sus discípulos que proclamaran las buenas nuevas a todo el mundo. Desde Jerusalén, y mediante el apóstol Pablo, el evangelio se diseminó por el mundo gentil greco-romano. No hay duda de que el evangelio se esparció en todas direcciones llevado por los creyentes que huían de la persecución (Hechos 8:4). Este fue sólo el comienzo. El brillo de la gracia de Dios también resplandece sobre nosotros. Hoy confiamos en Jesús porque Dios nos ha hecho suyos mediante el evangelio.

Sin embargo, algunos sugieren que tenemos que leer estos versículos como una profecía del regreso de los judíos de Babilonia. Después de 70 años de cautividad, el pueblo israelita se sentía abatido y desanimado. Cuando se les permitió regresar para reconstruir Jerusalén, sin duda se sintieron gozosos (Salmo 126). Pero la profecía nos obliga a mirar más allá de la liberación de la esclavitud; ninguna nación extranjera se unió al pueblo de Dios con motivo de esa liberación histórica. El edicto que el rey Ciro emitió en el año 538 a.C. no disipó las tinieblas y la oscuridad que cubrían la tierra, aunque produjo gran alegría en los corazones del pequeño remanente que retornó para reconstruir Jerusalén. Además, preparó el escenario para la liberación mayor que vino al mundo entero cuando el Mesías llegó a Belén. Con todo, en estos versículos se vislumbra una luz mucho mayor que la del regreso del remanente. Isaías miró mucho más allá del año 538 a.C. y estuvo con los aterrizados pastores cuando “la gloria del Señor los rodeó de resplandor” (Lucas 2:9).

**⁴Alza tus ojos alrededor y mira:
todos estos se han juntado, vienen hacia ti.
Tus hijos vendrán de lejos
y a tus hijas las traerán en brazos.**

⁵ Entonces lo verás y resplandecerás.

**Se maravillará y ensanchará tu corazón
porque se habrá vuelto a ti la abundancia del mar
y las riquezas de las naciones habrán llegado hasta ti.**

**⁶ Multitud de camellos te cubrirá
y dromedarios de Madián y de Efa.**

**Vendrán todos los de Sabá
trayendo oro e incienso,
y publicarán las alabanzas de Jehová.**

**⁷ Todo el ganado de Cedar será reunido para ti;
carneros de Nebaiot estarán a tu servicio.
Serán una ofrenda agradable sobre mi altar,
y daré esplendor a la casa de mi gloria.**

**⁸ »¿Quiénes son estos que vuelan como nubes
y como palomas a sus ventanas?**

**⁹ Ciertamente, en mí esperarán//los de las costas,
y las naves de Tarsis desde el principio,
para traer tus hijos de lejos,
su plata y su oro con ellos,
al nombre de Jehová tu Dios
y al Santo de Israel, que te ha glorificado.**

La gloria del Señor ha traído la salvación. El Siervo les ofreció sus espaldas a los que le golpeaban, y obedientemente puso su rostro como pedernal para llevar a cabo el plan de Dios (50:6,7). El Señor cargó sobre él la iniquidad de toda la humanidad (53:4-6). Pero el Siervo Sufriente también será: prosperado, engrandecido y exaltado (52:13); él cumplirá su tarea al pie de la letra. Mediante este Siervo, la muerte fue destruida para siempre, y por él, Jehová Dios prometió enjugar las lágrimas de todos los rostros (25:8). Isaías describe esta gran liberación como ya ocurrida, porque Dios cumplió fielmente las promesas que le hizo a su pueblo del Antiguo Testamento. Dios los escogió y los preservó durante siglos con el propósito de hacer que esta

salvación abarcase a todo el mundo.

Ni el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, ni ninguna otra nación merecían tan grande liberación. El pueblo de Dios había abandonado a su Señor y a sus benditas promesas. La profecía de Isaías abunda en acusaciones contra el pueblo de sus días por sus pecados y sus rebeliones. Las naciones paganas que rodeaban a los judíos no eran sino idólatras. Pero el Señor de la gracia fiel y gratuita dio la liberación a pesar del pecado y rebelión de ellos. Isaías no da la imagen de una nebulosa y vaga posibilidad de rescate; él lo ve como un hecho acaecido y alienta a sus conciudadanos a mirar los resultados de tan grande privilegio.

Primero, Sión debe mirar a su alrededor y ver que muchos han venido a causa de la gloria del Señor que les ha resplandecido. Aquí vemos una congregación de creyentes que ha venido a disfrutar la liberación que Dios le ha dado. Hijos e hijas se han arrepentido de sus pecados y de sus rebeliones, se han vuelto creyentes y vienen a Sión con fe y contrición. Estos hijos e hijas son los judíos que habían sido dispersados por todos los confines de la tierra. Isaías los vio viniendo desde esos lugares. En los tempranos días de la iglesia del Nuevo Testamento, Dios congregó misericordiosamente a los judíos mediante la difusión del evangelio. Pablo fue sistemáticamente a las sinagogas del mundo mediterráneo a anunciarlo. Muchos creyeron, convirtiéndose así en el cumplimiento de esta profecía.

Pero aún hay más. Sión se ha convertido en una luz para las naciones. El Señor Jesús, la Luz del mundo, vino tal y como Dios había prometido. Jesús fue un judío que vivió en Galilea y viajó a Jerusalén, pero Dios nunca tuvo el propósito de que la salvación del pecado y de la muerte que trajo su Hijo se limitara sólo a su nación; él siempre quiso rescatar al mundo entero. En el día de Pentecostés, el evangelio ganó conversos de todas las naciones. Durante su ministerio, Pablo no se limitó a predicar solamente en las sinagogas judías sino que proclamó las buenas nuevas en las esquinas de las calles y en las ciudades de los gentiles (Hechos 13, 14, 16–20, 28).

Isaías describe a estos conversos, expresando su fe por medio de sus ofrendas a Sión. Cuando miramos a nuestro alrededor, como Isaías nos anima a hacer, vemos venir a la santa ciudad regalos de todo el mundo: la riqueza de los mares, la opulencia de las naciones, manadas de camellos, oro e incienso. Los barcos de Tarsis, desplazándose majestuosos con ricos cargamentos de plata y oro, parecen “como nubes y como palomas”. Los creyentes traen todas estas espléndidas ofrendas en agradecimiento por la liberación que trajo la gracia de Dios. Los que vienen alaban al Señor y traen regalos para adornar su glorioso Templo (versículos 6,7). Incluso las naciones árabes vendrían en fe portando regalos. Aunque podemos tener dificultad en identificar los países exactos que menciona Isaías, la impresión general no deja duda. Aparte de los judíos, son muchos los que creen en la salvación que Dios da, y muestran su fe mediante las ofrendas.

De la misma manera la iglesia del Nuevo Testamento ha recibido regalos de los fieles. Las ofrendas reunidas por el equipo misionero de Pablo no son más que un ejemplo (1 Corintios 16: 1-4; 2 Corintios 8,9). Durante siglos, gente de todo el mundo ha donado generosamente para agradecerle al Señor por la redención que él ha traído; muchos han venido a conocer al Dios de Israel. Debido a la gran bendición que Jehová ha dado mediante su Siervo Jesús, estas naciones rebozan generosidad. Los que vienen cargados con donaciones lo hacen “al nombre de Jehová tu Dios y al Santo de Israel, que te ha glorificado”; así expresan la dicha de estar por medio de Cristo libres: del pecado, de la muerte y del infierno.

A través de los siglos, la iglesia ha leído los primeros versículos de este capítulo como la lectura del Antiguo Testamento para la celebración de la Epifanía. ¡Muy apropiado! La iglesia escogió la Epifanía como el día en que los magos vinieron a Jerusalén buscando al Rey de los judíos. Los sabios gentiles vinieron a adorar a Emanuel, al niño de Belén, y a honrar al Señor Dios de Israel. Cuando lo encontraron, le hicieron regalos de: oro, incienso y mirra (Mateo 2:1-12).

Nada le puede dar mayor gozo al cristiano que ver a tanta gente alabar al Dios de gracia. “Se maravillará y ensanchará tu corazón” a causa de todos los que vienen a honrar al Señor y a proclamar su alabanza. A través del evangelio, Dios continúa llamando pecadores a la fe y los suma a su iglesia. Si miramos en derredor nuestro a nuestras propias vidas e iglesias, puede que a veces ese gozo sea minúsculo; no vemos esas grandes multitudes confesar su fe en Jesús. Con mucha mayor frecuencia, la conversión de los creyentes acontece en escala mucho menor que la que Isaías describe aquí. Sin embargo, a través de los siglos, miles se han vuelto al Señor. En el diario vivir del pueblo de Dios, esas conversiones ocurren mediante el testimonio de los cristianos. Dios hace creyentes de uno en uno y a veces más despacio de lo que quisiéramos. Pero cada alma que confía en Jesús se une a su gran asamblea y llena de alegría a los fieles, incluso a los ángeles del cielo, como dijo Jesús: “Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (Lucas 15:10).

**¹⁰ Extranjeros edificarán tus muros
y sus reyes estarán a tu servicio,
porque en mi ira te castigué,
mas en mi buena voluntad tendré de ti misericordia.**

**¹¹ Tus puertas estarán de continuo abiertas:
no se cerrarán de día ni de noche,
para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones
y conducidos hasta ti sus reyes,**

**¹² porque la nación o el reino que no quiera servirte,
perecerá; del todo será asolado.**

En la época de Isaías el ejército asirio invadió a Judá y sitió a Jerusalén. La fuerza militar asiria quiso arrasar las murallas de Jerusalén y destruir la ciudad. Senaquerib, que en aquel momento era el rey de Asiria, se proponía esclavizar a los judíos, no tenía intención alguna de servirles. Isaías miró también al futuro y vio la llegada del ejército de Babilonia que así mismo: iba a sitiar a

Jerusalén, a destruir la ciudad y se iba a llevar a los judíos cautivos. Pero la visión de Isaías miraba aún más allá de la invasión de Babilonia; los judíos reconstruyeron Jerusalén e incluso el rey persa les ayudó a que esto fuera posible. Pero el profeta vio más allá de este suceso; no vio una ciudad hecha de ladrillos y mortero o provista de muros y calles. Dios no promete que la ciudad de Jerusalén en Judea será construida nuevamente como una ciudad gloriosa y santa; esas ideas siguen desviando nuestra atención de la verdadera visión. No buscamos un reino milenarismo en la tierra que tenga a Jerusalén como su centro y capital. En lugar de eso, el profeta de Dios ve una congregación espiritual: la iglesia del Nuevo Testamento.

Cuando Isaías dice que los “extranjeros edificarán tus muros”, quiere decir que los conversos extranjeros ayudarán a construir la iglesia. Los creyentes de todas las naciones contribuirán al crecimiento del reino de gracia de Dios en el corazón de sus fieles. Así oramos con cada repetición del Padre Nuestro: “Venga tu reino”. El profeta de Dios ve a reyes que le sirven a su pueblo. ¡Cuán diferente es ese cuadro de lo que Isaías conocía! Él observó a la multitud asiria fuera de Jerusalén, resuelta a invadirla. Sin embargo, por el poder del Espíritu Santo, también vio a reyes extranjeros convertidos a la verdad y trabajando para construir la ciudad, es decir, la iglesia de Dios.

En la experiencia del profeta, las puertas de Jerusalén estaban cerradas con barras para impedir que un ejército extranjero entrara en la ciudad. Estos versículos dicen lo opuesto, las puertas están abiertas, nunca están cerradas. La invitación que hace Dios a creer presenta siempre una puerta abierta para cualquier pecador. Los que creen pueden entrar, y cuando entran por fe, pueden servirle al Señor voluntaria y rápidamente; ellos le traen sus ofrendas al Señor. Hombres, mujeres y niños de todas las posiciones sociales de la vida, incluyendo los poderosos, es decir, los “reyes” como Isaías los describe, han venido a confiar en Jesús y se han incorporado a su iglesia. Dios siempre les da la bienvenida a los que se acercan; él nunca excluye a nadie que cree. Por tanto, las

puertas permanecen abiertas.

Dios ha preparado maravillosas bendiciones para todos los pueblos de la tierra. Jesús vino para todo el mundo. Las puertas de su iglesia permanecen abiertas en bienvenida para todos, ¿pero qué hay de aquellos que no desean entrar por ellas? ¿Qué sucede con los que permanecen afuera en la incredulidad? Isaías nos recuerda: “La nación o el reino que no quiera servirte, perecerá”. El profeta dice lo mismo que dijo Jesús: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:16,18).

**13 »La gloria del Líbano vendrá a ti:
cipreses, pinos y boj es juntamente,
para embellecer el lugar de mi santuario;
y yo glorificaré el lugar de mis pies.
14 Y vendrán a ti humillados los hijos de los que te
afligieron,
y a las plantas de tus pies se encorvarán
todos los que te despreciaban,
y te llamarán “Ciudad de Jehová”,
“Sión del Santo de Israel”.**

El mundo antiguo apreciaba al Líbano por sus árboles; de allí importó Salomón madera para construir un magnífico templo (2 Crónicas 2:8-10). Al describir Isaías la iglesia de los santos de Dios del Nuevo Testamento, la describe como un lugar hermoso; la descripción de la iglesia continúa en estos versículos. Además de la madera del Líbano, apreciamos otras dos verdades.

Primero, la iglesia incluirá a antiguos enemigos de Judá y Jerusalén. Isaías dice que: “Vendrán a ti humillados los hijos de los que te afligieron”. En el futuro, algunos descendientes de los

antiguos adversarios del pueblo de Dios del Antiguo Testamento vendrán a la fe.

Segundo, estos conversos confesarán su fe en la verdad y llamarán a la iglesia: “Ciudad de Jehová, Sión del Santo de Israel”. Los extranjeros usan dos nombres para el Señor que son especiales en el Antiguo Testamento: “Jehová”, es decir, el nombre del Dios de la gracia libre y fiel, y “el Santo de Israel”, que es el nombre que Isaías ha empleado para Dios a través de toda su profecía. Estos extranjeros tienen la misma fe y guardan las mismas verdades que Isaías y que todos los fieles de Dios del Antiguo Testamento comparten y atesoran. Esta iglesia incluye a los creyentes de todos los tiempos.

**¹⁵ En vez de estar abandonada y aborrecida,
tanto que nadie transitaba por ti,
haré que tengas renombre eterno,
que seas el gozo de todas las generaciones.**

**¹⁶ Mamarás la leche de las naciones,
el pecho de los reyes mamarás;
y sabrás que yo, Jehová, soy tu Salvador,
tu Redentor, el Fuerte de Jacob.**

La descripción de la iglesia continúa, y aquí nos detenemos para destacar dos temas adicionales. Primero, a causa de la gloria del Señor, Dios va a hacer que su pueblo tenga “renombre eterno”. Sólo una cosa hará que el pueblo de Dios tenga renombre eterno: la venida entre ellos del Mesías. La salvación ha venido de los judíos y los efectos de la liberación del Señor se extienden para siempre. Cuando creemos, tenemos la vida eterna.

El profeta continúa describiendo cómo las naciones alimentarán a la iglesia. La nutritiva leche de los pueblos le dará fuerza y vitalidad. De este modo Dios usa: los talentos, los tesoros y la energía de los creyentes de todo el mundo para construir su iglesia. Fijémonos también en la lista de nombres que Dios usa

para él al final del versículo 16. El que ha congregado a la iglesia y continúa proveyendo tan ricas bendiciones a su pueblo no es otro que “Jehová... tu Salvador , y tu Redentor , el Fuerte de Jacob”. Dios basa su fama y su gloria en el cumplimiento de sus promesas para salvar y redimir a los pecadores: del pecado, de la muerte y del infierno. Su inmenso poder ha alcanzado esa maravillosa liberación y él continúa llamando y congregando a los creyentes en su iglesia.

**17 »En vez de bronce traeré oro,
y plata en lugar de hierro;
bronce en lugar de madera,
y hierro en lugar de piedras.
Te daré la paz por magistrado,
y la justicia por gobernante.**

**18 Nunca más se hablará de violencia en tu tierra,
ni de destrucción o quebrantamiento en tu territorio,
sino que llamarás “Salvación” a tus muros,
y a tus puertas “Alabanza”.**

**19 »El sol nunca más te servirá de luz para el día
ni el resplandor de la luna te alumbrará,
sino que Jehová te será por luz eterna
y el Dios tuyo será tu esplendor.**

**20 No se pondrá jamás tu sol
ni menguará tu luna,
porque Jehová te será por luz eterna
y los días de tu luto se habrán cumplido.**

Mediante el poder del Espíritu Santo, Isaías vio el regreso del pueblo de Dios de Babilonia. Se detuvo brevemente en ese suceso histórico, pero también miró más allá hacia la llegada del Mesías. Isaías describió la iglesia del Nuevo Testamento tal y como Dios la iba a: congregar, proteger y alimentar a través de los siglos. Es casi como si la palabra “eterna” del versículo 15 haya renovado

la atención del profeta en el pueblo de Dios en los cielos después del último día. El versículo 17 comienza con la promesa de que Jehová va a hacer las cosas mejores de lo que habían sido. Sus promesas tienen como marco el lenguaje y el pensamiento del Antiguo Testamento, pero Isaías vio lo que nadie de su época pudo haber conocido por experiencia.

Es bueno que leamos estas palabras de Isaías teniendo en mente las del apóstol Juan:

Y oí una gran voz del cielo, que decía: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron.

La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella y los reyes de la tierra traerán su gloria y su honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, porque allí no habrá noche. Llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero (Apocalipsis 21:3,4, 23-27).

²¹ »Todo tu pueblo, todos ellos, serán justos.

**Para siempre heredarán la tierra;
serán los renuevos de mi plantío,
obra de mis manos, para glorificarme.**

**²² El pequeño llegará a ser un millar;
del menor saldrá un pueblo poderoso.**

Yo Jehová, a su tiempo haré que esto se cumpla pronto.

Por fin Isaías nos deja mirar dentro de esta magnífica y gloriosa ciudad para que podamos observar a los habitantes que son todos “justos”. ¿Cómo puede ser esto? Él había escrito: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios” (59:2). Pero los que están dentro de la gloriosa iglesia de Dios están libres de todos sus pecados. Debido a la obra del Siervo, Dios los ha declarado justos y santos. Puesto que Cristo llevará las transgresiones del mundo, Dios ha anunciado: “Justificará mi siervo justo a muchos” (53:11). Los que están dentro de las murallas de la ciudad de Dios, los que creen y entran en su iglesia, son justos porque Dios así los ha declarado “por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Romanos 3:22). Dios lo ha hecho así por amor a sus hijos. Los creyentes son la obra de sus manos, plantados por él para que puedan proclamar la alabanza del Señor ahora y por la eternidad.

En este capítulo tenemos hermosas promesas. Por supuesto, para la gente de la época de Isaías su cumplimiento aún quedaba en el futuro, pero Dios le aseguró a su pueblo que todo iba a suceder en la plenitud del tiempo cuando él lo determinase y ocurrió tal como Dios prometió. Podemos estar seguros de que el futuro eterno de todos los creyentes está asegurado. Así como ha venido el Siervo y Dios nos ha congregado en su iglesia mediante el evangelio, así nos llevará a las eternas mansiones celestiales.

*El Señor enviará a su Siervo
para anunciar las buenas nuevas*

61 »El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí,
porque me ha ungido Jehová.

**Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres,
a vendar a los quebrantados de corazón,
a publicar libertad a los cautivos
y a los prisioneros apertura de la cárcel;
² a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová
y el día de la venganza del Dios nuestro;**

**a consolar a todos los que están de luto;
3 a ordenar que a los afligidos de Sión
se les dé esplendor en lugar de ceniza,
aceite de gozo en lugar de luto,
manto de alegría en lugar del espíritu angustiado.
Serán llamados “Árboles de justicia”,
“Plantío de Jehová”, para gloria suya.**

¿Quién habla en estos versículos? ¿A quién ha ungido Jehová y ha enviado para predicar las buenas nuevas? En varios pasajes anteriores Isaías identificó al personaje. En el capítulo 11, versículo 1, el profeta escribió que el Espíritu de Jehová reposará sobre la “vara del tronco de Isaí”. En el capítulo 42, versículo 1, el Señor Dios prometió que pondrá su Espíritu sobre su Siervo que traerá “justicia a las naciones”. En el capítulo 50, versículo 4, en un pasaje de los versículos acerca del Siervo, el Siervo afirma que tiene “lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado”. Enseguida de otro de los pasajes mesiánicos, en el capítulo 49, versículos 8 y 9, el Señor prometió que iba a llamar a los cautivos y a liberar a los que estuvieran en oscuridad, dos cosas que hace el Ungido de Dios que habla en estos versículos.

Al comienzo de este capítulo quien habla dice: “El Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí”. ¿Hay alguna razón para dudar de quién es el que pronuncia estas palabras? Éste no es otro que: el Siervo de Jehová, la Vara de Isaí, Jesucristo. Un importante pasaje del Nuevo Testamento elimina cualquier duda; cuando Jesús asistió a la sinagoga en Nazaret, recibió el rollo del profeta Isaías y leyó esa porción bíblica; después enrolló el manuscrito y se sentó. A continuación Jesús dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:21). Este fue un momento dramático para todos los presentes que estaban tan asombrados y furiosos, que procuraron arrojarlo por un despeñadero. Pero la reacción que tuvieron no cambió nada. Jesús se identificó como el que cumplía estas profecías.

Entonces, aquí habla Jesús proféticamente, anunciando que el Espíritu del Señor está sobre él. El Espíritu descendió visiblemente sobre su persona en el momento de su bautismo (Mateo 3:13-17; Marcos 1: 9-11; Lucas 3:21,22). En estas palabras de Isaías, Jesús dice que el Espíritu de “Jehová”, es decir, el Dios del pacto, es quien ha prometido su gracia y su misericordia. Además, éste es el Espíritu de “*Jehová, el Señor*”; eso identifica al espíritu como proveniente del Dios omnipotente, que lleva a cabo lo que promete. Jesús no vino de sí mismo; el Dios de la gracia gratuita y fiel lo envió y lo dotó de su Espíritu. Aquí apreciamos la implícita referencia a la Trinidad: el Señor, el Espíritu y el Siervo o el Ungido.

Jesús es el Ungido, es decir, el Mesías. Él ha venido para anunciar las buenas nuevas. Toda su misión se centra por completo en las “buenas nuevas” o el evangelio. No debemos olvidar que Dios no envió a su Mesías para restaurar el reino terrenal de David y Salomón ni tampoco para establecer un nuevo y mejor reino sobre la tierra. El que habla nos dice que él ha venido para “predicar las buenas noticias... a vendar a los quebrantados... publicar libertad... a consolar”. Él descendió con un mensaje: de buenas noticias, de saneamiento y de libertad. Vino proclamando su misericordioso mensaje: a los pobres, a los quebrantados de corazón, a los prisioneros. El contexto más amplio de estas palabras nos lleva a considerarlos como problemas más bien espirituales que físicos. Isaías había escrito que las iniquidades del pueblo los había separado de Dios (59:2) y que la oscuridad cubría la tierra (60:2). En los capítulos anteriores, Dios prometió una maravillosa liberación del pecado y de la oscuridad. En éste capítulo, nos dice quién traerá ese alivio y esa salvación. El Mesías es el portador de esta bendición porque “el Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre [él]”. El Mesías no vino sólo a alcanzar la liberación del pecado y la muerte (capítulo 53), sino que también vino a proclamar su victoria claramente a todos los agobiados y afligidos.

Por una parte, la profecía anticipa el regreso del pueblo de Dios de su exilio en Babilonia; el remanente escuchó el anuncio de “libertad” y regresó a Jerusalén para reconstruir su tierra. Pero esa liberación fue solamente el preludio de la redención de una cautividad mucho mayor, la del pecado y la muerte. Por otra parte, el Mesías vino a proclamar el consolador mensaje del perdón de Dios. Él es quien vinda los corazones quebrantados de los oprimidos por el peso de la culpa de su conciencia y alumbra con su luz a los pecadores en los calabozos de la desesperanza de su propia depravación. El Mesías rompe la servidumbre del diablo en las vidas humanas, y su mensaje proclama la maravillosa liberación del yugo: del pecado, de la muerte, del infierno y de Satanás.

Todos los seres humanos necesitan escuchar las buenas nuevas de Jesús ya que sus vidas están a menudo repletas de miseria y de problemas. Soportamos la derrota y el fracaso con mayor frecuencia de lo que triunfamos. Nuestro corazón está quebrantado y es desilusionado con frecuencia. Nuestros seres queridos sufren dolor y mueren. A veces, quienes amamos, nos hieren y nos abandonan. Estamos cautivos, o somos incapaces escapar de las consecuencias de nuestros propios fracasos o somos controlados por los errores de los demás. Sufrimos: por la amargura del cónyuge, por el desamor de un progenitor o por las ásperas críticas de otros. A menudo nuestra vida es una serie de episodios de duelo y pesar. Los momentos de felicidad y gozo pasan demasiado rápido y muy pronto nos dolemos por otra pérdida o por otro fracaso. Nuestra vida se ve frecuentemente tentada por: la avaricia, los celos, el orgullo, la codicia, la envidia, el odio o la ira. Al final nos aguarda la muerte: inevitable, oscura e innegable. Todos los hombres son herederos de esos males debido a sus propios: pecados, rebeliones y culpas.

Sin embargo, Dios no quiere que ningún ser humano sea abandonado a ese destino. Él ha enviado a su Ungido a anunciar las buenas nuevas del futuro diferente. El tercer versículo establece

una serie de elementos contrapuestos que son motivo de gozo para cada corazón humano. De un lado tenemos: lamento, aflicción, cenizas y angustia; del otro, encontramos: consuelo, esplendor, aceite de gozo, un manto de alegría. El Señor sabe cuándo las lágrimas corren por nuestras mejillas y cuándo nuestra vida parece mustia y desaliñada por causa de nuestros pecados. Él ha provisto la alternativa: las buenas nuevas de su amor en Cristo. Palabras habladas, escritas y recordadas expresan las buenas nuevas. El evangelio es el poder de Dios (Romanos 1:16); el Señor dispone obrar en el corazón humano por medio del evangelio, mediante el cual nos imparte: consuelo, gozo, libertad y fortaleza.

El Mesías fue enviado para anunciar el mensaje del amor de Dios por los agobiados pecadores. Una descripción de su obra nos dice que él proclama el año de la buena voluntad del Señor y el día de la venganza. El mensaje de Dios está siempre compuesto de ley y evangelio. La expresión “el año de la buena voluntad de Jehová” proviene de la ley del Año del Jubileo en el antiguo Israel. En ese año: la propiedad que había sido vendida revertía a su dueño original, las deudas eran perdonadas y los que a causa de ellas habían sido esclavizados (Levítico 25:8-55) eran liberados. En contraste con estas buenas nuevas, Dios amenazó con un “día de la venganza”. No debemos olvidar que el favor divino se extendía a lo largo de todo un año, en tanto que su venganza era por sólo un día. Dios quiere ser conocido más por su misericordia y compasión que por su venganza. Todas las Escrituras dejan esto muy en claro (Éxodo 34:5-7; Marcos 16:16; Juan 3:16-18; 2 Pedro 3:8-10).

El versículo 3 concluye señalándonos los resultados de la predicación de las buenas nuevas. Aquellos que han oído el mensaje del Mesías y lo han creído son llamados “Árboles de justicia”. La Nueva Versión Internacional habla de “robles de justicia”, también llamados terebintos, árboles del mundo antiguo fuertes y duraderos, ahora extintos. Las Escrituras describen a los creyentes como esos árboles “de justicia” porque encuentran su justicia en el Mesías y no en sus propias buenas obras. La santidad

de Dios les da fortaleza y vida.

El Señor ha hecho todo por los que son el “Plantío de Jehová, para gloria suya”. Con esta frase podemos recordar el final del capítulo anterior: “Todo tu pueblo, todos ellos, serán justos... renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para gloriarme” (60:21). La proclamación del evangelio crea la fe en el corazón de algunos; ellos son los santos de Dios, justos y fuertes en este mundo, pero únicamente porque Dios así los ha declarado. Los benditos de Dios se han fortalecido porque se nutren de sus promesas. Ellos son los árboles duraderos en el mundo de: caos, violencia y maldad.

**4 »Reedificarán las ruinas antiguas,
levantarán lo que antes fue asolado
y restaurarán las ciudades arruinadas,
los escombros de muchas generaciones.**

**5 Extranjeros apacentarán vuestras ovejas
e hijos de extraños serán vuestros labradores y vuestros
viñadores.**

**6 Vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová,
ministros de nuestro Dios seréis llamados.
Comeréis las riquezas de las naciones
y con su gloria seréis enaltecidos.**

Seguimos mirando los resultados de la predicación de las buenas nuevas del evangelio. Los convertidos por el Espíritu Santo mediante el evangelio serán congregados en la santa iglesia cristiana; por medio de esos convertidos, Dios construirá la iglesia. La nación del Antiguo Testamento se transformará en la iglesia del Nuevo Testamento. En tiempos de Isaías, Dios mantuvo a su pueblo del Antiguo Testamento separado de los extranjeros, pero en la era iniciada por el Mesías, los extranjeros serán parte del edificio de la iglesia de Dios. No sólo los de fuera serán incluidos a causa de su fe en el Mesías, sino también los fieles del Antiguo Testamento tendrán parte en ella. Juntos, los gentiles conversos y

los judíos creyentes, vivirán de las riquezas de las naciones (ver 60:5-7).

**7 En lugar de vuestra doble vergüenza
y de vuestra deshonra,
os alabarán en sus heredades;
por lo cual en su tierra poseerán doble porción
y tendrán perpetuo gozo.**

**8»Yo, Jehová, soy amante del derecho,
aborrecedor del latrocinio para holocausto.
Por eso, afirmaré en verdad su obra
y haré con ellos pacto eterno.**

**9 La descendencia de ellos será conocida entre las
naciones
y sus renuevos en medio de los pueblos.
Todos los que los vean reconocerán
que son un linaje bendito de Jehová.**

El Señor le prometió abundantes bendiciones a su pueblo. En la familia judía, el primogénito heredaba una porción doble. Todos los hijos de Dios serán tratados con el honor especial y las bendiciones que se le confieren al primer hijo. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento soportó la vergüenza y la ignominia; durante su vida los creyentes sufren igualmente, pero su suerte cambiará porque el Señor les asegura el gozo eterno. Notamos el pacto perpetuo y la herencia en la tierra prometida. El profeta no dice que sus hijos recibirán una doble porción de la tierra física de Palestina, sino que Jehová tiene en mente algo mucho más profundo al prometer que sus elegidos tendrán una herencia eterna en la nueva Jerusalén a la cual Jesús se refiere como “la casa de mi Padre” (Juan 14:2).

La ley y el evangelio de nuevo son evidentes. Dios ama la justicia y odia el robo. Los que creen en el evangelio de la gracia se alegrarán de sus herencias, pero los que no creen no recibirán

esas bendiciones. Incluso aquellos que aparentan adorar a Dios y se presentan delante de él con ofrendas, pero que han sido hipócritas y han dependido de sus propias buenas obras, no pueden esperar ninguna de las promesas divinas.

Aquí nuestra atención está dirigida a los creyentes, al pueblo escogido (1 Pedro 2:9), al cual Dios ha apartado del mundo y que son diferentes porque no son del mundo. La luz de su fe brilla (Mateo 5:16) para que “vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

**¹⁰»En gran manera me gozaré en Jehová,
mi alma se alegrará en mi Dios,
porque me vistió con vestiduras de salvación,
me rodeó de manto de justicia,
como a novio me atavió
y como a novia adornada con sus joyas.**

**¹¹ Porque como la tierra produce su renuevo
y como el huerto hace brotar su semilla,
así Jehová, el Señor, hará brotar justicia y alabanza
delante de todas las naciones.»**

El Mesías habló en los versículos iniciales de este capítulo, pero aquí habla alguien más. Estas palabras no pueden ser las del Mesías, sino son las de alguien que ha recibido los beneficios de la obra del Mesías. Isaías describió a la persona que habla como alguien que dice que Jehová la “vistió con vestiduras de salvación” El Mesías trae el perdón y la paz con Dios y se los dispensa a los pecadores que necesitan esas bendiciones. El Mesías no tiene necesidad de esas bendiciones. Estas palabras nos recuerdan el “Canto de María” cuando supo que habría de ser la madre del Mesías: “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (Lucas 1:46,47). Las palabras que registra el profeta Isaías son las palabras de una persona creyente que ha recibido las grandes bendiciones de Dios su Salvador; un gran gozo inunda su alma por tan gran don.

Cada creyente se puede regocijar al saber que Dios ha cubierto su vida pecadora con el manto de la justicia que Jesús confeccionó con los hilos de su vida perfecta. Él lo tejió en el telar de la cruz y lo tiñó de rojo carmesí con su propia sangre. Dios le otorga gratuitamente la vestidura de la vida perfecta de su Hijo al pecador, con la que cubre: cada pecado, cada rebelión y cada desviación de los estatutos de Dios. Ese manto de santidad de Cristo proviene sólo de Dios, y es lo bastante largo y ancho como para cubrir cada: mal pensamiento, palabra y acción de los hombres. Ningún ser humano puede borrar un solo pecado; abandonados a nosotros mismos, andaríamos como Lady Macbeth en la obra de Shakespeare. En ella, la dama mata al rey, y sus actos atormentaban su corazón y su conciencia. De la misma manera que el personaje de Shakespeare, nosotros intentamos en vano limpiar nuestras impías manos. Si somos honestos, llegaremos a la misma conclusión a la que ella arribó: “Aquí está todavía el olor de la sangre; todos los perfumes de Arabia no endulzarán esta pequeña mano” (Traducido de *Macbeth* 5.1.52-54). La gracia de Dios en Cristo es lo único que puede borrar la transgresión humana. El perdón no puede ser alcanzado por el esfuerzo humano, no importa cuán piadoso pueda parecer el esfuerzo a la vista del hombre. Somos justificados, es decir, declarados justos gratuitamente por sola gracia. Mediante la fe, ponemos sobre nuestros hombros el manto inmaculado de Cristo y los hacemos nuestro. Y por eso cantamos:

Aunque sean mis pecados
Rojos como el carmesí,
En el río del Calvario
Hay limpieza para mí. (C.C. 48:2)

Y como este manto cubre las más profundas manchas del pecado humano, se convierte también en una vestidura de salvación con la cual los hombres se presentan delante de Dios, y él les da la bienvenida al verlos revestidos con la perfección de su propio Hijo. Sin la justicia de Cristo, somos echados de la

presencia de Dios y enviados al tormento eterno del infierno. Pero mediante el manto de la perfección de Cristo por la fe, recibimos la vida eterna y la liberación del juicio. Nos regocijamos porque Dios nos ha dado esa vestidura de salvación y nos ha reclamado como suyos.

El último versículo del capítulo les aseguró a los lectores del pueblo de Dios del Antiguo Testamento que todo esto habría de suceder. Tan ciertamente como el suelo produce la verde hierba y las hermosas flores así “Jehová, el Señor, hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones.” El terreno puede parecer estéril y yermo, pero después de un tiempo la semilla brota y crece la planta. Para los judíos de la época de Isaías, Jerusalén sería destruida y el pueblo de Dios iba a ser llevado cautivo; pero en el momento en que él lo disponga regresarán. Más allá de ese regreso, incluso en un futuro aún más lejano, vendrá el Mesías y proclamará las buenas nuevas del evangelio. Entonces florecerá el cumplimiento de todas las palabras de este capítulo, así como todas las de las demás profecías.

El Señor hace juramento de bendecir a los redimidos

62 Por amor de Sión no callaré
y por amor de Jerusalén no descansaré,
hasta que salga como un resplandor su justicia
y su salvación se encienda como una antorcha.

² Entonces verán las naciones tu justicia
y todos los reyes tu gloria;

y te será puesto un nombre nuevo,
que la boca de Jehová te pondrá.

³ Y serás corona de gloria en la mano de Jehová
y diadema de realeza en la mano del Dios tuyo.

⁴ Nunca más te llamarán “Desamparada”,
ni tu tierra se dirá más “Desolada”;
sino que serás llamada Hefzi-bá,
y tu tierra, Beula;

**porque el amor de Jehová estará contigo
y tu tierra será desposada.**

**⁵ Pues como el joven se desposa con la virgen,
así se desposarán contigo tus hijos;
y como el gozo del esposo con la esposa,
así se gozará contigo el Dios tuyo.**

El capítulo 61 comenzó con las palabras del Mesías y cerró con el canto de alabanza de una persona que había sido vestida con las vestiduras de salvación. Este capítulo abre con las palabras del Señor mismo concernientes a su iglesia; él creó la iglesia por su gracia a través de su Palabra. “Por amor de Sión” y “por amor de Jerusalén” no permanecerá en silencio. Las bendiciones que Dios ha preparado para su pueblo son demasiado importantes y demasiado maravillosas como para mantenerlas ocultas.

Sión y Jerusalén se refieren a la iglesia de Dios. No entenderemos el punto principal del mensaje del Señor si les aplicamos estos términos a los reinos terrenales de Judá e Israel. Las interpretaciones que tratan de encontrar en esos lugares físicos el cumplimiento profético, yerran ante la realidad de la historia cuando una y otra vez los reinos terrenales no les pudieron proporcionar la paz y la prosperidad a los ciudadanos que las anhelaban. Con el fin de hacer la profecía compatible con la historia, algunos han incluso sugerido que Sión y Jerusalén entrarán algún día en una era milenaria en la que todas estas profecías se cumplirán literalmente en la tierra. Pero Dios no anuncia las maravillas de ninguna entidad política concebida o llamada “Sión” y “Jerusalén”, ni se interesa en ninguna otra organización visible, incluyendo la iglesia cristiana organizada. *Sión y Jerusalén* se refieren a la iglesia invisible de los creyentes en Jesucristo. Esta Sión siempre estará escondida de nuestra vista física, nos será invisible mientras estemos aquí en la tierra. La reconocemos ahora porque sus ciudadanos se reúnen para escuchar el mensaje de la gracia de Dios en Cristo y para recibir sus sacramentos. Pero a través de la historia del mundo, la iglesia no

aparece gloriosa al compararla con todo lo demás; al contrario, en el mundo la vemos perseguida y ridiculizada.

Pero esto no impide que Dios proclame el mensaje de su gracia y su misericordia, el cual crea y sostiene a la iglesia. Es sólo por gracia que el Señor le da a su pueblo el perdón y la paz. Jesucristo, el Mesías, murió y resucitó para realizar lo prometido. Los esfuerzos de Dios crearon al pueblo que ha venido a ser su Sión y su Jerusalén, el pueblo que él ha sacado de la oscuridad para ser su nación santa y escogida (1 Pedro 2:9). Ellos son su pueblo aquí en este mundo y, después que termine esta vida, entrarán en la nueva Jerusalén que espera a los creyentes (Apocalipsis 21:3,4). El Señor no quiere que el mensaje de su gracia en Cristo, que creó su iglesia, sea un secreto para el mundo; él quiere que todos los pueblos oigan y crean su mensaje de amor por los pecadores. Dios no guardará silencio hasta que la justicia que les pertenece a todos los creyentes brille hasta el grado que todas las naciones la vean.

¿Cómo anuncia esto el Señor? Por supuesto, las Escrituras hacen ese claro anuncio, pero Dios también obra a través de su pueblo. Jesús les dijo a sus discípulos: “Me seréis testigos” (Hechos 1:8); por eso Dios obra por medio de la proclamación que hace su pueblo. Primero, él les da el poder para hablar de su gracia, como hizo Esteban ante la multitud que lo apedreó. Segundo, por la proclamación del evangelio, Dios llama a otros para que vean y crean. Todo el proceso se convierte en una gran cascada, en un ciclo continuo. Mediante las buenas nuevas, Dios le da el poder a su pueblo para dar testimonio de Cristo, y obra por medio de su mensaje para llevar otros a la fe; después les da poder a esos nuevos creyentes para que proclamen el evangelio y obra nuevamente por medio de su mensaje para llevar a otros más a la fe. Este ciclo ha continuado durante siglos hasta el presente; Dios no ha permanecido en silencio. Debido a que las buenas nuevas de la misericordia de Dios en Jesucristo han venido por medio de las voces de sus hijos, su evangelio continúa su gloriosa labor.

El Señor no es indiferente para con su pueblo, a quien Isaías llama aquí Sión y Jerusalén. Dios se deleita en su pueblo, él: los ha creado, los ha protegido y les ha prometido bendiciones maravillosas. Isaías llama al pueblo santo de Dios “corona de gloria” y “diadema de realeza”. Y como el Señor tiene en su mano a la iglesia, descrita como una corona en su mano, ella es su obra de arte, su creación, a la cual desea exhibir ante el mundo. Dios obra como el artista que ha lo hecho todo para embellecer su iglesia. Él ha empleado tiempo para cumplir las profecías que fueron hechas a lo largo de las páginas de las Escrituras; ha dedicado la santa y preciosa sangre de su unigénito Hijo para lavar los pecados de la iglesia; ha obrado mediante el evangelio para llamar a los seres humanos y hacerlos suyos. Dios continúa en nuestros días dándole a su iglesia el poder para proclamar el dulce mensaje del perdón y de la vida eterna. Él quiere demostrar su maestría y el esfuerzo que ha dedicado en su iglesia.

Sin embargo, en la historia de este mundo la iglesia aparece más desolada y abandonada que gloriosa. Así como los lectores de Isaías fueron dirigidos a mirar hacia el futuro, también el pueblo de Dios mira adelante, no a un nuevo capítulo de la historia del mundo y de la política, sino al final del libro del mundo y al amanecer de la nueva, gloriosa y celestial Jerusalén. En este mundo, el pueblo de Dios no tiene ciudad permanente, sino que mira hacia el radiante futuro a la ciudad que los espera (Hebreos 13:14). La iglesia sabe, porque Dios así lo prometió, que esa gloriosa ciudad está más allá del tiempo y del espacio. Aquí encontramos otra de esas promesas que les dan a los creyentes una muestra de lo que les espera. Los creyentes confían en la gracia y en la misericordia de Dios que él comparte con ellos por medio de la Palabra. Es a través de la Palabra que sus hijos saben de su amor por ellos y son reconfortados en el mundo donde la deslealtad y el desamparo ocupan un papel prominente. Aunque algunas veces parezca que es así, los creyentes no están abandonados, sino que están en las manos de Dios, y él les promete su bendita presencia

y protección. Sin embargo, por el momento esperan el futuro cuando la presencia con Dios será completa e inmediata.

Por medio de Isaías, Dios les recuerda a los fieles las bendiciones de las cuales son herederos. Aun cuando aquí se pudiera decir que están agobiados y desamparados, no es así, Dios se deleita en ellos y les da un nuevo nombre; Isaías va a hablar más específicamente sobre ese nombre al final de este capítulo, pero aquí los nuevos nombres son Hefzi-bá que significa “en ella está mi deleite” y Beula, que significa “casada”. El comentario que hace el mismo Dios sobre estos nombres habla del amor que tiene por su pueblo y la alegría de ellos por causa de su gracia. La metáfora es la de un matrimonio, y se adelanta a las palabras que escribió Pablo en el capítulo 5 de Efesios acerca de la iglesia como la novia de Cristo. A fin de que pueda estar: cuidado, protegido, siempre amparado y nunca más abandonado, el pueblo de Dios está unido en matrimonio a Cristo; sus integrantes: se sujetan a él, disfrutan de su amor y se deleitan en esa relación. Las palabras: “Así se gozará contigo el Dios tuyo”, demuestran que Jehová Dios también se goza en su iglesia.

Quizás pueda persistir alguna confusión en este pasaje porque “se desposarán contigo tus hijos”, pero en un ámbito más amplio, describe el gran regocijo que produce la relación entre Dios y su iglesia; Dios se deleitará por causa de su pueblo y los creyentes se regocijarán en la gracia de Dios, e incluso se gozarán los unos en los otros como Pablo dijo: “Pues, ¿cuál es nuestra esperanza, gozo o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Tesalonicenses 2:19,20). La iglesia del Nuevo Testamento cumple las promesas, pero la gloria y el gozo de la iglesia eterna en el cielo están más allá de todo lo que hoy conocemos. Ahora la iglesia proclama la gracia de Dios en el mundo de oscuridad y tiene que soportar tiempos de desolación y decadencia. Sólo en la iglesia celestial se cumplirán plenamente las palabras que Dios nos da por medio de Isaías.

**⁶ Sobre tus muros, Jerusalén,
he puesto guardas
que no callarán ni de día ni de noche.
¡Los que os acordáis de Jehová,
no descanséis
⁷ ni le deis tregua,
hasta que restablezca a Jerusalén
y la ponga por alabanza en la tierra!**

Algunos comentaristas han puesto los primeros versículos de este capítulo en boca del profeta Isaías; pero aquí en el versículo 6, el que habla sitúa atalayas sobre los muros de Jerusalén, algo que el profeta no hubiera podido hacer. Quien habla aquí es el Señor.

Fijémonos cómo obra Jehová Dios para proclamar su mensaje, él pone guardas, o atalayas como dice otra traducción, sobre los muros. Esos guardas no pueden permanecer en silencio: “no callarán ni de día ni de noche”. El pasaje nos dice que están sobre los muros, pero los muros de Jerusalén han caído desde la antigüedad en manos de más de un ejército invasor. Aquí los muros tienen que referirse a la Jerusalén espiritual, a la santa iglesia de Dios.

¿Quiénes son estos guardas? En primer lugar, son los profetas que muchas veces han sido presentados como guardas o atalayas de Dios que le anuncian el mensaje a su pueblo. La descripción de su labor incluía: advertir al pueblo de Dios contra el error y la doctrina falsa, anunciar la ira del Señor contra el pecado y ofrecer el consuelo de su amor y su perdón. Los que eran atalayas de Dios proclamaban su mensaje sin importar las consecuencias. Una y otra vez tuvieron que oponerse a falsos profetas que predicaban un mensaje diferente al de Dios. Los verdaderos profetas: condenaron el pecado, aliviaron al atribulado, cuidaron del débil, fortalecieron la fe y convirtieron a los perdidos. ¿Cómo? Mediante el uso de la palabra de Dios. Puesto que el poder residía en la Palabra, no podían permanecer callados.

El oficio profético alcanzó su cumplimiento en Cristo, él es el mejor de los mensajeros de Dios para su pueblo. Jesús le confió el oficio profético a la iglesia del Nuevo Testamento, ya que por medio de ella Dios continúa poniendo guardas sobre su rebaño: para protegerlo contra aquellos que quisieran destruirlo, para advertir contra el error, para dar consuelo y para predicar y enseñar la verdad de Dios. Cuando su pueblo escoge a alguien para que le sirva, Dios llama a sus guardas para que suban a los muros de su iglesia. En la libertad del evangelio, el pueblo de Dios determina el alcance de la labor de cada una de las personas que son llamadas. Sólo los que la iglesia ha designado deben hablar como sus ministros públicos. Lo más común es que los pastores y los maestros sean el cumplimiento contemporáneo de la profecía de Isaías. Esos guardas han sido necesarios en cada momento de la historia de su iglesia y Dios los ha provisto. Ya que Satanás continúa rugiendo sus amenazas y falsedades, buscando almas que devorar, el Señor continuará dando atalayas hasta que la iglesia alcance la gloria. Como Pedro y Juan, estos guardas no pueden permanecer callados: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20).

Los guardas que Dios le da a su iglesia se pueden considerar como líderes que tienen la responsabilidad especial de proclamar las verdades de Dios. No obstante, cada santo de Dios: tiene el ministerio de las llaves y comparte la verdad de Dios, aconseja a los que necesitan guía, advierte contra la falsedad y les señala a otros la gracia de Dios en Cristo. En tanto que los santos de Dios determinan quiénes van a ser sus guardas públicos llamados, cada creyente actúa como un guarda. La iglesia es un cuerpo con muchos miembros diferentes que trabajan juntos para alcanzar el objetivo que se ha mencionado aquí: establecer a Jerusalén, o sea la iglesia, y hacer de ella la alabanza de toda la tierra. En la iglesia, todos deben trabajar para alcanzar esas altas metas.

A fin de que los creyentes no lo olviden, el Señor les da palabra de aliento a todos sus santos; les dice “¡No descanséis ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por

alabanza en la tierra!” La tarea que enfrenta el pueblo de Dios en esta vida requiere constante atención; nadie se puede sentar perezosamente, ningún creyente puede permanecer en silencio. Todos los hijos de Dios apoyarán unidos la misión de llegar a todas las naciones de la tierra. En resumen, los fieles deben procurar activamente la extensión del reino de Dios en la tierra.

El profeta comienza diciendo que: “los que os acordáis de Jehová” deben tener presentes los pasajes que exhortan al creyente a orar al Señor. Así como son diligentes en dar testimonio en donde se encuentran y en enviar misioneros a otras partes de la tierra, tampoco deben dejar descansar al Señor. Sus oraciones deben importunar a Dios con peticiones de bendiciones sobre cada proclamación de la ley y el evangelio de cada mensajero en cada lugar. Esta tarea terminará únicamente cuando Dios revele a la nueva Jerusalén al final de los tiempos. Entonces la iglesia será vista como la novia gloriosa que Dios ha descrito en su palabra. Ese día los santos de Dios estarán frente a todas las naciones de la tierra y el Señor dirá: “Venid, benditos de mi padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34).

La profecía ve la gloria final de la iglesia, pero con el transcurso del tiempo la historia de la iglesia se desenvuelve gradualmente. Se proclama la Palabra, se añaden nuevas almas a la iglesia y nuevos líderes son llamados a servir como guardas. Los miembros de la iglesia en todo momento tienen trabajo por hacer; deben ser celosos en dar testimonio de la verdad y fervientes en la oración. ¡Qué contraste con los guardas de Israel que eran: ciegos, ignorantes y mudos, somnolientos, perezosos, que aman el dormir (56:10)! Esos guardas verán la magnificencia de la iglesia pero no la disfrutarán.

**⁸ Juró Jehová por su mano derecha
y por su poderoso brazo:
«Jamás daré tu trigo
por comida a tus enemigos,**

**ni beberán los extraños el vino
que es fruto de tu trabajo;
9 sino que quienes lo cosechan lo comerán
y alabarán a Jehová;
y quienes lo vendimian lo beberán
en los atrios de mi santuario.»**

Todas las promesas de Dios nos llegan en el frágil vaso de las palabras; el Señor obra por medio de esas palabras, porque su Palabra es poderosa. Al comienzo de los tiempos, Dios llamó a la existencia al mundo físico por medio de las palabras que salieron de su boca. Anteriormente, en este mismo capítulo, de la boca de Dios salió el nuevo nombre de su pueblo. Cuando él habla, así es. Sin embargo, las palabras llenan el mundo en el que vive la iglesia, siendo algunas de ellas promesas de gente poderosa y otras crueles palabras de odio y prejuicio; hay incluso otras palabras que son pronunciadas para captar nuestra atención y que nos mueven a emprender determinado curso de acción.

En este mundo: de buenas intenciones, de promesas rotas y de palabras vacías, Dios subraya sus promesas con un juramento que hace por su mano derecha y por su brazo poderoso, símbolos de su poder y de su fuerza. Cuando un funcionario de una corte toma juramento, el testigo levanta la mano derecha para darle énfasis a la solemnidad del juramento; así, pues, el juramento de Dios le da énfasis a su promesa, que se cumplirá; nada puede cambiar esa verdad. Las promesas de Dios no son una exageración caprichosa; él ha jurado que las llevará a cabo.

Este juramento de Dios le recuerda a su pueblo la opresión que sufrió en este mundo. Uno pudiera pensar en Gedeón teniendo que trillar el grano en un lagar para esconder la cosecha de los madianitas (Jueces 6). Ese tipo de opresión era común en el mundo antiguo. El juramento divino traía consigo la liberación y la libertad; ningún extranjero se aprovecharía en el futuro del pueblo de Dios. Los dones de su gracia nunca les serán arrebatados.

El cumplimiento de esa promesa motivará a los miembros del pueblo de Dios, ellos “alabarán a Jehová”... y “beberán [vino] en los atrios de mi santuario”. Esos términos se refieren a las ofrendas de las primicias y diezmos prescritos en la ley de Moisés (Deuteronomio 26:1-15; 14:22-29). Uno de los aspectos claves en este caso era comer y beber “delante de Jehová, tu Dios” (Deuteronomio 14:23,26). Las bendiciones prometidas serían el fundamento de la adoración y de la acción de gracias que apuntan a la adoración y la alabanza en la presencia eterna y gloriosa del Señor Jehová de los ejércitos.

En un aspecto, las bendiciones que Dios promete aquí incluyen las bendiciones de la comida y la bebida; en otro, las bendiciones de la paz y la prosperidad; y en un tercero, la comunión con Dios en la adoración. Cada vez que los creyentes disfrutan del cumplimiento terrenal de esas promesas pueden mirar hacia el cumplimiento: final, permanente y completo en la nueva Jerusalén. Cada expresión de adoración y alabanza es imperfecta y temporal para la iglesia en la tierra, pero cada una de esas expresiones nos recuerda la perfecta alabanza que los santos ofrecen en el cielo (Apocalipsis 7:9-17). De vez en vez, el pueblo de Dios en el mundo ha disfrutado de: prosperidad, libertad y paz; en otras ocasiones, y de acuerdo con sus propios propósitos, el Señor ha retenido estos dones. Esas pruebas no invalidan las promesas de Dios. Los períodos: de conflicto, de hambre y de opresión llegarán un día a su final, de acuerdo con la promesa de Dios. El Señor ha hecho un juramento para asegurar que así será.

**¹⁰ ¡Pasad, pasad por las puertas;
barred el camino al pueblo;
allanad, allanad la calzada,
quítad las piedras,
alzad pendón ante los pueblos!**

**¹¹ He aquí, Jehová lo hizo oír
hasta lo último de la tierra:
«Decid a la hija de Sión**

**que ya viene su Salvador;
he aquí su recompensa con él
y delante de él su obra.»
¹² Y los llamarán Pueblo Santo,
Redimidos de Jehová.
Y a ti te llamarán Ciudad Deseada,
No desamparada.**

El aspecto artístico de estas exhortaciones incluye el acostumbrado paralelismo de la poesía hebrea, pero le añade una repetición que hace énfasis no sólo el concepto sino el sonido de las palabras, lo cual en español llamaríamos rima imperfecta. Y como esos efectos se pierden en la traducción, quizás los traductores intentaron rescatarlos mediante las preposiciones que se agregan a los verbos: “*pasad por*” y “*allanad la*”. La repetición y el sonido expresan la entusiasta y enfática respuesta al juramento del Señor; él jura que va a cumplir sus promesas, su iglesia responde con profunda gratitud y gran alborozo.

Mientras laboramos en este mundo y escuchamos las firmes promesas del Señor, anhelamos su cumplimiento. El último libro de la Biblia concluye con un rotundo: “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20). Aquí, en el versículo 10 de este capítulo de Isaías, el profeta parece ser el vocero que alienta al pueblo de Dios para que se prepare para el cumplimiento de todas las promesas que hace el Señor. El pueblo de Dios, su iglesia, va a ser reunido desde los confines de la tierra; esos futuros convertidos vendrán; “¡Allanad, allanad la calzada, quitad las piedras, alzad pendón ante los pueblos!” El espíritu de las exhortaciones parece ser: “Consideren todas estas maravillosas promesas para Jerusalén y para Sión. ¡Qué maravilla! Vayamos y disfrutémoslas.” Isaías hizo una exhortación similar en 57:14. Además, las palabras de este pasaje aluden a las de 40:3,4 donde el camino es allanado para el Señor; aquí, en cambio, es preparado para su pueblo.

El regreso de los exiliados en Babilonia es un cumplimiento de estas palabras. Cuando Ciro emitió su edicto, los judíos regresaron para construir Jerusalén. Realidades históricas y políticas interfirieron en el gozoso regreso a la ciudad de Dios; muchos judíos hicieron largos peregrinajes a Jerusalén para asistir a una de las festividades; para muchos de ellos ese viaje se convirtió en lo más destacado de su vida religiosa. Pensemos en los judíos de todas las naciones que estaban en Jerusalén en la mañana de Pentecostés. Sin embargo, todos sus peregrinajes, no importa lo maravillosos y alentadores que hubieran sido, eran sólo pobres e imperfectos reflejos de la reunión de la iglesia de todas las naciones. El profeta exhortó al pueblo de Dios para que pasaran por las puertas de sus propias ciudades, incluyendo Babilonia, y se congregaran en la ciudad de Dios. Cada peregrinación se convirtió en un recordatorio de la gran reunión de todo el pueblo de Dios. Incluso la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos nos da sólo un anticipo de su esplendoroso regreso cuando reunirá consigo a todo su pueblo y recibirá su jubilosa alabanza y agradecimiento.

Las inspiradas palabras de Isaías nos llevan a un futuro lejano. A través de todo el mundo, la santa iglesia cristiana escucha la proclamación del Señor: “Ya viene su Salvador”. El tiempo de la redención ha llegado; Isaías lo vio como un hecho histórico, incluso cuando para él yacía siglos adelante en el futuro. El profeta registra el mismo anuncio en 40:10. El disperso pueblo de Dios oír la proclamación. El Salvador que viene traerá consigo la recompensa que él ha ganado y que le ofrece gratuitamente a su pueblo. La palabra *Recompensa* implica que alguien ganó algo por un acto que llevó a cabo, un “quid pro quo”, como por ejemplo el pago por un trabajo hecho. Pero en la Ciudad de Dios, ningún ciudadano puede ganar la recompensa; el Salvador la ha ganado, la otorga gratuitamente, su pueblo la recibe por la fe que obra el Espíritu Santo. Dios libra: del pecado, de la muerte y del castigo; ningún miembro individual del pueblo de Dios, ni siquiera todos

ellos juntos, pueden salvar a un solo pecador. Fijémonos en que la proclamación proviene del Señor. Las palabras una vez más anuncian la maravillosa redención: del pecado, de la muerte y del infierno, que Jesús ha logrado.

Un nuevo nombre caracteriza a los hijos de Dios: “Pueblo Santo; Redimidos de Jehová”. La iglesia de Dios no es una institución secular interesada en: impuestos, tarifas, reformas sociales, agendas políticas u otros asuntos mundanos. El Pueblo Santo de Dios se concentra en: lo moral, lo espiritual y en los asuntos eternos vinculados a la redención ganada por el Salvador, y en el perdón de los pecados que quita cada mancha de maldad. Cuando la iglesia institucional altera su enfoque y se concentra en algo distinto de estas bendiciones del Salvador, deja de ser el santo y redimido pueblo de Dios.

Con mucha frecuencia la ciudad de Dios, su iglesia, parece venida a menos en este mundo. Da la impresión de que está estancada y curiosamente desigual en el mundo: de los poderes políticos, del materialismo y de las necesidades prácticas. Con frecuencia le han hecho oposición y la han perseguido. Las grandiosas catedrales que se erigieron en tiempos pasados se ven ahora vacías y en muchos casos no cuentan más que como museos. Pero Dios cambia las cosas, ya no se dirá que su pueblo está desamparado ni lo verán desolado. La iglesia no está abandonada, todavía Dios tiene legiones de fieles. Cuando por fin el pueblo completo de Dios sea reunido de entre las naciones del mundo, nadie dirá que la iglesia está desamparada y vacía; en lugar de eso, los pies de los santos marcharán gloriosamente a presentarse delante de Dios. Lutero escribe: “Anteriormente ustedes (el pueblo de Dios) estaban abandonados y despreciados por sus enemigos. Los impíos perecen y la iglesia permanece... Este es un sermón que atañe a las promesas dadas a la iglesia” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 351).

El Señor ha traído la venganza y la redención

63—¿Quién es éste que viene de Edom,
de Bosra, con vestidos rojos?
¿Éste, vestido con esplendidez,
que marcha en la grandeza de su poder?
—Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar.

Desde el versículo inicial del capítulo 60 hasta el final del capítulo 62, Isaías ha revelado la inigualada gloria que pertenecerá al pueblo redimido de Dios. Cuando el profeta vio el futuro, vio que: “la gloria de Jehová” resplandecerá sobre los fieles (capítulo 60), el Siervo traerá buenas nuevas y grandes bendiciones (capítulo 61) y Sión recibirá un nuevo y glorioso nombre (capítulo 62). ¡Qué maravillosos dones esperan a los fieles de Jehová Dios!

Con todas esas maravillosas bendiciones aún frescas en la mente del lector, Isaías vio que se acercaba una figura sorprendente, era una figura de hombre que caminaba confiadamente como un vencedor “que marcha en la grandeza de su poder”, “con vestidos rojos,...vestido con esplendidez”; su apariencia implicaba un ser: poderoso, confiado y triunfante. Pero notamos en él algo inusitado, las vestiduras que usaba estaban manchadas. Pudiéramos esperar que estuviese sudado o sucio como un guerrero después de un arduo esfuerzo, pero el detalle que nos sorprende es que sus espléndidos vestidos están teñidos de rojo.

La persona que Isaías vio venía de Edom, situada al sur de Judá, uno de sus enemigos más antiguos e implacables. Durante la larga historia del pueblo de Dios, Edom fue siempre uno de los más implacables enemigos de Judá. Edom representa aquí a todas las fuerzas unidas y hostiles a Dios y a su pueblo. Bosra era una ciudad importante de Edom y era sin duda una ciudad fortificada; su nombre quizá significa “inexpugnable”. Cuando Isaías vio que se acercaba el personaje, preguntó: “¿Quién es éste?”

El majestuoso personaje respondió seguro de sí mismo y con audacia: “Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar”. Esas palabras nos ayudan a identificar al personaje. El Señor tiene un celo ferviente por salvar a los pecadores; él es justo. Por su justicia, él planeó la liberación de su pueblo y la del mundo entero. El designio de Dios fue enviar al Siervo a tomar el lugar del mundo de pecadores que estaban bajo el juicio de Dios. Por causa del Siervo, Dios pudo justificar “a muchos” (53:11), es decir, los pudo declarar inocentes de culpa. Cuando el personaje dijo: “hablo en justicia”, lo hizo teniendo en mente el deseo del Padre de salvar al mundo. El personaje que vio Isaías también dijo que era el poderoso autor de la salvación. ¿Quién sino el Señor es “grande para salvar”? A lo largo de toda su profecía el profeta ha estado describiendo las grandes aserciones de Dios acerca de su gloria y de su superioridad sobre otros dioses y otras teologías. Él es sencillamente superior a todos porque es el único que quita los pecados de su pueblo. Él dice: “Yo, yo soy Jehová, y fuera de mí no hay quien salve” (43:11). ¿Quién más puede ser éste sino el gran Salvador del pueblo de Dios?

El Siervo sufriente, de quien primero tomamos nota en el capítulo 53 de Isaías, ya nunca más aparece golpeado y abatido; él ha triunfado. El que fue crucificado ya no está humillado y manso. Ahora ha venido a ser glorioso y poderoso. “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto y es cosa maravillosa a nuestros ojos. Este es el día que hizo Jehová; ¡nos gozaremos y alegraremos en él!” (Salmo 118:22-24). No tenemos duda acerca de la identidad de este ser, pero aún queda pendiente una pregunta.

**²—¿Por qué es rojo tu vestido
y tus ropas son como las de aquel que ha pisado en un
lagar?**

**³—He pisado yo solo el lagar;
de los pueblos nadie había conmigo;**

**los aplasté con ira,
los pisoteé con furor;
su sangre salpicó mis vestidos
y manché todas mis ropas.**

**⁴ Porque el día de la venganza está en mi corazón;
el año de mis redimidos ha llegado.**

**⁵ Miré, y no había quien ayudara,
y me maravillé de que no hubiera quien me sostuviese.
Entonces me salvó mi propio brazo
y mi ira me sostuvo.**

**⁶ Con mi ira pisoteé a los pueblos,
los embriagué con mi furor
y derramé en tierra su sangre.**

Las ropas ensangrentadas del personaje le recordaron al profeta al que pisa las uvas en el lagar. Durante la cosecha, las uvas ya maduras eran recolectadas y puestas en el lagar, donde los trabajadores las machacaban con los pies desnudos; en esa tarea anual era natural que las ropas que usaban los obreros quedaran salpicadas y teñidas por el jugo de las uvas al ser pisadas. Las manchas que vio en las vestiduras del Señor le recordaron al profeta ese acontecimiento anual, así que le pidió una explicación: ¿Por qué los vestidos de la impresionante figura estaban manchados de rojo, como los de alguien que estuviese en la cosecha de uvas?

La respuesta del Señor hace más profundo el contraste con los capítulos anteriores. El Señor en efecto ha participado en una cosecha, pero no de uvas, sino en una cosecha de juicio. Ha pisoteado a sus enemigos y sus ropas se han teñido con la sangre de ellos. Dios ha completado el “día de la venganza”. El cuadro que aquí nos traza Isaías asume que el juicio ya se ha llevado a cabo y que el Señor regresa después de haberlo completado. La imagen del Mesías ensangrentado nos pudiera sorprender y causarnos repugnancia, pero descubrimos que no está cubierto por su propia sangre. Si así fuera, podríamos encontrar consuelo en

ello porque sabemos que Jesús derramó su sangre para limpiarnos de nuestros pecados. Pero en este cuadro, es la sangre de sus enemigos la que ha manchado sus vestiduras, y el lleva sus manchadas vestiduras como una insignia honorífica.

Cristo derrotó por completo a sus enemigos y dejó ver claramente que nadie le ayudó en la horripilante tarea del juicio. Así como ningún ser humano le puede ayudar al Señor en la obra de salvar a los pecadores (59:16), tampoco nadie le puede ayudar a ejecutar el juicio. Ningún hombre: fue, es o será lo bastante justo y santo como para estar al lado del Señor y asistirle en ninguno de estos casos. El señor mismo, sin apoyo ninguno, ha llevado a cabo tanto la salvación como el juicio.

Sin embargo, una vez que Dios ejecutó su venganza, la liberación de sus fieles es cierta y segura. Aunque este cuadro puede ser en extremo terrible, encontramos palabras que hablan de la gracia de Dios que “habla en justicia” y es “grande para salvar” (versículo 1), en palabras que hablan de sus “redimidos” (versículo 4) y “me salvó mi propio brazo” (versículo 5). El plan de Dios siempre ha requerido castigo y salvación. Su mensaje eterno ha sido un mensaje de ley y de evangelio. Dios condena totalmente a sus enemigos, pero también redime por su bendita gracia a sus fieles.

¿Quiénes son esos enemigos? Recordemos donde había estado el Señor. Isaías le había visto venir de Edom y de Bosra (versículo 1). El juicio que ha llevado a cabo ha sido hecho ahí. Edom era un antiguo enemigo del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, al cual también Isaías había usado en la primera porción de su profecía como representante de los adversarios de Dios. En el capítulo 34 Isaías describe una sangrienta escena de juicio: “Porque en los cielos se embriagará mi espada; descenderá sobre Edom para juicio, y sobre el pueblo de mi maldición. Llena está de sangre y de grasa la espada de Jehová” (versículos 5,6).

¿Por qué Edom? Porque se opuso constantemente al pueblo de Dios (ver Isaías 1–39, en la serie La Biblia Popular, páginas 365-368). En el futuro, cuando los babilonios: derroten a los judíos, saqueen a Jerusalén y lleven a sus habitantes al exilio,

Edom va a sentir satisfacción. Un salmista postrero comentó la reacción de los edomitas de la siguiente manera: “Jehová, recuerda a los hijos de Edom cuando el día de Jerusalén decían: ‘¡Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos!’” (137:7). Esa oposición a Dios y a su pueblo significaba que habían rechazado las bendiciones de la salvación que el Señor les había ofrecido en su misericordia por medio de Judá y de la casa de David. Por lo tanto, Edom viene a ser símbolo de todos los que se niegan a creer en el Mesías. El Señor no limita su juicio únicamente a esa nación sino que pisotea a “los pueblos” (versículo 6), es decir, a todos los que rechazan su misericordioso ofrecimiento por medio del Redentor de la salvación: del pecado, de la muerte y del infierno.

En la visión de Isaías, el Señor había llevado a cabo el día de la venganza, o sea, el día del juicio, del cual dijo: “está en mi corazón”. Jesús no se privó de decirles a sus discípulos y a otros acerca de ese día (Mateo 24,25). El día de la venganza era sólo un aspecto de la justicia del Señor, él también prometió otro aspecto. Aquí Isaías lo describe como “el año de mis redimidos”. No hay duda de que el castigo vendría, pero cuando el Señor derrotara y destruyera a todos sus enemigos, traería también: la gran redención, la paz y el gozo que había preparado para sus fieles creyentes. Estos seis versículos nos recuerdan lo que les sucederá a todos los que no creen. Lutero comenta: “Este es el significado de este pequeño capítulo, el de que al concluir las promesas trae terror, como si dijera: ‘Si no quieres tener salvación en Cristo, recíbele procedente de Edom con las vestiduras manchadas ’” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther’s Works*, volumen 17, p. 354).

Los cristianos cantan jubilosos:

¡A Ti la gloria, Oh nuestro Señor!
¡A Ti la victoria, gran Libertador.
Álzate pujante, lleno de poder,
Más que el sol radiante al amanecer.
Vanle aclamando como Vencedor.

¡A Ti la gloria, oh nuestro Señor!

A Ti la victoria, gran Libertador. (CC 427:1,2)

Muchos estudiosos de la Biblia, incluyendo a Lutero, creen que al final del versículo 6 debe haber una división de capítulo. La descripción del Señor ensangrentado y glorioso es una conclusión sustancial de toda la segunda parte de la profecía de Isaías (capítulos 40–66), ya que en muchos aspectos cierra de manera similar a como concluyó Isaías la primera mitad de su profecía (capítulos 1 a 39). En la primera mitad, los capítulos 34 y 35 cerraron la parte profética; los capítulos 36 a 39 registran los acontecimientos históricos de la invasión asiria y sus consecuencias. El capítulo 34 se había referido al juicio de Dios sobre Edom; y esta segunda mitad concluye en este punto también con una referencia a Edom. Los capítulos que siguen presentan una oración que pronunció un representante del pueblo de Dios y la respuesta que el Señor le dio a la misma. Una transición lógica se produce aquí en el versículo 6.

Desde el versículo inicial del capítulo 40, Dios ha proporcionado abundante consuelo a su pueblo mediante el mensaje de su profeta Isaías. El Señor prometió que iba a enviar la salvación para sus escogidos (40–48) y describió cómo lo haría mediante el Siervo (49–56); y les dio una visión general de las maravillosas bendiciones que iban a venir sobre su pueblo por la obra del Siervo (57:1–63:6). Antes de que vayamos a los capítulos que restan, vamos a repasar lo que hemos aprendido en esta sección.

- Dios les recordó a los de su pueblo que no podían ganar sus bendiciones mediante el ayuno. Tristemente, la adoración de ellos estaba impregnada por la insinceridad y la codicia de su pueblo. La redención no se puede ganar. El pueblo de Dios no se debe caracterizar por su actividad religiosa, ni siquiera por su celo religioso, sino por el arrepentimiento y la fe.

- Las iniquidades de toda la humanidad la separaron de Dios. Isaías usó diferentes palabras para describir el pecado (ver capítulo 59).
- “La gloria del Señor” se alzaré sobre su pueblo fiel y le traerá gozo. El Salvador atraerá a él a los gentiles, quienes a la vez traerán consigo a la iglesia su riqueza y su poderío para ponerlos al servicio del Señor.
- El Señor continuará anunciándole al mundo entero lo que ha hecho por todos los pecadores. Los creyentes disfrutarán de grandes bendiciones y serán llamados Pueblo Santo de Dios y los Redimidos del Señor.

El Señor: glorioso, triunfante y ensangrentado traerá el juicio sobre todos sus enemigos, porque ellos son también enemigos de su pueblo. La destrucción de sus enemigos le traerá la salvación a su pueblo.

Un creyente ora por la liberación

**⁷ De las misericordias de Jehová haré memoria,
de las alabanzas de Jehová
conforme a todo lo que Jehová nos ha dado,
y de la grandeza de sus beneficios hacia la casa de Israel,
que les ha hecho según sus misericordias
y según la abundancia de sus piedades.**

**⁸ Porque él me dijo: «Ciertamente, mi pueblo son,
hijos que no mienten.»**

Y fue su salvador.

**⁹ En toda angustia de ellos él fue angustiado,
y el ángel de su faz los salvó;
en su amor y en su clemencia los redimió,
los trajo y los levantó
todos los días de la antigüedad.**

Todas las bendiciones que el profeta de Dios prometió yacían aún en el futuro. En la época de Isaías, la realidad de la vida en Jerusalén era todo menos una existencia: gloriosa, gozosa o triunfante. El pecado aún acechaba sus vidas; la codicia, la envidia, la ambición y la ira entorpecían todas sus relaciones. La embriaguez y la inmoralidad sexual les proporcionaban un placer temporal, pero luego volvía la amargura en las fauces de la culpa y la miseria, en la medida en que esos placeres pecaminosos eran sólo un desperdicio de vidas y energías. La muerte seguía triunfando sobre los esfuerzos humanos. En el mundo de la historia y la política, el ejército asirio pudo haberse retirado en la época de Isaías, pero con el tiempo iba a aparecer una nueva amenaza; eran los babilonios quienes iban a venir a destruirlo todo. ¡Todas esas realidades parecen muy similares a las actuales!

Algunos afirman que Isaías no pudo ser el autor de esta oración, sino que provino del corazón de algún exiliado judío de los que los babilonios habían llevado cautivos. Para probarlo citan el versículo 18, en el cual el que ora describe: el templo como “pisoteado”, a Jerusalén como “una desolación” (64:10), y al templo como “la casa de nuestro santuario...consumida por el fuego” (64:11). Esas situaciones no existieron hasta mucho después que Isaías estuvo muerto y sepultado. En efecto, la plegaria bien podría haber salido de boca de un desterrado durante la esclavitud babilónica, pero eso no significa que Isaías no la hubiera escrito. El profeta de Dios escribió del Mesías setecientos años antes de que apareciera y pudo muy bien haberlo hecho por el poder del Espíritu Santo, de manera que esta oración pareciera haber sido pronunciada por uno de los exiliados. Nosotros creemos que Dios le dio a su profeta la capacidad de ver el futuro, y el mismo pensar persiste a través de todo este comentario, así que no vemos aquí razón para cambiar de parecer.

Es indiscutible que la plegaria encaja con la situación en la que se vería un deportado en Babilonia, pero también se ajusta a la situación en que se encuentra el creyente mientras vive en este mundo. Las grandes promesas de Dios lo esperan en el futuro, más

allá: del pecado, de la muerte, la violencia, los esfuerzos y los problemas. A través del tiempo, siempre que los escogidos de Dios han experimentado ese tipo de situaciones se han vuelto a él en oración. Este es un ejemplo de la plegaria que exhala angustiosos suspiros humanos.

Como todas las oraciones hechas por los fieles de Dios, esta oración por la liberación está anclada en una profunda fe, y quien la hace conoce la bondad divina. Estos versículos iniciales anuncian las grandes “misericordias de Jehová”. La historia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento nos dice que el Señor lo liberó de Egipto, un acontecimiento que la mayoría de los judíos celebran anualmente. Dios: alimentó a su pueblo en el desierto, les dio tierra propia y además la victoria cuando no tenían esperanza de vencer. Él los protegió y los reclamó como pueblo suyo. Jehová quiso crear hijos que no fueran falsos para con él (versículo 8).

Cada hijo de Dios aprecia profundamente el versículo 9, el cual podemos aplicar en primer lugar a la historia del trato de Dios con su pueblo del Antiguo Testamento. El se había acongojado por sus aflicciones en Egipto. Moisés escribió: “Los hijos de Israel, que gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos desde lo profundo de su servidumbre. Dios oyó el gemido de ellos y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los conoció Dios” (Éxodo 2:23-25). Él los sacó de Egipto, los cuidó a través del desierto y a lo largo de toda su historia. Jehová envió al ángel de su presencia delante de su pueblo, y si no hubiese sido por su misericordia y su gracia, el pueblo se habría destruido a sí mismo o hubiera sido aniquilado por sus enemigos. La milagrosa liberación de las manos del ejército asirio en tiempos de Isaías (capítulos 36 y 37) vino a ser el último capítulo en la larga historia de los cuidados de Dios para con su pueblo.

Aunque estas ideas son apropiadas para la situación de un creyente del Antiguo Testamento, también le son aplicables a todo creyente de cualquier generación o época. Nos consuela saber que

el Señor comparte nuestra zozobra y nuestro dolor; que no está alejado de los suyos. En cada una de nuestras aflicciones, Dios también está afligido; más aún, él nos ha redimido mediante la sangre de su amado Hijo y nos ha librado: del pecado, de la muerte y del infierno. Y todavía hay más; al retroceder los pasos que hemos dado en la vida, también podemos decir que él nos ha cargado a lo largo del camino. Nuestras oraciones provienen de la profunda fe en lo que Dios en su inmensurable amor y gracia ya ha hecho por nosotros.

**¹⁰ Mas ellos fueron rebeldes
e hicieron enojar su santo espíritu;
por lo cual se les volvió enemigo
y él mismo peleó contra ellos.**

**¹¹ Sin embargo, se acordaron de aquellos tiempos
antiguos,
de Moisés y de su pueblo,
diciendo: «¿Dónde está el que los hizo subir del mar
con el pastor de su rebaño?**

**¿dónde el que puso en medio de él su santo espíritu,
¹² el que los guió por la diestra de Moisés
con el brazo de su gloria,
el que dividió las aguas delante de ellos,
haciéndose así un nombre eterno?**

**¹³ ¿Dónde el que los condujo por los abismos,
como un caballo por el desierto,
sin que tropezaran?»**

**¹⁴ El espíritu de Jehová los pastoreó
como a una bestia que descende al valle.
Así pastoreaste a tu pueblo
para hacerte un nombre glorioso.**

Ciertamente confiamos de manera plena en la gracia de Dios, y también podemos tener la seguridad de que nuestros pecados lo han afligido. El espíritu humano es perverso, aun cuando se da

cuenta de todas las bendiciones que fluyen de la gracia divina se rebela contra su Creador. Se pueden encontrar ejemplos que ilustran esta persistente imperfección en las páginas de la historia de los israelitas mientras iban errantes por el desierto. Allí se quejaron del pan que Dios les dio milagrosamente, e hicieron y adoraron un becerro de oro al pie del monte Sinaí. Dios estaba sumamente airado contra ellos: “Y Jehová hirió al pueblo a causa del becerro que hizo Aarón” (Éxodo 32:35). Por causa del desacato de ellos Dios se volvió su enemigo.

El paso de los siglos no ha mejorado el espíritu humano pues el pecado ahoga aún nuestro gozo y nos aparta de Dios para centrarnos en nosotros mismos. Afirmamos que podemos triunfar por nuestro propio poder, y queremos vanagloriamos en nuestros logros e imaginamos que son lo bastante buenos como para merecer la atención y la recompensa de Dios. Sin embargo, nuestra conducta revela la profundidad del pecado y de la opresión que éste ejerce sobre nuestro corazón y nuestra mente. San Pablo escribió: “Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios... Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia y toda malicia” (Efesios 4:30,31).

La perversidad de la pecaminosa naturaleza humana infecta a todos por igual. Una y otra vez, Dios llamó al arrepentimiento a su pueblo del Antiguo Testamento, ya que él seguía siendo el mismo Dios que en los días de Moisés: los había librado de Egipto, los había guiado a través del mar Rojo y los había librado de la amenaza del ejército del faraón. También nosotros nos apartamos con frecuencia de Dios, pero él nos llama al arrepentimiento así como llamó a su pueblo del Antiguo Testamento. Cuando nos extraviamos, Dios nos implora que regresemos a los amorosos brazos que: nos han guiado, nos han redimido y nos han salvado. Como hijas o hijos pródigos, los creyentes recuerdan la gracia de Dios y a él regresan contritos (Lucas 15:11-32). Mediante la contrición diaria renovamos el vínculo con el Dios de la gracia, y al hacerlo, nos podemos volver a él en oración con todos nuestros problemas.

**15 Mira desde el cielo y contempla
desde tu santa y gloriosa morada.
¿Dónde está tu celo y tu poder,
la conmoción de tus entrañas y tus piedades para
conmigo?
¿Se han estrechado?**

**16 ¿Pero tú eres nuestro padre!
Aunque Abraham nos ignore
e Israel no nos reconozca,
tú, Jehová, eres nuestro padre.
Redentor nuestro es tu nombre desde la eternidad.**

**17 ¿Por qué, Jehová, nos has hecho errar de tus caminos
y has endurecido, respecto a tu temor, nuestro corazón?
¡Vuélvete por amor de tus siervos,
por las tribus de tu heredad!**

A veces parece que Dios está remoto y alejado de los problemas humanos. Isaías nos enseñó que en ocasiones hasta permanece escondido (45:15). Él no siempre se revela, ni siempre nos explica lo que hace en nuestra historia personal ni por qué lo hace. Sin embargo su amor por los pecadores nos ha sido claramente revelado en Cristo y en las bendiciones que en él tenemos. Aun así, a menudo nos rompemos la cabeza y nos preguntamos ¿por qué Dios permite que el dolor y la miseria nos aflijan? Esta oración expresa el enigma que se le presenta al ser humano ante los portentosos caminos divinos. “Mira desde el cielo” es una expresión que casi se convierte en queja. “¿No ves Dios, lo que está pasando aquí en la tierra?” “¿Dónde están tu celo y tu poder?” dice el profeta en su oración. A veces parece que Dios retiene su benignidad y compasión.

Sin embargo, los creyentes fieles se aferran a las promesas del Señor, porque saben que el camino de Dios es siempre bueno y que él siempre hará que todas las cosas obren para bien. Esa confianza llenó el corazón de incontables creyentes durante las tragedias de la historia del Antiguo Testamento, inclusive durante

el cautiverio en Babilonia. El pueblo de Dios se debió haber preguntado muchas veces ¿por qué el Señor había permitido que les ocurrieran cosas tan terribles?, pero en medio de los peores tiempos confiaron en Dios.

Dos razones hacen extraordinario al versículo 16. La primera es que está entre los pocos pasajes del Antiguo Testamento que se refieren a Dios como Padre, idea que para el creyente de ese entonces se remontaba a la creación. Dios había creado al mundo y a todos los hombres, pero hay otra manera en la que también es Padre de su pueblo escogido. De acuerdo con su promesa, Dios llamó a Abraham y les dio un hijo a él y a Sara. Los creyentes del Antiguo Testamento podían recordar que Jehová había escogido a Jacob o Israel de quien recibió el nombre la nación. La idea de que Dios era su Padre enlazaba todas las promesas que el Señor les había hecho a sus antepasados; ellos eran el pueblo de Israel por las promesas y el poder de Dios. Como un padre, él con gran ternura: los había cuidado durante su desarrollo como pueblo, había soportado sus rebeliones y los había sostenido con su poder; él era su Padre. Como su Padre, tenía la responsabilidad de cuidarlos; es por eso que esta oración se vuelve a Dios, esperando que él, como Padre celestial de los creyentes, cuide de ellos.

La segunda razón que hace importante este versículo es la siguiente: este pasaje se vuelve a Dios como la única fuente de ayuda, porque la oraban aunque “Abraham nos ignore e Israel no nos reconozca”. Abraham e Israel estaban muertos y descansando seguros en el hogar celestial (Hebreos 11:13-16). Una vez que los fieles mueren, conocen los gozos del cielo, pero no los asuntos de los seres queridos que dejan atrás. Ni Abraham ni Jacob (Israel) le podían dar ayuda al pueblo de la época de Isaías ni a ningún pueblo de ninguna otra época. Dios revela la profunda verdad de que los santos en la gloria no tienen influencia sobre los asuntos de los hombres en la tierra. Sólo Dios lo hace porque él es el Padre de los creyentes.

Si el versículo 16 resulta extraordinario, el 17 presenta dificultades, porque pregunta ¿por qué Dios endureció el corazón

de su pueblo?, y nosotros nos preguntamos ¿por qué endureció Dios a su pueblo y permitió que se apartara de la verdad? Las Escrituras nos dicen repetidamente que Dios endurece el corazón de las personas; cuando las gentes se apartan de su misericordiosa invitación, cuando persisten en despreciar su amor o persisten en su oposición al mensaje del evangelio, Dios les endurece el corazón, lo vuelve de madera y de piedra. La consecuencia de eso es que ya no pueden tener temor de él ni se pueden volver a él; así hizo Dios con el faraón de Egipto. Dios le dijo a Isaías que su ministerio sería un ministerio de endurecimiento (6:9,10). Las hermosas promesas que atesoramos de este profeta no eran más que charlatanería para quienes habían rechazado a Dios (28:9-13). Esos bellos y elocuentes ofrecimientos no penetraron sus corazones de piedra. El mensaje de Dios, enviado a través de Isaías, sólo endureció más sus corazones y los hizo más resistentes al evangelio.

En las grandes dificultades, los creyentes pueden ser llevados al borde de la desesperación, sin embargo para los creyentes nunca llega la desesperación. En lugar de eso, los hijos de Dios: confiesan su fe, se vuelven al Señor y le piden que regrese. Los creyentes vinculan a Dios con sus promesas, él había prometido que iba a cuidar de sus siervos, el pueblo de Israel; había prometido que la liberación del mundo entero iba a venir por medio de su nación. Esta oración se apega con fuerza a esas promesas: “¡Vuélvete por amor de tus siervos!”

**18 Por poco tiempo lo poseyó tu santo pueblo;
nuestros enemigos han pisoteado//tu santuario.**

**19 Hemos venido a ser como aquellos de quienes nunca te enseñoreaste,
sobre los cuales nunca fue invocado tu nombre.**

¿Por qué pasan cosas malas en la vida de los creyentes? Estos versículos son muy apropiados en la boca de un exiliado en Babilonia. Los días de gloria de Israel habían pasado, sus

habitantes habían construido un Templo durante el relativamente corto tiempo que controlaron Palestina; habían recibido las bendiciones del Señor a lo largo de su historia, pero esa historia iba a tener un abrupto final con el surgimiento de Babilonia. Un exiliado se podría preguntar ¿por qué Dios había permitido que su Templo fuese pisoteado por gente que no lo conocía ni a él ni a sus promesas? ¿Por qué había sido desterrado el que habla, lejos de Jerusalén y del Templo? También se podría haber preguntado ¿por qué parecía que Dios había abandonado todas sus promesas? “Hemos venido a ser como aquellos de quienes nunca te enseñoreaste”, dijo el pueblo, pero los que los han esclavizado no conocen al Señor. Parecía que una nación que no conocía al Señor había destruido a la misma nación que Dios había escogido como suya. ¿Por qué?

Estas palabras se comprenden en la boca de un desterrado, pero a veces también salen de nuestra boca. Cuando vemos el triunfo del mal, nos preguntamos asombrados ¿dónde está Dios? ¿Cuántos días no se oscurecen por acontecimientos que nos obligan a preguntarnos si todavía Dios tiene el control de todas las cosas? Hay ocasiones en que nuestros problemas no desaparecen, incluso si los llevamos en oración delante del Señor. Nos preguntamos si Dios se ha olvidado de nosotros y ha faltado a sus promesas. Somos fieles creyentes de Dios en este mundo de maldad, pero a veces también solemos pensar que nuestro Padre nos ha abandonado. Muchos cristianos han pasado por esa experiencia; una y otra vez parece que nuestras experiencias nos enseñan que de algún modo Dios duerme en los cielos y no responde a nuestras dificultades ni nuestras oraciones. El mal triunfa y empeora día a día.

Esas situaciones son un reto para nuestra fe en la bondad y en el poder de Dios. El creyente que hizo esta oración había llegado hasta ese punto pero no había sido llevado a la desesperación. Por lo tanto se aferró fuertemente a las promesas de Dios con esta plegaria: “Vuélvete por amor de tus siervos” (versículo 17). Pese a las dificultades oró pidiendo ayuda, pues no

había abandonado su esperanza en la gracia de Dios su Padre. En la fe, él confió en la gracia del Señor, que lo había hecho a él y a muchos otros siervos del Dios viviente, y le pidió su ayuda en las dificultades.

Cuando los obstáculos nos empujan al último límite de la fe y no vemos al borde de la desesperación y de la duda, nosotros como pueblo de Dios, nos volvemos a él y oramos pidiéndole su ayuda y fortaleza. No abandonamos la fe para caer luego en la desesperación sino que confiamos. Pudiera parecer en esos terribles momentos como si Dios no nos gobernara ni tuviera el control de nada en este mundo; parece como si Dios estuviera oculto en los cielos. Recordemos que las dificultades de Job fueron un reto a su fe. Al principio, Job hizo esta confesión: “Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová!” (Job 1:21). Pero sus pruebas continuaron. En las dificultades de este fiel hijo, Dios permaneció en silencio ante sus oraciones, y Job se encontró en el sombrío borde que hay entre la fe y la desesperación; pero él no abandonó la fe en el Señor. Incluso en medio de sus tantas pruebas Job hizo esta confesión: “Aunque él me mate, en él esperaré” (13:15). De igual manera esta oración no cae en la desesperación; y aunque el hijo de Dios que ruega de esta manera puede haber sido empujado hasta el límite, sigue con ambos pies puestos en la fe.

64 ¡Si rasgaras los cielos y descendieras
y ante tu presencia se derritieran los montes,
² como fuego abrasador de fundiciones,
fuego que hace hervir las aguas!
Así harías notorio tu nombre a tus enemigos
y las naciones temblarían ante tu presencia.

La fe se vuelve al Señor en oración. Aunque parezca que Dios está atrincherado en el cielo y que ignora el sufrimiento de su pueblo, la fe ora. Consideremos el ejemplo del rey Ezequías: cuando este rey miraba desde las murallas de Jerusalén al ejército

asirio que estaba concentrado alrededor de la ciudad, parecía que todo estaba perdido. Ninguna nación había sido capaz de resistir el poderío militar de esa nación bélica. Aunque Ezequías “hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David, su padre” (2 Crónicas 29:2), parecía que las fuerzas asirias eran invencibles y que la destrucción de Jerusalén era inevitable. Senaquerib, el rey de Asiria, había conducido a sus ejércitos contra algunas otras ciudades de Judá y había abatido las defensas de cada una de ellas. El comandante asirio desafió de manera insultante a Ezequías y al pueblo de Jerusalén; en el arrogante discurso que pronunció ante las murallas de Jerusalén, el comandante enemigo ofreció que le iba a dar dos mil caballos al rey Ezequías con la condición de que el rey pudiera poner jinetes sobre ellos (Isaías 36). Era un momento crítico. Isaías registró la respuesta que dio Ezequías ante esas circunstancias: “Aconteció, pues, que cuando el rey Ezequías oyó esto rasgó sus vestidos y cubierto de ropas ásperas vino a la casa de Jehová” (37:1). El escritor de Crónicas anotó: “Pero el rey Ezequías y el profeta Isaías hijo de Amoz oraron por esto, y clamaron al cielo” (2 Crónicas 32:20).

En momentos aciagos como estos, los creyentes de Dios siempre se vuelven a él en oración; esta plegaria es otro ejemplo de ello. Todo parecía sin esperanza y Dios permanecía en silencio; sin embargo, la fe se asía a sus promesas. Quien aquí está orando le eleva una desesperada súplica al Dios del cielo, a “nuestro Padre. Redentor nuestro es tu nombre desde la eternidad” (63:16). “¡Si rasgaras los cielos y descendieras y ante tu presencia se derritieran los montes...”. Estas son las palabras de un creyente que se encuentra ante problemas difíciles, y sin embargo se aferra a las promesas de poder y de gracia que le ha hecho Dios. A este creyente le parece que todo está fuera de equilibrio; le parece que el mal triunfa y que el bien retrocede ante la persecución. Los enemigos de Dios lo desafían presuntuosamente sin que nadie los pueda contener. El profeta se vuelve a Dios y pide que intervenga y corrija el desequilibrio: “Oh, Señor,

ven. Establece tu poder. Protege y libra a tu pueblo. Destruye a tus enemigos y a los enemigos de tu pueblo.”

**³ Cuando, haciendo cosas terribles
cuales nunca hubiéramos esperado,
descendiste, se derritieron los montes delante de ti.**

**⁴ Nunca nadie oyó,
nunca oídos percibieron ni ojo vio
un Dios fuera de ti, que hiciera algo
por aquel que en él espera.**

**⁵ Saliste al encuentro del que con alegría practicaba la
justicia,
de quienes se acordaban de ti según tus caminos.**

La oración comenzó haciendo memoria de “la grandeza de sus beneficios [de Dios] hacia la casa de Israel” (63:7). Aquí el profeta depositó su oración en la gracia que el Señor le había mostrado a su pueblo en el pasado. Él había hecho cosas tan maravillosas que nadie las hubiera esperado; el éxodo fue una de ellas. Antes de que Dios llamara a Moisés, ¿quién se hubiera imaginado que toda una nación iba a salir de la esclavitud? ¿Quién hubiera podido pensar que Dios iba a liberar a su pueblo separando el mar y conduciéndolo, en medio de él, seguro y sin peligro al otro lado? ¿Quién hubiera podido predecir que lo más selecto del ejército del faraón se iba a ahogar en el mar Rojo? Si necesitamos un ejemplo de montañas que tiemblen, consideremos el monte Sinaí. Cuando el Señor descendió, “todo el monte se estremecía violentamente” (Éxodo 19:18). Esta plegaria hace depender de la pasada gracia de Dios, la esperanza de la futura liberación.

¿Cuál iba a ser esa liberación? ¿Cómo iba a venir? Así como en el pasado nadie se pudo haber imaginado el éxodo, tampoco nadie se podía imaginar la salvación que Dios ha provisto para su pueblo. Todo el plan redentor está fuera del alcance del pensamiento y de la imaginación del hombre. ¿Quién pudo pensar que Dios iba a enviar a su único Hijo como sustituto para redimir

al mundo del pecado y para librarlo de la muerte eterna? ¿Quién pudo haber pensado jamás que Dios iba a lograr eso mediante el sacrificio de su propio Hijo? ¿Qué mente humana pudo haber previsto la tumba vacía? ¿Podría algún ser humano haber imaginado que por la fe en Jesucristo, el Siervo de Dios, un hombre o una mujer pudieran llegar a ser hijos adoptivos de Dios? Dios le reveló estas verdades a la humanidad cuando proclamó su plan mediante los profetas del Antiguo Testamento y posteriormente registró su cumplimiento a través de los evangelistas del Nuevo Testamento. La sabiduría del misericordioso plan de Dios está mucho más allá de la imaginación y del pensamiento más dotado de la mente humana. Dios mismo debe impartirle a la mente humana el conocimiento de su sabiduría. El apóstol Pablo, después de citar el versículo 4 de este capítulo, les recordó a sus lectores: “Pero Dios nos las reveló [las cosas de su sabiduría] a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:10).

La liberación divina siempre va más allá de lo que el intelecto humano pueda por sí mismo imaginar. Mientras el pueblo de Dios estuvo cautivo en Babilonia, los fieles se volvieron a Dios en oración pidiendo la libertad. Sin las promesas que Dios le hizo por medio de sus profetas, entre ellos a Isaías, nadie pudo haber imaginado que Dios iba a quebrantar el poder de Babilonia y que iba a libertar a su pueblo. Los que se asieron tenazmente a las promesas de Dios sabían que un día iban a ser libres. Isaías incluso había predicho que sería Ciro el libertador, aunque no sabía exactamente cómo iba a suceder. El edicto del rey persa fue la respuesta a sus oraciones y el cumplimiento de las promesas de Dios.

Isaías se aferró al principio de que Dios iba a hacer algo “por aquel que en él espera”. Ese precepto es la base de toda oración cristiana; los creyentes se vuelven a Dios en oración, esperando y confiando en que él los ayudará. Todas las religiones le enseñan a la gente a ofrecer plegarias a sus dioses: sin embargo, únicamente las oraciones que se dirigen en la fe al Señor Jehová llegan al trono

de su gracia y reciben la respuesta y la acción del Señor. Todas las otras oraciones son solamente placebos para el temor, la culpa y la tribulación. Isaías nos recuerda que Dios sale “al encuentro del que con alegría practicaba la justicia, de quienes se acordaban de ti según tus caminos”.

¿Quiénes son los que “practican la justicia”? ¿Quiénes son “los que se acordaban de ti [de Dios]”? Son los fieles que se aferran a las promesas de Dios, aquellos en cuyo corazón el Espíritu Santo ha creado la fe por medio del evangelio. Una persona así se deleita en la justicia del Señor y hace con agrado lo que a él le complace. El cristiano comprende que Dios lo ha declarado libre de pecado y, por lo tanto, responde con gozo con una vida que va de acuerdo con la voluntad del Señor. Un creyente fiel recuerda los caminos de Dios, sabe que esos caminos no son solamente sus leyes para el amor y la justicia en la conducta humana, sino también la maravillosa verdad de la gracia inmerecida para con los pecadores. Esos son los caminos de Dios. Por lo tanto los creyentes oran y tienen la promesa de que su Padre celestial obra siempre para el bien de ellos.

**Pero tú te enojaste porque pecamos,
porque en los pecados hemos perseverado largo tiempo.
¿Podremos acaso ser salvos?,
6 pues todos nosotros somos como cosa impura,
todas nuestras justicias como trazo de inmundicia.
Todos nosotros caímos como las hojas
y nuestras maldades nos llevaron como el viento.
7 ¡Nadie hay que invoque tu nombre,
que se despierte para apoyarse en ti!
Por eso escondiste de nosotros tu rostro
y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades.**

¿Por qué debería Dios contestar esta oración o cualquiera otra oración hecha por el hombre? Cuando consideramos la época del éxodo, notamos que Dios liberó a su pueblo de una manera

dramática e inesperada. Dios actuó inesperada y misericordiosamente para darle libertad a su pueblo. ¿Por qué habría de hacerlo Dios de esa manera? Sólo unos pocos meses después de tan extraordinaria liberación, el pueblo adoraba una imagen de oro. Airado, Dios le dijo a Moisés: “Yo he visto a este pueblo, que por cierto es un pueblo muy terco. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira contra ellos y los consuma; pero de ti yo haré una nación grande” (Éxodo 32:9,10). A lo largo de toda su historia, la perversidad y rebeldía persiguió al pueblo que Dios había rescatado de Egipto. En vista de todos sus pecados ¿cómo podían esperar que Dios los salvara? En sus días de profeta, Isaías había condenado abiertamente la desobediencia y la rebelión de sus conciudadanos. ¿Con qué derecho podían esperar ahora que Dios los socorriera?

El propio Isaías se incluyó entre los rebeldes y pecaminosos al confesar: “Todos nosotros...” En esas palabras el profeta de Dios proclamó una verdad que abarca a la humanidad de todos los tiempos incluyéndonos a nosotros. “Todos nosotros somos como cosa impura” La palabra *impura* significa “contaminado y corrupto”. Las leyes levíticas declaraban que muchas cosas, entre ellas ciertos animales, se consideraban como “inmundas”. Isaías dijo que la gente misma era como “cosa impura” y se incluyó a él mismo entre los contaminados. Por tanto, este mensajero de Dios hacía énfasis en el carácter repugnante del pecado. Las obras de justicia que pueda hacer cualquier ser humano, no son sino trapos inmundos. La traducción no lastima nuestra sensibilidad, pero el original cataloga estas obras de justicia como trapos de menstruación. ¿Cómo podemos ser salvos cuando somos tan inmundos ante los ojos de Dios? ¿Por qué debería él librarnos, cuando lo mejor que nosotros podamos dar o hacer, “todas nuestras justicias”, no son más que sucios y pestilentes trapos? Así de repugnantes somos ante los ojos de Dios por causa de nuestro pecado. Las palabras insinúan la verdadera naturaleza pecaminosa del hombre. ¿Por qué debe el Santo de Israel salvar a alguien?

Isaías prosigue describiendo lo que la maldad ha hecho en cada ser humano. El pecado nos deja sin vida, como hojas secas que son arrastradas por el viento del otoño. Por nosotros mismos no tenemos vida ni podemos producir nada de valor ante los ojos de Dios. Pablo escribió: “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1), y por eso ningún ser humano puede acudir al Señor. Estamos por completo desamparados. La ira divina se enciende contra los pecadores; Isaías dice que Dios oculta su rostro del pecador: la imagen se hace más severa cuando dice también que Dios hace que los pecadores se consuman por causa de sus propios pecados. ¡Qué lamentable situación para los enemigos del Señor! Dios oculta su rostro de ellos y hace que sus propias maldades se vuelvan contra los que las cometen. Como los impíos persisten en sus ofensas, el Señor: los abandona a sus propias maquinaciones, se retira de ellos y les quita su gracia y su misericordia. Fue por eso que en algunas ocasiones Jesús guardó silencio ante la oposición y optó por narrar parábolas que los incrédulos contumaces no pudieron comprender. Paso a paso, cada pecado lleva al pecador más lejos de Dios y más cerca de la destrucción y del juicio. Por su naturaleza, los pecadores no se pueden rescatar a ellos mismos de las inevitables consecuencias de sus pecados.

**⁸ Ahora bien, Jehová, tú eres nuestro padre;
nosotros somos el barro y tú el alfarero.**

Así que obra de tus manos somos todos nosotros.

**⁹ No te enojés sobremanera, Jehová,
ni tengas perpetua memoria de la iniquidad.**

¡Míranos ahora, pues pueblo tuyo somos todos nosotros!

Esta maravillosa oración se vuelve una vez más al Señor y se aferra a su inmerecida gracia: “ahora”, es decir, pese a nuestras rebeldías y pese al hecho de que lo mejor de nosotros no es sino

trapo inmundo. Aun con las repugnantes manchas del pecado, esta oración expresa fe en el Señor. Aquí encontramos dos de sus nombres: Jehová y Padre. Jehová es el nombre para el Dios de la gracia fiel y gratuita, el Dios del pacto que le reveló su nombre a Moisés:

¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo 34:6,7).

El segundo nombre, Padre, nos recuerda el versículo 16 del capítulo anterior. Este Dios es “*nuestro Padre*”. Este grito de fe confiesa a Dios como su máspreciado tesoro.

Esta clase de fe reconoce también su relación con este Dios poderoso y misericordioso. La descripción de Dios como el alfarero concuerda con la historia del pueblo santo del Dios que llamó a Abraham, para después moldear a sus descendientes en una nación. Dios hizo de ellos lo que eran. Pero esta imagen también describe acertadamente de manera individual a los integrantes del pueblo escogido. Nosotros somos el barro y Dios nos moldea para usarnos como le parece apropiado. El apóstol Pablo declaró que los efesios estaban muertos en sus pecados, pero les aseguró que la gracia divina los había salvado: “Pues somos hechura suya” (2:10).

Nuestros repugnantes pecados nos separan de nuestro Hacedor; sin embargo, la fe nos vuelve a él y confía en sus misericordiosas promesas. Quien se vuelve a Dios, a pesar de su pecado, halla el poder para orar confiando en las promesas del Señor. Como creyentes, nos han enseñado a orar “en el nombre de Jesús”. Dios no tiene ninguna razón para atender a nuestras plegarias, y sin embargo, cuando nos volvemos a él no lo hacemos

por nosotros mismos, sino en el nombre de Jesús, que ha vertido su sangre para lavar todos nuestros pecados. Dios nos invita a que vayamos a él como un niño va a su amado padre; y podemos ir a él, orar con confianza y con valor, porque en Jesús, Dios es nuestro amado Padre. Esta oración brota con fervor del corazón del creyente que confía en las misericordiosas promesas de Dios.

**¹⁰ Tus santas ciudades están desiertas,
Sión es un desierto,
Jerusalén una desolación.**

**¹¹ La casa de nuestro santuario y de nuestro renombre,
en la cual te alabaron nuestros padres,
fue consumida por el fuego.
¡Todas nuestras cosas preciosas
han sido destruidas!**

**¹² ¿Te quedarás quieto, Jehová, ante estas cosas?
¿Callarás y nos afligirás sobremanera?**

En conclusión, la oración pone delante Dios la miseria de ese pueblo. Las condiciones que se describen en estos dos versículos concuerdan con el mundo de los exiliados; mientras ellos estaban en Babilonia, su patria seguía siendo un yermo desierto y abandonado. El Templo yacía en ruinas era una sombra de su pasada gloria. “Todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas”. Y como este lamento coincide muy bien con la época del destierro, algunos han sugerido que Isaías no podría haberlo escrito. “¿Cómo podría haber sabido el profeta que el Templo iba a ser quemado?”, se preguntan. El problema desaparece si creemos que mediante el poder del Espíritu de Dios Isaías pudo ver el futuro. Él vio el futuro de Jerusalén y las consecuencias de la incredulidad de sus propios días. Jerusalén y Judea se iban a convertir en una tierra desolada.

Los creyentes de todas las épocas han invocado a Dios en tiempos bastante similares a los del destierro. En momentos de persecución, los creyentes son asediados por sus enemigos como

fue asediada Jerusalén en la época de Ezequías. Desde cualquier perspectiva humana, todo parece perdido y sin esperanza; el fin y la destrucción parecen inevitables. Esos tiempos se dan también en la vida personal del creyente; el desastre, el dolor, la miseria y el sufrimiento ocurren a diario. Nos damos cuenta de nuestra inutilidad y nos podemos preguntar ¿por qué Dios ha permitido que ese caos toque nuestra vida? De la misma manera que hizo el profeta, muchas veces nos volvemos hacia el Señor y decimos: “Mira esto Señor. El desastre, la desolación, el dolor y el quebrantamiento de corazón me rodean. Estoy sufriendo. ¿Dónde estás tú, misericordioso y amoroso Dios?”

En las palabras finales de este capítulo, con un suspiro, la oración hace esta petición: “¿Te quedarás quieto, Jehová, ante estas cosas? ¿Callarás y nos afligirás sobremanera?” En otras palabras: “Por favor, Señor, ¿nos enviarás ayuda?” Este lamento toca las puertas del mismo cielo. La fe en la misericordia de Dios y en su paternal amor llena esta oración. La fe no es ajena al poder de Dios para salvar y la oración le ruega con humilde insistencia a Dios para que responda. La plegaria concluye cuando el creyente pone en las manos de Dios su desesperada situación para que él obre amorosamente. Los restantes capítulos de Isaías nos dan la respuesta del Señor.

Jehová responde a la oración del creyente

65 «Yo me dejé buscar por aquellos que no preguntaban por mí y fui hallado por aquellos que no me buscaban. Dije a gente que no invocaba mi nombre: “¡Aquí estoy, aquí estoy!”² Extendí mis manos todo el día a un pueblo rebelde, que anda por mal camino, en pos de sus propios pensamientos;³ un pueblo que en mi rostro

**me provoca de continuo a ira,
sacrificando en huertos
y quemando incienso sobre ladrillos;
4 que se sientan en los sepulcros
y en lugares escondidos pasan la noche;
que comen carne de cerdo
y en sus ollas hay caldo de cosas inmundas;
5 que dicen: “Quédate en tu lugar, no te acerques a mí,
porque soy más santo que tú.”
Esos son humo en mi furor,
un fuego que arde todo el día.
6 He aquí que está escrito delante de mí,
y no callaré, sino que les daré su merecido;
les daré el pago en su propio seno.
7 Por vuestras iniquidades,
dice Jehová, y por las iniquidades de vuestros padres
juntamente,
los cuales quemaron incienso sobre los montes
y me afrentaron sobre los collados;
por tanto, yo echaré en su propio seno
la medida de sus acciones de antaño».**

La oración que se registra en los dos capítulos anteriores comenzó con una recitación de la bondad y la compasión de Dios, de la gracia para con su pueblo. Aunque no merecían nada del Señor de los cielos, sin embargo él: los convirtió en su pueblo, los rescató de Egipto y los formó para que a través de su historia fuesen llamados su pueblo. El destierro fue muy difícil para ellos y los fieles se preguntaron si Dios los había olvidado y abandonado. La oración preguntó: “¿Dónde está tu celo y tu poder?” (63:15), y “¿Por qué, Jehová, nos has hecho errar de tus caminos y has endurecido, respecto a tu temor, nuestro corazón?” (63:17). A menudo los hijos de Dios enfrentan la desgracia y los problemas, y en esas ocasiones parece ser que Dios calla y se muestra desinteresado en ayudar a sus fieles. Algunas personas

abandonan la fe en tanto que otras oran diciendo: “¿Dónde estás Señor?”

Esta oración le suplica a Dios que responda. “Mira desde el cielo” (63:15); “¿Si rasgaras los cielos y descendieras...!” (64:1); “No te enojés sobremanera... ¡Míranos ahora...!” (64:9). La plegaria concluyó con dos preguntas: “¿Te estarás quieto, oh Jehová? ¿Callarás, y nos afligirás sobremanera?” (64:12). Las preguntas esperan una respuesta, claman una respuesta del Señor. Los dos capítulos finales son la respuesta de Dios al ruego de su pueblo expresado por el profeta Isaías. Algunos comentaristas en la actualidad sugieren que estos capítulos eluden los temas que se plantean en la plegaria y que no se les puede considerar como una respuesta a la ferviente súplica de los capítulos anteriores. Sin embargo, esta sección explica mucho y brinda una respuesta mucho más profunda de lo que se pudiera pensar inicialmente; eso se hará evidente a medida que estudiemos la respuesta del Señor.

La respuesta de Dios a la oración del capítulo anterior comienza con una verdad fundamental de la manera como Dios se acerca a la humanidad: “Yo me dejé buscar por los que no preguntaban por mí”. Por naturaleza, ningún ser humano puede conocer nada acerca de Dios y de su gracia a no ser que él se lo revele. Sus caminos están muy por encima de lo que pudiéramos imaginar (capítulo 55). Para que un ser humano pueda comprender a Dios, él se debe revelar a él mismo para que pueda ser hallado. August Pieper comentó sobre este principio: “De haber él [Dios] esperado hasta que fuese buscado, nunca hubiera habido una revelación de la gracia de Dios” (Traducido de *Isaiah II*, p. 662). Lutero confesó: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él” (Catecismo Menor, Explicación del Tercer Artículo). Pablo lo dijo de manera un poco diferente, pero con similar claridad: “Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11)

y “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). La muerte es la muerte; la muerte significa la incapacidad: para moverse, para respirar y para pensar. Por su naturaleza pecaminosa, toda la humanidad se encuentra en esa situación, totalmente muerta.

Dios, movido ciertamente por su amor, se revela a él mismo a la humanidad, comunica el mensaje celestial en un lenguaje terrenal. Él dice: “¡Aquí estoy, aquí estoy!” Como respuesta a la Palabra revelada, algunos creen, es decir, encuentran a Dios. El Catecismo Menor de Lutero lo explica de la siguiente manera: “El Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, me ha santificado y guardado en la fe verdadera” (Explicación del Tercer Artículo). Pablo habla el mismo lenguaje: “Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:10), y “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Si Dios no nos habla de su gracia, nunca lo encontraremos ni comprenderemos su amor.

¿Quiénes son las personas a las que en el primer versículo Dios se revela y les dice: “Aquí estoy”? El apóstol Pablo citó esas palabras y las aplicó a las naciones gentiles (Romanos 10:20). Isaías dice que estos son pueblos que “no preguntaban por mí”. Esa frase se les aplica a los gentiles que no podían considerar que eran el pueblo especial de Dios, de la manera que lo era el pueblo de Israel. Pero el principio que Dios expresa aquí, también se aplica a toda la humanidad, incluyendo a Israel. Dios se manifestó a los israelitas antes de que se convirtieran en una nación y él los hiciera pueblo suyo. Abraham no sabía que Dios lo iba a constituir en antepasado de Cristo hasta que el Señor lo llamó y le reveló las promesas de que iba a ser el origen de la nación de Israel. De la misma manera, los gentiles, que no eran parte de la nación de Israel, también llegaron a la fe mediante las grandes promesas de Dios. Naamán el arameo fue llevado a creer (2 Reyes 5).

El apóstol Pablo le aplicó el versículo 2 más directamente al pueblo de Israel, que había recibido la revelación especial de Dios y había entrado en una relación especial con él. Sin embargo, ellos

despreciaron sus preciosos privilegios y bendiciones. En el monte Sinaí, el Señor reveló su voluntad para ese pueblo. Moisés descendió del monte con las tablas de piedra y finalmente escribió todo lo que Dios le había manifestado. Los cinco primeros libros del Antiguo Testamento vienen de la mano de Moisés y los judíos aún los reverencian. A pesar de esos mensajes especiales del mismo Dios, su pueblo escogido se apartó de su revelación, es decir, de su Palabra.

En lugar de obedecer y permanecer fieles a la palabra de Dios, el pueblo de Israel andaba “en pos de sus propios pensamientos”. En sus comentarios iniciales Dios identificó algunas de las cosas en que ellos se desviaron de la Palabra; él le había dado a su pueblo instrucciones específicas de cómo y dónde debían adorar. Al principio lo hacían en el Tabernáculo en el desierto y después en el Templo en Jerusalén. Pero el pueblo decidió cambiar su adoración al ofrecer sacrificios en “huertos” y quemar incienso “sobre ladrillos”. Y lo que era todavía peor, en esos lugares adoraron dioses falsos como Baal.

La pervertida adoración de Israel se manifestó en todas partes. Dios le había dicho claramente a su pueblo: “No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominable para Jehová cualquiera que hace estas cosas” (Deuteronomio 18:10-12). En estos versículos de Isaías, Dios nos dice que su pueblo se sentaba en los sepulcros y pasaban la noche en antros, sin duda consultando a los muertos en busca de información o de iluminación. Dios también dijo: “El cerdo... lo tendréis por inmundo. De la carne no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto; los tendréis por inmundos” (Levítico 11:7,8). En lugar de evitar la carne de ese animal, el pueblo la comía. Habían abandonado la revelación de Dios en favor de sus propias preferencias. Y aunque pensaran que estaban adorando al verdadero Dios con sus prácticas religiosas, lo insultaban porque no le daban el honor que él les había dicho.

El pueblo de Israel se apartó de su Creador de muy diversas maneras e hizo exactamente lo que él les había prohibido que hicieran; incluso pensaron que mediante sus piadosos esfuerzos religiosos habían alcanzado una posición de superioridad especial. Algunos pensaron que eran “más santo[s]” que el resto de la gente. ¡Qué asombrosa afrenta para el Santo de Israel, que es el único santo y el que santificó a su pueblo mediante la sangre del sacrificio! ¿Cómo podían ellos ser santos a menos que Dios los limpiara (Isaías 1:18)? El Señor había prometido que los iba a limpiar y a quitar sus pecados por medio del sacrificio de su Siervo (capítulo 53). Pero ellos prefirieron alcanzar ese estado de santidad mediante sus propios sacrificios religiosos y vigilias que Dios les había prohibido expresamente.

No es de asombrar que Jehová diga que ha tomado nota de todas sus maldades y que va a llevar juicio sobre ellos por causa de sus pecados. Y eso que ni siquiera enumeró aquí los pecados: de derramamiento de sangre, de injusticia, de deshonestidad y de inmoralidad sexual. El pueblo decidió abandonar la verdad que Dios le reveló y seguir: sus propias imaginaciones, sus propios sentimientos religiosos y sus propios corazones. En la medida en que hicieron eso, se pusieron en contra de Dios y fueron como humo en su nariz. El juicio de Dios iba a caer sobre ellos.

¿Qué tiene que ver todo esto con la oración de los dos capítulos anteriores? Isaías se había preguntado si Dios iba a castigar sobremanera a su pueblo (64:12) y Dios le responde que va a castigar al pueblo porque ellos lo han abandonado por completo y sin motivo a él y a su Palabra. El Señor estaba justamente disgustado con los pecados de sus escogidos. Obviamente que ellos no tenían ninguna excusa y todos merecían el castigo en toda su severidad. Pero la respuesta de Dios no culminó con tan negativa nota.

⁸ Así ha dicho Jehová:

**«Como si alguno hallara mosto en un racimo
y dijera: “No lo desperdicies,**

**porque bendición hay en él”,
así haré yo por mis siervos,
pues no lo destruiré todo.**

**⁹ Sacaré descendencia de Jacob,
y de Judá, el heredero de mis montes;
mis escogidos poseerán por heredad la tierra,
y mis siervos habitarán allí.**

**¹⁰ Será el Sarón redil de ovejas
y el valle de Acor majada de vacas,
para mi pueblo que me buscó.**

**¹¹ Pero vosotros, los que dejáis a Jehová,
que olvidáis mi santo monte,
que ponéis mesa para la Fortuna
y ofrecéis libaciones al Destino,**

**¹² yo también os destinaré a la espada
y todos vosotros os arrodillaréis para el degüello.
Porque llamé y no respondisteis,
hablé y no escuchasteis,
sino que hicisteis lo malo delante de mis ojos
y escogisteis lo que no me agrada.»**

¹³ Por tanto, así dijo Jehová el Señor:

**«He aquí que mis siervos comerán
y vosotros pasaréis hambre;
mis siervos beberán**

**y vosotros pasaréis sed;
mis siervos se alegrarán
y vosotros seréis avergonzados;**

**¹⁴ mis siervos cantarán con júbilo en el corazón
y vosotros clamaréis con dolor en el corazón
y aullaréis por el quebrantamiento del espíritu.**

**¹⁵ Y dejaréis vuestro nombre
por maldición a mis escogidos.
Jehová, el Señor, te hará morir,
y a sus siervos llamará por otro nombre.**

¹⁶ El que se bendiga en la tierra,

**en el Dios de verdad se bendecirá;
y el que jure en la tierra, por el Dios de verdad jurará,
porque las angustias primeras serán olvidadas
y quedarán ocultas a mis ojos.**

El Señor había escogido a los descendientes de Abraham para que fueran su pueblo especial, pero ellos habían abandonado lo que él les había revelado por medio de sus profetas y habían seguido sus propios pensamientos y opiniones sobre la espiritualidad y la religión, y por lo tanto merecían sin duda el juicio del soberano Señor que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (Éxodo 34:7), pero que también se ha revelado como “fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (versículos 6,7). Esta sección comienza con el solemne anuncio de que este compasivo y misericordioso Dios tiene algo más que decir: “Así ha dicho Jehová”.

El Señor comparó a su pueblo con un racimo de uvas; quizá expuesto al aire caliente y seco, el fruto se hubiera arrugado y podría parecer inservible, pero las uvas podrían conservar aún algo de jugo. Así como los recolectores de uvas no destruirían un racimo así, mientras conserve jugo, también dice el Señor: “No lo destruiré todo”. El responde directamente a la pregunta que se hace al final de la oración de Isaías: “¿Callarás y nos afligirás sobremanera?” (64:12). El Señor Jehová prometió que no iba a castigar a este pueblo rebelde más de lo necesario y que iba a salvar a sus siervos. El profeta de Dios se había referido a ese remanente desde el primer capítulo de su profecía cuando escribió: “Si Jehová de los ejércitos no nos hubiera dejado un resto pequeño, seríamos como Sodoma, semejantes a Gomorra” (1:9).

¿Por qué habría el Señor de dar ese paso y retener el juicio? ¿Qué cosa buena se podía encontrar en este racimo de uvas rebeldes? El Señor había prometido que iba a traer la liberación a toda la humanidad por medio de los descendientes de Abraham;

había prometido que iba a enviar al Siervo en algún momento en el futuro. Si hubiera erradicado a la nación por completo, su promesa no se hubiera podido llevar a cabo; si el Señor no hubiera salvado a algunos de ellos, nadie en la tierra podría haber sido rescatado del pecado y de la muerte, como tan elocuentemente había profetizado antes Isaías. Todo el Antiguo Testamento había proclamado las mismas benditas promesas; por lo tanto Dios se negó a destruir a su pueblo por completo. Él iba a retener su juicio sobre algunos de ellos, no porque fuesen más merecedores o mejores que los demás, sino sólo debido a sus amorosas promesas. La razón para ello no la encontramos ni en el pueblo ni en la fidelidad de algunos, sino en Dios mismo quien por gracia prometió enviar al Siervo.

Dios dispuso rescatar a algunos de su pecaminosidad y de su rebelión porque su Siervo iba a venir. Pero el plan de Dios se extendía más allá del pueblo judío, él iba a crear un nuevo Israel, un nuevo pueblo, la iglesia. El Salvador vino de una familia judía que podía remontar su genealogía hasta el rey David, vino de la tribu de Judá (Génesis 49:10); él era el preciosísimo jugo del racimo de uvas. Isaías anunció muchas veces que las naciones de la tierra también se iban a interesar en el advenimiento del Mesías, y que él sería el pendón que convocaría a las naciones (11:10,12; 18:3; 49:22; 62:10; Juan 3:14,15). Por causa del prometido Redentor, Israel iba a ser transformado y reconstruido. El Señor iba a reunir un grupo de creyentes para que heredaran todas las bendiciones que él le había prometido a su pueblo. Esos “escogidos” serán sus “siervos”, dijo el Santo Dios, y ellos heredarán las misericordiosas bendiciones que él había prometido y que aquí son descritas en términos que pudieran sugerir que la tierra de Palestina iba a ser transformada en un placentero y pacífico jardín. Pero la descripción evoca más bien las bendiciones espirituales que se prometen en los verdes pastos y en las tranquilas aguas del Salmo 23, y no las que uno pudiera encontrar en un lugar campestre de descanso.

Dios es el Dios de gracia y el Dios de juicio que proclama la ley y el evangelio. Acabamos de aprender una importante y consoladora verdad: Dios iba a preservar un remanente con el fin de realizar sus misericordiosas promesas. Eso es evangelio. Por otra parte, el Señor no podía ni quería olvidar sus amenazas; su juicio iba a venir, y por lo tanto él procede a enfocar nuestra atención en los que lo rechazan y persisten en la incredulidad. Eso es ley. El juicio caerá sobre los que abandonan al Señor y olvidan a Sión, es decir, su Templo y la adoración que en él tiene lugar.

Los que son objetos de la condenación de Dios han abandonado la revelación divina y han adoptado prácticas religiosas y espirituales prohibidas. El Señor dice que esas personas están atrapadas en la idolatría. La costumbre que se menciona parece ser una especie de fiesta religiosa en la que los dioses eran acomodados sobre cojines, mientras los adoradores ponían vino y alimentos delante de ellos. Los dioses Fortuna y Destino, implican que por medio de esa práctica el pueblo trataba de asegurarse el futuro. En vez de depender de Dios y de confiar en sus promesas, el pueblo había recurrido nada menos que a cosas del azar.

Sobre ellos iba a caer el juicio divino: “Os destinaré a la espada y todos vosotros os arrodillaréis para el degüello”. El término hebreo “*Destino*” es un juego de palabras para el nombre del dios que ellos adoraban, el Destino. El pueblo se había postrado ante el Destino y la Fortuna, pero no iban a recibir ninguna ayuda de esos dioses, en lugar de ello se iban a arrodillar para recibir la muerte y el juicio.

El Señor repitió la razón que tenía para su juicio. El pueblo se había negado a aceptarlo y a seguir su Palabra. Él los llamó y ellos no respondieron. Les reveló su verdad, pero ellos tomaron la decisión de seguir sus propias opiniones y pensamientos. En lugar de honrar su voluntad, quisieron lo que ellos consideraron bueno y justo. Su gran pecado fue rechazar sus preceptos, lo cual constituye una gran falta, una forma de incredulidad. Siempre que

la mente humana considera que las palabras de Dios son: necias, imprácticas, duras, irracionales, anticuadas y fuera de onda con el pensamiento moderno, allí acecha el peligro de abandonarlas como ocurrió con este antiguo pueblo. Dios continúa hablándonos y llamándonos a todos en su Palabra. O le oímos o cerramos los oídos. Nos asimos a las verdades de Dios o adoptamos: teorías, opiniones e ideas humanas. O recibimos sus bendiciones o somos destinados “a la espada”. Jehová el Señor anuncia claramente tanto el evangelio como la ley. Este pueblo había abandonado a Dios y en efecto le habían dicho: “Déjanos solos”.

Jehová vio la diferencia entre los que creyeron en él y los que lo habían abandonado. Él no guardó su voluntad en secreto, ni escondió la forma en que les iba a responder a los unos y a los otros; prometió que sus fieles siervos estarán bajo su misericordiosa protección y cuidado; ellos comerán y beberán, en tanto que los apóstatas pasarán hambre y sed. Sus siervos se regocijarán y cantarán. Jesús prometió que los fieles tendrán comida y ropa suficiente para satisfacer sus necesidades y los animó para que no se preocupen (Mateo 6:25-34). El Nuevo Testamento nos dice muchas veces que nos alegremos incluso en los problemas (por ejemplo Romanos 5:3; Filipenses 4:4; 1 Pedro 1:6). Por otra parte, los incrédulos que han abandonado al Señor sufrirán y no tendrán razón para gozarse, en lugar de ello el Señor les dice: “aullaréis por el quebrantamiento del espíritu”.

La diferencia entre los siervos fieles y los enemigos de Dios se extiende incluso a los nombres que llevan. Los infieles dejan sus nombres como una maldición. Tal vez el pasaje significa que cuando los elegidos de Dios recuerden a los hipócritas, recordarán la maldición que ellos mismos se acarrearán. Tal vez signifique que cada vez que los escogidos de Dios quieran expresar un deseo para todos los que rechazan al Señor, usarán el nombre de esas personas como una maldición. El nombre de los desleales pudiera incluso servir como un dicho o una máxima para el juicio de Dios. No importa la forma que uno elija para interpretar la frase, el nombre de los infieles se encuentra entre las maldiciones y no en

las bendiciones. Los hijos de Dios tienen otro nombre, lo cual pudiera ser una referencia al final del capítulo 62 donde el pueblo de Dios es llamado “Pueblo Santo, Redimidos de Jehová... Ciudad Deseada, No desamparada” (versículo 12). Los creyentes se aferran al Dios de verdad y emplean su nombre como él lo ha mandado en el segundo mandamiento. Usan el nombre de su Creador para invocar bendiciones y para jurar debidamente. Además los problemas pasados serán olvidados.

¿Permanecerá el Señor en silencio y afligirá a su pueblo sin medida? Dios responde claramente: él castigará absoluta y totalmente a los que lo abandonan, pero rescatará a un remanente del cual vendrá la bendición más grande. El Mesías rescatará al mundo, y Dios reunirá de nuevo a su pueblo y lo transformará en la congregación de todos los creyentes. Dios revelará más sobre esto en los versículos venideros. Aquí él promete que bendecirá en gran manera a sus siervos y que velará por ellos. Él es el Dios de gracia y misericordia para todos los que creen; pero a la vez es el Dios de juicio para el que abandona su Palabra.

**17 »Porque he aquí que yo crearé
nuevos cielos y nueva tierra.**

**De lo pasado no habrá memoria
ni vendrá al pensamiento.**

**18 Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre
en las cosas que yo he creado,
porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría
y a su pueblo gozo.**

**19 Yo me alegraré con Jerusalén
y me gozaré con mi pueblo,
y nunca más se oirán en ella
voz de lloro ni voz de clamor.**

**20 No habrá más allí niño que muera de pocos días
ni viejo que sus días no cumpla,
sino que el niño morirá de cien años
y el pecador de cien años será maldito.**

**²¹ Edificarán casas y morarán en ellas;
plantarán viñas y comerán el fruto de ellas.**

**²² No edificarán para que otro habite
ni plantarán para que otro coma;
porque según los días de los árboles serán los días de mi
pueblo,
y mis escogidos disfrutarán de la obra de sus manos.**

**²³ No trabajarán en vano
ni darán a luz para maldición,
porque son linaje de los benditos de Jehová,
ellos mismos y también sus descendientes.**

**²⁴ Antes que clamen, yo responderé;
mientras aún estén hablando, yo habré oído.**

**²⁵ El lobo y el cordero//serán apacentados juntos;
el león comerá paja como el buey
y el polvo será el alimento de la serpiente.
No afligirán ni harán mal
en todo mi santo monte.»
Jehová lo ha dicho.**

Las palabras: “*He aquí*” llaman siempre la atención a lo inesperado. En esta ocasión, Dios las usó para informar a su pueblo de las maravillas que les tenía deparadas para el futuro. Lo que aquí describe mezcla la iglesia del Nuevo Testamento en este mundo con la iglesia triunfante en la eternidad. Los profetas del Antiguo Testamento vieron muchas veces el futuro sin especificar claramente el primero o el segundo advenimiento del Mesías (ver la ilustración de la visión profética de Isaías que aparece en la página 46 de *Isaías 1-39*, en la serie *La Biblia Popular*). Es como si Isaías hubiera visto la iglesia como una gran mansión con un patio imponente. El edificio en sí representa el hogar de la iglesia triunfante, la Jerusalén eterna que espera a todos los creyentes. Y como el Señor protege todo cuanto está en su interior, el patio está amurallado y tiene puertas. Sin embargo, los que esperan en el patio no han entrado aún en la mansión porque ellos representan

a la iglesia militante, o sea, a los creyentes que están todavía en este mundo. El profeta de Dios los ve a ambos simultáneamente y nos pinta maravillosas bendiciones sobre el mural del futuro de la iglesia.

Nuestra atención se enfoca primero en el nuevo cielo y en la nueva tierra. Los primeros tres versículos de esta sección de la profecía anticipan lo que el apóstol Juan vio en Apocalipsis capítulo 21. Los fieles no recuerdan sus anteriores problemas y dificultades sino que estarán gozosos y felices “para siempre”. Así describe Dios la vida eterna y la gloria con él en los cielos. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento anticipó ese gozo y así lo hacemos nosotros como creyentes de la era del Nuevo Testamento. Dios creó este nuevo lugar para sus fieles. Sabemos que existe porque él así lo ha dicho y porque su poder así lo ha hecho; aun cuando dudemos de ello en medio de las dificultades y de las pruebas terrenales. Dios nos asegura que este lugar, donde no escucharemos jamás más llanto ni lamentos, nos aguarda más allá del tiempo y de la vida terrenal. No debemos pasar por alto la preciosa idea de que en el cielo no sólo se regocijará el pueblo de Dios, sino que Dios mismo se unirá en el gozo con su pueblo.

Al mirar al futuro, Isaías y los creyentes del Antiguo Testamento no pudieron ver tan claramente la diferencia como podemos hacerlo los creyentes del Nuevo Testamento. Dios les dijo que una mansión, la nueva Jerusalén, estaba lista y esperándolos. En el Antiguo Testamento Dios no siempre hizo una distinción precisa entre la iglesia del Nuevo Testamento y la iglesia triunfante en los cielos, distinción que podemos apreciar en estos versículos, del 20 al 23. En ellos, Dios describe algo más que la perfecta gloria celestial. La muerte no está completamente derrotada sino limitada. Un lactante no morirá después de sólo unos pocos días de vida, y el hombre que muera a la edad de cien años será considerado como un joven. Se le permitirá al pueblo de Dios que goce de los frutos de su trabajo. Aquí Dios nos habla de la futura iglesia del Nuevo Testamento. El pueblo que Dios congregará en esa iglesia será “linaje de los benditos de Jehová”,

y estarán bajo su especial cuidado y protección.

Tenemos que tener el cuidado de no forzar este pasaje más allá de su significado. Dios nos dice que los creyentes de la época del Nuevo Testamento estarán bajo su cuidado y protección. Sin embargo, a veces él permite que hombres y mujeres jóvenes que son parte de su iglesia del nuevo Testamento fallezcan súbitamente. Incluso algunos lactantes de entre el pueblo fiel de Dios mueren y pasan del patio al interior de la mansión. Recordemos que los caminos de Dios son inescrutables, porque no son nuestros caminos, y no siempre entendemos por qué él hace las cosas. Isaías también escribió: “Perece el justo, pero no hay quien piense en ello. Los piadosos mueren, pero no hay quien comprenda que por la maldad es quitado el justo” (57:1). Dios no promete aquí que cada creyente vivirá hasta la avanzada edad de cien años, sino que cada fiel de la iglesia es de los “benditos de Jehová” y está bajo sus ojos que todo lo ven. En todas las cosas Dios obrará para el bien de los que lo aman (Romanos 8:28).

Los creyentes viven por la oración y por la palabra Dios; ellos escuchan a Dios, que les habla por medio de su Palabra. Los creyentes oran cuando se enfrentan: a los problemas, a las angustias del corazón y a los peligros. El versículo 24 es un poderoso estímulo a la oración. Mientras que los creyentes esperan en ese patio, acuden en cada problema al Señor que promete que los oír y les responderá. En relación con este versículo Lutero comenta:

Nuestra oración le complace a Dios porque él la ha ordenado, ha hecho promesas y le ha dado forma. Por esta razón él se complace en ella, la pide y se deleita en ella, porque él promete, ordena y le da forma... Dios no se puede saciar de las oraciones de los piadosos. Por tanto la plegaria del piadoso es comparada con el aroma más hermoso del cual uno no puede cansarse de oler... Cuando el devoto ora, su petición está ya garantizada en el cielo y en la

tierra. Por tanto debemos concluir nuestro rezo con un Amén. Así sea (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 393).

El versículo final nos recuerda la paz que reina en el corazón de los que son del pueblo de Dios. Tanto la iglesia en la tierra como los santos en el cielo están bajo la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7). El perdón es la paz que nuestro Salvador da y los creyentes tienen la paz perfecta. Aun cuando nuestra vida en la tierra esté plagada de lágrimas y aflicciones estamos en paz con Dios. Lo sabremos cuando dejemos atrás todos los problemas de la vida. Dios nos dará la bienvenida en su mansión, y con su mano tierna y compasiva secará las lágrimas de nuestras mejillas. Todas las cosas que hemos soportado en los atrios de su iglesia en espera de entrar en su mansión serán olvidadas. Así es que ahora soportamos esperando nuestro turno para entrar en su presencia.

66 **Jehová ha dicho:**
«El cielo es mi trono
y la tierra el estrado de mis pies.
¿Dónde está la casa que me habréis de edificar?
¿Dónde el lugar de mi reposo?
² Mi mano hizo todas estas cosas,
así todas ellas llegaron a ser»,
dice Jehová.

El Señor expresa enfáticamente cuál es la relación apropiada entre él mismo y la tierra; la afirmación comienza diciendo: “Jehová ha dicho”, y antes de pasar al siguiente punto concluye de nuevo con “dice Jehová”. Las dos frases aparecen como signos de admiración en los dos extremos de esta afirmación. Dicho en términos sencillos, el Señor afirma su superioridad y su autoridad sobre la tierra y sobre todos los que viven en ella. Dios habita en los cielos, la tierra es el estrado de sus pies. Dios es: infinito,

eterno, todopoderoso, omnisciente y santo, superior a todo lo que es humano. Como dice el Salmo 103:19: “Jehová estableció en los cielos su trono y su reino domina sobre todo”. En el sermón del monte Jesús estableció el mismo principio (Mateo 5:34,35).

Dios creó la tierra. Los elementos de los cielos y de la tierra, así como todos los que la habitan, no están al mismo nivel que Dios. Donde Dios es infinito, la tierra es finita; donde Dios es eterno, la tierra tiene un comienzo y tendrá un final, es temporal. Dios sabe todas las cosas, pasadas y futuras; los humanos pueden saber mucho, pero sus conocimientos tienen vacíos y hay fronteras que limitan sus conocimientos. Dios es todopoderoso, los humanos pueden disponer de gran poder incluyendo el poderío nuclear de destrucción masiva, pero ello no es equiparable con Dios. Incluso las poderosas fuerzas de la naturaleza que se demuestran: en una tormenta eléctrica, en un temblor de tierra, en un tornado o en un huracán son insignificantes comparadas con la omnipotencia de Dios. Dios es: santo, perfecto, aparte de todo pecado y de toda imperfección; los humanos tienen defectos y son perversos. Sí, el Señor está por encima. Su trono está en el cielo; la tierra no es más que estrado de sus pies.

La comprensión de nuestra relación con Dios comienza con este principio fundamental: Dios es superior a nosotros. Y siendo así, ¿entonces qué le podemos ofrecer a Dios? No podemos darle algo que él todavía no tenga. Dios pregunta: “¿Dónde está la casa que me habréis de edificar? ¿Dónde el lugar de mi reposo?” Ninguna edificación podría alojar a Dios y confinar su presencia. En la dedicación del Templo, Salomón exclamó: “Pero ¿es verdad que Dios habitará sobre la tierra? Si los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta Casa que yo he edificado?” (1 Reyes 8:27).

Sin embargo, Dios prefirió interesarse en la tierra y en su creación, incluso después que la humanidad la ha contaminado con su imperfección y pecado. Dios eligió amarla y descender a la tierra para rescatar a sus habitantes de la rebelión y de la maldad. Dios optó por nacer en un establo y morir en una cruz, y no porque

ningún humano fuera tan noble como para merecerlo, ni porque alguna persona le pudiera ofrecer algo que lo motivara a amarnos así. Isaías había escrito con anterioridad: “Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (43:25). La gracia, el inmerecido amor por sus descarriadas criaturas, mueve a Dios para dirigir su atención y cada acción suya hacia los moradores de la tierra. Por gracia, Dios eligió a Abraham y de él formó el especial pueblo de Israel. Por gracia, Dios prometió la redención que finalmente vino a través del Mesías. Por gracia, Dios reveló cuidadosamente en su Palabra todo lo que el hombre necesita conocer. El cielo es su trono y la tierra el estrado de sus pies. Dios es Dios y nosotros sólo somos seres humanos.

Algunos comentaristas sugieren que esta mención a la casa de Dios que los exiliados van a construir al regresar, sitúa estas palabras en la época posterior del exilio. Cuando el remanente volvió, llevó a cabo el plan de reconstruir el Templo. Muy bien pudo ser que por inspiración Isaías pudo haber visto ese momento en la historia y pudo escribir esas palabras para ajustarlas al acontecimiento. Si fuera así, la construcción del Templo por los exiliados fue sólo una expresión externa de su fe.

Sin embargo, en la oración de los capítulos previos, Isaías se había referido al Templo: “La casa de nuestro santuario y de nuestro renombre, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida por el fuego. ¡Todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas!” (64:11). Estas palabras pueden ser consideradas como la respuesta que le dio Dios a ese angustioso lamento, pues Dios les recordó a sus fieles que él no podía estar confinado en templos terrenales hechos por manos humanas. Él no necesitaba un templo. La construcción de un templo no lo iba a motivar para: amar, apreciar o siquiera tomar en consideración a quienes lo edificaran. Dios: ama, aprecia y considera a los hombres porque esa es su voluntad, y no por causa de alguna obra humana incluida la edificación de un templo.

**«Pero yo miraré a aquel
que es pobre y humilde de espíritu
y que tiembla a mi palabra.**

**³ El que sacrifica buey es como si matara a un hombre;
el que sacrifica oveja, como si degollara a un perro;
el que hace ofrenda, como si ofreciera sangre de cerdo;
el que quema incienso, como si bendijera a un ídolo.**

**Pues porque escogieron sus propios caminos
y su alma amó sus abominaciones,**

**⁴ también yo escogeré para ellos desgracias
y traeré sobre ellos lo que temen;
porque llamé, pero nadie respondió;
hablé, pero no escucharon,
sino que hicieron lo malo delante de mis ojos
y escogieron lo que no me agrada.»**

Si entendemos que Dios es Dios y que nosotros no lo somos, entonces la respuesta a él como humanos sólo puede ser: la humildad, la reverencia y la penitencia. Él aprecia esas cualidades en sus hijos. La humildad reconoce la superioridad y la autoridad de Dios y por tanto se somete a él, sin pretender decirle qué hacer o qué pensar. En vez de eso, los obedientes adoptan la actitud de un siervo sumiso. La segunda respuesta es ser “contritos de espíritu” (NVI). El pecado invade cada aspecto de nuestra vida, pero nos resistimos a reconocer nuestra maldad e imperfección; incluso algunos nos oponemos vigorosamente a cualquiera que nos acuse de pecar. El arrepentido reconoce la profundidad de su propia depravación porque comprende los sinónimos que se usaron en el capítulo 59 para el pecado (iniquidad, transgresión, renegar) y se los aplica a sí mismo. Un alma compungida inclina la cabeza ante el Señor santo y perfecto que busca también una tercera respuesta: la reverencia. En este versículo Dios aplica específicamente la actitud de acatamiento a las palabras que él ha manifestado. Él es Dios, y se ha mostrado a él mismo en las Escrituras, en su Palabra. Al leer la Biblia, los seres humanos

deben tratar sus palabras como dichas por Dios mismo. Quien tiemble ante las Escrituras le prestará cuidadosa atención a lo que el Omnipotente dice y no la alterará añadiéndole o quitándole (Apocalipsis 22:18,19).

Es evidente que por naturaleza los seres humanos no se quieren someter a su Creador, sino que desean convertirse a ellos mismos en dioses. El diablo tentó a Eva en el jardín del Edén, la incitó a que se considerara a ella misma como Dios. Satanás dijo: “Pero Dio sabe que el día que comáis de él [el fruto] serán abiertos vuestros ojos, *y seréis como Dios*, conocedores del bien y el mal” (Génesis 3:5). Esa tentación repercute en cada corazón humano. Pensamos que sabemos más que Dios. Muchos no ven razón para afligirse y concluyen que son tan justos como el que más. Otros no siguen la revelación que Dios nos ha dado en las Escrituras y en vez de ello siguen sus propias ideas o las de algún filósofo. La gracia divina en Jesucristo continúa siendo el centro de su testimonio. La gracia niega el esfuerzo humano, volviendo el corazón del hombre únicamente a Dios. Son muchos los que no pueden aceptar la redención a través de Cristo como el único camino hacia la familia de Dios y hacia las mansiones celestiales. Seguramente se imaginan que los hombres tienen que hacer algo para ganarse el lugar con Dios en las alturas.

Sin embargo, Dios dice que el esfuerzo humano no obtiene ni la redención ni el lugar en el convite celestial; aun así, los hombres persisten en sus presunciones. Por tanto Dios amenazó una vez más a todos los que pensaban que los sacrificios y las ofrendas les podían granjear sus bendiciones. Desprovisto de fe, ni siquiera el que ofrecía un sacrificio costoso, como un toro, encontraba aprobación delante del Creador; al contrario, eso parecía “como si matara a un hombre”. Ni las ofrendas: de corderos, de granos o de incienso eran gratas a Jehová. Todos los esfuerzos de esa clase, hechos para propiciar el favor divino, carecían de mérito. El Señor dijo: “Porque escogieron sus propios caminos... yo escogeré para ellos desgracias”.

El Padre celestial advierte contra todo esfuerzo humano que busque ganar sus bendiciones, lo cual sucede cuando los hombres no escuchan el mensaje de salvación e inventan sus propios caminos hacia él. El versículo 4 repite la idea del capítulo 65:12. Jehová no sólo ha llamado y hablado sino que también descubre claramente su mensaje en las Escrituras. Cuando las personas escogen sus propios caminos no pueden agradar a Dios e inducen su juicio. ¿Qué más debe hacer Dios? Él envía a sus profetas, y su Palabra está al alcance de cada ser humano. Cuando la gente: se niega a creer, desecha los pensamientos de Dios y sigue los suyos propios, entonces Dios debe seguir adelante con sus amenazas de castigo.

**⁵ Oíd palabra de Jehová,
vosotros los que tembláis a su palabra:
«Vuestros hermanos que os aborrecen
y os echan fuera por causa de mi nombre,
dijeron:
“¡Sea Jehová glorificado
y veamos nosotros vuestra alegría!”
Pero ellos serán avergonzados.
⁶ ¡Voz de alboroto de la ciudad,
voz del Templo,
voz de Jehová que da el pago a sus enemigos!
⁷ »¡Antes que estuviera de parto, dio a luz;
antes que le vinieran dolores,
dio a luz un hijo!
⁸ ¿Quién oyó cosa semejante?
¿quién vio tal cosa?
¿Concebirá la tierra en un día?
¿Nacerá una nación de una sola vez?
Pues en cuanto Sión estuvo de parto,
dio a luz a sus hijos.
⁹ Yo que hago dar a luz,**

**¿no haré nacer?», dice Jehová.
«Yo que hago engendrar,
¿impediré el nacimiento?» dice tu Dios.**

En estos versículos Dios apartó su atención de los que lo rechazaban a él y a su gracia para dirigirla a sus fieles; exhortó a los que valoraban su Palabra y la trataban con reverencia para que escucharan. Estos fieles siervos eran hostigados por los impíos y odiados por sus propios hermanos; siendo perseguidos porque creyeron que Jehová redimió al mundo mediante su Siervo. Porque le fueron leales, los hicieron sentir como forasteros y excluidos por causa del nombre de Dios. La frase “Sea Jehová glorificado y veamos nosotros vuestra alegría” era en labios de los incrédulos un escarnio, como los que fueron lanzados contra Jesús cuando estaba en la cruz: “¡El Cristo! ¡Rey de Israel! ¡Que descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos” (Marcos 15:32). Dios no olvidará las burlas que profirieron contra su pueblo los impíos: “Ellos serán avergonzados”. El juicio de Dios vendrá.

“Voz de alboroto de la ciudad”. El Señor nos invita a prestar oídos a la evidencia de su acción contra sus enemigos. El ruido, como el estruendo de aguas turbulentas, indica el avance del juicio de Dios que procede de la ciudad y del Templo. Isaías nos dice qué deducción debemos sacar del estrépito que es “la voz de Jehová que da el pago a sus enemigos”, es decir, a los rebeldes que se opusieron a él y oprimieron a su pueblo. El juicio de Dios desciende sobre ellos.

El estruendo del juicio no sólo señala la destrucción de los enemigos del Altísimo sino que también indica el nacimiento de una nueva nación. El Señor nos dice que la mujer da a luz súbitamente antes de comenzar con los dolores de parto. Casi al mismo tiempo que la ciudad es destruida ocurre un nacimiento milagroso. Es obvio que Dios mismo origina y da a luz a la nueva nación; liberarla ha sido siempre su plan, y él no impediría su nacimiento cuando ya estaba listo para darle vida.

¿Qué está sucediendo aquí? ¿Qué profetizan estas palabras? ¿Quién está siendo destruida y quiénes son los hijos que han nacido súbita y milagrosamente? El ruido del juicio se refiere: a la llegada del ejército romano, y a la destrucción de Jerusalén y de su templo. Tras la venida de Jesús, los judíos se rebelaron contra Roma, y como consecuencia, ésta destruyó por completo a Jerusalén tal como Jesucristo lo predijo tres días antes de su muerte (Mateo 24:1,2). El Antiguo Testamento tocó a su fin en el año 70 d.C. en medio del estruendo de las legiones romanas bajo el emperador Tito. El juicio divino cayó sobre los que habían rechazado al Mesías y se habían rebelado contra él.

Pero casi al mismo tiempo, ocurrió algo nuevo y milagroso. Un nuevo pueblo nacía del Antiguo Pacto, la iglesia del Nuevo Testamento. El Sión y la Jerusalén antiguos habían desaparecido, pero el nuevo Sión y la nueva Jerusalén emergían. El pueblo ya había comenzado a volverse al Señor para cuando los romanos destruyeron Jerusalén. Lucas registra que en el día de Pentecostés tres mil judíos creyeron en Jesús y fueron bautizados (Hechos 2). Dios le dijo a su pueblo por medio de su profeta Isaías, que llegaría el momento en que le pondría fin al antiguo pacto y crearía uno nuevo.

Esta idea es una conclusión muy adecuada para el final de la profecía de Isaías y sirve además como respuesta de Dios a la oración de los capítulos 63 y 64. Dios promete que no castigará a Israel más allá de lo que pueda soportar. Su juicio vendrá severa y ciertamente, y no sólo sobrevivirá un remanente de entre las ruinas del juicio, sino que surgirá una nación enteramente nueva, la iglesia de los creyentes en el Siervo, en Jesucristo.

¹⁰ «Alegraos con Jerusalén,
gozaos con ella todos los que la amáis;
llenaos de gozo con ella
todos los que os enlutáis por ella,
¹¹ para que maméis y os sacíeis

**de los pechos de sus consolaciones,
para que bebáis y os deleitéis
con la plenitud de su gloria.»**

¹² Porque así dice Jehová:

**«He aquí que yo extendiendo sobre ella
la paz como un río**

**y las riquezas de las naciones
como un torrente que se desborda;
y mamaréis, en los brazos seréis traídos
y sobre las rodillas seréis mimados.**

**¹³ Como aquel a quien consuela su madre,
así os consolaré yo a vosotros,
y en Jerusalén recibiréis consuelo.»**

**¹⁴ Lo veréis y se alegrará vuestro corazón,
y vuestros huesos reverdecerán como la hierba.
La mano de Jehová para con sus siervos se dará a
conocer
y se enojará contra sus enemigos.**

La iglesia siempre ha sido la congregación de los creyentes a la que las Escrituras se refieren como “Jerusalén” y “Sión”. El Señor se dirigió a sus creyentes y los animó para que se regocijaran; se iban a regocijar en el nacimiento y la transformación de Jerusalén. El Señor prometió que la iglesia iba a renacer y que la era del Nuevo Testamento amanecería iluminada con gloria y gracia. ¡Regocijaos grandemente!

“Alegraos con Jerusalén... todos los que os enlutáis por ella”. ¿Cómo se pueden regocijar los que hacen duelo por Jerusalén? ¿En qué sentido hacen duelo? A través de los tiempos, los creyentes han enfrentado la aflicción al mirar los problemas de la iglesia. Los de los tiempos de Isaías vieron entre su propio pueblo: la hipocresía, la incredulidad y la idolatría; esas realidades los atribularon profundamente. Hicieron duelo cuando vieron que los asirios destruían el reino del Norte y que invadían a Judá. Sus

corazones se atribularon cuando tiempo después los babilonios se llevaron cautivos por igual a creyentes e incrédulos. Hicieron duelo porque sabían que los pecados del pueblo de Dios habían sido la causa del destierro. Jesús lloró por la incredulidad de la ciudad de Jerusalén (Lucas 19:41). La iglesia ha sido perseguida durante siglos y todavía los creyentes sufren por su fe en Jesús. En nuestra época, nos percatamos de la erosión de la moralidad y la indiferencia hacia el evangelio de Jesucristo. También nosotros nos lamentamos de la situación de la iglesia visible. En la tierra, la congregación de los creyentes continúa siendo un pequeño pero fiel rebaño, golpeado y ridiculizado por el mundo e incluso por algunos que se llaman cristianos. Sin embargo ni aun las puertas mismas del infierno triunfarán contra la iglesia de Cristo (Mateo 16:18). ¡Gozaos todos los que os lamentáis por ella!

Los pocos versículos siguientes dan la razón del júbilo de los fieles. La reunión de los creyentes encontrará para sus almas: sustento, consuelo y el descanso. El evangelio les dará todo el consuelo que necesitan. Pedro escribió: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2). Lutero escribió: “La gloria de la iglesia es la cruz que continúa despreciada y perversa ante los ojos del mundo. Sin embargo, mediante el Espíritu Santo, los pechos de la iglesia consuelan a muchos corazones con la paz y la seguridad de la fe” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 17, p. 408). A medida que los creyentes se reúnen, encuentran fortaleza por las buenas nuevas en la Palabra y los sacramentos. A través de los medios de gracia Dios ha sustentado a la iglesia y seguirá haciéndolo para satisfacer a sus santos en las dificultades y en las lágrimas de su peregrinaje terrenal.

El Señor hace énfasis en las bendiciones que él les da a los creyentes recordándoles cuál es la fuente de esa promesa: “Porque así dice Jehová”. Encontramos otra razón para regocijarnos en la paz que fluye hacia el pueblo de Dios. Jesús nos aseguró: “La paz os dejo, mi paz os doy, yo no os la doy como el mundo la da. No

se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). La paz del perdón, que proviene de Dios, fluye a la iglesia y a través de ella. Los ángeles la anunciaron cuando nació el Salvador.

Pero el pueblo de Dios tiene más razones para regocijarse. La riqueza de las naciones también fluye a la iglesia, que se beneficiará con lo mejor que traerán los gentiles con: su poder, sus dotes intelectuales y todos sus recursos.

La profecía de Isaías reboza consuelo y belleza. Dios: tomará a su pueblo, lo cargará y lo arrullará tiernamente como mece una madre a su pequeño sobre sus rodillas. Es Dios mismo quien promete ese cuidado y ese consuelo; no es de asombrar que él nos anime para que nos regocijemos.

La oración del profeta en los capítulos 63 y 64 expresó el desaliento ante la desolación de Jerusalén y del Templo. Dios responde: al abatimiento, a la preocupación y a la angustia con la promesa de la nueva Jerusalén que se levantará sobre lo que quedó de la antigua. Dios la llenará de paz y de riquezas, y su pueblo confía en que él la hará maravillosa. Dios mismo sustentará a sus fieles con el evangelio y los consolará con su presencia y con sus cuidados. Todo esto es la respuesta adecuada a la oración de los fieles del Antiguo Testamento. Al leer sobre estas reconfortantes promesas, Dios nos recuerda la grave realidad que afrontarán todos los que han seguido sus propias fantasías y se han convertido en sus enemigos. Así como a menudo hemos tenido el bello y precioso evangelio, a su lado también está la ley severa y terrible.

**¹⁵ Porque he aquí que Jehová vendrá con fuego
y sus carros como un torbellino,
para descargar su ira con furor
y su reprensión con llama de fuego.**

**¹⁶ Porque Jehová juzgará
con fuego y con su espada
a todo hombre;
y los muertos por Jehová serán multiplicados.**

**17 «Los que se santifican
y los que se purifican en los huertos,
unos tras otros,
y los que comen carne de cerdo
y abominación y ratón,
juntamente serán talados»,
ha dicho Jehová.**

**18 «Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos;
tiempo vendrá para juntar a todas las naciones y lenguas:
vendrán y verán mi gloria. 19 Pondré entre ellos una señal y
enviaré a los sobrevivientes de ellos a las naciones: a Tarsis, a
Fut y a Lud que disparan arco, a Tubal y a Javán, a las
costas lejanas que no han oído de mí ni han visto mi gloria. Y
publicarán mi gloria entre las naciones.**

Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que Jerusalén iba a ser destruida y que no iba a quedar piedra sobre piedra, prosiguió hablando del juicio final (Mateo 24, Marcos 13, Lucas 21). Jesús entretejió en su profecía la destrucción de Jerusalén y el juicio final, e Isaías hace aquí lo mismo. De una parte vemos al Señor viniendo a juzgar a los que de entre su pueblo han seguido sus propias ideas y han abandonado su clara palabra. Ellos experimentarán la furia de su ira y el fuego de su reprensión.

El juicio que descargó Dios sobre Jerusalén usando a los romanos para llevarlo a cabo, fue un anticipo del juicio final con el que Dios visitará al mundo entero. Jesús dijo que a su regreso: “Todas las tribus de la tierra harán lamentación cuando vean al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30). Las palabras de la profecía de Isaías hablan del juicio que Dios descargará sobre la tierra con fuego y espada. Los dos juicios divinos se mezclan. La destrucción de Jerusalén señalará el fin de la era del Antiguo Testamento y vendrá sobre aquellos de la nación judía que habían rechazado al Mesías del Señor. El juicio final en el último día descenderá sobre “todo

hombre” y “todas las naciones y lenguas”.

En la destrucción de Jerusalén Dios iba a permitir que algunos judíos sobrevivieran para que fueran sus misioneros. Ellos debería ir a Tarsis, quizás España, a los libios y a los lidios (Fut y Lud), pueblos del norte de África; a Tubal, la región que conocemos como Asia Menor; a Grecia y a las distantes islas del mundo Mediterráneo. De los enviados Dios dijo: “Publicarán mi gloria entre las naciones”. Al leer el libro de los Hechos en el Nuevo Testamento, podemos ver el cumplimiento de esta profecía. Pablo y los primeros cristianos fueron todos judíos de nacimiento. Dios los envió al mundo a congrega las naciones en su iglesia. El evangelio transformó a Jerusalén en una comunidad de creyentes de todas las naciones.

20 »Y traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, como una ofrenda para Jehová, en caballos, en carros, en literas, en mulos y en camellos, a mi santo monte de Jerusalén», dice Jehová, «al modo que los hijos de Israel traen la ofrenda en utensilios limpios a la casa de Jehová. 21 Y tomaré también de ellos para sacerdotes y levitas», dice Jehová.

La actividad misionera de esos creyentes judíos va a ser exitosa, ellos traerán a la fe en Jesús a los judíos dispersos y convertirán a gentiles de todas las naciones uniéndolos también a la iglesia; por medio de la obra de esos misioneros, el Espíritu Santo reunirá a los creyentes en la iglesia de Jesucristo. La iglesia no estará limitada únicamente a los judíos, sino que todos los creyentes estarán enlazados por la fe en Jesús; sean cuales fueren sus orígenes y sus nacionalidades, serán hermanos y hermanas en Cristo Jesús.

La respuesta del Señor a la oración de Isaías puso al profeta y a todos los fieles de ese entonces ante el desafío

de mirar más allá de la historia de Judá y del Antiguo Testamento. Algunos de los judíos fueron destinados a servir en forma especial al Señor como sacerdotes y levitas; en la nueva Jerusalén, algunos de los gentiles serán elevados a ese honor. Esa idea fue rechazada por los judíos a quienes se les había enseñado a evitar cualquier cosa gentil. Pero la nueva Jerusalén iba a ser diferente; Dios iba a escoger a algunos de sus creyentes gentiles para que sirvieran como ministros, como embajadores públicos del evangelio. En nuestros días no hay muchos judíos que hayan sido llamados a ministrar al pueblo de Dios. En vez de eso, Dios ha llamado al ministerio público a algunos de entre los gentiles.

**22 «Porque como los cielos nuevos
y la nueva tierra que yo hago
permanecerán delante de mí»,
dice Jehová,
«así permanecerá
vuestra descendencia y vuestro nombre.**

**23 »Y de mes en mes, y de sábado en sábado,
vendrán todos a adorar delante de mí»,
dice Jehová.**

**24 «Saldrán y verán los cadáveres de los hombres
que se rebelaron contra mí;
porque su gusano nunca morirá
ni su fuego se apagará.
Y serán abominables
para todo ser humano.»**

¿Qué queda por decir? Isaías había predicho que los babilonios iban a llegar para llevar a los judíos a la cautividad; también había anunciado la aparición de Ciro para librarlos del exilio; y lo que era mucho más importante, había animado a los

fieles del Señor a que miraran más allá del rescate de Babilonia hacia la redención mayor y mucho más significativa. El profeta les había asegurado que el Siervo iba a venir, ese Siervo va a sufrir y va a ser humillado por los pecados del pueblo, pero alcanzará su propósito de redimirlos del pecado y de la muerte. Sin embargo, el pueblo seguirá sus propios caprichos y abandonará la palabra del Señor. Isaías anunció el juicio de Dios que vendrá sobre el pueblo incrédulo y sobre los que sigan en la incredulidad. En los capítulos 65 y 66, Dios había respondido a la oración de su pueblo exactamente como Isaías lo registró. El profeta predijo la llegada de una nueva Jerusalén donde dominarán la paz y el consuelo. De esta nueva congregación, que es la iglesia, harán parte los gentiles y algunos de ellos serán llamados como siervos especiales del Señor y de su pueblo.

¿Qué queda? Un vistazo a la eternidad. La iglesia en la tierra es el atrio vinculado a la gloriosa y eterna mansión de los cielos. En ese sentido, la iglesia en la tierra anticipa los nuevos cielos y la nueva tierra que Dios creará. Permanecerá delante de Dios en el tiempo, hasta que el Señor llame los tiempos a su final y haga de la iglesia terrenal la iglesia triunfante y eterna. En la iglesia, los creyentes adorarán al Señor como él lo ha ordenado, observando las lunas nuevas y el día sábado; esas festividades judías, prescritas por Dios, representan aquí la apropiada adoración del Señor. La congregación de los fieles reverencia a Jehová el Señor, en el tiempo y por siempre en la eternidad, cantando alabanzas al Dios de la gracia gratuita y fiel.

La visión del futuro que Isaías nos presenta está incompleta si sólo vemos la gloria de los fieles; los infieles están excluidos de la feliz adoración de la iglesia y de la bienaventuranza de los cielos. En vez de ello, sólo experimentan la furia del juicio de Dios; ellos se han rebelado contra el Señor y están muertos. Sin embargo todavía sufren: “donde el gusano de ellos no muere y el

fuego nunca se apaga”. Jesús citó estas palabras cuando habló acerca de los tormentos del infierno (Marcos 9:48). Isaías nos recuerda que después de ser juzgados, los impíos serán repugnantes y aborrecibles a los creyentes. La profecía de Isaías concluye haciéndonos recordar que todos los que se rebelan contra Dios encontrarán un fin “abominable” bajo su juicio. Indirectamente, escuchamos una exhortación para que nos aferremos muy fuertemente a la gracia de Dios en Cristo. Dios ha concluido su respuesta.

A lo largo del comentario hemos destacado los puntos importantes de las secciones previas. Al concluir la parte restante de la profecía de Isaías encontramos algunas ideas adicionales que es necesario recordar.

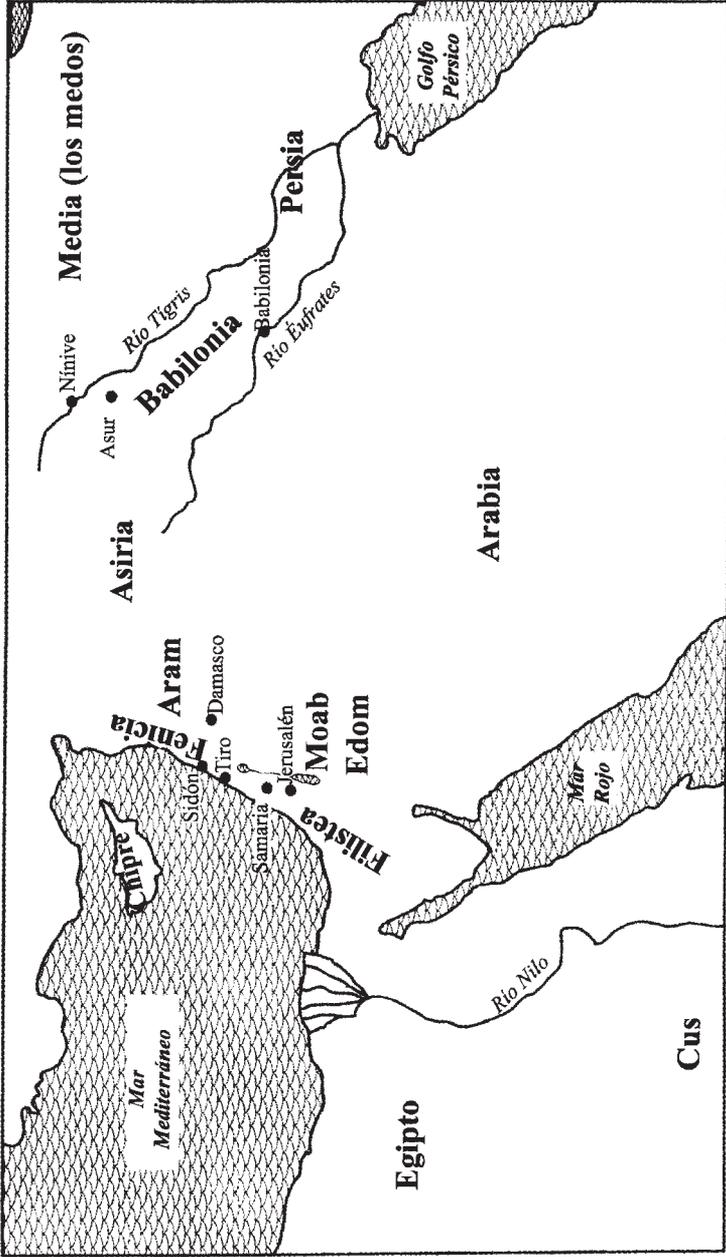
- El pueblo de Dios ora en medio de las horas más oscuras; pero nunca pierde la esperanza, y al borde mismo de la desesperación, se vuelve a su Padre celestial y confía en sus promesas.
- Dios responde a las oraciones de su pueblo y sigue fiel a todas sus promesas. Él afirma que es el Dios de los cielos, muy superior a todo lo que conocemos sobre la tierra. En Cristo tenemos todas las bendiciones que Jehová el Señor planeó para su pueblo.
- Los fieles son aquellos que son humildes y contritos y que reverencian la palabra de Dios.
- Esta última sección, que comienza en el versículo 63:7, refleja el final de la primera parte de la profecía de Isaías. Cuando Isaías concluyó esa parte, el mensajero de Dios añadió: la historia de la invasión asiria, la oración de Ezequías y la respuesta que Dios le dio. Esta segunda parte de su profecía concluye también con una oración y con la respuesta. Por una parte, la podemos leer como

la oración de un exiliado que espera el regreso a Jerusalén; por otra parte, la podemos leer como la oración del pueblo de Dios que está sufriendo los problemas de la vida y espera entrar en la gloriosa Jerusalén celestial.

- Las últimas palabras del capítulo 66 concluyen con una variación de las palabras que les pusieron fin a cada una de las nueve secciones de capítulos previas. Los capítulos 48 y 57 terminaron con palabras similares: “No hay paz para los malos, ha dicho Jehová” (48:22) y “No hay paz para los impíos, ha dicho mi Dios” (57:21). Esta sección de nueve capítulos concluye con una mirada a los perversos cuyo “gusano... no muere y el fuego nunca se apaga”, y por lo tanto nunca conocerán la paz eterna. Así que los tres segmentos de nueve capítulos cada uno llegan a una conclusión similar y cuidadosamente construida.

Cuando los judíos leen en la sinagoga la profecía de Isaías, repiten el versículo 23 después de leer el 24, de manera que la lectura pudiera concluir con palabras de consuelo, pero el versículo 24 remata igualmente bien la segunda mitad de la profecía de Isaías, cuyas dos primeras partes de nueve capítulos habían concluido con las palabras: “No hay paz para los impíos” (48:22; 57:21). El último versículo del capítulo 66 ata nítidamente en un paquete la segunda mitad de Isaías. Es de especial interés notar que el capítulo 53 ocupa el centro mismo de los últimos 27 capítulos; el capítulo 53 predice los sufrimientos de Jesucristo, el Siervo. La cruz de Cristo es el eje en cuyo derredor giran todas estas preciosas verdades. Todos los que abandonen esta cruz quedarán fuera del glorioso hogar celestial que el Salvador ha preparado para sus creyentes.

¡Quiera Jehová el Señor preservarnos como parte de los creyentes que se estremecen ante su Palabra hasta que él regrese para llevarlos a la nueva Jerusalén!



El Oriente Medio en el tiempo de Isaías

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Isaías, en la segunda parte de su profecía, promete que Dios liberará tanto a su pueblo como a todo el mundo por medio del Gran Siervo del Señor, a quien conocemos como Jesucristo. Dios prometió que este Gran Siervo redimiría a todo el mundo por medio de su sufrimiento. La profecía de Isaías concluye con la promesa de Dios de la gloria futura de todos los creyentes.

